RICARDO PIGLIA

Los diarios de Emilio Renzi

*

Años de formación



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

PORTADA
NOTA DEL AUTOR
I
1. EN EL UMBRAL
2. PRIMER DIARIO (1957-1958)
3. PRIMER AMOR
4. SEGUNDO DIARIO (1959-1960)
5. UNA VISITA1
6. DIARIO 1960
7. EN EL BAR EL RAYO
8. DIARIO DE UN CUENTO (1961)
II
9. EN EL ESTUDIO
10. DIARIO 1963
11. LOS DIARIOS DE PAVESE
12. DIARIO 1964
13. EL NADADOR
14. DIARIO 1965
15. HOTEL ALMAGRO
16. DIARIO 1966
17. LA MONEDA GRIEGA
18. DIARIO 1967
19. QUIÉN DICE YO
20. CANTO RODADO
NOTAS
CRÉDITOS

A Beba Eguía,
la lectora de mi vida

A Luisa Fernández, la musa mexicana

Cette multiplication possible de soi-même, qui est le bonheur.

MARCEL PROUST,
À l'ombre des jeunes filles en fleurs

NOTA DEL AUTOR

Había empezado a escribir un diario a fines de 1957 y todavía lo seguía escribiendo. Muchas cosas cambiaron desde entonces, pero se mantuvo fiel a esa manía. «Por supuesto, no hay nada más ridículo que la pretensión de registrar la propia vida. Uno se convierte automáticamente en un clown», afirmaba. Sin embargo está convencido de que si no hubiera empezado una tarde a escribirlo, jamás habría escrito otra cosa. Publicó algunos libros –y publicará quizás algunos más– sólo para justificar esa escritura. «Por eso hablar de mí es hablar de ese diario. Todo lo que soy está ahí pero no hay más que palabras. Cambios en mi letra manuscrita», había dicho. A veces, cuando lo relee, le cuesta reconocer lo que ha vivido. Hay episodios narrados en los cuadernos que ha olvidado por completo. Existen en el diario pero no en sus recuerdos. Y a la vez ciertos hechos que permanecen en su memoria con la nitidez de una fotografía están ausentes como si nunca los hubiera vivido. Tiene la extraña sensación de haber vivido dos vidas. La que está escrita en sus cuadernos y la que está en sus recuerdos. Son figuras, escenas, fragmentos de diálogos, restos perdidos que renacen cada vez. Nunca coinciden o coinciden en acontecimientos mínimos que se disuelven en la maraña de los días.

Al principio las cosas fueron difíciles. No tenía nada que contar, su vida era absolutamente trivial. «Me gustan mucho los primeros años de mi diario justamente porque allí lucho con el vacío. No pasaba nada, nunca pasa nada en realidad, pero en aquel tiempo me preocupaba. Era muy ingenuo, estaba todo el tiempo buscando aventuras extraordinarias», había dicho una tarde en el bar de Arenales y Riobamba. Entonces empezó a robarle la experiencia a la gente conocida, las historias que se imaginaba que vivían cuando no estaban con él. Escribía muy bien en esa época, dicho sea de paso, mucho mejor que ahora. Tenía una convicción absoluta y el estilo no es otra cosa que la convicción absoluta de tener un estilo.

No hay secretos, sería ridículo pensar que hay secretos, por eso iba a dar a conocer en este libro, con placer, los primeros diez años de su diario; lo acompañan relatos y ensayos que incluyó porque en su primera versión formaban parte de sus cuadernos personales.

Esta edición de sus diarios estaba dividida en tres volúmenes: *I. Años de formación, II. Los años felices* y *III. Un día en la vida*. Estaba basada en la transcripción de los diarios escritos entre 1957 y 2015, no incluía los diarios de viaje ni tampoco lo que había escrito mientras vivía en el extranjero. Al final registraba sus últimos meses en Princeton y su regreso a Buenos Aires, esta trilogía encuentra así un modo –bastante clásico– de concluir una historia muy extensa que se ordena según la sucesión de los días de una vida.

Para quien se interese en estos detalles, insiste en señalar que las notas y las entradas de estos diarios ocupan 327 cuadernos, los cinco primeros son cuadernos marca Triunfo y el resto son cuadernos de tapa negra que ya no se encuentran y cuyo nombre era Congreso. «Sus páginas eran una superficie liviana que me ha llevado durante años a escribir en ellas, atraído por su blancura sólo alterada por la elegante serie de líneas azules que convocaban a la prosa y al fraseo, como si fuera un pentagrama musical o la pizarra maravillosa de la que hablaba Sigmund Freud», había dicho.

Buenos Aires, 20 de abril de 2015

I

1. EN EL UMBRAL

–Desde chico repito lo que no entiendo –se reía retrospectivo y radiante Emilio Renzi esa tarde, en el bar de Arenales y Riobamba–. Nos divierte lo que no conocemos; nos gusta lo que no sabemos para qué sirve.

A los tres años le intrigaba la figura de su abuelo Emilio sentado en el sillón de cuero, ausente en un círculo de luz, los ojos fijos en un misterioso objeto rectangular. Inmóvil, parecía indiferente, callado. Emilio el chico no comprendía muy bien lo que estaba pasando. Era pre-lógico, pre-sintáctico, era pre-narrativo, registraba los gestos, uno por uno, pero no los encadenaba; directamente, imitaba lo que veía hacer. Entonces, esa mañana se trepó a una silla y bajó de una de las estanterías de la biblioteca un libro azul. Después salió a la puerta de calle y se sentó en el umbral con el volumen abierto sobre las rodillas.

Mi abuelo, dijo Renzi, abandonó el campo y vino a vivir con nosotros a Adrogué cuando murió mi abuela Rosa. Dejó sin cambiar la hoja del almanaque en el 3 de febrero de 1943, como si el tiempo se hubiera detenido la tarde de la muerte. Y el aterrador calendario, con el bloc de los números fijo en esa fecha, estuvo en casa durante años.

Vivíamos en una zona tranquila, cerca de la estación de ferrocarril, y cada media hora pasaban ante nosotros los pasajeros que habían llegado en el tren de la capital. Y yo estaba ahí, en el umbral, haciéndome ver, cuando de pronto una larga sombra se inclinó y me dijo que tenía el libro al revés.

Pienso que debe haber sido Borges, se divertía Renzi esa tarde en el bar de Arenales y Riobamba. En ese entonces solía pasar los veranos en el Hotel Las Delicias, porque ¿a quién sino al viejo

Borges se le puede ocurrir hacerle esa advertencia a un chico de tres años?

¿Cómo se convierte alguien en escritor, o es convertido en escritor? No es una vocación, a quién se le ocurre, no es una decisión tampoco, se parece más bien a una manía, un hábito, una adicción, si uno deja de hacerlo se siente peor, pero *tener* que hacerlo es ridículo, y al final se convierte en un modo de vivir (como cualquier otro).

La experiencia, se había dado cuenta, es una multiplicación microscópica de pequeños acontecimientos que se repiten y se expanden, sin conexión, dispersos, en fuga. Su vida, había comprendido ahora, estaba dividida en secuencias lineales, series abiertas que se remontaban al pasado remoto: incidentes mínimos, estar solo en un cuarto de hotel, ver su cara en un fotomatón, subir a un taxi, besar a una mujer, levantar la vista de la página y mirar por la ventana, ¿cuántas veces? Esos gestos formaban una red fluida, dibujaban un recorrido –y dibujó en una servilleta un mapa con círculos y cruces–, así sería el trayecto de mi vida, digamos, dijo. La insistencia de los temas, de los lugares, de las situaciones es lo que quiero –hablando *figuradamente*– interpretar. Como un pianista que improvisa sobre un frágil *standard*, variaciones, cambios de ritmo, armonías de una música olvidada, dijo, y se acomodó en la silla.

Podría por ejemplo contar mi vida a partir de la repetición de las conversaciones con mis amigos en un bar. La confitería Tokio, el café del Ambos Mundos, el bar El Rayo, la Modelo, Las Violetas, el Ramos, el café La Ópera, La Giralda, Los 36 billares..., la misma escena, los mismos asuntos. Todas las veces que me encontré con amigos, una serie. Si hacemos algo –abrir una puerta, digamos– y pensamos después en lo que hicimos, es ridículo; en cambio, si observamos desde un mirador la reproducción de lo mismo, no hace falta nada para extraer una sucesión, una forma común, incluso un sentido.

Su vida se podría narrar siguiendo esa secuencia o cualquier otra parecida. Las películas que había visto, con quién estaba, qué hizo al

salir del cine; tenía todo registrado de un modo obsesivo, incomprensible e idiota, en detalladas descripciones *fechadas*, con su trabajosa letra manuscrita: estaba todo anotado en lo que ahora había decidido llamar *sus archivos*, las mujeres con las que había vivido o con las que había pasado una noche (o una semana), las clases que había dictado, las llamadas telefónicas de larga distancia, notaciones, signos, ¿no era increíble? Sus hábitos, sus vicios, sus propias palabras. Nada de vida interior, sólo hechos, acciones, lugares, circunstancias que repetidas creaban la ilusión de una vida. Una acción –un gesto– que insiste y reaparece y dice más que todo lo que yo pueda decir de mí mismo.

En el bar donde se instalaba al caer la tarde, El Cervatillo, en la mesa de la ochava, contra la ventana, había colocado sus fichas, un cuaderno y un par de libros, el *Proust* de Painter y *The Opposing Self* de Lionel Trilling, y al lado un libro de cubierta negra, una novela, por lo visto, con frases elogiosas de Stephen King y Richard Ford en letra roja.

Pero se había dado cuenta de que debía empezar por los restos, por lo que no estaba escrito, ir hacia lo que no estaba registrado pero persistía y titilaba en la memoria como una luz mortecina. Hechos mínimos que misteriosamente habían sobrevivido a la noche del olvido. Son visiones, flashes enviados desde el pasado, imágenes que perseveran, aisladas, sin marco, sin contexto, sueltas y *no podemos olvidarlas*, ¿estamos?, se reía Renzi. Estamos, dijo, y miró al mozo que cruzaba entre las mesas. ¿Otro blanco?, dijo. Pidió un Fendant de Sion..., era el vino que tomaba Joyce, un vino seco, que lo dejó ciego. Joyce lo llamaba la Archiduquesa, por el color ambarino y porque lo tomaba como quien pecaminosamente –a la Leopoldo Bloom– bebe el néctar rubio de una núbil muchacha aristocrática que se agacha desnuda, en cuclillas, sobre una ávida cara irlandesa. Venía Renzi a este bar –que antes se llamaba La Casa Suiza– porque en los sótanos guardaban, al fresco, varias cajas del vino joyceano. Y con su pedantería habitual citó, en voz baja, el párrafo del *Finnegans* celebrando esa ambrosía...

Era una radiografía de su espíritu, de la construcción involuntaria

de su espíritu, digamos mejor, dijo, e hizo una pausa; no creía en esas *pamplinas* (subrayó), pero le gustaba pensar que su vida interior estaba hecha de pequeños incidentes. Así podría empezar por fin a pensar en una autobiografía. Una escena y luego otra y otra, ¿no? Sería una autobiografía seriada, una vida serial... De esa multiplicidad de fragmentos insensatos, había empezado por seguir una línea, reconstruir la serie de los libros, «Los libros de mi vida», dijo. No los que había escrito, sino los que había leído... *Cómo he leído alguno de mis libros* podría ser el título de mi autobiografía (si la escribiera).

Punto primero, los libros de mi vida entonces, pero tampoco todos los que había leído sino sólo aquellos de los cuales recuerdo con nitidez la situación, y el momento en que los estaba leyendo. Si recuerdo las circunstancias en las que estaba con un libro, eso es para mí la prueba de que fue decisivo. No necesariamente son los mejores ni los que me han influido: pero son los que han dejado una marca. Voy a seguir ese criterio mnemotécnico, como si no tuviera más que esas imágenes para reconstruir mi experiencia. Un libro en el recuerdo tiene una cualidad íntima, sólo si *me veo a mí mismo leyendo*. Estoy afuera, distanciado, y me veo como si fuera otro (más joven siempre). Por eso, quizá pienso ahora, aquella imagen –hacer como que leo un libro en el umbral de la casa de mi infancia– es la primera de una serie y voy a empezar ahí mi autobiografía.

Claro que recuerdo esas escenas después de haber escrito mis libros, por eso podríamos llamarlas la prehistoria de una imaginación personal. ¿Por qué nos dedicamos a escribir después de todo? Se *nos da* por ahí ¿a causa de qué? Bien, porque antes hemos leído... No importa, desde luego, la causa, importan las consecuencias. Más de uno tendría que arrepentirse, yo mismo para empezar, pero en cualquier bar de la ciudad, en cualquier McDonald's hay un gil que, a pesar de todo, quiere escribir... En realidad no quiere escribir, quiere ser un escritor y quiere que lo lean... Un escritor *se autodesigna*, se autopropone en el mercado persa, pero ¿por qué se le ocurre esa postura?

La ilusión es una forma perfecta. No es un error, no se la debe confundir con una equivocación involuntaria. Se trata de una construcción deliberada, que está pensada para engañar al mismo que la construye. Es una forma pura, quizá la más pura de las formas que existen. La ilusión como novela privada, como autobiografía futura.

Al principio, aseguró después de una pausa, somos como el Monsieur Teste de Valéry: cultivamos la literatura no empírica. Es un arte secreto cuya forma exige no ser descubierta. Imaginamos lo que pretendemos hacer y vivimos en esa ilusión... En definitiva, son los cuentos que cada uno se cuenta a sí mismo para sobrevivir. Impresiones que no están en condiciones de ser entendidas por extraños. Pero ¿es posible una ficción privada? ¿O tiene que haber dos? A veces, los momentos perfectos tienen por testigo sólo a quien los vive. Podemos llamar a ese murmullo –ilusorio, ideal, incierto– la historia personal.

Me acuerdo dónde estaba, por ejemplo, cuando leí los cuentos de Hemingway: había ido a la terminal de ómnibus a despedir a Vicky, que era mi novia en aquel tiempo, y al costado del andén, en una galería encristalada, en una mesa de saldos, encontré un ejemplar usado de *In Our Time* en la edición de Penguin. Cómo había ido a parar ahí ese libro no lo sé, un viajero quizá lo había vendido, un inglés con sombrero de explorador y una mochila que seguía viaje al sur lo había cambiado, digamos, por una guía Michelin de la Patagonia, vaya uno a saber. Lo cierto es que volví a casa con el libro, me tiré en un sillón y empecé a leerlo y seguí y seguí mientras la luz cambiaba y terminé casi a oscuras, al fin de la tarde, alumbrado por el reflejo pálido de la luz de la calle que entraba por los visillos de la ventana. No me había movido, no había querido levantarme para encender la lámpara porque temía quebrar el sortilegio de esa prosa. Primera conclusión: para leer, hay que aprender a *estar quieto*.

La primera lectura, la *noción*, subrayó, de primera lectura es

inolvidable porque es irrepetible y es única, pero su cualidad epifánica no depende del *contenido* del libro sino de la emoción que ha quedado fijada en el recuerdo. Se asocia con la infancia, por ejemplo, en el capítulo de Combray en *Swann*, Proust regresa al paisaje olvidado de la casa de la niñez convertido de nuevo en un chico y revive los lugares y las deliciosas horas dedicadas a la lectura desde la mañana hasta el momento de acostarse. El descubrimiento se asocia con la inocencia y con la infancia pero persiste más allá de ella. Persiste más allá de la infancia, repitió, la imagen persiste con el aura del descubrimiento, a cualquier edad.

Los escritores argentinos siempre dicen, bueno, los libros de mi vida, a ver, la *Divina Comedia*, claro, la *Odisea*, los sonetos de Petrarca, las *Décadas* de Tito Livio, navegan por esas antiguas aguas profundas, pero yo *no* me refiero a la importancia de los libros, me refiero simplemente a la impresión vívida que está ahí, ahora, descolgada sin remitente, sin fecha, en la memoria. El valor de la lectura no depende del libro en sí mismo, sino de las emociones asociadas al acto de leer. Y muchas veces atribuyo a esos libros lo que corresponde a la pasión de entonces (que ya he olvidado).

Lo que se fija en la memoria no es el contenido del recuerdo, sino su forma. No me interesa lo que puede esconder la imagen, me interesa sólo la intensidad visual que persiste en el tiempo como una cicatriz. Me gustaría contar mi vida *siguiendo esas escenas,* como quien sigue las señas en un mapa para guiarse en una ciudad desconocida y orientarse en la multiplicidad caótica de las calles, sin saber muy bien adónde quiere llegar. Sólo busca en realidad *conocer* esa ciudad, no ir a un lugar determinado, incorporarse al torbellino del tráfico para poder alguna vez recordar algo de ese lugar. («En esa ciudad los nombres de las calles remiten a los mártires muertos en defensa de su fe en el cristianismo primitivo, y mientras andaba por esas callejuelas, imaginé de pronto una ciudad, esa misma quizá, cuyas calles llevaran el nombre de los activistas que han muerto luchando por el socialismo, por ejemplo», dijo.) Estuve ahí, crucé un puente sobre los canales y fui a dar al zoo. Era una tarde liviana, de primavera, y me senté en un banco a mirar el paseo

circular de los osos polares. Eso es para mí construir un recuerdo, estar disponible y ser sorprendido por el brillo fugaz de una reminiscencia.

Escuela N.º1 de Adrogué. Clase de lectura. La señorita Molinari ha creado una especie de concurso: se lee en voz alta y el que se equivoca queda eliminado. La competencia de las lecturas ha comenzado. Me veo en la cocina de casa, dijo Renzi, la noche antes, estudiando «la lectura». ¿Por qué estoy en la cocina? Quizá mi madre me toma la lección. No la veo a ella en el recuerdo: veo la mesa, la luz blanca, la pared de azulejos. El libro tiene grabados, lo veo, y recuerdo de memoria todavía la primera frase que estaba leyendo a pesar de la enorme distancia: «Llegan barcos a la costa trayendo frutos de afuera...» Los frutos de afuera, los barcos que llegan a la costa. Parece Conrad. ¿Qué texto era ése? Año 1946.

–Aprendemos a leer antes de aprender a escribir y son las mujeres quienes nos enseñan a leer.

Es mi cumpleaños, Natalia, una amiga de mi abuelo, italiana, recién llegada. Su marido ha muerto «en el frente»... Bellísima, sofisticada, fuma cigarrillos rubios «americanos», habla con mi abuelo en italiano (en piamontés, en realidad) de la guerra, imagino. Me trae de regalo *Corazón* de Edmundo De Amicis. Recuerdo nítido el libro amarillo de la colección Robin Hood. Estamos en el patio de casa, hay un toldo, ella tiene un vestido blanco y me entrega el libro con una sonrisa. Me dice algo cariñoso que no entiendo bien, con mucho acento, con sus ardientes labios rojos.

Lo que me impresionó en esa novela (que no he vuelto a leer) fue la historia del «pequeño escribiente florentino». El padre trabaja de copista, el dinero no alcanza, el chico se levanta de noche, cuando todos duermen, y sin que lo vean copia en lugar de su padre, imitando –todo lo que puede– su letra. Lo que fijaba la escena en el recuerdo, creía Renzi, era la pesadez de esa bondad sin espectadores, *nadie sabe* que es él quien escribe. El invisible escritor nocturno: de día se mueve como un sonámbulo.

Hay una serie con la figura del copista, el que lee por escrito textos ajenos: es la prehistoria del autor moderno. Y hay muchos amanuenses imaginarios a lo largo de la historia, que han perdurado hasta hoy: Bartleby, el espectral escribiente de Melville; Nemo, el copista sin identidad –su nombre es Nadie, de *Bleak House* de Dickens–; François Bouvard y su amigo Juste Pécuchet de Flaubert; Shem (the Penman), el alucinado escriba que confunde las letras en el *Finnegans Wake*; Pierre Menard, el fiel transcriptor del *Quijote*. ¿No era la copia –en la escuela– el primer ejercicio de escritura «personal»? La copia estaba antes del dictado y antes de la «composición» (tema: *Los libros de mi vida)*.

Estudio inglés con Miss Jackson, viuda de un alto empleado de los ferrocarriles del sur, que habita sola una casa de dos pisos y ha publicado en *La Prensa* dos o tres traducciones de Hudson. Nos daba clases particulares (se ganaba de ese modo la vida, porque la pensión, se quejaba, le llegaba a desgano). Lo primero que leemos –con ella– es el libro de Hudson sobre los pájaros del Plata. Una tarde nos llevó a visitar Los Veinticinco Ombúes, la casa natal del escritor, que estaba a pocos kilómetros de Adrogué. Fuimos en bicicleta, ella con sus bellas faldas parecía ir de perfil, como si montara de costado a caballo, la pollera de medio luto, al viento. Oh la imaginación, oh los recuerdos, recitó Renzi, a esa altura ya un poco borracho.

Tiene la inglesa nostalgia de Londres, pero sobre todo de Sudáfrica (Rhodesia, dice), donde su marido estuvo un par de años. La *savannah* infinita, los monos de cara blanca y los pelícanos de gráciles patas rojizas. Nos mostraba fotos de su casona de troncos cerca del río, al costado de un muelle; debíamos describir en inglés lo que veíamos.

Era una mujercita simpática, irascible, nada convencional: si alguno de nosotros se tiraba un pedo –*sorry*– nos hacía parar en fila y nos olía el *ass*. Uno por uno hasta descubrir al culpable, que de inmediato era llevado de una oreja al patio. Parece una escena de Dickens, un repentino cambio de tono en una novela de Muriel Spark. Todavía conservo la vieja edición de *Birds of La Plata*, con

notas escritas en el margen por Miss Jackson. Un círculo envuelve la palabra *peewee* y al costado, con su diminuta letra de hormiga, anotó la definición: *«A person of short stature.»*

Voy en un tren y tengo el libro abierto sobre una pequeña mesa contra la ventanilla. Leo *Los hijos del Capitán Grant* de Julio Verne. No recuerdo cómo descubrí esa novela que cuenta una travesía por la Patagonia mientras yo atravesaba la misma Patagonia que leía.

Al terminar el colegio primario mi abuelo me lleva con él en un largo viaje al sur. Vamos en el coche dormitorio, las literas se convierten en asientos, hay un pequeño lavatorio que baja de la pared, plateado, minúsculo, con un espejo. En el compartimento vecino viaja, sola, Natalia. Hay una puerta corrediza que comunica los dos camarotes. Desayunamos y comemos en el vagón comedor, vajilla inglesa, soperas de plata.

Natalia en el vertiginoso pasillo del tren me acaricia el pelo. Un olor inolvidable viene de su cuerpo; usa una solera floreada y no se afeita las axilas.

En la novela de Verne el aristócrata escocés Lord Edward Glenarvan descubre un mensaje en una botella lanzada al mar por Harry Grant, capitán del bergantín *Britannia*, que ha naufragado dos años antes. La principal dificultad consiste en que los datos del mensaje lanzado por los náufragos son ilegibles, excepto la latitud: 37º Sur.

Lord Glenarvan, los hijos del capitán Grant y la tripulación de su yate *Duncan* parten para Sudamérica, ya que el mensaje incompleto sugiere la Patagonia como sitio del desastre. En mitad de la travesía descubren a un inesperado pasajero: el geógrafo francés Santiago Paganel, que ha subido a bordo por equivocación. La expedición circunnavega el paralelo 37º Sur, atraviesa la Argentina explorando la Patagonia y gran parte de la región pampeana.

Mientras cruzábamos un alto puente de hierro sobre el río Colorado, yo leía en la novela que cruzando un alto puente de hierro sobre ese caudaloso río de aguas rojizas empezaba la Patagonia.

El libro de Verne me explicaba lo que yo veía. El erudito geógrafo francés clasificaba y definía la flora y la fauna, las aguadas, los vientos, los accidentes geográficos. La literatura popular es siempre didáctica (por eso es popular). El sentido prolifera, todo es explicado y aclarado. En cambio, lo que yo veía por la ventanilla era árido, ventoso, los pajonales, el arenal, los yuyos aplastados, las piedras volcánicas, el vacío. Siempre habrá un hiato insalvable entre el ver y el decir, entre la vida y la literatura.

«Debemos recordar», decía Jean Renoir, «que un campo de trigo pintado por Van Gogh puede despertar mayor emoción que un campo de trigo *tout court.»* Puede ser, depende de lo que uno haga en el trigal...

A la noche me asomaba por la ventanilla y veía en las sombras los faros de un auto en el camino, las casas iluminadas en los pueblos que pasaban frente a mí. Oía el lento y angustioso suspiro de los frenos en estaciones vagamente entrevistas; la cortina de cuero, al levantarse, dejaba ver un andén desierto, un changador que empujaba el carro de equipajes, un reloj circular con números romanos, hasta que se oía por fin el tañido de la campana anunciando la partida del tren. Entonces encendía la pequeña luz en la cabecera de la cama y leía. Mi abuelo estaba en el compartimento de al lado.

La fugaz visión de Natalia sola, al amanecer, que hurga entre objetos de vidrio en su *nécessaire* sobre la felpa gris de su compartimento iluminado, es inolvidable.

Viajamos dos días y dos noches hasta Zapala y de ahí en un coche de alquiler hasta un casco de estancia en el desierto. Visitamos a un amigo de mi abuelo que había hecho con él la Primera Guerra. Era

un hombre alto y desgarbado, de encendida cara rojiza y ojos celestes. Llamaba a mi abuelo el Coronel, y juntos recordaban los resbaladizos puestos de combate en las laderas heladas de las montañas de Austria y las interminables batallas en las trincheras. El hombre tenía grandes bigotes de cosaco y le faltaba el brazo izquierdo. «Ese muchacho», dijo mi abuelo, «es un valiente, me rescató herido de la tierra de nadie y perdió el brazo en la maniobra.»

Varias veces pensé en volver a la estancia en la Patagonia, viajar a ver al hombre que había perdido un brazo. «Pues bien», hubiera podido decirme, «voy a contarle la verdadera historia de su abuelo en la guerra.» Pero nunca fui y sólo tengo de esa guerra personal rastros aislados: una foto de mi abuelo vestido de soldado y los papeles, libros, mapas, cartas y notas que me dejó como su única herencia al morir. Sin embargo, a veces, todavía escucho su voz.

En 1960, 1961, cuando yo estudiaba en La Plata pasaba mucho tiempo con mi abuelo en la casa de Adrogué, incluso, en un sentido a la vez cómico y entrañable, me contrató, me dio trabajo: yo andaba sin plata en esa época y entonces pensó que podía ayudarlo a ordenar sus papeles y a reconstruir su experiencia en la guerra. Temía perder, con la edad, la memoria, y había ordenado sus documentos *espacialmente*: en un cuarto estaban los mapas y los planos de las batallas *(El cuarto de los mapas*, había escrito en la puerta), en otro tenía las vitrinas y las mesas cubiertas con las cartas de la guerra; en otro cientos de libros dedicados exclusivamente a la conflagración mundial de 1914-1918. Había peleado en el frente de los Alpes, lo habían herido en el pecho y su amigo y compañero (cuyo nombre no sé; mi abuelo lo llamaba a veces el Africano porque el hombre había nacido en Sicilia) le había salvado la vida a costa de perder un brazo. Mi abuelo había hecho la guerra y tenía una honda cicatriz en el pecho. Estuvo tres meses en un hospital de campaña, y luego fue enviado a la oficina postal del Segundo Ejército (porque sabía inglés, alemán y francés), a la sección de cartas de los soldados muertos o desaparecidos en

combate. Su trabajo consistía en juntar los objetos personales –el reloj, el anillo de bodas, las fotos familiares, las cartas no enviadas o a medio escribir– y enviarlos con una carta de pésame a los deudos.

«Morían muchos, muchísimos cada día, las ofensivas contra las defensas austríacas eran una masacre.» ¿Qué obligación puede ser más opresiva que la de clasificar cartas muertas y contestarle a la madre, al hijo, a la hermana?

Cartas inconclusas, interrumpidas por la muerte, mensajes de los desaparecidos, los aterrados, los que murieron en la noche sin conocer el alba, decía el Nono, piedad para quienes cayeron ateridos, solos, hundidos en el fango. «¿Cómo podemos darles voz a los muertos, esperanza a los que murieron sin ninguna esperanza, alivio a los fantasmas que vagan espantados entre las alambradas y la luz blanca de los reflectores...?»

De a poco, luego de meses y meses de lidiar con esos restos, empezó a enloquecer: se guardaba las cartas, ya no las enviaba, estaba, me dijo, paralizado, sin voluntad, sin ánimo, casi no recordaba nada de esa época, y cuando al fin lo repatriaron a la Argentina con su familia se trajo con él las palabras de los que iban a morir. Tengo conmigo, todavía, los prismáticos de un oficial francés que el Nono me regaló cuando cumplí dieciocho años; en un costado se lee *Jumelle Militaire*, pero el número del regimiento está raspado con una navaja o una bayoneta para que no se pueda ver su destino. En el círculo metálico de las dos lentes chicas está grabado *Chevalier Opticien* y, al darlo vuelta, entre las dos lentes más grandes hay una pequeña brujulita que marca aún el venturoso norte. A veces me asomo a la ventana y miro con esos largavistas desde el décimo piso la ciudad: mujeres con la cabeza envuelta en una toalla roja hablan por teléfono en un cuarto iluminado; los diminutos y ágiles dueños del supermercado coreano de la esquina mueven cajas y hablan entre sí a los gritos, como si pelearan en un idioma lejano, incomprensible.

¿Por qué había robado esas cartas? No decía nada, me miraba, sereno, con sus ojos claros y cambiaba de tema; eran para él, imagino, un testimonio de la insoportable experiencia de las interminables batallas heladas, un modo de honrar a los muertos.

Las tenía con él, como quien conserva letras escritas de un alfabeto olvidado. Estaba furioso y su dicción alucinada suena todavía en mis oídos porque a veces, aún hoy, me parece escucharlo y su voz vuelve a mí en los momentos más desesperados.

–El lenguaje..., el lenguaje..., decía mi abuelo –dijo Renzi–, esa frágil y enloquecida materia sin cuerpo es una hebra delgada que enlaza las pequeñas aristas y los ángulos superficiales de la vida solitaria de los seres humanos, porque los anuda, cómo no, sí, decía, los liga, pero sólo por un instante, antes de que vuelvan a hundirse en las mismas tinieblas en las que estaban sumergidos cuando nacieron y aullaron por primera vez sin ser oídos, en una lejanísima sala blanca y desde donde, otra vez en la oscuridad, lanzarán también desde otra sala blanca su último grito antes del fin, sin que su voz llegue por supuesto, tampoco, a nadie...

En el cuarto del fondo de la casa de mi abuelo estaba la biblioteca donde encontré el libro azul, pero ahora junto con el *Diario de la guerra* de Carlo Emilio Gadda. Lo descubrí en aquel tiempo cuando estudiaba en La Plata y venía a visitarlo, una edición de *La cognizione del dolore*. Gadda había vivido en la Argentina y en su novela, situada en un pueblo de Córdoba, los vecinos, aterrorizados por la inseguridad, contrataban un equipo de vigilancia privada y ellos –los custodios– eran quienes iban asesinando a esos argentinos del barrio cerrado, uno atrás de otro... ¡Un vidente! Gadda entendió todo al toque en una novela de 1953.

¿Cómo se podía escribir sobre la Argentina? Se veía claro en *Los siete locos*, en *Trans-Atlántico* y en *La cognizione del dolore*. Los tres son escritores extravagantes, intraducibles, que viajan mal. No usan la lengua literaria media, dijo Renzi, miran todo con ojo estrábico, al sesgo, son tartamudos disléxicos, guturales: Arlt, Gombrowicz, Gadda. En cuanto a mí, yo, que era hijo y nieto de italianos, me he sentido a veces sobre todo un escritor ítalo-argentino, no sé si existe esa categoría... pero veo que la línea secreta de mi vida va del libro al revés, a *Corazón* y a *La cognizione del dolore*, pasando por «Llegan barcos a la costa trayendo frutos de afuera». Me hubiera gustado ser sobrino de Carlo Emilio Gadda, pero tengo que

conformarme, decía Renzi, con ser sólo su descendiente voluntario pero ilegítimo y no reconocido...

Ahí tendría que concluir la primera parte de la así llamada historia de los libros de mi vida, pero sin embargo queda un resto, un desvío, un pequeño cambio de dirección –un viraje– que puedo contar antes de irme, dijo, mientras se tomaba la copa del estribo.

Joven –levantó la mano e hizo un círculo en el aire–, otra vueltita, dijo.

Un tiempo después de aquel viaje al sur, a los dieciséis años, yo cortejaba, digamos así, dijo, a Elena, una bella muchacha, muchísimo más culta que yo, con la que cursaba el tercer año del Colegio Nacional de Adrogué. Una tarde veníamos por una calle arbolada junto a un muro pintado de celeste, que todavía veo con nitidez, y ella me preguntó qué estaba leyendo.

Yo, que no había leído nada significativo desde la época del libro al revés, me acordé que había visto, en la vidriera de una librería, *La peste* de Camus, otro libro de tapas azules, que acababa de aparecer. *La peste* de Camus, le dije. ¿Me lo podés prestar?, dijo ella.

Me acuerdo que compré el libro, lo arrugué un poco, lo leí en una noche y al día siguiente se lo llevé al colegio... Había descubierto la literatura no por el libro sino por esa forma afiebrada de leerlo ávidamente con la intención de *decir* algo a alguien sobre lo que había leído: pero ¿qué?... Eterna cuestión. Fue una lectura distinta, dirigida, intencional, en mi cuarto de estudiante, esa noche, bajo la luz circular de la lámpara... De Camus no me interesa *La peste*, pero recuerdo al viejo que le pegaba a su perro y cuando al fin el perro se escapa, lo busca desolado por la ciudad.

¿Y cuántos libros he comprado, alquilado, robado, prestado, perdido, desde entonces? ¿Cuánto dinero invertido, gastado, derrochado en libros? No recuerdo todo lo que he leído, pero puedo reconstruir mi vida a partir de los estantes de mi biblioteca: épocas,

lugares, podría organizar los volúmenes cronológicamente. El libro más antiguo es *La peste*. Luego hay una serie de dos: *El oficio de vivir* de Pavese y *Stendhal par lui-même*. Fueron los primeros que compré, a los que siguieron cientos y cientos. Los he traído y llevado conmigo como un talismán o un fetiche, y los he puesto sobre las paredes de piezas de pensión, departamentos, casas, hoteles, celdas, hospitales.

Se puede ver cómo es uno a lo largo del tiempo sólo con hacer un recorrido por los muros de la biblioteca: sobre Pavese escuché una conferencia de Attilio Dabini y compré el libro (porque yo *también* escribía un diario). *Stendhal par lui-même* lo encontré en la librería Hachette de la calle Rivadavia. Recuerdo el tren en el que volvía a Adrogué y el guarda que apareció por el pasillo y no me dejó terminar la frase que estaba escribiendo atrás en el libro. Quedó una frase incompleta, ese rastro *(Es difícil ser sincero cuando se ha perdido...* ¿qué?) no sé si es una cita o una frase *mía* (las que nos vienen a la cabeza cuando leemos). Puedo ver cómo cambian las marcas, los subrayados, las notas de lectura de un mismo libro a lo largo de los años. En *El oficio de vivir*, por ejemplo, Editorial Raigal, traducción de Luis Justo. Está firmado con mis iniciales *ER* con la fecha 22 de julio de 1957. Anotaba impresiones en los márgenes o en la última página: *El diario como contraconquista o los múltiples modos de perder una mujer*. Anotaba *ver p. 65.* Y algunas citas: *«Así termina nuestra juventud: cuando vemos que nadie quiere nuestro ingenuo abandono.»* Y en la primera hoja blanca del libro, antes de los títulos, hay una de las tantas listas que he hecho siempre con la intención de dar por hecho lo que he escrito: *Llamar a Luis, Latín II (martes y jueves)* y, más abajo, una de las tantas anotaciones supersticiosas. En ese momento estaba escribiendo mis primeros relatos, me interesaba «vivamente» saber *cuánto* tardaba un escritor en escribir un libro y reconstruí la cronología de la obra de Pavese partir de su diario.

27 de noviembre 1936 - 15 de abril de 1937*: Il carcere*.

3 de junio - 16 de agosto de 1939*: Paese tuoi*.

septiembre de 1947 - febrero de 1948: *La casa en la colina*.

junio-octubre de 1948*: Il diavolo sulle colline*.

marzo-junio de 1949: *Tra donne sole*.
septiembre-noviembre de 1949*: La luna e i falò*.

En aquel entonces escribir un cuentito de cinco páginas me llevaba tres meses.

La peste y *El oficio de vivir* fueron los primeros libros propios, digamos así, y mi último libro lo conseguí ayer a la tarde, fue *The BlackEyed Blonde (A Philip Marlowe novel)* de Benjamin Black, me lo regaló Giorgio, un amigo. Tenés que escribir algo, me dice, dijo Renzi, es Chandler pero le falta... ¿Qué le falta?, preguntó mi amigo. El *touch*, pensé, le falta *la mugre*, como dicen los tangueros cuando un tango está sólo «bien» tocado...

Renzi abrió el libro y leyó: «*It was one of those Tuesdays in summer when you begin to wonder if the earth has stopped revolving.*» Así empieza; es lo mismo, pero no es lo mismo (tal vez porque *sabemos* que no es de Chandler...).

Demasiados pastiches, viejo, esta temporada, dijo ahora, demasiadas parodias, prefiero el plagio directo...

Me lo podés prestar, me dijo Elena. No sé qué fue de ella después, pero si no me hubiera hecho esa pregunta, quién sabe qué habría sido de mí... Ya no hay destino, no hay oráculos, *no es cierto* que todo esté escrito en la vida pero, pienso a veces, si no hubiera leído ese libro, o mejor, si no lo hubiera visto en la vidriera, quizá no estaría aquí. O si ella no me lo hubiera pedido, ¿no? Quién sabe... Exagero, retrospectivamente, pero recuerdo con ardor esa lectura, un cuarto al fondo, una lámpara de escritorio, ¿qué decirle a una mujer de una novela? ¿Contarla de nuevo? Tampoco el libro valía mucho, demasiado alegórico, un estilo pesado, profundo, sobreactuado, pero, en fin, ahí pasó algo, hubo un cambio... Nada especial, una tontería, la verdad, pero esa noche estuve otra vez, hablando en sentido figurado, en el umbral: sin saber nada de nada, haciendo que leía...

–Oh el azar, los azahares, las muchachas en flor... Tengo setenta y

tres años, viejo, y sigo ahí, sentado con un libro, a la espera...

Mi padre, dijo después, había estado casi un año preso porque salió a defender a Perón en el 55 y de golpe la historia argentina le parecía un complot tramado para destruirlo. Estaba acorralado y decidió escapar. En diciembre de 1957 abandonamos medio clandestinamente Adrogué y nos fuimos a vivir a Mar del Plata. En esos días, en medio de la desbandada, en una de las habitaciones desmanteladas de la casa empecé a escribir un diario. ¿Qué buscaba? Negar la realidad, rechazar lo que venía. Todavía hoy sigo escribiendo ese diario. Muchas cosas cambiaron desde entonces, pero me mantuve fiel a esa manía.

No hay evolución, nos movemos apenas, fijos a nuestras viejas pasiones inconfesables, la única virtud, creo, es persistir sin cambiarlas, seguir fiel a los viejos libros, las antiguas lecturas. Mis viejos amigos, en cambio, a medida que envejecen aspiran a ser lo que antes odiaban, todo lo que detestaban ahora lo admiran, ya que no pudimos cambiar nada, piensan, cambiemos de parecer, bibliotecas enteras enterradas, en el patio, quemadas en el incinerador, es difícil desprenderse de los libros, pero ¿y el modo de leer? Siguen igual, lectores dogmáticos, literales, dicen ahora cosas distintas con la misma sabiduría engolada de los viejos tiempos. Vivimos en el error de pensar que nuestros viejos amigos están con nosotros. ¡Imposible! Hemos leído los mismos libros y amado a las mismas mujeres –por ejemplo Junior– y conservamos algunas cartas que no fuimos ni somos capaces de enviar o de quemar en la hoguera del tiempo y de eso trataría entonces mi autobiografía, si alguna vez me decidiera yo también a escribir una...

Mi abuelo (ya que empecé con él) murió en 1968, casi cincuenta años después del fin de la guerra en la que había peleado, y el hombre sin un brazo estuvo con nosotros en el entierro, pero Natalia no, vaya uno a saber qué se ha hecho de esa mujer, era bella como una diosa y cantaba, me acuerdo, cuando estaba contenta...

Era casi de noche ya. Afuera el asfalto brillaba bajo las cálidas luces de la ciudad. Era hora de irse, volver a casa.

–Mejor vamos.

Salimos a la calle y mientras íbamos hacia Charcas (ex Charcas), caminando con lentitud porque Emilio tenía un problemita en la pierna izquierda («Consecuencia de los vicios privados, la crisis económica, el peronismo, las malas noches»), decidimos parar a tomar un cafecito en la barra del Filippo en la esquina de Callao y Santa Fe y ahí entonces Emilio decidió agregarle, a lo que ya me había contado, un epílogo, un remate, *una visita*, subrayó mientras saboreaba el café. Un encuentro que podía entenderse, con un poco de buena voluntad y viento a favor, como el final de su aprendizaje literario, o algo así, un puente, dijo, un rito de pasaje.

–Una vez en el centro de estudiantes organizamos un ciclo de conferencias y decidimos, claro, empezar con el viejo Borges. Lo llamé por teléfono para invitarlo y accedió enseguida. Me recibió en la Biblioteca Nacional, amable, con su tono indeciso, parecía siempre a punto de perder la palabra que quería decir.

Enseguida me habló de La Plata, donde vivía su amigo el poeta Paco López Merino, con quien se visitaban asiduamente. Un domingo en casa, me dice Borges, contaba Renzi, después de almorzar y antes de irse, su amigo insistió en saludar al padre de Borges, que, como era costumbre en los criollos viejos, dormía la siesta. Luego de algunos cabildeos, decidieron acompañarlo al dormitorio.

Doctor, quería despedirme de usted, dijo López Merino.

Todos se sintieron incómodos, pero como lo querían aceptaron la amistosa e imperativa resolución, y el doctor Borges, con una sonrisa, tranquilo, lo saludó con un abrazo... Al salir López Merino vio la guitarra de Güiraldes, que el autor de *Don Segundo Sombra* le había obsequiado a la madre de Borges antes de irse a París, y López Merino la hizo sonar, dulcemente.

Está destemplada; nunca fue muy buena esta guitarra, dijo malicioso el poeta, contó Borges, y agregó Borges, dijo Renzi, parece una maldad, pero sólo era un chiste de muchachos.

Lo cierto es que López Merino se mató de un tiro al día siguiente y ahí entendieron lo imperativo y sobrio de su saludo final.

Lindo, ¿no?, dijo Borges con una sonrisa cansada como si la elegancia de la secreta despedida lo hubiera emocionado.

Tenía una forma inmediata y cálida de crear intimidad, Borges, dijo Renzi, siempre fue así con todos sus interlocutores: era ciego, no los veía y les hablaba como si fueran próximos y esa cercanía está en sus textos, nunca es paternalista ni se da aires de superioridad, se dirige a todos como si todos fueran más inteligentes que él, con tantos sobrentendidos comunes que no hace falta andar explicando lo que ya se sabe. Y es esa intimidad la que sienten sus lectores.

Le encantó la propuesta de ir a La Plata, pensaba hablar sobre los cuentos fantásticos de Lugones, ¿qué me parecía?, dijo. Perfecto, le digo, además, Borges, mire, le vamos a pagar, no sé cuánto dinero era en ese momento, digamos unos quinientos dólares.

–No –me dice–, es mucho.

Me quedé cortado, mire, Borges, le digo, no es nuestra la plata, no es de los estudiantes, la Universidad nos dio un dinero.

–No importa, les voy a cobrar doscientos cincuenta.

Y seguimos hablando, él siguió hablando, ya no me acuerdo si de Lugones o de Chesterton, pero lo cierto es que me sentí tan cómodo, tan cercano a él, con esa sensación de liviandad, de inteligencia plena y de complicidad, que al rato, casi sin darme cuenta y hablando del final de los cuentos de Kipling, le digo, envalentonado por el clima de intimidad y agradecido por la sensación de estar hablando con alguien de igual a igual:

–Sabe, Borges, que veo un problema en el final de «La forma de la espada».

Alzó su rostro hacia mí, alerta.

–Un problema –dijo–, caramba, usted quiere decir un defecto...

–Algo que sobra.

Miraba el aire, ahora, jovial, expectante.

El cuento narra con una técnica que Borges había usado ya en «Hombre de la esquina rosada» y usaría después: está contado por un traidor y asesino como si fuera otro. Al que cuenta le cruza la cara «una cicatriz rencorosa» y circular. En un momento del cuento

se enfrenta a un adversario que con una espada curva le marca la cara. Uno se da cuenta entonces de que quien cuenta es el traidor porque la cicatriz lo identifica. Borges, sin embargo, sigue el relato y lo cierra con una explicación. «Borges», dice, «yo soy Vincent Moon, ahora desprécieme.» Escuchó mi resumen del relato con gestos de afirmación y repitió en voz baja la frase «Sí..., ahora desprécieme».

–¿No le parece que esa explicación está de más? Sobra, creo.

Hubo un silencio. Borges sonrió, compasivo y cruel.

–Ah –dijo–. Usted también escribe cuentos...

Yo tenía veinte años, era arrogante, era más idiota de lo que ahora soy pero me di cuenta de que la frase de Borges quería decir dos cosas.

Habitualmente si alguien lo encaraba en la calle para decirle «Borges, soy escritor», «Ah, yo también», le contestaba, y hundía al interlocutor en la nada. Algo de esa delicada maldad y algo de tranquila soberbia tenía la frase «Este mocito impertinente cree que escribe cuentos...».

La otra aserción era más benévola y tal vez quería decir: «Usted ya lee como si fuera un escritor, entiende el modo en que los textos están construidos y quiere ver cómo están hechos, ver si puede hacer algo parecido o en el mejor de los casos algo distinto.» Escribir, me estaba diciendo, cambia sobre todo el modo de leer.

Seguimos conversando un rato más, yo ya estaba atontado y avergonzado y como adormecido. Borges me hizo ver el escritorio circular de Groussac que él recorría con su mano espléndida y pálida, la mano con la que había escrito «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» y «La supersticiosa ética del lector».

Me doy cuenta de que Borges ha sido siempre un cuentista clásico, sus finales son cerrados, explican todo con claridad; la sensación de extrañeza no está en la forma –siempre clara y nítida– ni en los finales ordenados y precisos, sino en la increíble densidad y heterogeneidad del material narrativo.

Me acompañó amable hasta la puerta y antes de despedirme me dijo, como para que yo no olvidara su lección sobre las historias bien cerradas:

–He conseguido una considerable rebaja, ¿no? –dijo divertido el

viejo Borges.

En fin, me hundió, pero me reconoció como escritor, ¿no es cierto?, dijo Renzi. Yo había escrito dos o tres cuentos, horribles, mal terminados, pero, en fin, las ilusiones tienen que ser confirmadas alguna vez por otro, aunque sea por medio de la humillación y el espanto. Por eso los jóvenes –y los no tan jóvenes– andan por ahí con sus escritos buscando que alguien los lea y les diga «Ah, usted también escribe», claro que ahora los suben a la web, pero igual les falta la certificación, que alguien –personalmente– les diga usted también está de este lado...

Hablo de más, me pongo sentencioso y apodíctico, como corresponde a un hombre de mi edad, se quedó pensando. Ya estábamos en la puerta del edificio de la calle Charcas (ex Charcas) al mil ochocientos. A lo mejor pensó que iba a morir en esa guerra, mi abuelo, pero igual fue. Un acto de heroísmo, ir, yo no me hubiera animado, dijo Emilio mientras abría la puerta de entrada, la sostenía con el cuerpo y se daba vuelta, sonriendo.

–Una tarde de éstas te termino la historia... Nos vemos, querido –dijo, y entró con paso incierto en el hall buscando el ascensor.

Ya era noche cerrada y lo vi subir envuelto en una luz amarillenta, con los ojos radiantes y una sonrisa de satisfacción que le iluminaba el rostro, como si, digamos, se hubiera quedado pensando en la muchacha que le pidió prestado el libro de Albert Camus.

2. PRIMER DIARIO (1957-1958)

Miércoles

Nos vamos pasado mañana. Decidí no despedirme de nadie. Despedirse de la gente me parece ridículo. Se saluda al que llega, no al que se deja de ver. Gané al billar, hice dos tacadas de nueve. Nunca había jugado tan bien. Tenía el corazón helado y el taco golpeaba con absoluta precisión. Pensé que construía las carambolas con el pensamiento. Jugar al billar es simple, hay que estar frío y saber anticipar. Después fuimos a la pileta y nos quedamos hasta tardísimo. Me zambullí del trampolín alto. Desde tan arriba las luces de la cancha de paleta flotaban en el agua. Todo lo que hago me parece que lo hago por última vez.

Sábado

La mudanza, en medio de la noche. «Salimos a la madrugada, furtivos, avergonzados. Había una luz encendida en la cocina del yugoslavo, del otro lado de la calle Bynon. El camión cargado con muebles, la casa desmantelada. La mansedumbre idiota de la llanura, en el cielo un chimango con los espolones hacia adelante como garfios, casi sentado en el aire, atrapa, con su vuelo rasante, a un cuis y se lo lleva con un aletear lento y profundo. Nos detenemos a mediodía en un bosquecito, el perro da vueltas por el campo. Mi padre dice: «Ves, en este pozo un croto ha hecho un fueguito», toca las cenizas con el revés de la mano. A la sombra, él anota en su cuaderno de tapa negra, sentado en los yuyos, la espalda contra un álamo. Alzo la cara del cuaderno, y a lo lejos, como un punto oscuro en la inmensa claridad, veo moverse la remota figura del linyera que avanza a pie por el campo hacia otro bosquecito donde prender un fuego para hacer mate. Ese acontecimiento mínimo (y la palabra de mi padre) vuelve a la memoria varias veces a lo largo del día, sin relación con nada que esté sucediendo en el presente, nítido en el

recuerdo, inesperado, como si fuera un mensaje cifrado que escondiera un sentido secreto. *Lunes*

Pasamos Nochebuena en la casa de Carranza, un compañero del movimiento, dice mi padre. Todo bastante sombrío. Mamá casi no habla y no hace otra cosa que leer novelas y usar palabras inesperadas (como siempre que anda mal). «Esta ensalada quedó medio *desvencijada.»* A la noche se levanta dos o tres veces para ver si estoy dormido o si preciso algo (¡me despierta!). Está nerviosa, sale poco, sufre pero jamás se queja. Su mundo se vino abajo (sus hermanas, sus amigas), pero viajó con papá por «solidaridad» más que por otra cosa. («No iba a dejar solo a este *pelafustán.»)* En la cena de Nochebuena se negó a brindar porque dijo que le iba a traer «mala espina».

Martes

La casa tiene dos plantas, abajo está el consultorio, al frente la sala de espera, a un costado hay un salón que da a la calle, dos dormitorios, la cocina y un patio. Arriba está mi cuarto y una sala, una cocinita y una terraza. Me instalé ahí y subí los pocos libros que traje. La ventana de mi cuarto da sobre las flores azules del jacarandá que está en la vereda. Podría irme por las ramas, en caso de apuro.

Jueves

Yo pienso que tendría que volver, vivir con el abuelo Emilio. Le escribo a Elena para darme ánimo y le anuncio mis planes, pero Elena no me cree. («Si vas a venir, vení y listo, pero no me lo anuncies cada cinco minutos.») No es cada cinco minutos, le escribo todas las noches (hoy no) con las novedades del día y de mis estados de ánimo. Al final de la carta ella me dibuja el gato de Landrú y escribe: «Te extraño y te extraño. Lloro todo el tiempo en los rincones, como la flor de tarada que soy.»

Lunes

A la playa, ayer y antes de ayer y hoy. No es lo mismo nadar en el mar que nadar en una pileta, la misma diferencia que entre vivir y

leer. «¿Qué preferís?, vos, vos, ¿qué *preferís?*» (subrayado). Las preguntas de Elena.

Martes

Mi padre, desde el consultorio, me pregunta cada vez que salgo a la calle si llevo los documentos. Mamá, que está en el patio, siempre leyendo sus novelas, levanta la vista: «Te van a llevar detenido a vos, sólo por ser *descendiente* de él.» Descendiente, pienso, en caída libre.

Viernes

Elena, oh Elena... Me escribe: «Soñé con vos dos veces, un sueño ayer a la noche y otro hoy a la noche. Salíamos de casa para tomar el colectivo San Vicente y siempre pasaba algo y no salíamos (me hacías la trenza, en el jardín). Al final, cuando salíamos a la calle me desperté. Tomé agua, tenía el pelo en la cara. Anoche volví a soñar y ¡ya estábamos juntos en el colectivo! ¿No es genial, dos sueños que siguen uno al otro? Andrea dice que es un augurio bárbaro pero a mí me asustó. Hoy a la mañana me desperté supermareada (Emilio, ¿no estaré embarazada?).»

Jueves

Falsa alarma (Galli Mainini)

Leo *Los siete ahorcados* de Andréiev. Los condenados del libro son todos librepensadores, *nihilistas*: Al alba los van a ejecutar, el tiempo no pasa y sin embargo es siempre más tarde –o más temprano– de lo que se imaginan. Imposible *describir* esa espera. «No era todavía la muerte pero ya no era la vida.» Una revolucionaria, la heroína, piensa: «Yo quisiera que sucediera así: salir sola al encuentro de los soldados, con un leve revólver en la liga; no importa que muera, pero no quiero morir como una gallina...» (¿No es increíble el símil?, pero *leve* revólver es perfecto.)

Lunes

Mi padre recuerda todavía algunos fragmentos de las cartas que su padre mandaba desde el frente, cuando él (mi padre..., oh los

pronombres) era chico y su madre se las leía en voz alta junto a la chimenea: «Yo lloraba, el general Gialdini lloraba, todos los soldados estaban llorando», lo que me deja intrigado sobre el contenido de la carta. Es lógico que un chico recuerde para siempre ese párrafo; es inolvidable en la niñez descubrir que el padre llora, que los hombres lloran, y que también puede llorar un aguerrido general del ejército...

Lo maravilloso de la infancia es que todo es real. El hombre mayor (!) es el que vive una vida de ficción, atrapado por las ilusiones y los sueños que lo ayudan a subsistir.

Por eso impresionan tanto los jirones de experiencia del pasado que uno recuerda sin entender del todo, son livianos y agudos como un florete que atraviesa de una estocada el corazón. Por eso son tan nítidos y tan incomprensibles esos recuerdos, ya que luego, ahora, en la juventud, uno se extravía. En mi caso estoy en el medio del río, perdí la sensación de certidumbre plena de la infancia y no tengo ninguna ilusión que me sostenga. *Martes*

Pasamos una biblioteca al piso de arriba porque mamá instaló un telar en la sala. Va a tejer un cubrecama rojo y amarillo, de lana fina, «para que tu padre se despabile», dice. Aprendió de joven el tejido en el colegio de monjas. «Estas manualidades», le gusta la palabra y la repite, «estas manualidades, m'hijito, no se olvidan, es como andar en bicicleta o hacer la señal de la cruz, te sale solo»...

Domingo

Tengo escrita mi carta diaria a Elena, la huelga de correos sirve de puente levadizo. Estoy entonces fuera de la ciudad sitiada...

Lunes

Mi madre tiene un brujo personal, lo llama don José pero yo para embromar le digo Yambó, el tipo no me gusta nada. Piel pálida, ojos de pescado, debe ser medio umbanda (un *pai do santo)*. Mamá ya lo veía en Buenos Aires; el tipo le avisó en septiembre que papá iba a caer preso pero él no le hizo caso y ella no se lo perdona. Ahora vino especialmente a Mar del Plata, tiene clientas por acá, para en el

hotelito cerca de casa, en España casi Moreno. El tipo habla y hace pronósticos. No tira el tarot, no mira la bola de cristal, dice lo que se le ocurre. A la noche, cenando, mamá dice que le dijo que ella se iba a vivir en un lugar frío. En Ushuaia mientras papá esté en cana, le digo. Ella se ríe. «No hables *patrañas*» (cuando está rara usa esas palabrejas). Ahora está leyendo a Knut Hamsun (la colección encuadernada en azul de Aguilar en papel biblia que trae cinco o seis novelas por tomo). *«Hambre*, tendrían que leerla (dice sin referirse a nadie en particular) para que vean (pluraliza) lo que es correr la coneja.» Cuando no está leyendo novelas, se la ve nerviosa y lo pelea a papá («¿Me podés decir qué vinimos a hacer a esta ciudad *oprobiosa?»)*. Ciudad oprobiosa, no está mal.

Jueves

Hay huelga de correos, entonces no recibo cartas de Elena ni le puedo mandar las que le escribo (tengo tres). Intermedio inquietante. ¿Ella sabrá que es por la huelga? (Voy a llamarla esta noche.) El paro acumula tanta correspondencia detenida que es inútil pensar que las cartas que mandé van a llegar.

Lista de interferencias posibles de la correspondencia amorosa: el cartero las quema; secuestro violento del mensajero, las cartas que no llegan a destino, ¿cuántas serán? Los enamorados interrumpidos por el movimiento sindical: es un tema interesante para una novela. La historia política no los deja amar...

Lunes

Lo divertido es que papá se reunió en el consultorio con uno de los delegados de la comisión interna del Correo Central de la calle Luro (el tipo se apuntó como enfermo y esperó turno en la sala); seguro le bajó la línea de Perón (Ahora que arreglamos con Frondizi hay que «apretar las clavijas»...). Pierda cuidado, doctor, ni una carta le entregaremos a esos vendepatria, etc. (Y las de mi hijo, ¿no las podrían repartir los compañeros?, tendría que haberle dicho.) Las cartas no salen hasta el miércoles...

Jueves

Si estoy aburrido y paso el día sin hablar con nadie, me dejo llevar por impulsos asesinos. Hoy empujé a un viejo medio rengo con el que tropecé en la calle Mitre. «No se me interponga, quiere», le dije, y mientras él se disculpaba amablemente le pegué un codazo estilo yudo de refilón y se quedó boqueando medio encorvado al costado de la iglesia; hace un rato sacudí al gatito contra la pared, rebotó como una pelota con un maullido despavorido, con todos los pelos parados y las cuatro patas abiertas a un metro del piso, y no bien cayó se zambulló abajo de la cómoda (y sigue ahí), y eso que es mi propio gato, Fermín, y me gusta cómo mira el cielo raso durante largo rato. A mamá no le contesto y se pone furiosísima. Mirá, Emilio, no te conviene hacerte el gracioso conmigo. Me dice *Emiiliiio*, cuando está enojada, como si raspara un vidrio *(Emiiliiio)*, de lo contrario me llama Hijo o Nene o Em y me trata de usted (y eso me enfurece a mí). En mi familia es muy común tratarse de usted, siempre parece que te estuvieran hablando en joda. «Usted cada tanto nos manda sus pareceres», me dijo el tío Mario al despedirme.

Jueves

En la casa de Julio está Jorge; discutimos un rato. El narrador ¿debe ser turbio o distante? Turbio: Dosto, Faulkner; distante: Hemingway, Camus en *El extranjero*. Llega Eduardo G., con su aire canchero. «Traigo efectivo», dice, y armamos una partida de póquer. Pierdo, pierdo (con un full), pierdo toda la tarde y al final gano con una escalera al as un gran pozo porque Eduardo cree que metí un bluff (él tiene pierna de reyes y se juega todo). Se va furioso porque le *parece* que hice trampa; no dice nada, quiere que yo *crea* que me descubrió haciendo mula (seguimos en eso, en la calle y después en el bar de Independencia y Colón con la máquina de discos, escuchando a Frankie Laine). Cuando Eduardo –como diría Dosto– cree, cree que no cree, y cuando no cree, cree que cree... y pierde todo. Ojalá fuera yo un *mulero*. Un joven fullero desencantado (que se las sabe todas), viaja en tren por las provincias, baja en estaciones perdidas, para en el hotel de la plaza, hace alarde, paga copas, aire de viajante aburrido, medio ingenuo, se levanta a las

viuditas del pueblo; la noche antes de seguir viaje acepta una partida de póquer en el club social...

Domingo

En el bar del Ambos Mundos con la gente del cineclub está el Inglés, alto, usa sombrero, piloto blanco (un disfraz), habla con mucho acento, trabaja en una compañía norteamericana exportadora de pescado en el puerto; se embarcó en Alaska, dicen que es un escritor conocido en Nueva York, Steve M. Siempre habla en broma. Anoche mostró una carta de seis páginas y dijo que era de Malcolm Lowry. Parece que hizo la tesis sobre *Under the Vulcano*, en el 53 en Columbia (la primera tesis en el mundo sobre la novela, dijo como si fuera una hazaña). Aquí nadie conoce ese libro aunque Oscar Garaycochea, que es un genio, se acordó de *The Lost Weekend*, la película de Billy Wilder, porque había una referencia a Lowry en la revista *Sight and Sound*. «Sí», dijo Steve, «Lowry casi se vuelve loco cuando se estrenó ese film.» Lo conoció personalmente, lo visitó en Canadá y Lowry pasó una semana en el depto de Steve en Brooklyn. Había que esconderle el whisky, según Steve, que, mientras, se va emborrachando de a poco. Lowry le tomó el frasco de la loción para después de afeitarse. ¿Miente? Puede ser, es brillante, muy divertido y ya se levantó a todas las chicas de quinto del nacional que vienen aquí a la tarde.

Anoté algunas cosas que dijo: «Lowry no era un novelista, era un escritor autobiográfico puro, escribía múltiples diarios personales, frenético escritor de cartas.» De *Under the Vulcano* hizo siete versiones. Dijo que nos va a dar la novela si la leemos en el bar. «La alquilo», dijo, «prohibido prestarla.» La novela pasa en México.

Sábado

Comparar Holden Caulfield y Silvio Astier: los dos tienen dieciséis años *(like me)*, uno se queja, tiene problemas existenciales, quiere irse a vivir solo a un bosque; el otro no tiene plata, roba libros en una escuela, quiere ser escritor y resistir en la ciudad. Ver la escena de Astier con el muchacho que usa medias de mujer en el hotel de

camas a un peso, de Talcahuano y Tucumán, en *El juguete rabioso*, y la escena de Holden con Carl Bruce en el Wicker Bar del Seton Hotel, en *The Catcher*. Holden es lírico, rebelde, sensible (la hermanita); Silvio está desesperado, sin salida y es un delator. En Salinger la oralidad es liviana, lexical, autocompasiva; en Arlt es áspera, antisentimental, sintáctica.

Según Steve, Lowry tuvo que cambiar el nombre inicial del personaje del cónsul, William Erikson, porque se enteró del asesinato de un norteamericano con ese nombre y muerto de la misma forma que el protagonista de su novela.

Miércoles

Noticia en los diarios de hoy (21 de mayo de 1958). Lado A: «Un submarino de nacionalidad desconocida fue atacado por la marina de guerra argentina en el Golfo Nuevo. La nave averiada consiguió desaparecer». Lado B: «El Almirantazgo británico anunció que el submarino *Avhros* fue averiado en aguas del océano Atlántico por un avión no identificado». Los únicos que creen en las noticias de los diarios, dice mi padre, son los periodistas. Cierto, dice mi madre, sólo quien lo ha escrito es creyente de lo que ha leído. Últimamente está genial, Ida, más contenta, muy ocurrente. El otro día dijo: «Mi cerebro funciona frío por su lado, como si estuviera en el *frigidaire.*»

Domingo

En Mar del Plata los cines siguen en actividad fuera de temporada, y para atraer al público dan tres películas distintas cada día a precios rebajados. Viajo en colectivo, veo una en el Gran Mar de la avenida Colón a las dos de la tarde, otra en el Ópera de la calle Independencia a las cuatro, otra en el Ocean de Luro a la seis, otra en el Atlantic a las ocho y otra en el cine Belgrano, en la esquina de casa, a las veintidós. Paso todo el tiempo en el cine de lunes a viernes, como si fuera un loco que ha sido privado de películas, un mendigo que quiere sentarse tranquilo en las oscuras salas o un cinemaníaco nómade. Los sábados y domingos no renuevan el

programa, así que me quedo en casa. El cine es más rápido que la vida, la literatura es más lenta.

En estas semanas vi:

OSS 117 basada en la novela de espionaje de Jean Bruce; *Barrabás* de Alf Sjöberg sobre la novela de Pär Lagerkvist; *Detrás de un largo muro* de Lucas Demare; *Un hombre sin suerte* de Frank Capra; *La fortaleza escondida* de Kurosawa; *OK Corral* de John Sturges; *Ugetsu Monogatari* de Mizoguchi; *El luchador* de R. Wise; *Los inútiles* de Fellini; *El arpa birmana* de Ichikawa; *La princesa que quería vivir* de W. Wyler; *La ventana indiscreta* de Hitchcock; *El ciudadano* de Wells; *La bahía del tigre* de J. Lee Thompson; *El verdadero fin de la guerra* de Kawalerowicz; *El hombre quieto* de John Ford; *Picnic* de Joshua Logan; *El pequeño fugitivo* de Morris Engel; *Infierno verde* de Nicholas Ray; *La condesa descalza* de J. Mankiewicz; *Un condenado a muerte se escapa* de Bresson; *Las noches de Cabiria* de Fellini; *El delator* de John Ford.

Lunes

En el colegio estamos de huelga por la derogación del artículo 28 que da a las universidades libres la posibilidad de otorgar títulos habilitantes. Todas las que hay son católicas. Laica o libre.

Martes

Descubro que la mayor elegancia del estilo depende de la justeza invisible de las construcciones preposicionales. Según mi madre, Arlt siempre la pifia. Los defectos son virtudes, le digo. Lo mismo al «vesre», dice mi madre, siempre que se «conduzcan» al límite y se reiteren. Me paso la tarde en casa inventando frases. El golpe hizo que se me cayeran los prismáticos *al* piso. El cartero tenía una de esas narices *de* cuya punta parece estar siempre *a* punto *de* caerse una gota. Mi padre había conseguido un éxito no sólo involuntario sino inútil *para* su vida. Elena sentía horror *por* el agua turbia. Ella y su hermana estaban horrorizadas *ante* la suciedad del charco maligno.

Jueves

El colegio sigue tomado. Paso la noche en el aula de química, vigilando la calle Hipólito Yrigoyen. No se ven policías ni Tacuaras de la derecha católica. Dormimos en los corredores, algunos toman mate, se discute todo el tiempo. Armas no vi, gomeras por ahí, bombitas molotov. Las chicas están con nosotros. Qué se creen estos gorilones, dice Elena (otra Elena), tetona, con trencitas, piernas de diosa, usa una falda escocesa con un gran alfiler de gancho justo a la altura del pubis.

Sábado

Fui a la casa de Julio. Discutimos Laica y Libre. ¿Qué Laica?, dice él. ¿La perra rusa? Soy librepensador escéptico, dice. Una contradicción, le digo. Bueno, soy ácrata entonces, y además creo que hay vida en el universo. Ah, bueno, le digo, un anarquista esotérico. Escuchamos *El príncipe estudiante*, por Mario Lanza. Nos gustan las operetas. Alejandra Achipenko nos va a prestar *Die Dreigroschenoper* de Bertolt Brecht y Kurt Weill cantada por Lotte Lenya. A la tarde, al cine con Julio y Jorge, vimos *Pasaron las grullas* de M. Kalatozov, rusa, tipo Walt Disney pero con soldados que vuelven de la guerra.

Miércoles

Fui al colegio, me negué a ir a la bandera. En la clase de francés, la profesora me prestó *La náusea* de Sartre. La leo hasta la mitad, de sopetón, a la salida, en el bar. Notable la escena del picaporte de la puerta, Roquentin lo mira como si fuera un bicho, tiene vida y es una cosa (muerta). No se anima a tocarlo.

Domingo

Steve se interesa cuando sabe que mi padre es médico y que ha estado en la cárcel. Sólo el que ha estado en prisión puede hablar de enfermedades, dice. Quiere que mi padre sea su médico personal. Empiezan una conversación fantástica sobre el alcohol. Incidentalmente, dice mi padre, todo lo que se ha escrito sobre la bebida es absurdo. Hay que empezar otra vez por el principio. Beber

es una actividad seria, desde siempre asociada con la filosofía. El que bebe, dice Steve, intenta disolver una obsesión. Hay que definir primero la magnitud de la obsesión, dice mi padre. No hay nada más bello y perturbador que una idea fija. Inmóvil, detenida, un eje, un polo magnético, un campo de fuerzas psíquico que atrae y devora todo lo que encuentra. ¿Ha visto alguna vez una luz imantada?, pregunta Steve. Se traga todos los insectos que se le acercan, los trata como si fueran de hierro. He visto volar interminablemente a una mariposa en el mismo lugar hasta morir de fatiga, dice mi padre. Todos hablan de obsesiones, dice Steve, nadie las explica tal cual son. La obsesión se construye, dice mi padre, he visto construirse obsesiones como castillos de arena, sólo se necesita un acontecimiento que nos altere drásticamente la vida. Un acontecimiento o una persona, dice mi padre, de los que no podamos discernir si nos ha cambiado la vida para bien o para mal. La estructura de una paradoja, dice Steve, un acontecimiento doble o vacilante en su ser. Nos marca, pero es moralmente ambiguo. La gente se mueve hacia el futuro, dice mi padre, descentrada, sin orientación, fuera del camino en el que se movió en el pasado. Una amputación, dice mi padre, del sentido de la orientación. La obsesión nos hace perder el sentido del tiempo, uno confunde el pasado con el remordimiento.

La cárcel es una fábrica de relatos, dice mi padre. Todos cuentan, una y otra vez, las mismas historias. Lo que han hecho antes, pero sobre todo lo que van a hacer. Se escuchan unos a otros, compasivamente. Lo que importa es narrar, no importa si la historia es imposible o si nadie la cree. Lo contrario del arte de la novela, dice Steve, que se funda en la ilusión de convertir a los lectores en creyentes.

Habría que estar afuera del mundo de la cárcel, dice mi padre, para interesarse en el relato de los presos. Pero justamente esos relatos están destinados a los que comparten la prisión. También en eso se diferencian del arte de la novela, dice Steve, las historias personales sólo deben contarse a los extraños y a los desconocidos.

Alguien hace algo que nadie entiende, un acto que excede la experiencia de todos. Ese acto no dura nada, tiene la cualidad pura de la vida, no es narrativo pero es lo único que tiene sentido narrar.

En el colegio huelga desde el miércoles, todos van y vienen enfurecidos por la (¿inesperada?) arremetida de Frondizi por el artículo 28 en contra de la escuela pública, baluarte del pasado liberal. Especie de agravio a Sarmiento y a otros padres fundadores, que ninguno de nosotros parece dispuesto a soportar. ¿De dónde viene esa decisión? De una pose «modernizadora» que en la Argentina ha sido siempre el argumento de la derecha. Modo de enterrar una cultura y hacer otra, más «realista», más «moderna» y sobre todo más cínica.

Viernes

Anoche discutí con un comunista y con Julio hasta las dos de la mañana. El comunista, un estudiante del industrial, simpático, niega todo arte que no venga o no vaya al pueblo. ¿Y quién decide dónde anda el pueblo?, le digo. Julio esquiva la cuestión, le da igual, es nihilista. No hice nada en particular, salvo escribirle a Elena (la de allá). La otra, la de acá, es Helena con hache.

3. PRIMER AMOR

Me enamoré por primera vez cuando tenía diez años. En medio de la clase apareció una muchacha de pelo colorado y la maestra la presentó como la alumna nueva. Estaba parada al lado del pizarrón y se llamaba (o se llama) Clara Schultz. No recuerdo nada de las semanas siguientes, pero sé que nos habíamos enamorado y que tratábamos de ocultarlo porque éramos chicos y sabíamos que queríamos algo imposible. Algunos recuerdos todavía me duelen. En la fila los otros nos miraban y ella se ponía todavía más colorada y yo aprendí lo que era sufrir la complicidad de los imbéciles. A la salida me peleaba en la canchita de Amenedo con tipos de quinto y de sexto que la seguían para tirarle abrojos en el pelo, porque ella lo llevaba suelto hasta la cintura. Una tarde volví a casa tan golpeado que mi madre pensó que me había vuelto loco o que me había agarrado una fiebre suicida. No podía decirle a nadie lo que sentía y parecía hosco y humillado, como si siempre anduviera con sueño. Nos escribíamos cartas, pero apenas sabíamos escribir. Me acuerdo de una sucesión inestable de éxtasis y de desesperación; me acuerdo de que ella era seria y apasionada y que nunca sonreía, quizá porque conocía el futuro. No conservo ninguna fotografía, sólo su recuerdo, pero en cada mujer que he querido estaba Clara. Se fue como vino, imprevistamente, antes de fin de año. Una tarde hizo algo heroico y quebró todas las reglas y entró corriendo en el patio de los varones para venir a decirme que se la llevaban. Tengo la imagen de los dos en medio de las baldosas negras y el círculo sarcástico de los otros que nos miran. El padre era inspector municipal o gerente de banco y lo trasladaban a Sierra de la Ventana. Recuerdo el horror que me produjo la imagen de una sierra que también era una cárcel. Por eso había llegado con el año empezado y por eso quizá me había amado. Fue tan grande el dolor que logré recordar que mi madre decía que si uno quería a una persona tenía que poner un espejo en la almohada, porque si la veía

reflejada en el sueño se casaba con ella. Y a la noche, cuando en casa todos se habían dormido, yo caminaba descalzo hasta el patio del fondo y descolgaba el espejo en el que se afeitaba mi padre todas las mañanas. Era un espejo cuadrado, de marco de madera marrón, atado con una cadenita al clavo de la pared. Dormía de a ratos, tratando de verla reflejada al soñar, y a veces me imaginaba que la veía aparecer en el borde del espejo. Muchos años después, una noche, soñé que soñaba con ella en el espejo. La veía tal cual era de chica, con el pelo colorado y los ojos serios. Yo era otro, pero ella era la misma y venía hacia mí, como si fuera mi hija.

4. SEGUNDO DIARIO (1959-1960)

Noviembre 2, 1959

Vamos al mar cuando todavía no empezó el verano; no hay como el fin de la primavera, cuando los días oscuros del invierno se han ido y la playa está vacía. Voy siempre a La Perla, sigo Independencia derecho hasta la costa. Me hice amigo de Roque, un ex bañero, un guardavida jubilado que sigue viniendo a la playa y vigila que nadie corra peligro. Tiene una leve renguera y camina bamboleándose un poco, pero cuando está en el agua nada como un delfín, es elegante y rápido. «Tendríamos que vivir en el agua», me dice, y se queda cavilando. «Venimos de ahí y tarde o temprano vamos a volver a vivir en los océanos.»

Cuida un hotel vacío, que está en la loma, frente al parque, un gran edificio pintado de azul: Hotel del Mar*.* Fui un par de veces a visitarlo, hay cuartos y cuartos desocupados a lo largo de un pasillo. Él duerme en distintas camas, así, según dice, mantiene las piezas aireadas. Anda siempre con una radio portátil Spica y la escucha a toda hora. Me dice que de joven fue cantor, me muestra una tarjeta donde se lo ve vestido de gaucho con sombrero pulsando una guitarra; arriba, en el ángulo izquierdo, hay una pequeña bandera argentina. En la leyenda se lee: *Agustín Peco, Cantor Nacional*. Eso fue en los años cuarenta cuando en los cines había «número vivo» y artistas de distintas disciplinas entretenían al público desde el escenario, en el intervalo entre una función y otra. Roque cantaba el repertorio de Ignacio Corsini, milongas y canciones camperas con letra de Héctor Blomberg, con temas de la época de Rosas. Una vez en la playa, un poco tomado después del almuerzo, me cantó al sol y a capela: «La pulpera de Santa Lucía», que es una de las canciones favoritas de mi padre.

El otro día me interné en el mar y al salir entré en una canaleta y la correntada no me dejaba avanzar; las olas altas antes de la

primera rompiente me tiraban para adentro. Yo no estaba asustado ni nada pero me fallaba la respiración y Roque me fue guiando desde la orilla con gritos y gestos. No se metió en el agua, pero me ayudó a salir indicándome que nadara en diagonal alejándome de la línea fría, moviéndome siempre hacia la escollera larga. Cuando me tuvo a tiro se zambulló y me sacó nadando con una mano.

Noviembre 4

Ayer una muchacha, tendida sobre una lona amarilla, en la playa vacía, me miraba. Es de Buenos Aires, vino con la madre por unos días. Nos entendimos enseguida. Se llama Lidia, es linda y simpática. La besé en la escalinata que da a la casa donde nos habíamos sentado. «No te apures, pajarito», me dijo ella y después, como hablando sola: «Un beso y un abrazo no producen embarazo.»

Jueves

Estuve estos días siempre con Lidia en La Perla, nos encontramos a la mañana y estamos juntos charlando hasta que cae el sol y ella se va. Para en el edificio Saint James, en la calle Luro. Es inteligente y divertida. Le dije que habíamos venido a Mar del Plata escapando de la policía porque mi padre tenía cuentas pendientes. De esa manera pude hablar con ella muy libremente porque no hablaba de mí, soy otro cuando estoy con ella (me siento otro, un desconocido, y eso es impagable), le dije que era escritor, en fin, que quería ser escritor. Ella se ríe con una risa jovial y contagiosa, me hizo prometerle que la iba a llevar al baile de egresados en el Hotel Provincial.

Diciembre

Pasé estas semanas últimas con Lidia, se la presenté a Roque, así que podíamos acostarnos en las piezas vacías pero amuebladas y misteriosas del hotel. Ella se fue a fin de mes y antes de irse me dijo que me quería, que habíamos pasado unos días inolvidables. Y después, con un gesto encantador, se sacó el flequillo de los ojos y me dijo que iba a Buenos Aires a casarse. Quedé fulminado. Se casa pronto y vino a Mar del Plata a buscar una aventura para sus últimos

días de soltera. Vos no sabés cómo me llamo ni quién soy, vos me dijiste que te llamas Emilio y que sos escritor. Uno miente cuando está apasionado y vive una aventura de corta vida. Me quedé seco. Se fue el lunes y no me dejó que fuera a despedirla a la estación. Se reía como si todo fuera muy divertido. Te voy a extrañar, dijo, y no te voy a olvidar. Mentía. Pero no me importa, las mentiras, me dijo, hacen más llevadera la vida.

Domingo

Encuentro en el bar de mesas en la vereda, en cruz con el Hotel Nogaró. Ella, tierna y comprensiva, busca el modo de sacarme la pena, sin ver que para mí es un salto al vacío, volver a las tardes en casa o en la playa, escondido atrás de una novela.

Encuentro intenso con la mujer, vivido por mí con seriedad y por ella como quien juega. Se casa en marzo.

Ahora como siempre, la espero. «Vuelvo. Te llamo. Vos esperame», palabras vacías para aliviar la despedida. Ella no sabe lo que ha significado para mí. Si miro las cosas con frialdad, digo: ¿Qué se puede esperar? Pasión súbita, de verano, con el primer tipo que aparece en la playa vacía de noviembre. A tres meses de su casamiento con un abogado amigo de su familia.

Para no ponerla en aprietos no le pedí su nombre verdadero ni su dirección en Buenos Aires. Muy elegante, pero en realidad no se lo pedí para no escucharla decir que no me daba sus datos.

Miércoles

Roque se ríe cuando le cuento la historia de mi romance con Lidia. Las mujeres son más valientes que los hombres, son fieles a lo que quieren y no les preocupan las consecuencias. No me quedó nada de ella, ni una foto ni un recuerdo. Me gustaba cómo se sacaba el pelo de la cara con un gesto que parecía iluminarla. Le di el número de teléfono y ella lo guardó el papel en una polvera. Raro, claro, no quiere que el marido le encuentre pruebas de su adulterio.

Adulterio es una palabra intrigante.

Miércoles

En mi otra vida las cosas se aclaran. Voy por azar a una charla de los estudiantes marplatenses en La Plata donde comprendí inmediatamente que ése era mi punto de fuga. Se alquilan cuartos baratos en pensiones de estudiantes, y se puede comer en el comedor universitario a cinco pesos por comida. Ahora está decidido que iré a vivir a La Plata, pero no sé todavía qué cosa iré a hacer ahí.

Compré los tres tomos de *Los caminos de la libertad*, de Sartre, por doscientos sesenta pesos en la librería Erasmo. Fui a la cancha con Cabello y Dabrosky a ver a Boca Juniors. Fui al cine: *Una Eva y dos Adanes* de Billy Wilder. El cuerpo de Marilyn Monroe cantando con un banjo diminuto, en el pasillo del tren. Dos hombres vestidos de mujer en una orquesta de señoritas.

Helena (con hache) me dio una aktemin, una anfetamina que me tuvo despierto toda la noche con pensamientos extraordinarios que olvidé de inmediato. Estudio trigonometría.

Compré zapatos, salí con ellos a caminar por Rivadavia, seguro de mí mismo. Media hora después empecé a reaccionar y me encerré en un cine para no pensar. Vi *Alta Sociedad*, un musical.

Afición por las predicciones dichosas, ciega confianza en el futuro; espero quebrar la espera, pasar el verano en paz.

Anoche leí «El gabán» de Gógol («todos venimos del gabán de Gógol», dijo Dostoievski) con su tono de una oralidad rabiosa, inolvidable. Pero también Kafka viene de ahí: el drama cómico gira sobre un abrigo. Se parece a los sueños, donde un objeto insignificante –perdido, encontrado, entrevisto– produce efectos demoledores. La causa mínima crea consecuencias brutales. Gran estrategia narrativa: no importan los hechos, importan sus

consecuencias. Aquí la espera en las oficinas públicas se cuenta con el espanto alegre de una épica legendaria.

No creo que yo sea un cara pálida ni un piel roja, pero las chicas igual se interesan por mí. Las seduzco con la palabra. Un amigo en Adrogué, Ribero, que jugaba muy bien al billar, era un soltero empedernido, siempre decía que la mayor hazaña de su vida había sido llevarse una mujer a la cama sin haberla tocado nunca. «Sólo con la voz y las palabras, la seduje», decía.

Cuando releo lo que tengo escrito de la monografía me quiero morir. ¿De dónde saqué que yo soy un escritor?

Llame por teléfono a Helena. No sabía muy bien qué decirle. Soy un tipo desesperado. ¿No querés acostarte conmigo? El teléfono sonó varias veces (once veces). Yo pensaba: «Si no respiro, viene.» No contestó nadie. Colgué. Volví a mi cuarto conteniendo la respiración. Puedo contener la respiración durante un minuto y medio, fácil. Vengo ensayando el numerito de no respirar desde los quince años. Sería muy elegante poder suicidarse conteniendo la respiración. La llamaré de nuevo, mañana o pasado.

Recién estuve un minuto y cuarenta segundos sin respirar. El corazón me late como una batidora. Si estuviera ahora con una mujer le diría que me ponga la mano en el pecho para ver cómo late. Soy un sentimental, le diría ¿Sentís mi corazón?

Jueves 7

Invenciones para calmar la pena, en las que yo también confío: regreso de Lidia, amores clandestinos, bajo el sol. Me cuesta reconocer la realidad. Trato de no perder pie.

El escritor que escribe una obra maestra. En 1930, mientras cursaba en Cambridge y trabajaba en *Ultramarine*, según Steve, Lowry se apuntó como ayudante de fogonero en un buque a Noruega para conocer al escritor Nordahl Grieg, porque había

llegado a sus manos una novela del autor noruego con un tema similar, si no idéntico, al de la que él escribía. De allí surgió *In Ballast to White Sea* y el retrato de Erikson, un álter ego con el cual llegó a sentir especial afinidad.

Sábado 9

Otra vez me refugio en el mar y en el cine, para no pensar. Ayer *Otelo* de Welles, hoy *Compulsión*. Me interno en el mar y miro la ciudad desde lejos, plana y quieta como si fuera una foto. Me dejo llevar, pero no sé hacia dónde.

Martes 12

También vi, en otro cine, *Cenizas y diamantes* de A. Wajda. Es sensacional. Terrorista de derecha, nietzscheano, mata «porque la vida sin acción, además de no tener sentido, es aburrida». ¿Por qué lleva siempre anteojos negros?, le preguntan. «Porque mi patria está de luto», contesta.

Lunes

Hablé por teléfono con Helena, traté de contarle que ahora usaba anteojos ahumados para que ella me preguntara por qué los usaba y poder decirle: «Porque la patria está de luto.» Pero no hubo forma, además, en el teléfono era difícil explicarle que tenía puestos mis anteojos oscuros. Igual todo lo que le digo le parece romántico. Helena me gusta porque tiene ojos claros y es un poco boba. Me invita a tomar el té y con ella nunca me pongo introspectivo.

Anoche, antes de dormir, releo *El gran Gatsby*, los usos de la técnica de Conrad, una versión romántica de Lord Jim: hombres que quieren cambiar el pasado. Lo mejor de la novela es el comienzo con Gatsby oculto, las historias que circulan sobre él. Lo más débil justamente es la explicación, quizá no se animó a dejar todo en suspenso y no aclarar si Gatsby era un gángster o un hombre de suerte.

Fitzgerald fue capaz de realizar mejor que nadie la fantasía de ser

un escritor. Uno no sería jamás tan famoso como un actor de cine, pero la notoriedad que se lograría sería probablemente más duradera; no tendría tampoco el poder de un hombre de acción pero sería por cierto más independiente. Claro que en la práctica de este oficio estamos siempre insatisfechos, pero yo, por ejemplo, no hubiera elegido otro destino por ningún motivo.

Jueves 21

Vi en el cine el *Diario de Anna Frank*. En el momento de mayor tensión (el gato juega con un embudo de lata, lo empuja con la trompa a punto de hacerlo caer de la mesa mientras los nazis requisan el departamento, buscando a la familia que está escondida en el subsuelo), estalló –espontáneamente– un matafuego con un ruido brutal y una llamarada. Pánico y gritos, la gente se amontonaba en el pasillo en la oscuridad, pero yo me mantuve calmo, dispuesto a guardar las formas, como si alguien estuviera filmando la escena.

Domingo 24

Fui al mar solo, otra vez a la playa cerca del puerto. A mediodía confusa conmoción entre bañistas y bañeros que terminó con la policía arremetiendo a caballo contra todo el mundo. Furores compartidos con señoras y señores de su casa que también insultaban a la policía, pero por otros motivos.

Miércoles 27

Todas las mañanas, la cara en el espejo. Yo envejezco pero la imagen sigue jovial y divertida. Tendría que usar una máscara de yeso.

Ayer fui al cine, hoy fui al cine. No importa lo que veo, sólo busco la oscuridad, el olvido.

Me encontré con Rafa. Está totalmente convencido de que es un tipo impecable. Hace gimnasia todas las mañanas y se saca diez en todas las materias. Pasamos por la casa del profesor Jiménez.

Empezó a leernos a Ortega y Gasset, tiene todos los libros amarillos en una biblioteca aparte, como si pensara que con esos libros de un periodista español alcanzara para ser un hombre enterado. Yo le dije que era anarquista. Él sonrió con su sonrisa canalla de tipo que se las sabe todas.

Salí a caminar por la costa con Helena con H. El viento hacía vibrar la loneta de las carpas. La playa vacía, el mar bravo, las olas golpeaban con furia sobre la escollera y el agua llegaba hasta la calle. Nos sentamos en un escalón de la escalinata que baja hacia Playa Grande. Un viento terrible, el aire salado. «A mí lo único que me interesa es escribir», le dije. «Ya lo sé, querido, no hace falta que me lo digas cada dos minutos.» No lo dije por vos, le dije. «Dale», me dijo ella. «No te hagas el raro. Vení», me dijo, «vamos a sacarnos una foto.» Había un fotógrafo ambulante, con la cámara cuadrada, en una bicicleta, con un cartel que decía «Fotos artísticas». Nos sentamos en la parecita que da al mar y él nos apuntó con la cámara, la cabeza tapada con un trapo negro. «A ver los novios», dijo el fotógrafo. Ella sonrió con cara de resignación. Curiosamente me queda la sensación de haberla ofendido. Como si al entrar en el clandestino cerca del Ocean Club, yo hubiera debido tener otra actitud. Hubiera o hubiese debido...

Sentado en una silla de metal, en el consultorio bajo la luz gris. Papá se va esta noche a Viedma, un asunto político, ligado a la vieja historia de la fuga del penal del sur de un grupo de dirigentes peronistas. Entre ellos, Guillermo Patricio Kelly, el nacionalista, que se fue vestido de mujer.

Jueves 28

Fui por primera vez a una extraña oficina rectangular con mujeres sentadas frente a máquinas de escribir, tecleando rítmicamente sin mirar el teclado. Yo también vine a tomar clases de mecanografía, para aprender a escribir con todos los dedos. Me pusieron ante una gran Underwood pero no hice nada. Y no pienso volver.

Llamo a Helena. Se ofrece a pasarme en limpio la monografía. Pobre ángel... Mañana voy a ir a la casa. Ella me desata ciertos instintos crueles, ganas de hacerle ver quién soy. Para ella será una sorpresa verme tal cual. En el fondo lo único que me preocupa es eso, si no todo iría muy bien.

Es muy temprano y no sé qué hacer. *Lunes 25 de enero*

Carta a Elena (sin H). Dificultades para encontrar algo que decir, hacer un resumen «decoroso» de este tiempo en el que rompí con el monopolio de su amistad para inventar nuevas –y ambiguas– sociedades. Carta presuntuosa que escribí con mala fe para probar mis «progresos». Hice un fetiche –un tótem– de los sentimientos espontáneos, de la sinceridad. Le resumí mi elección condicionada (y ciega) de estudiar en La Plata y no en Buenos Aires. Quiero vivir solo, lejos de la familia, aunque es mi abuelo Emilio quien va a pagarme la carrera porque rompí con mi padre, que me amenazó de un modo absurdo cuando supo que no pensaba estudiar medicina como él. Mi abuelo me va a pagar un sueldo para que lo ayude a ordenar su archivo con materiales de su experiencia en la Primera Guerra Mundial. Vivir en La Plata, por lo que pude averiguar en estas semanas de estadía, es mucho más barato que residir en Buenos Aires.

Miércoles 27

Trato de aislarme, de no pensar, no hay futuro, vivo en un presente sin límites. Lidia tiene que desaparecer de mi vida.

Sábado 30 de enero

Tema. Artista que trabaja en una obra monumental y muere antes de terminarla. Final inesperado, en los periódicos noticia del suicidio. Encuentran su habitación llena de fichas. Dentro de la máquina de escribir una página donde sólo estaba escrito: «Historia sentimental de la humanidad. Capítulo 1». No había nada más y no se encontraron páginas del libro anunciado, sólo las fichas que mostraban un largo trabajo de investigación en fuentes variadísimas. Escritas con una caligrafía elegante, las tarjetas numeradas incluían

citas, frases aisladas, biografías mínimas, planes de organización de los capítulos, etc. Nadie sabe si –como se supone– nunca empezó la obra o si después de escribirla se decepcionó y la hizo desaparecer un día antes de matarse.

A la tarde con Helena. Ella es más cínica que yo. Posterga, se exhibe. Mientras habla de trivialidades, se inclina de modo que yo pueda ver que no usa corpiño. Una mujer con la que nunca me aburro. Con ella lo mejor siempre son las despedidas. Estábamos en la cocina, llena de luz, flotando entre los azulejos blancos. Arriba en el piso alto, sentíamos ir y venir a su madre.

Fascinado por un detalle, al final, de algún lado ella trajo una pequeña toalla. De modo que lo había previsto todo.

Pensé en ella, subíamos a su pieza en medio de la noche. Por la puerta entreabierta, veíamos dormir a sus padres. Hablábamos en un susurro, que ahora recuerdo como algo muy erótico. Ella se mordía la palma de la mano, estaba tan cerca de mí, en el silencio y la respiración agitada y leve.

El problema de tener poco dinero es el de encontrar un lugar donde aislarse para estar juntos. Un cuarto propio para hacer el amor: habría que escribir un ensayo sobre la deriva de los jóvenes por la ciudad mendigando una pieza donde encerrarse.

Lunes 8 de febrero

Desde hace varios días estoy intranquilo sin saber por qué. Ya no pienso en ella. Paso la mañana en la playa y la tarde en la biblioteca pública, revisando viejos números de la revista *Martín Fierro*. Me conformo pensando que dentro de un mes, dentro de un año todo esto que parece insuperable será –apenas– un recuerdo. Pensamientos compensatorios, coartadas.

Miércoles 24

Sigue por aquí, dando vueltas, el brujo personal de mi madre. Ella

se divierte diciendo que es mucho más barato que un analista y que habitualmente le pronostica justo lo que ella quiere que pase. Don José, a quien yo he bautizado Yambo como si fuera un brujo africano, tiene la piel muy blanca, un modo de sonreír echando el cuerpo hacia adelante, las alhajas en los dedos y en el cuello, modales peligrosamente suaves y cierta locura oculta que lo rodea como un tul. Hoy se sentó a la mesa a comer con nosotros y mientras conversaba, empezó a predicar y a predecir mi futuro en La Plata: según él, he empezado ya muy bien el año pasado y las cosas mejorarán este año. Está seguro de que mi interés central no es sólo el estudio sino también un río oculto que él ve con nitidez pero no puede nombrar. Debo tener cautela con los activistas políticos y ser amable con las mujeres. Yo le agradecí el diagnóstico y le dije que lo iba a anotar rápidamente, hoy mismo, en mi cuaderno para consultarlo dentro de unos años (que es lo que haré). Espero que el río subterráneo sea una metáfora de la literatura, pero no sé.

Jueves 25 de febrero

Recién acabo de ver a Lidia en la entrada de Sao. Casi se puede decir que salí corriendo. Luego volví pero ya no estaba. Si es cierto lo que me dijo en diciembre, no tiene sentido que me acerque a ella ahora. Cada vez que voy por la avenida Luro hacia el mar y cruzo por el edificio Saint James, imagino que voy a encontrarla, pero haberla visto de pronto en el bar al que voy todos los días me sorprendió. Como si Lidia tuviera que estar siempre en el lugar donde yo la recuerdo.

Había ido a la librería Atenas a comprar *Brighton Rock* de Graham Greene en Belgrano y 14 de Julio, no lo tenían. Fui hasta San Martín, pasé por la librería Erasmo y al salir decidí caminar hacia la costa y cruzar de vereda para ir a la librería Salamanca. En la puerta me encontré con mi prima Celia. Exactitud matemática, si llego cinco segundos antes y entro, ella dobla y pasa sin verme. Celia me invitó a tomar un helado, fuimos y yo volví solo. Crucé para no volver a pasar frente a Salamanca (porque no quería volver a saludar al vendedor), busqué la feria del libro en la galería de San Martín y

Córdoba, seguí por la misma vereda, doblé y ella, Lidia, estaba parada frente al Sao, mirando hacia adentro. Estoy seguro de que era ella, sobre todo por los pantalones. Cuando la vi pensé que me caía, no supe adónde ir y quedé medio mareado.

Ahora busco las significaciones escondidas en el interior de una serie indiscriminada de acontecimientos. Digo: el 16 me llamó una mujer. Era ella. Yo no estaba en casa. Buscando no volver a pensar en Lidia, dejé de ir a la playa de Luro, donde habíamos quedado en encontrarnos. Tuvimos una historia al comienzo del verano (fin de noviembre, principios de diciembre) hasta las fiestas. Todo muy bien, pasamos las tardes en el Hotel de la Perla, un día ella se dio vuelta y con toda naturalidad me dijo que volvía a Buenos Aires porque se iba a casar. Yo no lo podía creer. Ella me dijo: De esta manera no le soy infiel, porque todavía no me casé y una aventura no es una cosa demasiado complicada. Por supuesto yo adopté una pose de hombre experimentado y le dije que la comprendía perfectamente, ella me dijo que tal vez volvería después de casada y que si yo seguía yendo a la misma playa la iba a ver. Y fue lo que pasó, pero en otro lado.

Mañana iré a la playa de Luro. Soy un imbécil. Quiero vivir en el año pasado. Voy a salir a caminar... ¿Y si no era? Además, ¿por qué me llamó de nuevo? Ella no me «conviene», pero las que no me convienen son justamente las mujeres que me gustan.

Viernes 26 de febrero

Estoy en apuros, todo el tiempo pienso en las consecuencias de mis actos más cotidianos y casuales. Los trayectos que recorro sin saber qué me puede pasar. Pensamientos imposibles, sin resolución: «Si no me hubiera detenido ese coche al cruzar la calle, si no hubiera doblado la esquina...» La vida es una cadena de encuentros casuales pero tratamos de explicarnos a nosotros mismos como si hubiéramos elegido desde el comienzo. Caminos que «parecen» casuales pero son el resultado de toda una manera de vivir. Pensemos en lo que va desde noviembre, al conocer a Lidia, hasta

hoy y se verá claro que las casualidades han sido rigurosamente programadas por mí para alcanzar estos mismos resultados.

Obviamente salí a buscarla por toda la ciudad, especie de caminata dostoievskiana que culminó en la esquina del hotel al que íbamos siempre. Luego, al regresar hacia la costa frente al edificio de los balcones colgantes, la vi nuevamente cruzando, vestida de blanco y como ausente. Moraleja: ella existía para mí durante todos los momentos del día desde que se fue, verla era secundario. Yo había «dejado de ser» para ella desde el momento en que se fue: era lógico que hoy ella mirara «a través de mí», sin verme, como si yo fuera una silla o un árbol, porque yo estaba hundido en la contingencia, ya que ella había decidido casarse y tenía con el mundo una relación «necesaria». A la inversa, para mí, de ella, lo que importaba era su presencia en mí.

Lo que no soporto es pensar que el 16 Lidia llamó y yo estaba leyendo estupideces en la biblioteca. Claro que podría haber vuelto a llamar. Pero prefiero pensar en las chances perdidas por azar. Ya dije que no me conviene ella (después de todo se acaba de casar) pero quién me lo hace entender. Si pudiera hacerla desaparecer y quedarme sin ninguna esperanza, dejaría de pensar en ella y viviría sólo el día presente. Por otra parte, hoy no debí salir a buscarla, pero lo hice. Salí a las cuatro de la tarde y de nuevo a las seis y por último hace un rato, para encontrarla.

¿Qué me importa ahora todo lo que he leído? ¿Qué me importa escribir y saber, si no estoy con ella?

Sábado 27

Soñé con Lidia anoche, la encontraba en la playa, parecía no gustarle que yo estuviera. Luego se acercó el bañero y nos preguntó los nombres. No sé cómo y no sé si a causa de esto, pero ella iba presa. Entonces se aferraba a mí, para que la defendiera.

Eisenhower llegó de visita a Mar del Plata, junto con el ex

nacionalista Frondizi. Sólo los vi de espaldas, de pie los dos en el auto descapotado, muchos policías, gente en las veredas, banderitas. Vi un coche con dos hombres parados en el medio y siempre sonriendo, como si terminaran de hacer un chiste. Me acordé de la imagen del general Eisenhower, héroe de la Segunda Guerra, luego de la consigna *I like Ike.* Caminata de vuelta con las manos en los bolsillos y un doble juego de fantasías. Tirarme abajo de las patas de los caballos con una bomba escondida en el cuerpo. O también pegarle un tiro, corriendo a la par del auto, seguir por Luro, entrar en Saint James, morir en el ascensor que Lidia tomaría en el piso trece.

Treinta mil idiotas y canallas turistas dando vueltas por la calle San Martín, es más fácil cruzar por el mar a nado y salir a una calle donde no haya nadie.

Domingo 28 de febrero

Llamaron mis primitas (ex primitas), Erika y Elisa quieren ir a bailar. Quedamos en salir mañana o el martes para ir a Gambrinus. Terminé la tarde en una especie de *jam session* en la casa de Julio escuchando varios discos del Quinteto del Hot Club de Francia, con Django Reinhardt en guitarra.

Lunes 29

Fui con Elisa y Erika a Maxim's, música, baile, conversaciones. Al rato llegó Jorge, que sacó a bailar a Elisa, y yo me fui con Erika a la barra a tomar unos manhattan. Recordamos los bellos tiempos pasados, ella estudia lingüística en la Universidad del Salvador, se interesa en las formas iniciales del lenguaje: metáforas, dichos, adivinanzas, cristalizaciones gramaticales. Fuimos después a cenar a la Taberna Baska y terminamos la noche en el casino en donde yo gané quinientos pesos. Desdicha en amores, suerte en el juego, le dije a Erika, que de inmediato se puso protectora y quiso que le contara mis penas. Yo le hablé de Lidia con el aire de un hombre que está muy acostumbrado a salir con chicas que se van a casar la

semana que viene. Erika sigue sola, le interesan los hombres pero no el matrimonio, espera, me dijo, hacer un doctorado «afuera».

Miércoles 2 de marzo

Fui a la playa con Erika. Su hermana siguió de largo y se fue con Jorge al Faro. Con Erika tuvimos un verano inolvidable en Bolívar, el pueblo donde íbamos de vacaciones hace tiempo. Ella era de ahí y para mí justificaba dejar a mis amigos y pasar una temporada en el campo. Era –y sigue siendo– divertida, inteligente, levemente procaz y siempre graciosa. Hablamos ahora como si fuéramos un matrimonio que ha vivido junto muchos años, después de haberse divorciado. Ella se toma muy en serio mi decisión de estudiar historia y dedicarme a la literatura. Le parece natural y mucho más inteligente –me dice sonriendo– que enterrarse en una de esas carreras «serias» y que no sirven para nada. Dijo algo muy sensato: «No importan las carreras, importa el porcentaje de inteligencia que tenga la persona que estudia. A un historiador inteligente y de primer nivel le va a ir mucho mejor que a un abogado mediocre, de segunda clase.»

Marzo 3 de 1960

Deseos abstractos de seguir escribiendo en estos cuadernos pese a que –en el fondo– no hay nada que decir. Pasé dos meses sin hacer nada y no tengo ganas ahora de contar lo que pasó. Me sostengo de la ilusión de una vuelta de Lidia, inventos privados, como si no supiera que mientras yo escribo esto, ella vive su propia vida, paralela a mí, también a la espera de otra cosa. ¿Cómo seguir un diario que tenga como objeto las ilusiones de quien lo redacta y no su vida real? Primera reflexión posible: ¿Cómo definir la vida real?

Viernes 4

Hoy a la playa también con Jorge y mis dos primas. Cuando «pienso» en Lidia todo va bien, instalo una racionalidad en la que los acontecimientos tienen un orden. Si me detengo un instante y dejo de estar alerta, todo se desmorona y la extraño. Más o menos eso le dije a Erika, los dos tirados boca abajo en una lona, conversando

muy cerca. Ella entonces se sentó tomándose las rodillas con las manos enlazadas y me dijo: «Estás perdido, Emilio, te enamoraste de una mujer casada», bueno, casada no, le dije, cuando la conocí era soltera. Ella sonrió con aire pérfido y me dijo que me entendía perfectamente. Después de la playa pasamos el fin de la tarde en la terraza de Maxim's escuchando a Carnevale, un muy buen pianista que cuando hay poca gente toca el jazz a la manera de Erroll Garner.

Sábado

Pienso que es una suerte no haber estado cuando llamó Lidia: habría corrido a verla con el resultado esperado, ya que ella seguramente vino aquí con su marido.

Lunes 7

Ayer al Alfar desde la mañana con Jorge y las primas. Largas caminatas por las playas que se extienden interminables hacia el sur. Después con Erika entre los árboles esperando el ómnibus para regresar a la ciudad.

Miércoles 17

La suprema impostura está en el hecho mismo de escribir estos cuadernos. ¿Para quién los escribo? No creo que sea para mí y tampoco me gustaría que alguien los leyera.

Domingo 27 de marzo

Fui a votar. Ambigüedades de la conciencia. Entré en el colegio decidido a votar en blanco como los peronistas y mi padre que siguen la «orden de Perón». Cuando estaba solo en el cuarto oscuro sentí la certidumbre, mejor dicho, tuve la convicción de que yo era un socialista y entonces me decidí y voté la boleta de la izquierda.

Martes 6

Las sorpresas que yo mismo me tiendo. Inventar una causalidad, un destino hecho de encuentros azarosos, coincidencias, elegir el futuro, inventar los días que han de seguir a esta tarde.

Repetir las «maneras», dejar el campo libre. Porque estoy en la trampa que yo mismo he sabido construir, inventar una mujer, sugerir entre ella y yo una historia. Vivir ambiguamente es ese espejismo, tan ocupado en que no se disipe que dejo de lado a la mujer, la olvido, en mi voluntad de cuidarme de los otros.

Desde que lo supe, me largué a caminar por el centro, en círculos. Encuentro a Rafael y a Raúl C., vamos a visitar al profesor Jiménez: siempre tan comprensivo. «Vos te das demasiado, Renzi, por eso después te sentís con derecho de pedir todo a la gente.» Lo dijo subrayando el *todo*.

Está clara la razón por la que he vuelto a escribir en estos cuadernos, en febrero, cuando la vi. De esos hechos podríamos extraer una poética. Para escribir es preciso no sentirse acomodado en el mundo, es un escudo para afrontar la vida (y hablar de eso).

Son las diez de la noche, escucho a Lester Young con Oscar Peterson. La noche está fresca y clara, yo floto en una especie de vida neutral. En la ventana, las ramas del árbol son un refugio.

Una historia familiar. Sorpresiva fuga de la mujer de mi primo Claudio. Se escapó con un soldadito, un conscripto de veinte años, y abandonó a sus dos hijos. El clan Maggi está en asamblea permanente.

Toda la tarde caminando de un lado a otro. En Montecarlo me encontré con Jorge y con Roberto Sanmartino.

Lunes

Cuando quiero tranquilizarme me refugio en el futuro: dentro de diez años me voy a reír de todo esto.

Maxim’s. Me hice amigo del pianista que se gana la vida entreteniendo parejas de turistas y muestra su talento tocando jazz para el grupo de nativos que venimos a escucharlo en invierno,

cuando no hay nadie. Hoy con Jorge y las primas lo aplaudimos únicamente nosotros. Se llama, el pianista, Juan Carnevale, y le dicen Johnny.

Viernes

Inesperadamente me escapo de la ciudad. Me fui con Morán, el librero que dirige el Cine Club. Viajamos juntos a Buenos Aires y se descompuso el auto y tuvimos que esperar como seis horas en un pueblo de la ruta hasta que nos arreglaron el radiador. Sentados en el bar del hotel que estaba frente a la plaza principal, Morán empezó a hablar de Steve. Siempre me voy a acordar de este viaje, el tedio de la espera en ese pueblo ridículo, los dos sentados a la mesa del bar, en el hotel donde paraban los inspectores de escuelas y los rematadores de vacas levantando la cortina de tela cruda para ver los caminos de granza colorada de la plaza y el monumento a algún asesino vestido de uniforme.

Habíamos salido a las siete de la mañana con la esperanza de llegar antes de mediodía, pero el auto empezó a recalentar y tuvimos que salir de la ruta y meternos por un camino lateral para entrar en Hoyos, un pueblo que está a menos de cien kilómetros de Mar del Plata. Localizamos un taller mecánico que atendía un tipo al que le decían el Uruguayo y que tardó un rato en salir, y antes de revisar el auto hizo un comentario sobre la situación política. Parece que renuncia Vítolo, dijo, como si hubiéramos ido a verlo para escuchar la noticia. Después le pidió a Morán que pusiera el motor en marcha y se inclinó a escuchar el ruido, y sin tocar el auto ni revisarlo dijo que necesitaba por lo menos cuatro horas de trabajo para dejarlo listo.

Salimos a caminar por el pueblo, que era igual a todos los pueblos de la provincia, con caminos que se pierden entre los yuyos y casitas bajas con portón de fierro. Dimos algunas vueltas y volvimos al taller del Uruguayo pero todavía faltaban más de dos horas para que el auto quedara listo, de modo que fuimos al bar del hotel frente a la plaza principal y empezamos a tomar ginebra. Y al rato, sin que

nada lo hiciera esperar, Morán volvió a hablar de Steve. No me dijo cómo se había enterado, sencillamente me empezó a contar los hechos y su interpretación. La historia era tan extraña que le creí de inmediato. Morán alzaba la voz y contaba varias veces los mismos episodios y todo estaba cruzado de sospechas y sarcasmos.

Lunes

En pocos días estaré viviendo en La Plata, cambiando de conversación, cambiando de amigos y de domicilio. Hoy hablé por teléfono con Jorge S., que ya está en la ciudad y me cuenta las novedades de la Facultad y de los programas de este año. De vez en cuando pienso que debería estudiar filosofía.

Lunes

A la noche extraña escena con mamá. Saqué pasaje para el ómnibus de la una de la mañana. Cenamos juntos y nos quedamos solos porque papá está en Buenos Aires. Ella ironizó toda la noche con mi «vida nueva», como la llama, pero al final, un rato antes de irme, me abrazó llorando y me dijo que la dejaba sola. Fue como si yo me embarcara hacia un país lejano y algo de eso hay, porque ella sabe que no voy a volver a casa.

Lo que quiero hacer lo aprendo de los escritores imaginarios. Por ejemplo, Stephen Dedalus o Nick Adams. Leo sus vidas como forma de entender de qué se trata. No me interesa inspirarme en los escritores «reales». El desprecio de Dedalus por la familia, la religión y la patria será el mío. Silencio, exilio y astucia. Escribía un diario (como yo). Leía filosofía (Aristóteles, San Agustín, Giordano Bruno, Vico). Tenía una teoría extraordinaria sobre *Hamlet* y la discute en el capítulo de la biblioteca en *Ulises*. Le gustaban las chicas de mala vida (como a mí). Se fue a París para escapar del mundo familiar (como yo me fui a La Plata), quería ser un escritor y que sus cuentos y epifanías se mandaran a todas las bibliotecas del mundo (si él muriera). Admiraba y fue a visitar a Yeats, un gran poeta, como yo admiro y quiero conocer a Borges. Es decir, veía como maestro a un escritor que podía ser no su padre sino su abuelo. Por fin, admiraba

la admiración que su padre tenía por Parnell como yo admiro la admiración de mi padre por Perón, aunque ni a Dedalus ni a mí nos interesara la política paterna.

5. UNA VISITA[1]

Los servicios de informaciones del gobierno lo vigilaban desde hacía meses, censuraban su correspondencia, controlaban a sus visitantes y de vez en cuando una voz nocturna lo amenazaba por teléfono. No se trataba de una amenaza, en realidad mantenía con esas pérfidas voces una conversación filosófica y teórica sobre el sentido del deber civil y la responsabilidad moral. Esos hombres eran los nuevos intelectuales, los pensadores del futuro, cualquier argentino sabe que al disentir pone en su vida una marca que podrá ser invocada en algún momento del porvenir para perseguirlo y encarcelarlo. Los servicios se habían convertido en la versión policial del oráculo de Delfos, decidían en secreto el destino de poblaciones enteras. ¡Son las brujas de Macbeth las que ahora manejan el poder! Suprimen todo cuanto puede amenazar a la vida mediocre promedio, atacan la diferencia en todos sus aspectos, la controlan y la fichan, escriben nuestras biografías. El conformismo es la nueva religión y ellos son sus sacerdotes.

Había llegado a un punto en que discutía directamente con el Estado, con los voceros de la *inteligencia* del Estado. Diálogos de rompe y raja en las profundidades de la noche, las voces iban y venían por los circuitos inalámbricos. Lo acosaban, lo acorralaban, querían convertirlo en un fuera de la ley psíquico. Saben que yo sé, quieren anular mi pensamiento.

Había tomado la decisión de desterrarse. Ahora preparaba su Discurso a la Universidad en el que anunciaría su decisión. Planeaban un homenaje a su obra; iba a usar ese acto como escenario de la invectiva final. ¿Quería yo asistir? Estaba invitado. Había empezado a darle forma a su discurso: «No sería intempestivo ni jactancioso, Señores, permítanme que una vez hable de mí y emplee el primer pronombre», diría. Estaba obligado a hacer un rodeo personal, diría en su Discurso a la Universidad. Había estado

muy enfermo, una dolencia desconocida, en la piel, a la que podríamos llamar la peste blanca. ¡Cinco años sin poder leer ni escribir! Costras claras que despedían cenizas como mariposas pálidas y olían a muerte y tenían el olor de la muerte. Su cuerpo había adquirido una tonalidad gris. Lo peor, sin embargo, lo más ridículo y ofensivo, había sido la comezón continua, una picazón insoportable durante las veinticuatro horas del día.

En los años de su enfermedad no había podido dedicarse a otra cosa que a pensar. Tendido en la cama, en clínicas, en hospitales, en sanatorios, en su domicilio, con la piel en estado de dulce putrefacción, con una cantidad de diminutos puntos ardientes diseminados a lo largo de su cuerpo, dejaba que los pensamientos fluyeran. En esos años había pensado todo, ningún nuevo pensamiento podría ya sorprenderlo. Mi situación era muy parecida a la de Job, y en lugar de discurrir sobre el bien y el mal me di en cavilar sobre mi país. Pues si yo padecía una enfermedad pequeña, él padecía una enfermedad grande, y si yo pude haber cometido en mi vida una falla pequeña, él la había cometido enorme. Yo y mi país estábamos enfermos. En esos años de puro pensar había afilado su inteligencia hasta el punto extremo en que podía llegar un hombre cultivado. Varias veces había comprobado que su pensamiento era como un diamante que atravesaba los cristales más puros. Porque la realidad era transparente, clara como el aire, pero invisible. Había que atravesar esa transparente claridad, no detenerse frente a los nudos enigmáticos ante los que se arremolinaban decenas de pensadores que se recostaban en el aire. A medida que avanzaba iban raleando en cada muralla de cristal los pensadores recostados. Siempre se abrían ante la daga de su inteligencia nuevos corredores y pasadizos transparentes. El primer punto en que tuvo que usar su inteligencia, en medio de la debilidad más extrema, cuando ya estaba a punto de ser vencido, fue decidir una táctica para impedir que lo trataran como a un loco. Señores, pensaban que mi enfermedad era psíquica, una agresión esquizofrénica, la realización real del cuerpo despedazado de los lunáticos. Cuando en realidad no era otra cosa que una exasperación de mi conexión con mi país. Mi cuerpo era el representante explícito de la situación general de mi

patria, no una metáfora ni una alegoría. Las determinaciones económicas, geográficas, climáticas, históricas pueden, en situaciones muy especiales, concentrarse y actuar en un individuo. Lo había dicho y lo había estudiado y demostrado antes de su enfermedad. Había manejado esa hipótesis respecto de Sarmiento, su libro sobre Sarmiento, escrito en once días, en un rapto de inspiración, a un ritmo de tres páginas por hora de trabajo, en su chacra de Pedro Goyena, con las patas hundidas en el polvo de la pampa, dice que un hombre puede representar a un país. Y no hablo aquí de mediaciones, no creo en las mediaciones, creo en el choque de las constelaciones analógicas, en las relaciones directas entre elementos irreconciliables.

Había aprendido de la música a pensar sin mediaciones. Porque era un eximio ejecutante del violín. Y la música es un arte sin mediaciones: tonos, ritmos, contrastes, contrapuntos. Un individuo determinado, condicionado, afectado –de un modo directo e inmediato– por el estado de un país. Si uno puede encontrar en una vida personal la cifra condensada del destino político de una coyuntura específica entenderá el movimiento de la historia. Había dicho eso en varios de sus libros. Pero ahora había decidido tomarse a sí mismo como objeto de investigación y completar así su obra, iniciada hacía más de treinta años, esa meditación argentina que la comunidad académica quería homenajear en las vísperas de su destierro.

Ese libro que hoy les anuncio tratará sobre mi propia vida, la vida de un poeta y pensador privado que reproduce en su existencia las tendencias profundas de su país. Ese libro será al mismo tiempo una autobiografía, un tratado de ciencias, un manual de estrategia y la descripción de una batalla. La historia del último anarquista y del último pensador.

En los años de su enfermedad había entrado en un territorio de absoluta oscuridad. Territorio abandonado a los hechiceros y a los neurópatas, pero territorio que también habitan los seres vivos, entre la miseria inerte y la vastedad de la llanura. No había pensado en ese territorio como un supersticioso sino como un desahuciado. Y *llegar a ser* un desahuciado puede ser un trabajo de toda la vida.

Hay una lucidez extrema en la extrema enfermedad. No por su contenido sino por su forma. Existen pensamientos enfermos porque son falsos y existen pensamientos sanos que sin embargo tienen la forma de una enfermedad. Señores, el conocimiento es *como* una dolencia abstracta producida por un órgano que no está destinado a pensar, diría en su Discurso a la Universidad. Pero no es una metáfora, es una dolencia corporal, la peste blanca. Como una perla y la ostra, si quieren que me exprese otra vez con metáforas.

Para pensar hay que dejar de tomar decisiones. Hay que forzar la inteligencia en el ejercicio inútil del pensamiento puro. La indecisión ya es una enfermedad del pensamiento. Y ése es el origen de la filosofía. Por eso el pensamiento es del orden de la enfermedad y de la parálisis. Entiendo la enfermedad como la suprema indecisión. Luego de treinta años de practicar el pensar perfecto mi cuerpo fue ganado por el pensamiento y adquirió la forma del pensar *situado*. Todo mi cuerpo se convirtió en el pensamiento puro de la patria.

Soy el último pensador argentino pero todavía no he sido aniquilado; estuve a punto de ser aniquilado pero he podido salvarme.

Cuando pudo comprender el sentido teórico de su enfermedad, logró ingresar en ese mundo poblado de materia y muerte con sus increíbles y variadas transformaciones, desbrozando –de los materiales de la civilización– los prejuicios, la crueldad, los intereses que se han ido acumulando como un detritus –como cenizas blancas– en medio de la construcción de la ingeniería y del alarife, y ahí quedó sepultada la obra del hombre: la presencia de la tierra, del agua y de los vientos y las voces queridas, sobreviven apenas encerradas en cápsulas transparentes en medio en una pampa de cenizas, un cristal soñador perdido en las grandes salinas.

Ahora pensaba en los telares. ¿Conocía el telar criollo? Hilo, nudo, cruz y nudo, rojo, verde, hilo y nudo, hilo y nudo. La madre de Sarmiento, bajo el peral, tejiendo en el telar de las penas. La sentencia de Fierro: es un telar de desdicha cada gaucho que usted ve. Ver cómo las cosas se tejen en el telar de las arañas incognoscibles es escalofriante hasta el tuétano. Su mayor preocupación era sorprender el secreto de ese juego. Precisamente

en el libro que escribiría en el destierro, el último libro del último pensador, y al que ya había comenzado a nombrar *El libro de los telares*, trataría de dibujar la máquina del acontecer impersonal. ¡La filatura y la teneduría mecánica del destino! Antes se creía que era indispensable conocer algo de mecánica, de física, para explicar los fenómenos sociales, hoy es la biología, recortada del mundo físico, lo único que nos puede auxiliar. ¿Se imagina usted lo que es una metamecánica de los coloides, por ejemplo? ¡Claro que lo imagina! Pues ahí está el hallazgo de las grandes formas de los embriones sociales de lo que antes decía: los telares. Se tejen en alguna parte, ¡hay que averiguar dónde! Y nosotros vivimos tejidos, floreados en la trama. Todavía resultará que una institución tiene forma de avispa, otra de cangrejo, otra de águila ¡y que no hay más que una sola fábrica para todo! Ah, si pudiera volver a penetrar aunque fuera un instante, para ver una vez más el taller donde funcionan todos los telares, ¿iba a perder después el tiempo mirando con lupa los tejidos? La visión dura un segundo. Después caigo en el sueño bruto de la realidad. Tengo tantas cosas pavorosas que contar.

Soy el último anarquista y el pensador privado por excelencia. Nadie más privado que yo (de todo). Trabajaba en su libro definitivo que sería una exposición detallada de su descubrimiento, superpuesto y tejido y entreverado con una historia musical de su vida.

Por pura decisión testamentaria había decidido que su libro se publicara en una fecha que dejaba en un sobre que debía ser abierto a los veinticinco años de su muerte. No antes ni después. La verdadera legibilidad siempre es póstuma. Escribimos para los muertos y también para los pesquisas. Porque ellos leen todo, registran todo. En el fondo escribimos para la inteligencia del Estado. ¿Cómo impedir que nos lean? Quería convertirse en inédito. En su Discurso a la Universidad iba a insinuar que pensaba publicar su libro con seudónimo, pero no con un seudónimo, con otro nombre que nadie pudiera, ni remotamente, asociar con el suyo. Nadie iba a conocer con qué nombre pensaba publicar su libro. Por ejemplo, había pensado publicarlo como un libro anónimo, pero eso iba a llamar la atención. ¿No sería mejor publicarlo como un libro inédito

de un escritor conocido, atribuírselo a otro, dejar que lo lean como si fuera de otro? Le gustaría que cualquier libro que se publicara después de su muerte pudiera ser leído como su obra. Ésa era su herencia a la embrutecida juventud argentina. Ése era el enigma que dejaba a los pesquisas. Ningún acto mejor que cambiar de nombre y perderse en la llanura como los hijos de Fierro. Un libro perdido en el mar de los libros futuros. Una adivinanza lanzada a la historia. Una obra pensada para pasar, como quien dice, desapercibida. Para que alguien la encuentre por azar y entienda su mensaje. Ésa era su estrategia frente a la política de desconocimiento, aislamiento, amenaza y guerra que le había entablado la intelectualidad dominante.

Donde todos se enriquecen y se cubren de honor, yo construyo un plan para aniquilarme. Esa decisión es simétrica a la que había tomado en sus comienzos: cuando recibió los máximos honores y fue reconocido como el mayor poeta argentino y el más virtuoso de los maestros de la lengua, entonces dejó de escribir poesía. La obra maestra voluntariamente desconocida cifrada y escondida entre los libros.

A veces, dijo, imaginaba esa noche, cuando faltaba poco para que se iniciara su Discurso a la Universidad, ya caminaba hacia el estrado, ya había escuchado con resignación los elogios de sus enemigos. Iba a subir los escalones con elegancia y naturalidad. De pie frente a la muchedumbre, cuando se acallaran los aplausos, con la luz de las lámparas en la cara, sin ver a nadie, encandilado y lúcido, diría al empezar:

He venido aquí, esta noche, señores y señoras, a hablarles de un descubrimiento único y también a despedirme de ustedes. Había pensado hacerles una pequeña interpretación musical con mi violín. Hubiera sido un excelente medio de sintetizar mi pensamiento que ejecutara ante ustedes un discurso hecho de música. Podrían ver mi maestría en el arte del violín como una repetición de mi maestría en el pensar. Pero he desechado esa posibilidad porque no hubiera podido hacer alguno de los anuncios que quiero hacer esta noche, anuncios estrictamente personales. Estamos en guerra. Mi táctica bélica puede resumirse en dos principios. Primero, yo sólo ataco

cosas que triunfan, en ocasiones espero hasta que lo consiguen. Segundo, yo sólo ataco cuando no voy a encontrar aliados, cuando estoy solo, cuando me comprometo exclusivamente a mí mismo.

Pienso y eso no cambia nada. Estoy solo. Estoy confortable en la soledad. Nada suave me pesa. Soy robado por el dolor. Estoy acá por agradecimiento. ¿No sería entonces oportuno atreverme a señalar el último rasgo de mi naturaleza?

Durante demasiados años he vivido expuesto a la luz cruda de la lengua argentina como para no padecer quemaduras en la piel. Porque la luz de la lengua es como un rayo químico. Esa luz clara, el agua purísima de la lengua materna, mata a los hombres que se exponen a ella. Las manchas en la piel fueron la prueba de mis pactos alquímicos con la llama secreta del lenguaje nacional. Esa luz es como el oro. La luz de la lengua destila el oro de la poesía. Ése ha sido otro rasgo de mi enfermedad, que muchos han considerado un síntoma de locura. El exceso de exposición a la luz de la lengua argentina, esa claridad, muy pocos la han conocido y todos han pagado su precio con el cuerpo porque la luz de la lengua martiriza a quien se expone a su sutil transparencia.

Si voy a empezar y así sucesivamente, me dijo, les expondré con humildad mi pensar a quienes se hayan reunido para escucharme en el Aula Magna de la Universidad, en el borde de la Patagonia, en el recinto del pensamiento austral. Y terminaré así: Renuncio a mi cátedra a la que he denominado Sociología de la Llanura. ¿No les llama la atención un título tan sugerente? Es el espacio pleno, es el desierto, es la intemperie sin fin, como dijo el poeta, y es ahí, señores, donde pienso perderme. Muchas gracias.

6. DIARIO 1960

29 de marzo

Tedio, incertidumbre. Escribo sentado en el coche, frente a un taller que va a arreglar el motor. Entramos en este pueblo perdido al costado de la ruta. Morán me da algunas explicaciones sobre Steve mientras matamos el tedio en un café.

31 de marzo

Llegamos después del mediodía. Hoy en la Facultad me inscribí en la carrera de Historia. Todo es muy confuso todavía, las calles demasiado amplias. La ciudad muy tranquila. Como siempre, sensación de precariedad, de estar de paso. Me cuesta aceptar que viviré solo aquí varios años. Voluntaria carencia de anclaje que se convierte en nostalgia retrospectiva (siempre: pensar en Adrogué). Cerca de mí alguien habla por teléfono. Se queja de no haber sido esperado y haber viajado inútilmente. Yo estoy vacío y neutro, lejano, como siempre. Extraña sensación de libertad.

Ayer reencuentro con Elena, la sentí mucho más lejana que cuando estaba realmente lejos de ella. Tengo que cortar para sacarme de encima la conciencia de que yo soy para ella el mismo que era con mis estúpidos dieciséis años. En el fondo mantengo la relación como si buscara cambiar esa imagen antes de irme.

Todo lo que viene es nuevo, imponerme un código y seguirlo. Hacerme otro distinto del que soy: empezar de cero, sin lastres y sin rencor. Lo fundamental es aguantar, tratar de vivir lo que viene sin pensamiento, atento al presente. Atarme a las pequeñas cosas, los ritos mínimos que me salven de la vivencia del vacío. Estar aquí, convertido en un estudiante, es sólo un medio para escribir durante unos años sin demasiadas interferencias.

Abril 1960

Fui a la primera clase en la Universidad, Historia Constitucional dictada por Silvio Frondizi. Recordó las hipótesis de Max Weber sobre el protestantismo y el capitalismo. La consigna, según él, pasó a ser: *laborare est orare*. La riqueza personal como prueba de la gracia de Dios.

Ayer pasé la noche en la pensión, una pieza sobre un patio enrejado, la puerta de doble hoja.

Sábado 2 de abril

Toda la tarde escribiendo cartas. Es mi ejercicio de escritura más habitual, incluso más habitual que este diario. Podríamos imaginar a un hombre que se mantiene en relación con el mundo sólo a través de su correspondencia, escribe cartas a destinatarios diversos y también a desconocidos, a los cuales les escribe con el mismo entusiasmo que a sus viejos amigos. Por mi parte, hoy carta a mi madre, carta a Julio, carta a Jorge, carta a Helena (con H). Desde un teléfono público hablé dificultosamente con el abuelo Emilio, que me insiste para que me vaya a vivir con él a Adrogué. Lo disuadí con chistes, bromas y quejas.

Domingo

Fui a la cancha. Boca 2 – Estudiantes 1. El fútbol me lleva de vuelta a la infancia, al mundo de mi padre, de mis tíos, que iban conmigo a la cancha los domingos desde que tengo memoria.

Lunes 4

En la Facultad, Introducción a la Filosofía. Eugenio Pucciarelli habló de los presocráticos. A la tarde fui a la biblioteca de la Universidad para sacar carnet de lector (Ya lo tengo, querida, estuve a punto de decirle a la empleada). Después, asamblea de Historia en el local del centro de estudiantes. Jóvenes con chaqueta de cuero y caras serias. Un tal Papaleo me preguntó con quién estaba políticamente, me declaré anarquista y rápidamente entré en contacto con la agrupación que los identifica.

El concepto en Sócrates. Igual a los geómetras, que reducen los modos complicadísimos de existencia de la realidad sensible a formas puras como polígonos, triángulos, cuadriláteros, círculos, Sócrates hace lo mismo con el mundo moral. Aplica la intuición intelectual para decir qué son las acciones, propósitos, resoluciones, modos de conducta del hombre y los reduce a un cierto número de formas concretas, por ejemplo la justicia, la moderación, la templanza.

Preguntarse por algo qué es, significa para los griegos dar razón de ello, encontrar la razón que lo explique. A esta razón que lo explica la llaman *logos* (de allí, la lógica). En su traducción latina, *logos* quiere decir «verbum», que antes para Sócrates quiere decir charla. El nombre que se da de algo es lo que hoy nosotros llamamos concepto.

8 de abril

Vamos al Archivo de la Provincia de Buenos Aires por primera vez. Está en los bajos de la galería Rocha. Enrique Barba nos conduce entre los documentos infinitos y múltiples que cubren las paredes.

Aprendimos a copiar los folios, a indicar con precisión el cambio de página o a poner entre corchetes *ilegible* cuando una palabra o un párrafo estaba deteriorado por la humedad o por el tiempo o porque la letra de quien lo había transcrito o escrito directamente era un grafismo incomprensible. Uno nunca sabe lo que va a encontrar, nos dijo Barba, busca al voleo, siguiendo pistas inciertas, guiado por el instinto que debe ser la primera virtud de un historiador. Buscamos porque tenemos una hipótesis pero nunca vamos a escribirla hasta no tener la certidumbre documental. Y después dijo una frase que me encantó: «Cualquier libro de historia que no tenga cinco notas al pie por página», hizo una pausa teatral y concluyó: «es una novela.» (Me pareció una excelente definición del género novela.)

Barba vive en el archivo, pasa más tiempo en esta galería subterránea que en su casa, y se ha especializado y concentrado en

saber cómo llegó Rosas al poder, es decir, ha trabajado como un buzo de gran profundidad en tres años de historia argentina, sólo tres años a los que conoce mejor que a su propia vida. Casi treinta años dedicado a entender tres años. Extraordinario, él sabe todo de ese período, sabe si llovió en los campos de Rosas un día de febrero de 1829 o cuántos hombres formaban su guardia personal, y también el nombre de cada uno y cómo se vestían, qué comían y de qué modo se dirigían al caudillo.

Viernes 15

Amistad con Luis Alonso, se autodeclara poeta, discípulo de Luis Franco y viene de Catamarca. Vive en una pensión en 6 y 50. Las «afinidades» son, en verdad, discusiones. Su agresividad política cuestiona mi esteticismo (que me caracteriza, según él).

Lunes 18

No tengo interés en registrar aquí mi vida cotidiana, mis actividades y las clases a las que asisto. Siempre he pensado que estos cuadernos tenían que ser la historia del espíritu absoluto de un individuo cualquiera. Espíritu porque lo que importa existe fuera de la materialidad inmediata, porque así es mi decisión de convertirme en un escritor.

En Sócrates el logos tiene como objeto la moral. Platón extiende el campo de conocimiento –el logos– a toda la realidad, a cualquier cosa del mundo. Platón recibe de Parménides la teoría de los dos mundos. Apariencia y esencia, error y verdad son dos mundos distintos.

Idea (neologismo), palabra inventada por Platón a partir de la raíz de un verbo griego que significa «ver». Idea = visión, intuición, definida desde el punto de vista del sujeto que ve e intuye. Idea entendida 1. Como esencia, unidad de todos los caracteres de una cosa; 2. Como algo que tiene existencia real. Las ideas son las esencias existentes de las cosas del mundo sensible.

Jueves 21

Subo a los tranvías después de esperarlos en la diagonal, me dejo llevar por la ciudad mientras leo. He encontrado así un modo de no estar quieto y de no perder mi voluntad de leer varios libros por semana.

Los griegos tienen dos términos para el tiempo. Uno, época de la vida, tiempo de la vida, duración de la vida (individual). Dos, duración del tiempo. El tiempo en todo su conjunto de tiempo infinito. Eternidad: totalidad del tiempo.

Platón. El tiempo es la imagen móvil de la eternidad.

El concepto del tiempo está ligado al concepto de eternidad. Eternidad: algo que no puede ser medido por el tiempo pues trasciende el tiempo. La eternidad es siempre. De allí que no se pueda decir que la eternidad es una proyección del tiempo al infinito. El tiempo es una imagen perdurable de la eternidad porque se mueve de acuerdo con el número. La eternidad no niega el tiempo sino que lo ataja, lo acoge en su seno, el tiempo se mueve en la eternidad, que es su modelo.

Domingo 24

Desde luego, los domingos son idiotas. Por la calle las parejas pasean con sus niños, los bares cercanos a la Facultad están habitados por desconocidos. Vuelvo a casa y me encierro en la pieza a escribir algunas cartas a mis amigos.

Miércoles 27

He perdido por fin la vida interior. Realizo así una ilusión que alimenté durante años. Vivir siempre sin pensar, actuar con el estilo sencillo y directo de los hombres de acción. Entretanto voy y vengo a la Facultad, individualizo algunas caras en la multitud y yo mismo empiezo a ser reconocido. Esto quiere decir que ya han comenzado a pedirme cosas: que pase unos apuntes de clase, que asista a una reunión del Centro, etc.

5 de mayo

Dejo asentado aquí mi plan de estudios. Estoy cursando cinco materias, sintetizando, tres son de historia, una de filosofía y otra de literatura. Tengo tantas cosas que hacer y las hago con tanta liviandad e inteligencia que todo me parece sencillo. Trato de hacer muchas cosas al mismo tiempo, mantenerme ocupado. Hago aquí una lista para dejar nuevamente un registro de mi experiencia verdadera.

Terminar de pasar en limpio los apuntes de Historia Argentina.
Leer sobre la cultura en la época de Luis XIV.
Resumen de *La esencia de la filosofía* de M. Scheler.
Peluquería.
Biblioteca.
Afeitarme.

Voy descubriendo la ciudad despacio. Cruzo la plaza Moreno y tomo la diagonal 74. Al cruzar la plaza todos los días por el mismo lugar estoy dejando marcado un sendero en el césped. Digamos entonces que me estoy haciendo un camino.

Para Kant el espacio y el tiempo son formas de nuestra capacidad o facultad de percibir, son formas de intuición. El tiempo es a priori, no proviene de la experiencia, es independiente de la experiencia, no es concepto de cosa real sino, como intuición, no una cosa entre las cosas, sino una forma pura de todas las cosas posibles. Podemos concebir el tiempo sin acontecimientos, pero no el acontecimiento sin el tiempo.

El tiempo no es un concepto, es una intuición, no se puede pensar por medio de conceptos. Es una forma de nuestra sensibilidad, de nuestras vivencias.

Espacio y tiempo son formas de pensamiento, son ideas que existen en nuestra mente con anterioridad a toda observación de fenómenos. Moldes en los cuales vertemos los resultados de la

experiencia. Son subjetivos, no son independientes del observador. El tiempo es una necesidad del pensamiento.

Escucho a Marian McPartland, una mujer que toca jazz en el piano con una entonación lírica y al mismo tiempo enfurecida.

Sábado 7 de mayo

Antonio, el hermano de la dueña de la pensión, es un hombre vencido, célibe, apasionado por la Cultura (con mayúscula). Vive quejándose de los libros que todavía no ha leído. Tiene una novia a la que conoció cuando él cumplió cincuenta años. Tenemos en común el interés por Martínez Estrada. Mantiene su biblioteca en la casa de la hermana para asegurarse de que no la perderá si en algún momento llega a casarse, como dice, y luego tiene que dividir los bienes al divorciarse. Colecciona los programas del teatro Colón, con anotaciones absurdas que tratan de retener la gravitación de la música escuchada.

Lo mejor por el momento han sido las clases de Silvio Frondizi, de Enrique Barba y sobre todo de Boleslao Levin. Habla con un acento pedregoso, un aire de judío erudito que escandaliza, según él mismo, a los liberales de izquierda (y también a los otros, agrega). Erudito en rebeliones (ha escrito un gran libro sobre Tupac Amaru), es un activo anticlerical. Uno de sus temas centrales es el horror de la Inquisición española en América. Está lleno de manías y de tics y tiene todas las cualidades de un intelectual europeo: erudición y desparpajo. Es, lejos, el mejor entre los «respetables catedráticos», el único que consigue atraparnos porque se apasiona con lo que hace.

Además cuenta estas historias. Guillén de Lombardo, irlandés, viene a América en el siglo XVI. Detenido por la Inquisición, logra escapar; es uno de los contadísimos casos en toda la historia de alguien que consigue fugarse de las cadenas clericales, como él dice. Escribe un manifiesto y lo pega en la plaza central de México. Entra en el dormitorio del virrey, lo despierta y le entrega uno. Se va a

vivir con los indios, por fin lo encuentran, lo detienen y lo queman en la hoguera.

Lunes 9 de mayo

Ayer murió la tía Verónica. Me despertaron en medio de la noche y viajé en ómnibus para estar en el velorio. En la casa Lasalle gente amontonada, yo tenía el pelo muy corto, todos parecían alegrarse por eso. Roberto me abrazó llorando, demasiado sentimental como para que yo no me emocionara también (a pesar de mi corbata nueva de seda de colores vivos que me puse sin pensar y me hizo sentir incómodo todo el tiempo, como si me estuviera riendo mientras todos se miraban acongojados). Me acordé de la tarde en que mi madre me llevó en brazos hasta el cerco de hojas redondas y me contó que el tío Eugenio se había caído de un tren. Y mi madre me dijo: «¿No te da lástima el tío que está por morir?» Desde luego me puse a llorar. Tendría cuatro años, imagino, pero ese recuerdo vino a mí como una ráfaga cuando Roberto me abrazó llorando y me dijo en voz baja «Se nos fue». Luego hicieron un asado y comimos en el patio con mucho frío. Parientes múltiples a los que hace años que no veía, discusiones en voz baja y alterada por la herencia. En el entierro recuerdo una sucesión ridícula de figuras que se quitan automáticamente el sombrero mientras pasamos con el cortejo.

Pasé esa noche en casa con el abuelo Emilio, no habló de la muerte de Verónica, a la que quería y admiraba porque se había abierto cancha, como dijo, cuando Gerardo, su marido, dejó de trabajar para dedicarse a la política, como él decía. En realidad, contó mi abuelo, era un puntero de los conservadores, un guapo electoral, un caudillo menor en Turdera. Mi abuelo se reía al contar que Gerardo, siempre elegante, de traje cruzado y sombrero, era un cafishio que cuidaba su nombradía y le decía a su mujer al pedirle plata: «Verónica, ¿tenés sencillo?» Se reía el Nono, porque el hombre hacía de cuenta que tenía plata grande en el bolsillo y necesitaba cambio.

Sábado 14

Me veo a menudo con Luis Alonso, trae todos los mitos de la provincia. Vida natural, experiencia vivida, conciencia política, fogones folklóricos. Fuimos a una conferencia de Silvio Frondizi. Predijo la crisis económica, habló de la imposibilidad de salida real para el país, salvo el camino al socialismo. Alonso, sentado a mi lado en una de las butacas del Aula Magna que dan a la calle 6, me dijo: «Yo quiero trabajar para poder elevarme a la clase obrera. No quiero ser un burgués esclarecido.» Cuando lo escuché me pareció tan ridículo que me dio un ataque de risa y todos pensaron que estaba loco porque en ese momento Silvio Frondizi estaba contestando muy seriamente a una pregunta sobre el estado del mundo.

Hace un rato discutí con Oscar G., que vive en una de las piezas de la casa. Con malicia y deliberadamente le destruí una ilusión. Está enamorado de una chica y yo le hice ver con una lógica inflexible que era estúpido ilusionarse antes de tiempo. De inmediato me rectifiqué, toda ilusión es antes de tiempo, le dije, hay que vivir lúcidamente. Yo ahora he logrado construirme, le dije, una mirada desencantada y fría. Nada más.

Domingo 15

Fui a ver en el teatro *El centroforward murió al amanecer* de Agustín Cuzzani. Una especie de farsa alegórica y a veces divertida sobre el mundo del fútbol. Salí por la calle 44, oscura, entre los árboles, y volví por la ciudad hacia mi cuarto de estudiante solitario.

Martes 17

Leo *El hombre rebelde* de Camus. Refiriéndose a los que ponen a la historia como un tribunal trascendente que decide la justicia de las decisiones, escribe: «La historia como un todo no podría existir sino para un observador exterior a ella misma y al mundo. En fin de cuentas, no hay historia sino para Dios.»

Miércoles

Hay huelga, empezó en Medicina y se plegaron las otras facultades. Yo trabajo sobre Luis XIV.

El ser griego es un ser sin tiempo. Para Heidegger, el ser con tiempo, donde el tiempo no está alrededor y como bañando la cosa (como en la astronomía). En la astronomía el tiempo esta ahí alrededor de la cosa y la transforma, pero la cosa es lo que es, independientemente del tiempo que junto a ella transcurre.

En la existencia el tiempo está dentro de la cosa misma; el ser mismo de la cosa consiste en ser temporal, o sea en anticipación, en querer ser, en poder ser, cuyo límite es la muerte. Eso es la no indiferencia, la angustia que es el carácter propio y trágico de la vida. Ansiedad de ser y temor a la nada.

Sábado 21 de mayo

De la lectura de los cuadernos surgen algunas conclusiones. Cierto romanticismo un poco idiota, exceso de sensibilidad y de autojustificación. A primera vista no me ha pasado nada salvo la sucesión ininterrumpida de catástrofes. La consigna de los años pasados ha sido «tengo que cambiar, convertirme en otro». Encarar verdaderamente la realidad. Si vuelvo a pensar en lo que he escrito sobre el abuelo Emilio, que se quedó en Adrogué cuando nosotros nos fuimos, podría ver que, de hecho, me he quedado con él, en todo caso, espiritualmente. Claro que es él quien me paga la carrera luego del conflicto con mi padre...

Domingo 22

Pido la palabra en una plaza, en un acto político no programado, y me sumo a las críticas al gobierno de Frondizi. Curiosamente lo hice con mucha frialdad, como si hubiera sido otro el que hablaba por mí, y al que yo oía hablar sin estar del todo de acuerdo con lo que estaba diciendo.

Hoy jugué al póquer en el Club Universitario y gané cuarenta pesos.

Euforia nacional por los ciento cincuenta años de la Revolución de

Mayo. Frondizi encubre el país con la historia del país. Todos somos argentinos, ¿para qué pensar en el presente?

Sigo escribiendo desde acá, desde la cama, refugio y no campo de batalla.

Lunes 30 de mayo

De vuelta en La Plata. Llovió todo el viaje, en plaza Italia encontré justo un taxi y aquí estoy. Terrible dolor de espalda, me preocupa.

Metáfora nítida de mi relación con el cuerpo: dolor en la espalda. Voy a dormir en cama dura. En la pensión consigo una tabla que está en un galpón en el fondo de la casa. Me acuesto y duermo, cuando me levanto el dolor sigue pero tengo los dedos amarillos. Ataque al hígado. Revoluciono toda la casa. Al rato se descubre en realidad que tengo los dedos manchados con el óxido de la tabla o quizá con la herrumbre, lo cierto es que logro darme cuenta de que no tengo nada grave hepático y que posiblemente el dolor haya sido causado por el viaje en ómnibus, me curo. Se me va el dolor, etc. Mitologías que nacen de vigilar mi cuerpo como si fuera un extraño, un enemigo.

Junio

Hablar del cuarto en el que vivo, el espacio influye siempre sobre el modo de pensar. Hablar de la luz que me aísla y me coloca en otra realidad, una vez más la necesidad de trazar límites, instalarme en una zona sagrada dentro de la cual es posible mirar el mundo. Refugiarme entonces en un espacio frágil y luminoso, es decir, dejar del otro lado la oscuridad. Habría que detallar las regiones, hacer un mapa personal de los distintos lugares en los que vivo. Hay espacios neutrales, son como una continuación de mi cuerpo, como si mi propia figura terminara en la frontera entre la luz y la penumbra; ahí escribo; aquí la lucidez, afuera la realidad.

La soledad es un momento amable si hay alguien en la periferia, la única soledad insoportable es la de no «contar» para nadie. Para

mí, el solitario no es Robinson Crusoe sino alguien en medio de la multitud a quien nadie conoce.

Clase de Pouza sobre el mito y sobre la noción de exceso en la cultura griega, la desmesura como el mal. En cambio, el equilibrio y la armonía son el principio de la filosofía.

Jueves 2

Podría hacer una investigación sobre los habitantes de esta casa. Para empezar, el marido de la casera, con su aire a Vincent Price, que ha perdido su trabajo como contador en un frigorífico de Beriso. Deambula de un lugar a otro, incómodo por el tiempo vacío, hace compras en el mercado, barre los pisos para justificar su tiempo libre. Todos sabemos que está liquidado y él sabe que todos sabemos.

Viernes 3

En la Facultad, las clases de filosofía son las más intrigantes para mí. En historia pasamos mucho tiempo en el archivo. En cuanto a la literatura, he propuesto escribir la monografía al final del seminario sobre la literatura argentina, tomando como tema los cuentos de Martínez Estrada.

Lunes 6 de junio

Pasé unos días en Adrogué con el abuelo Emilio. Salimos en un coche y fuimos al Parque Pereyra Iraola para tomar un poco de aire. El abuelo está siempre de buen humor y hace chistes sobre sí mismo y sobre el resto del género humano. La experiencia de la guerra, tan lejana, persiste en él como un sueño soñado la noche antes. Igualmente confuso, igualmente sin sentido, de todos modos a ratos trata de construir una versión coherente. Lo vivido se divide para él en dos etapas: el año que pasó en el frente, donde fue herido y donde vio de cerca el horror, y el tiempo en el que estuvo a cargo de la oficina de correos del Segundo Ejército. Fue ahí donde tuvo conciencia real de lo que pasaba. Estaba ocupado de las cartas que debían enviarse a los familiares de los soldados muertos y también

de la clasificación de los papeles y los objetos personales que se encontraban en la mochila de las víctimas, muertas en combate. Mi opinión es que fue esta segunda experiencia la que le dio una mirada totalizadora sobre la guerra y su inusitado y cruel desarrollo.

Martes 7

Leo el *Sócrates* de Rodolfo Mondolfo.

Recuerdo la posición crítica de Nietzsche respecto de Sócrates como el culpable de la crisis de la tragedia. Tengo que trabajar en esta línea para el ensayo final.

Jueves 9

Llovió todo el día, pasé la tarde en el archivo. Después hablé por teléfono con Elena y por fin fui a Bellas Artes y me infiltré entre los estudiantes de cine para ver una serie de cortos argentinos. Vimos: *Los pequeños seres*, de Jorge Michel, *El cuaderno* de Dino Minitti, *Buenos Aires* de David J. Kohon, *Diario* de J. Berendt*, Luz, cámara, acción* de Rodolfo Kuhn, *Moto perpetuo* de Osías Wilenski. Los mejores fueron *El muro* de Torre Nilsson, cierto expresionismo en la iluminación y un relato fragmentado y hermético, y *Buenos Aires* de Kohon, una especie de documental lírico sobre la ciudad. Estaban presentes Berendt y Kohon, que hablaban de la necesidad de renovar el cine argentino y promover el cine de autor.

Vengo siempre por aquí porque se ha abierto la Escuela de Cine y proyectan todo el tiempo películas que quiero ver. Soy amigo de Edgardo Cozarinsky, un muy buen crítico, y de Armando Blanco, que estudia montaje con Ripoll. Aquí conocí también a Eduardo Rollie, que enseña estética y ha dado varias clases sobre la vanguardia rusa de los años veinte. Es un diseñador gráfico muy influido –o muy atento a la influenciade Malévich, Lissitzky y Ródchenko. Trabaja en la cátedra con Manolo López Blanco, de quien también me he hecho amigo. Manolo intenta desarrollar una estética a partir de ciertas hipótesis del marxismo, o quizá, mejor dicho, del trotskismo.

Viernes 10

Todos los días son iguales, estoy ahora sentado en un sillón en el patio. Hoy en la mañana fui a la Facultad. No conviene pensar. Hay que tratar de que todo se deslice imperceptiblemente.

Volviendo a las notas de ayer sobre mis nuevos amigos, se dividen en varias categorías. El más cercano es José Sazbón, que estudia filosofía y a quien conocí el primer día que entré en la Universidad. Fui al centro de estudiantes para orientarme un poco y uno de los responsables del centro me señaló a un joven parecido a un boxeador peso mosca y me dijo: «Él sabe Leibniz.» Me acerqué a José y le dije: «Me dijeron que conocés la obra de Leibniz.» Él sonrió y me dijo: «Sólo conozco lo que se puede conocer de la obra de Leibniz.»

Sábado

Vuelvo a Adrogué y estoy en el tren. Los encuentros con el abuelo Emilio son lo mejor de esta época para mí. Me ha pedido que por el sueldo que me paga me dedique a organizarle su archivo. Quedamos en que pasaré los fines de semana con él. Lo que él llama «el archivo» es una colección desordenada de carpetas y cajas con materiales diversos dedicados a la campaña italiana en la Primera Guerra. Cuando le pregunto cómo los consiguió, me contesta: «Todos estaban demasiado preocupados en el trabajo de sobrevivir en las trincheras como para ocuparse por los documentos y los papeles que yo sustraía para que no se perdieran.»

Pasé la tarde jugando a las cartas en el Club Adrogué con mis primos de la infancia: Horacio y Oscar. Se juntan los viernes a la noche y se quedan jugando al póquer hasta el domingo a la madrugada. Contratan un cocinero que les cocina platos únicos durante el fin de semana. Lo divertido y lo insólito es que a esa zona del club la llaman El Sóviet. Es un galpón remodelado como sala de ajedrez y de billar, que ellos ocupan a cambio de un dinero para la cooperadora del club. Caí por ahí a eso de las diez de la noche de hoy y me saludaron con un gesto leve, como si yo también hubiera

estado jugando con ellos. Me fui a eso de la una y ellos seguían ahí sentados con un par de colegas y varios que esperaban turno para jugar. Siguen ahí ahora mientras yo escribo esta nota. Me olvidaba de señalar que gané ciento setenta y cinco pesos.

Me acuesto en la pieza del fondo de la vieja casa en la que vivimos hace tres años, que parecen ahora lejanos y extraños. El abuelo mantiene lo que yo en broma llamo «la rutina del ejército». Se acuesta a las diez de la noche y se levanta a las seis de la mañana. Lo escucho entredormido hacer gimnasia en el patio y cantar con voz de barítono canciones patrióticas italianas.

Domingo

Otra vez paso la tarde jugando a las cartas con Horacio y Oscar, que siguen tan frescos como siempre. Los que juegan con ellos vienen a veces de los pueblos cercanos y las partidas de póquer tienen espectadores que suelen apostar, ellos también, como si asistieran a una riña de gallos.

Tiempo. Heidegger: la temporalidad como la vivencia interior del hombre. Temporalidad como categoría. La existencia en su ley contiene el tiempo. Hay que distinguir el tiempo que hay en la vida y el tiempo que la vida es. En la vida está el tiempo de la física, que viene del pasado. El tiempo que la vida es viene del futuro. Un tiempo que comienza en el futuro. El presente es la realización del futuro. El presente es un futuro que viene a ser. Y ése es el tiempo de la vida. El tiempo que la vida es consiste en la inversión de tiempo que está en la vida. La existencia tiene de particular que cuando ha sido deja de ser. Cuando ha pasado y está en pretérito se convierte en materia solidificada, en algo que tiene en sí la cualidad del ser, lo que ya es, lo que es idéntico. La existencia no es eso: es anticipación, afán de querer ser.

Lunes 20 de junio

Día patriótico, no hay clase hoy. Larga conversación con el abuelo sobre el tema más persistente en las cartas de los soldados muertos.

«Todos anunciaban el próximo fin de la guerra», me dijo, y empezó una suerte de letanía, estaremos juntos en Navidad, espérenme para la próxima cosecha, la guerra no durará más que hasta el fin del verano. Todos querían que la guerra terminara, me dijo, pero nadie sabía cómo hacer para ponerle fin. Lo demoníaco, me dijo, es que todos empezamos a comprender que las armas que usábamos eran tan mortíferas que ninguno de nosotros estaba preparado para soportarlas. Y las armas por sí mismas no iban a detener la matanza. Cavábamos trincheras que se inundaban y luego cavábamos una segunda fila de trincheras y una tercera fila. Pero era inútil porque cada tanto teníamos que salir a campo abierto. Hizo una pausa: a morir, dijo.

Miércoles 22

Apasionado por los *Diálogos* de Platón, que leo fragmentariamente en su versión original y en diversas traducciones. Cuando reacciono, son ya las tres de la mañana.

Jueves 23 de junio

Conversaciones con José Antonio, un estudiante de filosofía muy –demasiado para mí– interesado en Heidegger. Tenemos irónicas discusiones sobre su estilo, que por lo que puedo ver me suena a mí muy amanerado y un poco kitsch. Por supuesto él se indigna y entonces yo abro otro frente de batalla y le digo: «Bien, pero era un poco nazi.» Ahí efectivamente se indigna, se pone furioso y me dice que no piensa discutir conmigo esas posiciones demagógicas y externas a la filosofía. «Todos los filósofos que vale la pena leer, empezando por Platón, eran autoritarios, filofascistas y también hombres gentiles.» A menudo la conversación se interrumpía ahí y pasamos el resto del tiempo haciendo chistes.

Viernes 24

Ayer fui a ver los cortos de Resnais –*Noche y niebla* y *Toda la memoria del mundo*– en Bellas Artes y me encontré con Julio A., que vino desde Mar del Plata a estudiar cine aquí. Me alegró y me emocionó verlo. Fuimos a comer algo y charlamos hasta tarde. Su

intención es avanzar todo lo que pueda en la carrera pero, a la vez, no quiere dejar sola a su madre en Mar del Plata. Julio está rodeado aquí de un grupo de amigos, entre ellos especialmente Oscar Garaycochea, que sigue publicando su revista *Contracampo*. Julio me habla con mucho entusiasmo de *Mabuse*, la película de Fritz Lang que yo todavía no he visto.

Martes 28

Recuerdo la conferencia de Attilio Dabini sobre Pavese. Fue importante para mí porque escribe un diario titulado *El oficio de vivir.* Se mató pero antes dejó el libro preparado para su edición.

Empecé a salir con la chica de pelo colorado con la que fuimos en grupo el sábado a Buenos Aires a entrevistar en Filosofía y Letras, en la calle Viamonte, a Rubén Benítez, que ha escrito una novela *(Ladrones de luz)* que hemos discutido en clase. Se llama Vicky y es muy simpática. Quedamos en vernos en la Facultad después del receso.

Miércoles 29

Me vi con Vicky hoy, nos encontramos por casualidad en el bar de la esquina de la Facultad y nos quedamos juntos. Lo divertido es que después ella quiso conocer los cuentos que estoy escribiendo, entonces le di el cuaderno y le dije que los leyera tranquila y me lo devolviera cuando nos encontremos después de la semana de vacaciones.

Jueves 30

Estoy pulverizado, le di por error (?) uno de estos cuadernos a la mujer de pelo colorado, creyendo que era el cuaderno donde estaba escribiendo mis relatos. Son mis lamentos por y con Lidia del año 59. Entonces, ¿quería que ella se enterara? No puedo aceptar «la casualidad» de estos errores. Me espanta la sola idea de que ella pueda estar leyéndolos en este momento.

El lío vino cuando, al buscar los cuentos que había escrito, di vuelta todos los cuadernos. Supongo que sin darme cuenta puse uno

que no era y ayer, apurado, lo llevé conmigo. Lo más chistoso es que estoy atrapado. No puedo decirle «dame mi diario, que te lo di por error». Lo mejor sería decirle que el diario es una novela y hacerme el indiferente respecto a su opinión. Está escrito en primera persona pero no creo que en ningún lugar haya puesto mi nombre. No creo haber escrito «Emilio fue para allá o para acá».

Tampoco puedo esperar a que lo lea y se me aparezca en la Facultad y me diga «éstos no son tus apuntes»; yo podría decirle «son los apuntes, pero de otra cosa». También imagino una situación en la que ella me dice: «No. No sé leer. Soy ciega. No entiendo castellano. Me lo olvidé en el colectivo. No tuve tiempo de abrirlo. Te amo, este cuaderno demuestra que sos el hombre que yo estaba buscando.» Lo vende, se va a publicar por entregas en el diario *El Día* de La Plata.

Para colmo, no tengo idea de qué clase de chica es, enigmática y bellísima. Sólo pasamos una noche juntos. Vicky, mandame el cuaderno sin abrir.

Miedo al ridículo.

Parece que lo hubiera elegido, es el más melodramático y el más idiota. Pero ¿estoy seguro? ¿Y si hubiera perdido éste? O sea que me parecen imposibles, no cuando los estoy escribiendo, sino después.

La pienso ahora matándose de risa de mí.

Cada tanto doy vuelta a la pieza, desparramo todos los papeles y lo busco una vez más. Nunca lo encuentro. Soy responsable de este encadenamiento casi diabólico. Escribir los cuentos, querer mostrarlos, revolver todo para buscarlos, tirar todo encima de la cama. Ponerme nervioso, guardar *ése* en el armario con los apuntes de la Facultad. Decirle «sí, te llevo los cuadernos para que vos saques los finales». Equivocarme de hora y salir mucho antes pero apurado. Hojear el otro cuaderno (y no ése) en el tranvía. No

revisarlo durante la clase de Aznar. Dárselo apurado, sin asegurarme. Demasiadas casualidades juntas.

También me digo «no es para tanto». ¿O realmente quiero creer que los escribo sólo para mí?

Son las nueve de la noche, recién termino de cenar. Antes fui a la Facultad, vi a Vicky. Le dije lo del diario. Sonriendo me dijo que no lo había mirado (mintió). Me preguntó qué era y le dije: «Bueno, algo demasiado personal, no apto para señoritas pelirrojas.» Entonces se largó a reír y me dijo: «Lo leí y me divertí mucho.»

Hice tiempo en la biblioteca de la Facultad con las ventanas que dan a la calle 7, sentado a un costado de la mesa leyendo los cuentos de Pirandello. Después copié fichas en el Instituto de Filosofía para la clase de Pensamiento y Platón. Y terminé la noche viendo *Tren nocturno* del polaco Kawalerowicz.

Sábado 2 de julio

Vine a Mar del Plata aprovechando el receso.

Domingo 3

Ser irreal. Ésa es la pretensión de la filosofía. No es digno aceptar la realidad tal cual es. Si la apariencia del mundo y su verdad fueran visibles, no haría falta pensar. Se trata, parece, de dejar afuera las necesidades, el cuerpo, y acceder al mundo de las ideas platónicas.

Lunes 4

Imbécil de mí, de todos modos. Atado a los falsos resultados de mi vida, me dejo llevar, perdido en una ciudad, en un país, en el que nadie me conoce, en el que nadie lloraría por mí. Exagero como un modo de hacer ver mi estado actual.

Cuando estoy sentado en el escritorio contra la ventana, parece que el tiempo no pasara.

Miércoles 6

Si llegara hasta el final de mis ideas, tendría que ser capaz de inventar una poética fundada en el arte entendido como pérdida de la realidad.

Trabajo en la monografía sobre los cuentos de Martínez Estrada.

Últimamente he comenzado a tirar al aire unas monedas cada vez que tengo que tomar una decisión. No creo que haya nada que pueda reprochársele a un método de pensamiento –o en todo caso de acciónbasado en el azar. Ésa tendría que ser mi manera de vivir, darme vuelta de cara a la pared para no ser sorprendido por nadie y tirar al aire una moneda para saber qué hacer. Dejarme llevar.

Mucha dificultad para encontrar la forma de contar lo que estoy viviendo. Lo único que me hace seguir anotando los días en estos cuadernos es el intento de encontrar un sentido que quiebre la opacidad de las horas sin huellas.

Leo a Mallea y a Murena, pensamientos sombríos, prosa pesada.

Fidel Castro anuncia nuevas nacionalizaciones. EE.UU. bajó la cuota de azúcar que compra a los cubanos. Presión, dificultades, conflictos.

Sábado 9 de julio

Ayer vinieron a vivir aquí Roberto y Alicia, es decir, uno de mis primos más queridos y su mujer.

Rusia anuncia que apoyará con sus cohetes a Cuba.

Miércoles 20 de julio

Me baño, me afeito, a esta altura esas actividades me llevan toda la mañana. Me miro la cara en el espejo mientras me afeito, es el primer chiste del día. Me divierto con mis propias cicatrices, hago muecas.

Tengo que escribir el ensayo sobre los cuentos de Martínez Estrada. Estoy «parado», no me decido a empezar. Por el momento no hago otra cosa que leer a Eduardo Mallea. Leo *Chaves,* una versión de Bartleby; el personaje sólo dice «No», es la negatividad directa, habla poco y es –para quienes lo tratan– indescifrable.

Todos los personajes de Mallea son personas *serias.* En realidad parece que estuvieran medio dormidos.

Busco mujeres inteligentes, porque la inteligencia es lo mejor que tengo. En realidad parezco un personaje de Mallea. Una lenta vida que se mueve en una lenta tarde como ésta. Hago frases.

Vi *Pépé le Moko* de Julien Duvivier, se la pasa matando árabes en las calles estrechas y empinadas de la casbah. Lo mejor es la muerte de Pépé (Jean Gabin). Moribundo mira a la muchacha: «Chau, nena», le dice. «Reza por mí.»

Pasé un buen día hoy. Fui al cine. Terminé *Simbad* de Mallea. Le puso ese nombre para no llamarlo *Ulises*, pero era eso lo que quería contar. Todos los personajes están reventados y hablan gravemente de sus defectos. Ninguno es un canalla, ni un envidioso, todos tienen grandes debilidades. Todos se quieren suicidar, irse a vivir a la selva, abandonan a la mujer de su vida por cuestiones éticas. Son todos introspectivos.

Tengo la cara llena de marcas, cicatrices recientes, rastros rojizos, quisiera ser negro.

Escribo en la cama. La certidumbre de que me paso la vida luchando contra mí mismo. Recién se me ocurrió algo pero ahora no me acuerdo qué era. Me gustaría volver a casa, nunca debimos habernos ido. Mi madre no quiso dejar a mi padre, se vino con él y no se lo perdona. Ahora voy a apagar la luz.

Martes 26 de julio

Aniversario de la revolución cubana. Castro sigue aguantando. Sólo lo apoyan México y Venezuela. Nosotros estamos por romper las relaciones.

Sigo con la monografía. Ayer terminé la primera parte. Lo único que se salva es el capítulo sobre «Marta Riquelme». Voy a tratar de terminarla. Lo mejor es trabajar las ideas: cuando escribo me dejo llevar y siempre sale otra cosa. Yo tendría que pasarme la vida pensando. Mejor, yo tendría que tener la facultad mágica de que cuando pienso algo, se escriba solo.

Terminé el trabajo. La última frase dice: «El hombre que vive a pesar de la realidad es más grande que quien vive gracias a ella.»

Notas previas a un prólogo. Un hombre sin personalidad. El hombre vacío. Habla sólo con frases hechas. Lecturas, citas, palabras ajenas, una especie de don Quijote partido en la maraña de frases leídas. Vida normal. Se deja llevar por los libros. Por lo demás nadie nota ese delirio. Ha sido profesor de literatura en el colegio secundario. Parece siempre distraído. Soltero, jubilado. Vive solo.

Paso la mañana escribiendo la monografía. El trabajo está casi listo. Falta un catálogo de los personajes. Podría quizá ponerlo en orden alfabético. Espero terminar esta noche.

Sábado

Cansado de escribir. Trabajé toda la mañana. Me falta muchísimo. Vino Rafael V., despedida, la nostalgia del pasado. El viaje de fin de curso a Tandil. Rafael, una intuición extraordinaria para las matemáticas, piensa con fórmulas y con figuras geométricas. Le leo diez páginas del ensayo. Elogios, etc. Después hablamos del suicidio. Se va a Rosario a estudiar física.

Lunes 1 de agosto

Todo sigue igual aquí, como si no hubiera pasado nada. Nunca pasa nada. ¿Y además qué podría pasar? Es como si hubiera estado

todo el mes de julio bajo el agua. Sentado en el patio frente a una mesita baja, el sentimiento de siempre: las grandes luchas por venir. Las pruebas. Mantengo en secreto por ahora mi decisión de convertirme en un escritor.

Fui a la Facultad. Hace meses que estoy aquí y ya conozco a más gente de la que hubiera imaginado. En Filosofía, Pucciarelli sigue con Sócrates y Platón. Las ideas puras, las esencias son materiales y concretas y están en lo alto de la realidad (como un espejo). Soy un carácter típicamente platónico (vivo en el aire). En Literatura, presenté el plan de trabajo final sobre los cuentos de Martínez Estrada. De ese modo volveré a leer a Kafka.

Pasé a ver a Luis, tenemos grandes planes para el futuro. Irnos juntos a París, estudiar con Bachelard. Dudo entre declararme platónico o hegeliano. Entre las Ideas y el Espíritu Absoluto están los ríos donde voy a navegar.

Al cine: *Noche de circo* de I. Bergman. La escena del payaso que habla con su mujer en el espejo.

Día vacío, inútil. No hice nada. Como si no hubiera llegado el momento de trabajar. Sentado en los bares, miro pasar a las chicas.

Miércoles 3 de agosto

Voy al cine de la calle 7 a ver *La cabeza contra la pared* de Georges Franju. Se cortó la luz. La película se paró en lo mejor. No quise que me devolvieran la entrada porque quería terminar de verla hoy. Todo sucede en un hospicio, caras indescifrables, todo muy sensacional. Pasé dos horas en el hall esperando inútilmente con dos o tres desgraciados como yo, que no tenían nada mejor que hacer. Al final me aburrí y volví a casa. Nunca voy a saber cómo seguía esa película.

Viernes 5

A la tarde fui a la Facultad, entregué la monografía. Hablé de

Martínez Estrada y de Kafka.

Conferencia de Alfredo Palacios en el Aula Magna de la Facultad de Derecho. Muchísima gente. Palacios con los bigotes en punta, el pelo largo y peinado con gomina, parece un personaje de historieta, una mezcla del Coronel Cañones y el Doctor Merengue. Apareció acompañado por una morocha espectacular. Habló sobre Cuba, donde fue invitado por el gobierno y pasó tres semanas recorriendo la isla. Reforma agraria, cada campesino recibe cuatrocientas hectáreas, educación popular, luchan contra el analfabetismo. «No son comunistas, son humanistas.» Yo me incliné hacia Vicky: «Si es cierto que son humanistas, van a durar tres meses», ella se reía, no hay nada que la tome desprevenida. Es rápida y muy sagaz. «Podríamos utilizar la violencia política como una forma de educar», dijo con su vocecita dulce. «Por cada diez campesinos que aprenden a leer, hay que fusilar a un oligarca.» «El terrorismo», agregó al rato, «es la forma política de la educación popular.»

Sábado

Encuentro con Elena y dos viejas amigas del secundario, Lucrecia y Olga. Fuimos al teatro *(Seis personajes en busca de un autor* de Pirandello), a la salida tomamos un café en un bar con espejos y mesas contra la pared. Discutimos los juegos imaginarios de Pirandello con las identidades y no sé por qué fuimos a parar a la política clandestina y desde ahí a la situación en Cuba y a los fusilamientos de los sicarios (de Batista). «La justicia», dije yo, «es igual al poder. El que tiene el poder es la justicia. De lo contrario hay que creer.» Volvemos a la madrugada. Con Elena todo se ha diluido. Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise. Persisten las ganas de ir a la cama pero cuando estamos ahí es como si fuéramos dos hermanitos aburridos de estar juntos. Éramos tan jóvenes, yo era demasiado joven para entender lo que fue esa historia con ella, de modo que preferimos dejar todo en suspenso. Fuimos en tren juntos hasta Temperley y ahí ella tomó un tren para Adrogué y yo seguí viaje a La Plata.

Lunes 8 de agosto

Estoy asombrado, la profesora de Introducción a la Literatura dijo en clase que mi trabajo sobre Martínez Estrada era lo mejor que había leído desde que está en la Facultad. Lo van a publicar en la revista de Humanidades. Me dio mucho trabajo escribirlo y no me parece tan bueno. Al mismo tiempo, indiferencia ante el elogio, la escuché como si hablara de otro. Primera comprobación pública de una capacidad que yo he dado por sentado. (Primero ser un escritor y *después* escribir.) La Comisión de Publicaciones de la Facultad del Departamento de Letras me encomendó que lo felicitara, dijo la profesora, y yo pensé que eso iba a mejorar mi relación con las chicas en los pasillos, especialmente con Vicky.

Me voy a dormir, quisiera despertarme dentro de un año (en todo caso, al menos, dentro de seis meses).

Martes

A la tarde y a la noche al cine. Vi *El relámpago en los ojos* de Vilgot Sjöman y también *Puerto* y *Sed* de Bergman. El arte cinematográfico se ha instalado en Suecia. Hacen películas muy dramáticas. Estuve seis horas en el cine.

Me despedí de José Antonio, el fanático de Heidegger, que se fue por un semestre a estudiar a los Estados Unidos. Tratá de traerlo a Faulkner, le digo yo mientras el ómnibus arranca. Él me contesta algo y hace gestos, pero yo ya no lo oigo.

Jueves 11

Asamblea para discutir un comunicado estudiantil de apoyo a Cuba. Aceptar que la URSS sostiene y ayuda a la revolución es admitir que Cuba se convierta en un satélite soviético, pero repudiar la ayuda de los rusos es hacerles el juego a los norteamericanos. ¿Qué se puede hacer? Planteamos un repudio a los planes de invasión norteamericana, sin incluir en la declaración ninguna observación sobre la incidencia soviética, como pedían los anarquistas. La propuesta se aceptó 60 a 40.

Viernes 12

Me siento tan liviano que quisiera ser un gato. El cielo se oscureció a las diez de la mañana. Una tormenta feroz, llueve a baldes, como se dice.

Al cine: *Nido de ratas* de E. Kazan. Brando le dice a la muchacha que fue él quien mató a su hermano y en eso suena la sirena de un barco. Primer plano de cara y después las azoteas.

Sábado 13

Fui a Adrogué, pasé la tarde con el abuelo Emilio. Sigue metido en su proyecto de ordenar los papeles que trajo de la guerra. Encuentro a la vieja barra. Mi primo Horacio, Tagliani, López. Se iban al club. Los dejé ir y yo tomé el tren y fui a Buenos Aires. Sensación de dificultad para «entrar» en la ciudad.

Domingo

De pronto empecé a escribir una carta a Elena para decirle que no voy a ir a verla. En realidad nosotros ya no tenemos nada que hacer. No lo digo tan directamente pero ése es el tema. Decirle lo que no nos hemos dicho en estos meses. Somos amigos pero estamos en mundos distintos. Le escribí de un tirón sin pensar. Le pedí un sobre al Nono, lo cerré y después lo rompí en varios pedazos y tiré los restos en el baño. No se puede escribir una carta de despedida o de ruptura sin hacer el ridículo. A partir de ahí entré en el vacío. No pienso nada, no puedo decir nada. El abuelo viene a buscarme y me lleva al cuarto donde guarda las cartas que no fueron enviadas. Lo desvelan, no lo dejan en paz.

Martes 16

Zunino, jefe de trabajos prácticos de Filosofía, un poco intimidado en la clase donde todas son mujeres (menos yo). Análisis del impulso moral en Scheler. Relaciones entre la filosofía y el «conocimiento vulgar». La distinción reside en el objeto al que se refiere el juicio. El sentido común generaliza, el pensamiento es siempre concreto y referido a un caso. No hay ciencia de lo singular.

Viernes 19

La profesora Campos vuelve a elogiar mi monografía sobre Martínez Estrada. «Agudeza, finura y estilo.» Por poco no me entierro bajo los bancos.

Me doy cuenta de que en mi discusión con Luis sobre el marxismo me apoyo en Camus. Y en la tradición anarquista: moralmente es inaceptable el reduccionismo del marxismo, o sus explicaciones que reducen todo a intereses materiales. Todo el argumento de Camus consiste en reducir el marxismo a lo que se vive en la URSS.

Jueves 25 de agosto

En la Facultad trajeron un espectáculo del Nuevo Teatro. Función para los estudiantes que pueden dedicarse al estudio del teatro. Alejandra Boero y Pedro Asquini, *La farsa del cajero que fue hasta la esquina* de Ferreti. Una especie de Kafka mezclado con Roberto Mariani.

Sábado 27 de agosto

Ayer asamblea en la Facultad, la agrupación anarquista planteó que se debían sacar los símbolos religiosos, especialmente el del Cristo Crucificado que está en el Aula Magna. Gran discusión, hacia las diez de la noche hace su aparición Pacheco, un dirigente anarquista muy conocido que acaba de llegar en avión de Córdoba. «Abajo Cristo», dice, «vinimos a estudiar, no a rezar.» Los humanistas silban y patean el piso.

Domingo 28

Me siento pesado, distante, dormí a ratos una siesta. Tomé demasiado alcohol. La boca seca, las piernas acalambradas. ¿Y ahora qué? Todo el día enfrente, varias opciones, ninguna muy atractiva.

Escapo al cine, veo *La patrulla de la muerte* de A. Wajda. Salgo a las nueve de la noche, un poco perdido. Voy al teatro: *El tiempo y los Conway.* Interesante, distorsiones provocadas por la

temporalidad y los saltos cronológicos. La obra repite los cortes y los cambios bruscos de la novela, Virginia Woolf está muy presente. Matar el tiempo, sería mejor estar muerto. Aparte pienso: ¿seré yo –como los Conway– un fracasado dentro de veinte años? 1980, veinte años después, después de vivirlos ¿me parecerán pocos? ¿Pensaré –como hoy– que tengo la vida por delante? Quizá la tenga, todavía, pero no hay duda de que todo será distinto. Eso lo sé o lo creo, pero ¿cómo será? No lo sabré tampoco entonces porque en ese momento querré –como ahora– conocer mi futuro. (¿O estaré muerto?)

Miércoles 31 de agosto

Varios encuentros inesperados con Vicky, la encontré la otra noche en el teatro, después, al día siguiente, la vi en la calle 7 y nos fuimos a tomar un café. El martes en la Facultad. Tiene dieciocho años. Pelirroja (como las mujeres que amo), sutil, «viva» –en todos los sentidos–. Yo deslumbrado, ella deslumbrada también. Bosque, nada vulgar. Número 13. Bazar.

Viernes 2 de septiembre

Anoche, en la plaza Moreno, me pareció haber visto a Elena. Pensé: «Vino a buscarme.» Empecé a correr porque la chica cruzaba la calle hacia la parada de tranvía. La alcancé en la esquina, bajo la luz vi que no era ella, me miró sorprendida. «Disculpá», le dije, «sos igualita a una amiga.» Entonces ella sonrió. «¿Ah, sí?», me dijo, «un procedimiento muy conocido... pero a vos te tengo visto.» Resulta que estudia derecho y entonces me ha visto en la Facultad. Estaba impresionada porque yo siempre la miraba como si la conociera. Quizá todos tenemos un doble, alguien igual a nosotros y también alguien que es una réplica de alguno de nuestros amigos.

Martes 6

Siguen los actos y los conflictos. Los de Tacuara asaltaron la Universidad, pintaron esvásticas, rompieron el cuadro de Alfredo Palacios y escribieron «Judíos a Moscú». Por eso hubo un acto de repudio a la derecha católica. A eso se suma el conflicto en Medicina. Estábamos marchando por la calle 7 cuando nos atacó la

policía. Gases, bombas molotov. «Los gobiernos pasan y la policía queda», como dijo Martínez Estrada.

En la Facultad, situación crítica. Asamblea para elegir a los delegados de primer año a la Federación Universitaria. Vicky me propone como candidato, quiere politizarme, es medio trotskista. Hace un pequeño discurso sobre mí, elogiando mi capacidad oratoria. En la primera votación, empate. Cincuenta y dos votos para cada uno. Mi contrincante es una chica de Pedagogía con cara de albóndiga, apoyada por el PC (el 90 % de los activistas del PC en la Facultad estudian Pedagogía). Vamos al desempate, cuando me toca votar me abstengo de votar por mí mismo. La otra chica se autovota y gana por un voto. Todos me querían matar. Luis casi me insulta. «¿Vos sos loco?», «Tengo mis principios», le digo. «Vos no tenés salvación.»

Vicky viene a consolarme. Tomamos café en Don Julio, el bar de la Facultad. Los estudiantes iban y venían, me pareció que me miraban y me reconocían como el anarquista que no quiso votarse. Un tarado, piensan todos (y a veces yo mismo). Vicky tentada de risa. «¿Qué pasó?», dijo, y se me quedó mirando como si fuera un marciano. «Le dio vergüenza votarse a sí mismo», se reía. Yo me defendí diciéndole que no tenía ganas de hacerles el juego. Para colmo la chica del PC dijo: «Votó primero que vos, así que viste que se elegía a ella.» Lo divertido es que después todos la abrazaron como si hubiera ganado la grande. «Vos sí que sos un caballero», se reía Vicky.

¿Por qué no me voté? Aunque parezca increíble, lo hice para impresionar a Vicky, para que dijera lo que me dijo. Sos un idealista. También es cierto que no me voté porque no me quise ver envuelto en la política universitaria. Estoy recién llegado, no quiero perder tiempo en reuniones. ¿Y por qué aceptaste ser candidato?, la pregunta de Vicky, la indomable.

Miércoles 7

Recibí carta de José Antonio, desde Nueva York. No le gusta la comida, fascinado con la biblioteca. El país está en guerra o quiere estar en guerra con el que se le ponga a tiro. Me gustaría, dice, ser Robin Hood, pero no me sale bien. Los norteamericanos piden «fuerza» a sus futuros gobernantes. Los enfermos piden salud cuando se están muriendo. Nunca dejes de ver, me recomienda, a las siete caras del mundo, porque vivir en la incoherencia es algo que debemos envidiarle a los locos.

A la salida de la clase voy al bar con Vicky, confesiones sentimentales. Tiene un novio en su pueblo (en General Belgrano) pero ya no lo quiere, pero si se lo dice, él va a sufrir. Ella no quiere verlo sufrir, etc. Yo la calmaba, le dije, peor es mantener la mentira. Y la empecé a avanzar. Emilio, me dijo ella, te hablo como una amiga y vos me contestás tirándote un lance. Por supuesto, le dije, ya sabes todo de mí, leíste el cuaderno, así que no tengo que contarte mi historia, es mejor y más rápido. Ella se ríe con una risa que me llena de alegría. ¡Y es pelirroja! Le cuento la historia de la chica de la que estaba enamorado en la primaria, después le cuento la primera vez que estuve con una mujer, a los catorce años, ella era pelirroja, una vecina, una señora casada, amiga de mi madre. Yo la rondaba sin saber muy bien por qué. La espiaba, si me subía al techo de casa, veía perfectamente por la banderola cuándo ella estaba con el marido en la cama, con el velador prendido. De modo que estaba encima de ella, con esas imágenes, como un lobo solitario. Hasta que una tarde a la hora de la siesta, yo estaba sentado en la vereda y ella me llamó, me hizo entrar, y cuando crucé el pasillo la vi: estaba desnuda, en el baño con la puerta abierta, recién se acababa de bañar. Le conté la historia más o menos así y ella se reía. Tiene una risa inolvidable. Entonces, dijo, me querés poner en la serie de las chicas pelirrojas de tu vida. Vení, me dijo, te muestro el departamento donde vivo.

Jueves 8

Pasé la mañana en la biblioteca de la Universidad, es el lugar donde mejor me siento, a cubierto. Tienen todo lo que busco y

además José Sazbón trabaja medio día en la hemeroteca y me consigue lo que quiero. Hoy por ejemplo la revista *La Torre*, de la Universidad de Puerto Rico. Metido ahí, en el silencio, con todos los libros a mano, la vida exterior me importa poco. Leo a Jaspers, las situaciones límite son cuatro: 1. No se puede vivir sin luchar contra la contingencia. 2. Vamos a morir. 3. Nuestra experiencia empírica es engañosa. 4. La vida es una elección permanente. La decisión. Yo pensé que debía construir un sistema para eludir esas cuatro verdades. Se resisten al conocimiento y sólo podemos percibirlas existencialmente. Vivir en las situaciones límite y existir son la misma cosa. O dicho de otro modo: yo como existente no llego a ser potencial más que enfrentando –más allá de la razón– las situaciones límite. Consecuencia: lo trágico-heroico.

Recién me pasó algo raro. Veo a alguien que me hace señas desde la puerta de la sala de lectura. El sol me encendía y tardo en darme cuenta de que es Vicky. Cuando me acerco, ella está medio turbada y me alcanza un paquetito. Adentro hay un Buda tallado en hueso (no creo que sea marfil). Lo primero que pensé es que me estaba tomando el pelo y me daba el Buda porque yo no había querido votar por mí mismo. Pero no. Era para mí, me dijo, porque yo necesitaba ser protegido y tener suerte. Sorprendido, no supe muy bien qué hacer o qué decir, y cuando me quiero acordar, ella se va. No puedo seguirla porque tengo en la mesa los libros de la biblioteca y mi cuaderno. Ahora hace media hora que no hago otra cosa que pensar las frases que debí haberle dicho. Ella me dijo: esto es para que te dé suerte. ¿Será budista?

Viernes

Saqué 10 en el parcial de Filosofía. A la salida Vicky me estaba esperando. Vicky me dijo: el Buda te dio suerte. La invité al cine, pero me dijo que no podía. Se quedó apenas conmigo y enseguida se fue, como si no tuviéramos nada.

Sábado 10

Otra vez en la biblioteca. Leo un artículo de Martínez Estrada en la

revista *Sur*. Habla de invariantes históricos. Situaciones que se repiten en el tiempo. Por ejemplo, considera la violación de la india, de la muchacha nativa, por el español, el conquistador analfabeto. Encuentra la figura de la violación como una clave persistente. ¿Se podrán descubrir invariantes históricas en la vida personal? Por ejemplo, creo que hoy vine a la biblioteca a ver si Vicky aparecía otra vez en la entrada y me hacía gestos y señales. Cada vez que se abre la puerta de entrada al salón, levanto la cara...

Lunes 11

Oh las mujeres. Ayer fui al cine a ver *Sonrisas de una noche de verano* de Bergman, a la mañana, en el ciclo que arman los estudiantes de cine para sacar algo de plata y publicar una revista. En la vereda haciendo cola la veo a Vicky con Jorge Becerra. Saludos, leve tensión, frases sueltas. Jorge se sorprende. Creí que te habías ido a Adrogué. Cambié de idea, dije. Y Vicky me miró de frente, ladina, sabía que estabas en la ciudad, me dijo. Seguimos conversando pero la charla no prospera. Curiosamente yo me siento eufórico (por estar con ella, supongo), con la misma euforia del que descubre al asesino en una novela policial, antes de llegar al final. Ella me mira continuamente, yo hablo con Becerra, que parece estar en la luna de Valencia. Al fin entramos y nos sentamos en la oscuridad, ella en el medio. La película es una comedia de enredos muy divertida. Alguien dice de alguien que está enamorado del amor. Después vuelve la luz y salimos y vamos a tomar un café. Vicky se levanta y va al baño. El tiempo pasa y no aparece. Se fue, dice Jorge. ¿Cómo se fue?, digo yo. Resulta que Becerra es del mismo pueblo que Vicky, y al rato me está contando la historia del noviazgo de ella con un pituco del campo.

En la Facultad cuando salgo, Vicky me alcanza en el pasillo que da al patio sobre la calle 6. ¿Te vas?, me dice, y antes de que yo le conteste, agrega: ¿Cuándo vamos a hablar vos y yo? Estamos hablando, le digo yo. ¿Mañana a qué hora venís?, sigue ella. Te espero en el bar, me dice. Bueno, le digo. Sigue silencio estilo partida de póquer. Estás cambiando vos, le digo. Ella sonríe. Antes,

cuando uno te hablaba te ponías colorada, le digo. Soy colorada, dijo ella. Nos vemos mañana.

Martes

Cuando llego al bar, Vicky me está esperando, sentada a la mesa contra la ventana. Hay mucho ruido a esa hora, todos se hablan al mismo tiempo y no se oye nada. Así que un rato después le digo: Mejor nos vamos de aquí. Ella me sigue, dócil, haciendo de niña buena. Afuera en la calle el aire me despeja, supongo que también a Vicky, porque antes de llegar a la esquina vuelve a la historia confusa del novio que la espera en el pueblo. Soy mala yo, dijo de golpe. Siempre fui mala. Yo traté de explicarle que si era por mí no tenía que preocuparse, pero ella seguía hablando en general, recriminándose pero también riéndose de pronto a carcajadas de sí misma, del tarado que la esperaba en el pueblo (y de mí mismo supongo).

Miércoles

Anoche me desperté a las dos de la mañana, efecto de mi encuentro con Vicky. Salí al patio, en la oscuridad, y me senté en el sillón de mimbre, descalzo, con los pies sobre las baldosas coloradas. Estuve una hora ahí pensando en Vicky y en el encuentro en el hotel al que fuimos a la tarde. Ahora estoy metido en otra historia, pero no termino de estar solo porque siempre mantengo dos o tres «enchufes» por las dudas.

Jueves 13 de octubre

Leo lo que escribí en estos cuadernos, desorden de los sentimientos. Busco una poética personal que aquí no se ve (todavía). Un diario registra los hechos mientras suceden. No los recuerda, sólo los registra en presente. Cuando leo lo que escribí en el pasado encuentro bloques de experiencia y sólo la lectura permite reconstruir una historia que se desplaza a lo largo del tiempo. Lo que sucede se entiende después. No se debe narrar el presente como si ya hubiera pasado.

Domingo 6 de noviembre de 1960

Escucho el partido de fútbol en la radio (Independiente 2 – Boca 0), un relato que ha acompañado, como una música lejana, los domingos de mi niñez. Hay una irrealidad verbal en el relato de acciones que no vemos y debemos imaginar. Me interesa el hecho de que la narración está acompañada por «los comentarios», es decir, la explicación teórica de lo que sucede en el juego. El relato y el concepto que lo define vienen juntos.

7. EN EL BAR EL RAYO

Había pasado todo el sábado leyendo *El idiota* porque estaba escribiendo un relato sobre un joyero al que me gustaba imaginar como una suerte de príncipe Mishkin, pero al rato ya me había olvidado de todo y estaba hundido en la novela de Dostoievski. El carácter destructivo de la bondad era lo que hacía marchar la historia con la violencia metálica de un tren que se ha salido de las vías y arrasa todo lo que encuentra en el camino. La compasión anula al Príncipe y a Natasha Filippovna, que se enfrentan en escenas de increíble intensidad. Quedé atrapado por la intriga, y cuando me quise acordar era más de medianoche y me había olvidado de mis amigos y en especial de Vicky, una bella pelirroja con la que yo salía en aquel tiempo.

Era sábado, estaba solo y demasiado cansado para llamar a nadie. Salí a la calle y fui al bar El Rayo frente a la estación de ferrocarril y me dediqué a mirar el mundo. La ciudad parecía otra, más oscura y procaz, con desesperados que salían del hipódromo y rondaban como gatos por la zona. En un reservado del bar estaban las alternadoras, a las que se les pagaba un trago –o dos tragos– por conversar hasta que al fin se podía ir con ellas a los hoteles que abundaban cerca de la terminal. A cualquier hora hay hombres buscando una mujer, cruzan furtivamente hacia los dancings que en la noche dejan caer sobre la ciudad una música dulce. En la entrada un joven, alto, demacrado, vestido con un largo sobretodo negro, se había detenido con aire espectral y le hacía señas a una de las chicas que en un costado escuchaba en la vitrola un bolero de Agustín Lara. Parecía un estudiante crónico que había salido como yo de su covacha y rondaba con el aire de un lobo solitario.

Pedí una ginebra y después otra; sentía una rara euforia, como si por fin sintiera el sabor áspero de la vida. Tenía dieciocho años, vivía solo y, como siempre que llevaba dinero encima, me sentía sosegado y seguro al tocar los billetes en el bolsillo, podía entrar en la estación

y sacar un boleto a cualquier lado y viajar durante días hacia el norte en un tren de larga distancia; podía buscar una mujer y pagarle para que estuviera conmigo esa noche. Encontrar a una altiva Natasha Filippovna que vendiera su cuerpo como hacía ella en la novela. Mishkin había participado en la puja porque quería salvarla pero al fin, cuando el villano Rogozin sube la oferta hasta una suma inconcebible, Natasha accede a quedarse con él. El tiempo pareció detenerse en esa escena magistral: todos la miran, ella toma el grueso fajo de billetes, da unos pasos y, con una dulce sonrisa malvada, arroja el dinero al fuego de la chimenea. Hubo gritos, voces y luego un silencio que parecía tan hundido en la trama que me dejé una vez más arrastrar por la locura de la historia. Los hombres se miran encandilados por ese acto demencial, Rogozin la insulta y trata de rescatar el dinero entre las llamas, mientras el Príncipe llora desconsolado. De pronto se apagaron las luces y al instante volvieron a encenderse, iban a cerrar el bar, los mozos acomodaban las sillas sobre las mesas vacías, ya no había chicas en el reservado. Eran casi las tres de la mañana, la ciudad estaba quieta.

Salí al aire frío de la noche y me hundí en el abrigo para defenderme del viento helado. Algunas luces brillaban todavía en la estación, pero decidí volver a mi cuarto y crucé la esquina hacia la diagonal buscando la parada de taxis y, como si me hubiera estado esperando, vi a una de las chicas del bar refugiada en un zaguán.

–Dónde vas, chiche, ¿me llevás? –dijo.

Era rubia, menudita, los ojos muy pintados, tendría mi edad, o menos quizá, y se abrigaba con un sacón blanco de piel de oveja.

–Vos sos una que trabaja en El Rayo.

–No soy *una* y no trabajo, *paro* en El Rayo. ¿Y a vos qué te pasa? Parecés un fantasma –se reía–. Vamos juntos.

–No estoy con ganas, nena.

–¿De llevarme?, pero qué muermo...

–Ahí viene un taxi, tomalo, vení. –Ella no se movía y el taxi siguió de largo, así que me arrimé al zaguán.

–No tengo biyuya –dijo, y se frotó la yema de los dedos–. Dame un cigarrillo.

Fumamos al amparo, cobijados del aire de la madrugada. Sentía el olor áspero a cuero curtido del saco de piel y la escuchaba hablar con su voz infantil, sin parar, como si estuviera asustada. Me contó que era de Chivilcoy, que se llamaba Constanza, pero le decían Coti, vivía en Tolosa, dijo que tenía mucha energía interior y que era devota de la Virgen del Carmen. Se movió bajo la luz, pensativa, y parecía estar ofreciéndose al que quisiera comprarla.

Me tomó del brazo y se apretó contra mí, si yo no la llevaba iba a tener que dormir ahí hasta que abriera la estación y saliera el primer tren de las seis. Miró el relojito con la figura de Mickey Mouse que llevaba en la muñeca.

–Estoy acostumbrada a dormir acá –dijo–, los tipos hacen sus cosas y después no me llevan, pero a mí no me importa, yo estudio teatro y Stanislavski dice que el actor tiene que acostumbrarse a todo y que todo le sirve para la memoria afectiva.

De pronto me di cuenta de que desvariaba un poco, de cerca parecía más chica, debía tener quince años, dieciséis... Pensar eso me excitó y entonces, casi sin pensarlo, me alejé un paso de ella y Coti retrocedió como si hubiera visto algo malo en mi cara.

–No me pegues... –Se tiró atrás.

–Pero qué decís... Sos tan linda, tomá. Me tengo que ir. Guardá esto. Ahí tenés un taxi. –Y le metí el rollo de billetes en el bolsillo del sacón.

Un taxi bajaba por la calle y le hice señas.

–Qué me das –dijo ella y dio un paso al costado, con el montón de dinero en la mano–. Plata por nada, pero qué te creés, degenerado, me querés humillar –dijo y empezó a tirar la plata al suelo–. Te pensás que soy una pordiosera –dijo y enfiló hacia el taxi mientras yo juntaba los billetes en la vereda.

–Tomá. Dejame que te ayude...

–Estás borracho, ¿quién te conoce?

Subió al taxi, que estaba contra el cordón de la vereda con la luz de adentro prendida.

–Pero qué tarada... No ves que gané en las carreras... Bajá la ventanilla.

Estaba adentro ya, como exhibida en una vidriera iluminada, y

agitó la cabeza pero vi que se reía.

–Dame un beso –le dije.

Abrí la puerta y el taxi arrancó mientras yo me sentaba con ella y empezaba a besarla y a tocarla bajo la blusa y el chofer nos miraba por el espejo.

–Apagá la luz –le dije. Ella se me había acurrucado en el pecho–. ¿Adónde vas? –le pregunté.

–Al hotel –dijo ella.

–Mejor a mi pieza.

Pasamos la noche juntos, parecía una nena, en realidad era una nena, pero se movía y hablaba como si estuviera de vuelta de todo. Se levantó desnuda y revisó el cuarto, abrió el libro de Dostoievski.

–¿Qué leés? Uy, éste sí que es un muermo... No conoce la motivación emocional, todos los personajes parecen locos, hacen cualquier cosa, sin ninguna memoria afectiva. Yo estudio teatro con Gandolfo...

–¿Qué? ¿Vas a Buenos Aires?

–No, vienen acá a Bellas Artes, él y Alezzo dan clase, quiero hacer un show en El Rayo, estoy ensayando, ¿no me viste hoy? Si tuviera plata me iría a Buenos Aires, tengo una amiga que trabaja en el Bambú..., es contorsionista, hace striptease, le va superbién... –Miró la foto de Faulkner en la pared, revisó el ropero y la escuché hurgar en el botiquín del baño común en el pasillo.

A mediodía salimos al patio y enseguida empezó a seducir a los provincianos que vivían conmigo, incluido al extremadamente tímido de Bardi. Se quedó un par de días con nosotros, pasaba de una pieza a otra, cada noche. La escuchaba reír o gritar con su vocecita de muñeca mientras yo leía la novela de Dostoievski. La segunda parte no es tan buena como la primera.

8. DIARIO DE UN CUENTO (1961)

Martes

Estoy en Adrogué, desde el domingo. El abuelo me vio llegar como si no hubiera pasado el tiempo.

–Hijo, acomodate mejor en la pieza del fondo. Tenemos mucho que hacer...

Desde que empezó a perder la memoria (dice) está preocupado y quiere ordenar sus papeles. Los médicos le han prohibido salir y eso es lo que más nervioso lo tiene.

–No me perdí en el Isonzo, mirá si me voy a perder («extraviar», dice) acá. –Se queda pensando–. Ya te di la plata, ¿no?

Me dio la plata. Teme perder sus mapas, las fotos, las cartas; me contrató para que le ordenara su archivo, me paga un sueldo, etc., aprendí de él a decir *etcétera* cuando quiero cambiar de tema, pero él lo pronuncia más taxativamente en italiano: *echétera*, dice, y hace un gesto con la mano como diciendo no pienso seguir con eso. En realidad, me paga la carrera. «No quiero que seas un sobaco ilustrado», me dijo el hijo de puta de mi padre.

–Esperaba que yo fuera abogado...

–Para que lo saques de la cárcel –se ríe el Nono con sus ojitos de zorro. Prefiere que me quede a vivir con él acá, para terminar de ordenar sus documentos. Le propuse que se mudara a La Plata, pero se reía cuando se lo dije.

–Tendría que vender la casa, comprar allá. –Se quedó pensando–. Toda mudanza es demoníaca –dijo. Es una cita pero no recuerda de quién. Está perdiendo la cabeza, dice, pero se sabe de memoria multitud de poemas y muchas canciones y a veces las canta, solo, en el patio, con su hermosa voz liviana y frágil, de barítono.

Susy, la mujer que lo cuida, nos prepara un guiso de lentejas y comemos en el patio, bajo la parra.

–Coronel –dice Susy–, estoy arriba, me llaman cualquier cosa.

El viejo toma vino con soda y fuma sus apestosos toscanos de un

peso.

Nos quedamos callados un rato. Estaba linda la noche.

–Hijo –me dice, y otra vez me lee el pensamiento–, estamos bien afuera, al sereno... Suerte que viniste, estás en La Plata, ¿no?

Tiene la memoria capturada por la guerra y no sabe bien qué hacer con ese tumulto de imágenes y escenas. A veces prendo el grabador y registro lo que cuenta, otra veces lo dejo hablar; él piensa que nada se va a perder si yo lo estoy escuchando.

–Muy cerca de las líneas alemanas, el oficialito Di Pietro –dice por ejemplo– se arrastraba al estilo de los boy scouts para observar y escuchar al enemigo en las trincheras. La luz blanca de los reflectores era como un tul... –recuerda de pronto, y se detiene, encandilado.

Siempre es así, narra pequeños fragmentos, muy vívidos, pero se cortan, no concluyen. Los anoto, con la esperanza de que los retome y se puedan completar... Participó en la gran ofensiva contra los austríacos amurallados en lo alto de los desfiladeros escarpados, entre el Monte Nero y el Monte Mirzli.

–Fue una tentativa de suicidio masivo... –Se queda pensando–. Una vez en la Patagonia vi cientos de cachalotes blancos que se arrojaban a la playa para morir, los tirábamos de nuevo al mar y volvían a nadar furiosos hacia la orilla, donde boqueaban durante horas... Algo así... (Lo dijo en inglés: *Something like that.)*

Lo hirieron en el pecho y estuvo hundido en la nieve toda la noche, lúcido, congelado. La sangre se fue extendiendo y la ladera de la montaña estaba roja a la mañana, pero el frío extremo lo salvó. Si le pregunto, se confunde y no me contesta. Son como esquirlas, flashes luminosos, perfectos, sin ilación. Así habría que narrar, pienso a veces.

Jueves

Cuando me despierto veo al abuelo en el jardín, leyendo al sol. Se sienta en una silla de lona, descalzo, con el flaco torso desnudo, vestido con elegantes pantalones de lino color azul, la cicatriz en el pecho es una fea serpiente colorada. El sol lo ayuda, según él, a asimilar la vitamina E que impide la oxidación, además toma unas

cápsulas blancas que fortalecen, según parece, las neuronas y le drenan, dice, la laguna amnésica, el *surmenage*. Por eso también bebe grandes dosis de Nervigenol y hace continuamente ejercicios mentales: recita el número de reclutamiento de los soldados de su pelotón o repite el apellido de los marinos que le dan nombre a las calles de Adrogué: Bouchard, Norther, Bynon, Espora, Grandville.

–A quién se le habrá ocurrido, son todos marinos, ingleses, franceses, criollos, eran piratas, corsarios, navegaban por el botín... –Se detuvo, cegado por el sol–. *¿Le trincee dove sono?, domandò el ufficialetto Di Pietro appena arrivato sul San Michele. «Trincee, trincee...», fu mi resposta. «Non ci sono mica, trincee: ci sono dei bucci.»* –Me miró como si despertara–. Agujeros, zanjas, eso eran las trincheras.

Antes de que yo pudiera decir nada, se paró y alzó la silla de lona y se movió por el jardín buscando el calor del sol, ágil todavía.

Primero se sienta al aire libre para fortalecerse, luego Susy lo ayuda a hacer sus ejercicios gimnásticos y después pasa la mayor parte del día en los cuartos interiores y yo lo escucho cantar *(Bella ciao, bella ciao, ciao ciao)* o murmurar nombres y fechas, en un rezo monótono, para no pensar. Estoy cerca, por si me necesita, y así pasamos el día, por eso ahora escribo de noche un relato, mientras él duerme o hace que duerme.

Conocí a Lucía a principios de marzo aunque conocer es un decir, la había visto y me le fui acercando de a poco, al sesgo, diría, como quien sigue una imagen en la ventana de una casa iluminada. Estábamos en el aula grande de la Facultad de Humanidades, en el curso de Rovel, y nos fuimos acercando a medida que avanzaba la lectura de *El gran Gatsby*.

Cuando Rovel analizó la [extraordinaria] escena de la casa abierta en la bahía, con [las cortinas blancas que se agitaban y] Jordan y Daisy tendidas en el sofá antes de la entrada de Tom Buchanan, la vi aparecer, vestida ella también de blanco porque era el fin del verano y los tilos estaban floridos. Llegó retrasada, con la clase empezada, rubia, bellísima, clara en el aire claro de la tarde. Se quedó detenida

en el pasillo mirando a Rovel, que en la pizarra hacía un plano de la casa de Gatsby en Great Neck.

–Todo se mueve y Tom va y cierra las cortinas como si quisiera parar el desorden –dijo, y se dio vuelta hacia Lucía–. Y usted ¿por qué no se sienta?, haga el favor.

Confusa y atropellada, ella se sentó de inmediato en una de las filas del costado luego de abrirse paso entre los estudiantes. El mundo se detuvo un instante, porque era demasiado bella [y llamaba demasiado la atención] y conocía como nadie el arte de la interrupción [el arte de estar fuera de lugar], como la heroína de una novela de la que apenas conocemos los primeros datos, traída y llevada por el movimiento tenue de la narración. Claro que ella no era la heroína de ninguna novela porque si no, yo la hubiera salvado.

Miércoles

Ayer trabajamos todo el día en el cuarto de las cartas, las relee, las clasifica. Antes era el comedor diario, pero ahora es la sala con los archivadores, donde guarda en carpetas numeradas cartas y cartas. Los objetos, que a veces estaban en los sobres, los ha colocado en una vitrina. Cuando yo era chico me dejaba jugar con los binoculares de un oficial francés de caballería. Cómo los había conseguido nunca se lo pregunté. Yo miraba el mundo con los prismáticos al revés y las cosas, incluso mi abuelo, joven en aquel tiempo, se veían diminutas y lejanas encerradas en un círculo, como dibujos en una historieta.

Ahora el abuelo sólo quiere hablar de la etapa en la que estuvo a cargo de la oficina postal del Segundo Ejército. Lo destinaron ahí después de que pasó una temporada en el hospital militar de Trieste, reponiéndose de la herida en el pecho que recibió durante la alucinante ofensiva del Isonzo (un millón de muertos), y ya no volvió al frente.

Estaba encargado de escribir las cartas anunciando la muerte de sus seres queridos a los familiares de los soldados muertos y de enviarle los objetos que se encontraban en el cadáver. Sobre todo cartas a medio escribir, todavía no enviadas o interrumpidas por la muerte.

Mama carissima, Estoy bien abrigado esta noche y te escribo con las manos calientes por los guantes de lana que me tejiste, les hice un pequeño orificio con la bayoneta en la punta del dedo índice y del pulgar para liberar los dedos y poder sostener el lápiz y escribirte. Llevo mucha ropa, una sobre otra, y con el gorro de alpino parezco el enano gordo de Blancanieves. La trinchera es profunda y casi puedo estirar las piernas para dormir, son las tres de la madrugada, la noche está gris porque hay luna llena, estrenamos el nuevo reloj pulsera, una novedad aquí, se atan con una correíta de cuero en la muñeca. Tiene la esfera y los números luminosos, así podemos ver la hora sin levantar la cabeza y correr riesgos, como era antes con el reloj redondo de tapa de Papo que lo llevo bien guardado en la mochila para devolvérselo cuando vuelva. El reloj pulsera es un invento nuevo, el ejército lo está asignando y me tocó uno en la primera entrega; todos vienen a mirarlo y se admiran, parece una pulsera de dama pero es lindo y seguro, cada tanto lo acerco a la oreja para escuchar el tictac o miro la hora pero lo hago casi sin moverme, se lo voy a regalar a Giuseppino cuando retorne a casa. Ahora mismo voy a...

Estaban escritas con trabajosas letras de campesino y muchas veces las interrumpía –y las manchaba de sangre– el estallido de una granada o una bala invisible y mortal. También había en las carpetas copias de los improvisados epitafios que se garabateaban en las lápidas de madera erigidas sobre los cuerpos o los miembros despedazados de los camaradas enterrados de cualquier manera bajo el incesante fuego enemigo.

A la afectuosa memoria de este desconocido soldado de la infantería italiana.

Y en una fosa común donde yacían los defensores que cubrieron la retirada de la última línea del Segundo Ejército en territorio austríaco estaba escrito:

Extranjero, ve y dile a los italianos cómo hemos muerto, combatiendo hasta el fin, y aquí yacemos.

Jueves

A partir de entonces empecé a escuchar historias sobre Lucía, decían que había abandonado la carrera y que ahora retomaba los cursos, que había estado internada, que se había casado con un primo de su padre, un cajetilla que tenía veinte años más que ella y vivía en el campo.

[Se decía que se había casado y separado del marido, que el ex marido vivía en el campo, que había estado internada –se susurraba la palabra electroshock–.] Lucía se había casado a los diecisiete con un primo que le llevaba treinta años.

–No era su primo. Era el primo de su padre...

Un hombre de campo. [Retomó la carrera porque se había separado. Era un poco mayor que nosotros.] Había algo raro en ese matrimonio, un punto secreto que nadie comprendía.

Ella era mayor que nosotros, había dejado varias veces la carrera y la había retomado, se había casado a los diecisiete y había tenido una hija y ahora andaba cerca de los treinta y estaba de vuelta, como ella misma decía («Dada vuelta como un guante»). A esa edad era alguien de mucha experiencia y todos le andaban alrededor como si tuviera una luz propia.

[Era demasiado luminosa y demasiado inteligente para que nadie pudiera hacer otra cosa que imitarla. Antes que nada sus amigas, que sostenían el cigarrillo como ella, con desdén, entre el índice y el pulgar; se vestían como ella, hablaban igual. A pesar de la complejidad de su inteligencia, Lucía mostraba una naturalidad muy convincente, por eso podía permitirse muchas cosas que otras personas son incapaces de hacer impunemente. La misma rapidez de su entendimiento parecía completamente natural a la luz de su intensa sinceridad.]

Sábado

–Una mujer elegante –dijo hoy el abuelo– que me pasara suavemente una mano *pulita* por debajo de la camisa..., así recuperaría yo ahora la memoria que he perdido –se reía con sus ojitos celestes.

Y al rato:

–Sólo soy criticable en el marco de la idea que yo tengo de mí mismo. Habla como si continuamente se tradujera de una lengua olvidada.

Lunes

[Cuando Gatsby hace la fiesta e invita a Nick, yo ya la acompañaba hasta la estación de ómnibus porque ella vivía en City Bell.]

–Pienso venirme a vivir a la Plata –me dijo–, a la casa de mi hermana. –Se había separado, me dijo. Su marido seguía viviendo en el campo.

A partir de entonces empezamos a vernos más seguido. Nos juntábamos en El Rayo o en la Modelo, evitábamos los bares del centro, nos pasábamos la noche con amigos hablando de lo que viniera. Ella se sentía cómoda y feliz en ese ambiente.

Lucía era la única que había nacido en La Plata, su familia estaba ahí desde la fundación de la ciudad. Nosotros éramos gente de paso, estudiantes que vivíamos en pensiones, profesores que venían de Buenos Aires a enseñar.

Venía conmigo al mediodía y a la noche a comer en el comedor estudiantil de 1 y 50, en la entrada del Bosque. Hacía la cola y se sentaba a la mesa común a hablar de la guerra de Argelia y del peronismo, pero siempre parecía tener la cabeza en otra cosa. A veces, cuando teníamos que hacer campaña por las elecciones en el centro de estudiantes, se aparecía con el auto del padre, una coupé BMW color rojo, carísima, y hacíamos con ese coche las diligencias y después teníamos que ir a dejarle el auto al padre en la puerta del Jockey Club o en la entrada del Hipódromo.

Pasábamos todo el tiempo juntos pero era como si nada. No se trataba sólo de que ella era reservada (o de que mintiera). Había algo que escondía (algo que se ocultaba a sí misma, desde luego). [Por ejemplo, tardé en darme cuenta de que iba a un médico o que había dejado de ir y había dejado de tomar la medicación, según el marido.] Y lo supe por lo que se decía o se murmuraba sobre ella, en los pasillos de la Facultad y en los bares.

Las pastillas. Equanil. Para ser ecuánime, me dijo. («Hay que inventar las Flagelol», se divertía, «para que tus amigos puedan sufrir hondamente y ser profundos.») Actemín para estar siempre despierta. Antidepresivos, antipsicótico... (litio). Su anillo de casada con la piedra negra de la locura...

No duerme. Se entregaba como jamás vi a nadie entregarse ni hablar de esa manera en la cama.

La gente débil hace ver la debilidad de los demás.

[Tomaba muchísimas píldoras, varias por día. Una vez vi que eran antipsicóticos.]

–No tendría que tomar alcohol –dijo–. Mañana paro.

Le gustaba retener información y su modo de hacerlo era dejarme conocer a fondo todo lo que no tenía importancia. Me llevó a la casa, me presentó a su hermana, a su padre. Me llevó incluso a conocer a Patricio, su marido (un tilingo, vestido con la típica campera de gamuza de los tarados del campo). Me contó varias veces su historia, su abuelo había sido uno de los fundadores de la ciudad.

–Suerte que en La Plata las calles no tienen nombre –decía–. Si no, vería mi apellido por todos lados, y el apellido de mi padre y el de mi madre. En cambio –dijo–, tienen números, eran sobrios, oligarcas pero tranquilos, no como los porteños, que hacen cosas sólo para que le pongan su nombre a una plaza. Yo, desde luego –decía ella–, soy un desquicio. Lo único que me gusta de La Plata es el hipódromo. –Venía de familia, su tío más querido era un conocido abogado penalista, que tenía un *stud* y le había puesto de nombre Mate y venga...

Ya habían empezado a manifestarse los síntomas de lo que ella misma llamaba la taza cachada.

–Sin manija –dijo.

Una de esas tacitas de porcelana a las que se le suelta el asa y se la encola [y se ve la cerámica blanca pero calza perfecto, sólo queda una ranura cuando se logra pegarla, aunque no se puede sostener la taza de té desde ese brazo cortado].

–Estoy estrolada, encolada. Rajada. Hay que manejarme con cuidado. –Movió un brazo, como si fuera una alita–. Se despega.

Estábamos en una mesa frente a la ventana en la Modelo, una

cervecería en la calle 59, amplia y tranquila, leíamos *The Crack-Up* y ahí, claro, apareció la metáfora del plato quebrado. Hay que manejar la vajilla con cuidado.

Pero ella no tenía nada que ver con esas imágenes domésticas (vajilla, platos, tazas de té). En esos días de mayo estaba todo el tiempo en el centro de estudiantes, metida en las discusiones, en las asambleas. La política socialista, el peronismo, los anarcos de Berisso.

Viernes

En algún momento el abuelo dejó de mandar las cartas, las guardó en un baúl de mantenimiento y las despachaba clandestinamente a su casa en Pinerolo, donde vivía mi abuela Rosa y donde mi padre había nacido en septiembre de 1915.

¿Por qué? No me lo explicó, un delirio como cualquier otro. Perdió la cabeza pero disimuló las acciones con su brillante capacidad para guardar las apariencias.

–Algunos soldados escondían plata, otros guardaban tarjetas de racionamiento... –dijo–. Nadie piensa que va a morir.

Un día en Turín, donde trabajaba como ingeniero en la Fiat cuando la guerra ya había terminado, leyó en el diario que el gobierno italiano repatriaba a los soldados que se habían alistado como voluntarios en el exterior. Mandó a la Argentina cinco baúles con los documentos y los objetos que había confiscado en la oficina postal del Segundo Ejército; nadie lo revisó porque era un excombatiente y estaba vestido con su elegante uniforme de coronel de artillería.

[Ella venía conmigo al mediodía y a la noche a comer en el comedor estudiantil de 1 y 50, en la entrada del Bosque. Hacía la cola y se sentaba en las mesas comunes a hablar de la guerra de Argelia y del peronismo, pero siempre parecía tener la cabeza en otra cosa.]

[Era mordaz. Me sentí herido. El temible instinto de las mujeres para calar la comedia masculina.]

[Relación entre el plato rajado de *The Crack-Up* y *La copa dorada*

de Henry James. El material no se rompe, sólo se resquebraja «en finas líneas y según sus propias leyes». Una fisura es una fisura y un presagio es un presagio, se dice en la novela de James. «Estoy fisurada, pichón», dijo Lucía, «soy la que se raja... La rajada.»]

Jueves

Hoy a medianoche nos llamaron por teléfono. Encontraron a mi abuelo en la plaza Espora, sentado en un banco, desorientado, con una bolsa de basura en la mano. Había salido vestido con el pijama y el sombrero pero descalzo.

–No lo escuché levantarse –dice Susy.

–No está loco, sólo que es muy viejo –le digo al enfermero que lo trajo.

–Tranquilo, Coronel –dice el muchacho.

–Estoy tranquilo –le contesta, y se da vuelta hacia mí–. Mirá, hijo –me dice–, me dicen el Nono desde que tengo veinte años, porque siempre tuve el pelo blanco.

Escribo sobre Lucía en el cuarto contra el jardín, donde persisten los signos del pasado, el perfume de los jazmines de la infancia, un estante con los libros policiales de gran formato de Mister Reeder, de Edgar Wallace, que yo compraba en el quiosco de la estación; la luz circular en la mesa viene de la vieja lámpara de escritorio de mi padre, con el brazo flexible.

Sábado

–Seguro mi padre alguna vez me habrá dicho –dijo Lucía– «Hija, tenés que terminar una carrera» y por eso me ve aquí, profesor, siguiendo su curso, para poder recibirme.

De esa manera Lucía había comentado, hacia el final del curso, el comienzo de *El gran Gatsby*. Estábamos en el aula grande de la Facultad de Humanidades de La Plata, en el curso de Literatura Norteamericana, una tarde. El profesor era Ernesto Rovel, siempre seducía a sus alumnas más rebeldes y al escucharla pensé que Lucía había entrado en el juego.

De pie en la tarima, al lado del escritorio donde Rovel estaba

sentado, Lucía empezó a dibujar en el pizarrón algunos diagramas con el nombre de los personajes y flechas que indicaban sus relaciones.

–Fíjese lo que pasa con las mujeres en la novela –siguió ella–, con Daisy, con Myrtle Wilson, son un desastre, perdidas, estereotipadas, las matan o están locas o son unas chiquilinas ridículas.

Rovel la miraba, fumando, con su cara pesada, alcohólica, escéptica.

–Las mujeres... –la interrumpió, y dejó en el aire los puntos suspensivos–. Usted se refiere al uso de los pronombres femeninos en el libro. No hay mujeres en una novela, sólo hay palabras.

–Oh, si la literatura estuviera hecha sólo de palabras... –dijo Lucía, y no encontró las palabras para seguir y optó por sonreír con una sonrisa arisca, deslumbrante–. Los hombres se transmiten unos a otros esos consejos idiotas y las mujeres son las que cortan la cadena. –Hizo una pausa; ahora era Rovel el que sonreía.

–Pero Gatsby no sigue ningún consejo.

–Por eso es un héroe.

–Gatsby sólo intenta cambiar el pasado. Quiere volver atrás y retomar la vida donde la dejó cuando empezó a equivocarse... –dijo Rovel–. Muy bien Reynal –dijo después–. Puede sentarse. Pero dígame –la miró irónico– qué otro consejo de su padre cree que ha vivido.

Ella se detuvo en la tarima.

–«Hija, tenés que aprender inglés», supongo que me habrá dicho. «Tenés que estudiar filosofía, tenés que ser socialista.» Digo eso –dijo ella– porque ésas son las cosas que hice...

Hubo un instante de silencio, como si algo íntimo hubiera cruzado el salón de clase. Rovel y Lucía se miraron un momento y después ella, serena, sin apuro, bajó del estrado y vino a sentarse junto a mí. Todo se detuvo porque Lucía era demasiado bella y demasiado luminosa e incluso Rovel hizo una pausa, como si una luz hubiera interferido en el aire.

Lucía conocía el arte de la interrupción, con sólo mover la mano producía un desplazamiento de los cuerpos [era como la heroína de una novela traída y llevada por el movimiento de la intriga. Claro que

ella no era la heroína de ninguna novela aunque me hubiera gustado que lo fuera para cambiarle el destino].

Era mayor que nosotros, había dejado y retomado varias veces la Facultad; se había casado a los diecisiete años con un pariente lejano, mayor que ella, un primo con campos en Pehuajó; había tenido una hija y vivía en City Bell y todos le andábamos alrededor como si tuviera una música propia.

–¿Qué tal estuve? –me dijo.

–De primera.

Sonrió y prendió un cigarrillo, la mano le temblaba un poco y se la sostuvo con la otra, como si no quisiera esconder que estaba nerviosa.

Rovel se había parado en la tarima y consultaba unas fichas.

–En la próxima –dijo– vamos a ver «Absolution», el relato que Fitzgerald había escrito como prólogo al *Gatsby*.

Los alumnos se arremolinaron, le pedían aclaraciones. Rovel bajó del estrado y se acercó a nosotros.

–¿Quieren tomar un café? –dijo hablando para todos los que estábamos ahí pero mirándola a ella–. Tengo un rato hasta la hora del tren.

–Sí, vamos –dijo Lucía.

Éramos cinco o seis, y Vicky, que estaba conmigo en ese tiempo, se fue adelante. Bajamos por la calle 6 y caminamos hasta la París.

Rovel vivía en Buenos Aires y viajaba de vuelta en el último tren de la noche. Era uno de esos hombres de cierta edad, que perduran hasta la generación siguiente porque son impermeables a la experiencia. Había publicado artículos en *Sur* y era un buen traductor; sus versiones de la poesía de Robert Lowell todavía son legendarias «Mejores que las de Girri», decía él mismo. Me acuerdo que esa noche levantó con desdén el libro que yo tenía sobre la mesa.

–Leen a Gramsci en vez de estar leyendo a Montale. ¿Son sociólogos ustedes? –Repitió el título del libro en voz alta y agregó–: No hay nada más melancólico que la vida nacional.

–Salvo la literatura nacional –dijo Vicky.

La mesa estaba llena de tazas de café y Rovel tenía su segundo

whisky en la mano. Lucía había pedido una ginebra.

–Con hielo, querido –le dijo al mozo. Y después miró a Rovel–. Perdone, profesor, usted critica lo que nosotros leemos ahora... pero sigue pegado a lo que estaba de moda cuando usted era estudiante. ¿O no fue una moda toda esa bosta formalista del New Criticism? –concluyó con una dulce sonrisa.

–Usted está casada con un estanciero, ¿no?

–Médico.

–Entonces diga la enfermedad formalista –se reía Rovel.

Yo me amargué inmediatamente. En aquel tiempo era incapaz de pensar sobre la naturaleza de las relaciones ajenas porque sólo me preocupaba la actitud que los demás tenían conmigo –y me afectó que Rovel supiera que ella estaba casada–. ¿Cómo sabía él que Lucía estaba casada? Eso me distrajo de las hipótesis y los chistes que se entreveraban en la mesa.

Los ricos son diferentes a nosotros, había escrito Fitzgerald. «Sí, tienen más plata», le había contestado Hemingway. Según Rovel, la respuesta de Hemingway probaba que no era un novelista.

–Sin diferencia social no hay buenas novelas –concluyó.

–Pero diferencia... qué diferencia –dijo la pecosa neurasténica que estudiaba lenguas clásicas.

–Puro *name dropping* –dijo Lucía–. Listas de lugares, marcas de ropa, joyas, caballos de polo, autos europeos, hoteles de lujo. La experiencia como un aviso de publicidad.

Conversaciones al anochecer de un día agitado. [Hablábamos así en aquel tiempo] en los bares abiertos toda la noche y Rovel se divertía y nos provocaba, era cínico, el único que pensaba hace dos años lo que todos piensan ahora. Y Lucía lo enfrentaba, desentonaba un poco ella también, pero desentonaba al revés, nos hacía desentonar a todos.

Estaba sentada frente a él y se inclinó para pedirle fuego. Sostenía el cigarrillo entre el índice y el pulgar; con cierta afectación, que las chicas le empezaron a copiar no bien la vieron.

Lucía jugaba con Rovel (pensé entonces), pero jugaba conmigo (pienso ahora) y entre nosotros estaba Vicky, una entrerriana pelirroja, chiquita y activa que me gustaba mucho y con la que

tendría que haberme casado si no se hubiera cruzado Lucía. Vicky era inteligente, optimista, serena, directa, y siempre dispuesta a experimentar todas las fantasías sexuales que se le pudieran ocurrir a ella (o a mí). Pero uno nunca se queda [nunca nos quedamos] con la persona que le conviene, si no la vida sería más fácil. Vicky estaba tan aburrida esa noche en el bar y tan harta del afectado entusiasmo de Rovel que de golpe se quedo dormida y él la miro, inquieto.

–Pero esta chica se quedó dormida –dijo.

Vicky se despertó de inmediato y sonrió, sin justificarse ni nada parecido, sencillamente abrió los ojos y dijo:

–Tengo narcolepsia literaria, profesor, me quedo dormida cuando no me gusta el estilo de la conversación.

Así era Vicky, se reía de sí misma y de todos nosotros, pero después de esa noche ya no quiso saber nada conmigo.

Estuvimos un rato más en el bar hasta que Rovel empezó a guardar los cigarrillos mientras llamaba al mozo. Salimos en grupo a la calle. La noche era fresca, las luces de la plaza Rocha alumbraban los árboles y los tilos ya habían florecido. Vicky se había retrasado y estaba un poco alejada, prendiendo un cigarrillo contra la pared, cuidando que el viento no le apagara la llama. Lucía estaba junto a Rovel.

–¿Me acompañan hasta la estación? –dijo él hablando para todos los que estábamos ahí pero mirándola a ella–. Tengo un rato hasta la hora del tren.

Lucía se me arrimó, cálida.

–Nosotros tenemos que irnos –dijo, y me tomó la mano. Después se apretó contra mí, era un poco más baja y tenía un cuerpo ágil y firme.

Vicky se acercó, y al vernos dio media vuelta y se alejó sin decir nada, sin despedirse.

[Por el cristal de la vidriera iluminada de la librería que está en la esquina del correo la vi marcharse a Vicky, con tranquilidad, enérgica, decidida. Más lejos, vi a Rovel rodeado de algunos estudiantes que lo seguían hacia la estación.]

Y ésa fue la noche en que Lucía se vino a la cama conmigo por

primera vez.

Domingo

El abuelo está sentado otra vez al sol y canta en voz baja siempre la misma canción como un mantra *(Bella ciao, bella ciao, ciao...)*.

–No creo que vuelva a vivir en el campo –me dice ahora–, no me gusta acá pero ya no quiero vivir en el campo. Anoche me perdí («extravié», dice), no te creas que no me doy cuenta... Tengo lagunas –dice, y se toca la frente–. ¿Tu padre cómo va? Tampoco yo me hablo con él, no me gustan los médicos y tampoco me gustan los hijos directos, sabés, prefiero los hijos indirectos. Tu padre se la pasa dándome consejos medicinales, podés creer, me da consejos, me da muestras gratis, las lleva en los bolsillos, se las regalan los visitadores médicos, esa ralea de mendigos y sirvientes con sus valijas de muestras, tranquilizantes, ampollas de morfina; no teníamos ya morfina para los heridos, te pedían que los mataras, son traficantes domésticos los *visitadores*, paran en hoteles de provincia, los he visto por el campo, de traje y corbata entre las chacras, los viajantes con sus autos roñosos; por eso no sabe qué decir cuando está conmigo, tu padre, pero sabe bien lo que pienso y, como lo sabe, no puede hablar y opta por darme *recomendaciones* como si él fuera no un medico, sino un *visitador médico* –se ríe–, lo tomo como una afrenta..., te das cuenta, lo peor era ver los caballos y caballos y mulas muertos, tirados al costado del camino, y los perros carroñeros que corrían entre los alambres de púa comiendo carne muerta de animales y cristianos...

Bella ciao, Bella ciao, ciao canta el abuelo, al sol, sentado en la silla de lona, en el jardín florido.

Lunes

De pie junto a la cama, Lucía se sacó los aros y empezó a desnudarse. Rubia, los pechos firmes, los pezones oscuros, el vello del pubis casi afeitado, como si fuera núbil. Tenía unas manchas blancas en la piel, un leve tatuaje pálido que le cruzaba el cuerpo.

Eran marcas de nacimiento, rastros de su vida pasada, que la embellecían aún más.

–¿Querés así, pichón? –dijo, y se inclinó hacia mí.

–No necesito nadie que me enseñe nada...

–Me gustan los hombres que hacen lo que quieren.

Era como si siempre se estuviera riendo de mí. Me acerqué y empecé a besarla. Una sensación de intimidad que nunca había sentido.

Al día siguiente nos desveló la claridad de la mañana y ya no pudimos dormir. Habíamos estado despiertos toda la noche; habíamos salido del sueño para hablar, para hacerlo (como decía Lucía). Vamos a hacerlo ahora.

–Mi hija también tiene estas marcas y no me lo perdona.

Su cuerpo tenía un destello lunar, parecía disolverse cuando yo entraba en ella.

–De chica yo también me había acomplejado, pero ahora estoy orgullosa. Mi madre no lo tiene, pero mi abuela sí.

–Mujeres de piel pálida.

–Mi abuela decía que teníamos un antepasado esquimal. Imaginate, un esquimal, en la blancura del Ártico... Se pintan la piel con aceite de ballena, rayas y rayas negras y rojas. Nunca dicen su nombre, es un secreto, sólo lo revelan cuando sienten que van a morir.

–Porque si no sus almas, no tienen paz –improvisé...

–Querés fumar –dijo después.

–Estoy fumando

–Un porrito, gil.

Ella tenía el cigarrito ya armado en la cartera. Cerrado en una punta y con un finísimo filtro de cartón en la otra, que ella misma había hecho seguramente con mucha paciencia, para que no se mojara la hierba al fumarla.

–Rovel es simpático. Cuando Vicky se le durmió en la cara casi se muere.

–Aspira al oído perpetuo..., ¿pero cómo sabe que estás casada?

–Nos vimos un par de veces en Buenos Aires.

No dije nada. El aire movía las cortinas blancas, la luz era suave y cálida.

Desde abajo nos llegaba una música solemne, era Bardi, el noctámbulo que estudiaba Ingeniería y se pasaba las horas escuchando música. Un estudiante crónico, muy introvertido, cada tanto mandaba un telegrama a su casa, en el Chaco, diciendo que había aprobado una materia, pero en años y años no había rendido ninguna. [Mientras se lo contaba,] Lucía terminó de vestirse. Bajamos a comer; la casa estaba tranquila, quieta. Ella salió al patio, miró la ropa tendida, las macetas, el cartel del Club Atenas.

Me acuerdo que cocinó hígado con cebolla. No teníamos vino, así que almorzamos con ginebra. Ella le ponía soda.

–No tendría que tomar alcohol –dijo–. Mañana paro.

Bardi se acercó muy ceremonioso y después de alguna vacilación y varias disculpas se sentó a comer con nosotros porque ya se le había hecho tarde para ir al comedor, que cerraba a las dos. Se la pasaba en Bellas Artes colado en las clases de composición musical. Era muy sistemático y muy apasionado, fue el primero que me hizo escuchar a Olivier Messiaen y el primero que me habló de Charles Ives. Reconstruía la historia de la música siguiendo un orden y escuchaba todas las obras de los músicos que le interesaban, desde el Opus 1 hasta el final. No tocaba ningún instrumento, pero más de una vez lo sorprendí dirigiendo en el aire la orquesta de la obra que escuchaba. Ahora había vuelto a Mahler. Sacaba los discos de la sala de música de la biblioteca de la Universidad, tres discos de larga duración por semana. Quería olvidarse de todo. Odiaba a su padre, un político del Chaco, un verdadero canalla, decía Bardi con voz suave.

Bardi nunca se recibió, y al año siguiente consiguió trabajo en Casa América, en Buenos Aires, y me acuerdo que una noche, al bajar del tren, me lo encontré en la estación Constitución en la zona de levante de los chongos cerca de los baños y se quedó muy inhibido. Dos o tres meses después se encerró en su departamento y no salió, y dicen que por la ventana tiraba a la calle unos papeles donde decía «Socorro», pero nadie le hizo caso ni leyó los pedidos de auxilio y lo encontraron muerto.

Pero ese día estaba tranquilo y parecía contento de que estuviéramos comiendo con él. Escuchaba la quinta de Mahler, muy fuerte como era su costumbre. Me parece que ese día yo le estaba aconsejando que fuera a Mar del Plata en la temporada a trabajar en un bar, en un restaurante, en un hotel, durante los meses de verano se podía hacer una diferencia y vivir con eso todo el año. Estaba muy serio y escuchaba con mucha atención y yo me ofrecí a conseguirle algún lugar donde pudiera quedarse a vivir durante algunos meses. Lucía también le daba consejos y enseguida se pusieron de acuerdo en que se podía vivir sin plata, casi sin plata, como los monjes trapenses o los linyeras. Y estábamos ahí conversando, en la cocina, tomando café cuando sonó el teléfono. Lucía se puso lívida y se levantó.

Salió al patio. Yo tampoco atendí. Lucía, en un costado, cerca de la escalera estaba de espaldas y fumaba. Bardi fue al teléfono y cuando vino no explicó nada... [No era nadie, aclaró, un señor, equivocado.] Era discreto y había comprendido todo sin hablar. Ella volvió a la cocina y se apoyó en la pared. ¿Cómo habían sabido que estaba ahí?, pensé yo. Ella se quedó quieta, como ausente.

Fue un ejemplo de lo que Lucía misma llamaba el síntoma de la taza cachada. [Una de esas tacitas de porcelana a las que se le suelta el asa y se las encola y se ve la raya blanca al costado.]

–Hay que manejarme con cuidado. –Movió el codo como si fuera un ala–. Se despega.

Estábamos en La Modelo, amplia y tranquila a esa hora de la tarde, y fue ahí donde apareció la metáfora de la vajilla quebrada.

–Era muy chica cuando tuve a mi hija y ahora ella está más pegada al padre que a mí.

A los cinco años, la hija ya estaba tomando clases de equitación. Al marido le parecía elegante, según Lucía.

Me dijo que tenía la sensación de que el tiempo se le iba de las manos, las horas perdidas la abrumaban. No esto, me dijo, esto es al revés, cuánto hacía que estábamos juntos..., una noche y parecía que hiciera semanas. Ojalá pudiéramos detener el tiempo, dijo de pronto.

Se tomaba todo en serio, menos su propia vida. Quería hacer la tesis con Agoglia sobre Simone Weil. Yo pensaba irme a vivir a Buenos Aires, trabajaba con mi abuelo, pero podía conseguir un puesto en *El Mundo*. Estoy escribiendo notas ahora y tengo un amigo en la redacción...

–¿Qué estás escribiendo?

–En el suplemento literario...

–Pornografía de clase media –dijo ella.

Siempre decía la verdad, decía lo que pensaba. Ya nos habíamos contado nuestras historias personales, las síntesis de la vida de cada uno, los hechos que uno cree que fueron decisivos. Yo había empezado a escribir cuentos en esa época, y estaba un poco perdido, casi a punto de terminar la carrera, sin muchas posibilidades, salvo ese trabajo en el diario. No es así la historia que me hago ahora de aquel tiempo, pero eso era lo que pensaba de mi vida en esos días.

–Me hubiera gustado estar con un solo hombre, para no tener que volver a contar mi vida de nuevo –me había dicho Lucía. Todo lo que decía me hacía sufrir. Y se daba cuenta. Me agarró la mano.

–Por qué no nos vamos unos días a Punta Lara...

–Claro, sí, vamos, ahora que está empezando el verano.

–Al lado del río. Conozco un lugar ahí.

Otra vez sentí el ardor de los celos.

–No, vamos a lo de Dipi, tiene una casa, me la va a prestar.

Fuimos entonces a la casa de Dipi, cerca de la estación, un largo pasillo y dos piezas [cuartos] altísimas casi sin muebles pero con libros amontonados en todos lados. Dipi estaba en la cama, tomando mate y leyendo con su nueva novia, una japonesa que parecía tener trece años, como todas las novias de Dipi.

–No es japonesa, es euroasiática –dijo Dipi–. La madre es del Kubán, desierto tártaro, ¿no es cierto, nena?

La muchacha sonreía y afirmaba. Dipi de vez en cuando, entre mate y mate, tomaba ginebra pero también fumaba y acariciaba a la chica.

–Lucía, vení, acostate con nosotros –dijo él, y le hizo lugar en la

cama. Una de cada lado–. Podés irte vos, nomás... –se reía Dipi.

Le dio un mate a Lucía.

–Difícil tomar mate acostada –dijo ella, y se sentó conmigo en la butaca.

–Trilce se llama, bueno, no se llama, yo le puse ese nombre porque es bella y hermética. En el desierto, escuchen esto, en el desierto los tártaros se sientan ante un ojo de agua para charlar, como los gauchos se sientan frente al fuego.

–¿Qué gauchos? –dijo Lucía.

–Los crotos son los únicos gauchos que quedan –dijo Dipi, que se reía como si los chistes fueran de otro.

Me acuerdo que esa noche nos hizo escuchar el primer simple de los Beatles, con «Love Me Do» y «P. S. I Love You». Se lo había traído la Lolita euroasiática, que había pasado el verano en Londres con el padre, como contaba entusiasmado Dipi. Todas sus novias y sus amigos eran excepcionales, según él, todos tipos de primera, que le traían las últimas novedades y las últimas noticias y lo tenían al tanto del movimiento del universo sin que él tuviera que moverse de la cama o salir de su pieza.

De pronto Dipi se levantó desnudo, nos dio la espalda y se puso el pantalón. Ceremonioso, con un brillo astuto en los ojos, se acercó a la japonesa y después me dijo, mirando a Lucía:

–Te la cambio.

–Mejor yo me quedo con ella y te lo presto a Emilio –dijo Lucía.

–Es muy feo –dijo Dipi.

–A mí me parece muy hermoso –dijo la japonesa–. Tan hermoso que no puedo mirarlo.

–*Graziosissime donne* –dijo Dipi–. Estamos siempre en el Decameron –acentuando la primera é, a la italiana–. Miren lo que tengo aquí. –Era una guía de Roma–. Acá nació mi abuelo, cerca de la tumba de Nerón.

–Es hermosa la tumba –dijo la japonesa, y ahí me di cuenta de que hermosa era una expresión suya, como decir hola o bien.

Lucía parecía contenta de estar ahí, divertida ante la japonesita con sus expresiones rebuscadas y el «hermoso» en medio de las frases.

–Qué tumba, si lo enterraron en el campo, en su villa.

–La hicieron en el siglo III –dijo Dipi–. Porque el espíritu de Nerón se le aparecía al papa Ludovico III y no lo dejaba tranquilo. ¿No es genial? Che, pero qué bien que vinieron a visitarnos, ¿quieren comer algo?

–Vengo a pedirte un favor.

–Plata no tengo.

–La casa esa en Punta Lara, ¿se puede usar?

–Pero claro, viejo, les doy la llave, está la moto ahí, la moto de Ferreyra, con sidecar y todo. Pueden rajarse a la Patagonia con esa moto.

Lucía se había sentado ahora al lado de la japonesa, que seguía desnuda en la cama; le hablaba de cerca y le acariciaba el pelo y se lo acomodaba atrás de la oreja, porque la chica tenía un pelo negro muy hermoso.

–Viste lo que es eso –dijo Dipi señalando la música que sonaba en su Winco–. Viste lo que hacen esos tipos, son *working class*, otra que Perry Como. Se terminó la clase media musical, queridos, estamos con el Chango Nieto, con Alberto Castillo, y con los Beatles ragtime de los barrios obreros de Liverpool.

Eran casi las seis de la tarde, había empezado a oscurecer, yo quería que nos fuéramos directamente a Punta Lara pero Lucía insistió en que pasáramos por la pensión.

–Me dejé unas cosas allá, unos libros.

–Compramos todo de nuevo.

Miró en la cartera.

–Me deje el porro y unas pastillas.

Así que fuimos.

La casa estaba en silencio. Bardi parecía dormir con la puerta cerrada, no había movimiento en ningún lado. En cuanto entramos, Lucía se puso rara, parecía nerviosa, de pronto no la vi y me di cuenta de que había bajado y estaba hablando por teléfono en la cocina. [Había llamado ella y no quise escuchar.] Me pareció que discutía con alguien.

Al rato vino a la pieza, parecía cortada, medio ausente mientras

buscaba sus cosas.

–Tengo que irme –dijo.

–¿Cómo sabía él que estabas en casa?

–Le avisé que iba a estar con vos –dijo ella–. Quiero que la nena sepa siempre dónde estoy...

–La gente débil hace ver la debilidad de los demás –dije.

Ella me contestó con una frase precisa y seca, no la voy a repetir. Tenía el infalible instinto de las mujeres inteligentes para calar la comedia masculina. Pienso eso ahora. En ese momento me quedé inmóvil. No quise preguntarle nada, no quería que se justificara.

–Lástima –dije.

La terminal era un playón, con los grandes ómnibus estacionados a los costados, sobre la calle. El Río de la Plata a City Bell salía en un rato. Nos sentamos en un banco de madera. Compré una botella de cerveza en un quiosco. Ella prendió un porro y lo fumó bajo la luz. Una música estridente bajaba de los altoparlantes por los que también anunciaban la salida de los ómnibus. Estuvimos ahí, quietos, casi sin hablar.

–Nunca puedo descansar...

¿Dijo eso? No estoy seguro, no era su estilo. Lo único que me falta es escuchar voces, pensé, me acuerdo.

Parecíamos dos muertos vivos. ¿Qué había pasado? Ya estaba en el pasado. El presente no había durado nada. Ella y su marido hacían destrozos y después volvían a estar juntos. Basta un gesto y el mundo entero se transforma.

De pronto, de la nada, apareció un mendigo, alto, joven, vestido con sobretodo, sin camisa, los zapatos rotos, las canillas al aire.

–¿No le sobra una moneda, don? –me dijo.

Ella lo miró. Era rubio, la piel lívida, una especie de Raskólnikov buscando plata para comprar un hacha.

–Necesito tomarme un vino.

Lucía abrió la cartera y sacó un fajo de billetes. Pareció darle toda la plata que tenía. El mendigo se quedó quieto un rato, moviéndose en su lugar y murmurando frases inconexas en una especie de canturreo suave. Después buscó en el saco y le alcanzó una moneda a Lucía, como si quisiera darle también él una limosna.

–La encontré en un barco hundido –dijo–. Es un dracma. Trae suerte. –La miró serio–. Ando siempre por acá, por cualquier cosa que precise...

Se alejó, murmurando, con las dos manos en los bolsillos del abrigo y se perdió en la oscuridad de la noche.

En ese momento llegó el ómnibus, Lucía se levantó y se acercó al conductor, que recibía los boletos parado junto a la puerta abierta. Ella esperó un momento y antes de subir me dio un beso.

–Las cosas son así, pichón –dijo.

Después me abrió la mano y me dio la moneda griega. El ómnibus arrancó y empezó a alejarse y yo me quede ahí.

El mendigo volvió a entrar a la estación y dio unas vueltas antes de acercarse a otra pareja sentada en el fondo y pedirles algo.

Todavía tengo la moneda conmigo. La moneda de la suerte según Raskólnikov. La tiro al aire, a veces, todavía, cuando tengo que tomar una decisión difícil.

II

9. EN EL ESTUDIO

El departamento era amplio y luminoso y estaba lleno de libros. No había cuadros en las paredes, si bien en el piso del pasillo, apoyada contra la pared, se veía una pintura de su amigo Freddy Martínez Howard, un retrato grupal, compuesto a la manera de un cuadro holandés del siglo XVI, donde se podía identificar a Emilio, a Beba Eguía, a León Rozitchner y a su compañera Claudia, y en un costado de la tela se veía a Gerardo Gandini, lívido, con una semisonrisa, sosteniendo en la mano una rosa roja. Todos rodeaban una mesa en cuyo centro resplandecía un trozo de carne roja, una suerte de naturaleza muerta, muy argentina. Habían pasado unos días de verano en Costa Azul, un balneario uruguayo cerca de la frontera con Brasil. En ese lugar veraneaban habitualmente los poetas surrealistas que eran todos amigos del padre de Freddy, así que andaban por ahí Enrique Molina, Edgardo Bailey y Francisco Madariaga, pero cuando ellos llegaron, contaba Emilio, el único que todavía estaba por ahí era Madariaga. Una tarde Freddy había pintado el cuadro y se lo había regalado a Gerardo a cambio de que el músico le escribiera una sonata, la sonata Howard. Dicho y hecho, Gandini escribió la sonata en una noche y se la cambió por el cuadro, que al final fue a parar a manos de León, que no pudo soportar la imagen de su cara (de boludo, como decía el filósofo) y resignado se lo pasó a Renzi, que lo puso en el piso de su estudio.

No había otros adornos, salvo una foto enmarcada de William Faulkner al que se veía caminando con un amigo por 104 Nassau Street, en Princeton, donde Faulkner iba, según aclaró Renzi, a Princeton, porque ahí, desde siempre, estudiaban los hijos de la aristocracia sureña, sus amigos, mejor dicho, los descendientes de sus coterráneos, y de paso, cuando iba, aprovechaba Faulkner para hacerse sus sacos de tweed. Los libros y los papeles y las revistas y las carpetas estaban diseminadas sin orden sobre las mesas, en los

sillones y también en el piso. Emilio se encontraba conmigo en el bar y a veces me pedía que subiera con él al estudio porque le gustaba estar con alguien, cuando no podía escribir.

Fuimos al cuarto que estaba al final del pasillo y que era el escritorio propiamente dicho, allí había un orden aparente que sólo Renzi parecía conocer. Varias cajas de cartón se amontonaban en un costado y también se veían fotografías dispersas en los estantes de la biblioteca. Nos sentamos alrededor de la mesa de trabajo y Emilio sirvió dos copas de vino blanco, y luego mostró el cuaderno que tenía abierto en un atril de alambre y me pidió que copiara lo que iba a dictar. Estaba mal de una mano y le costaba escribir. Leyó, con voz tranquila, una entrada de su diario escrita cincuenta años antes.

Martes 7 de marzo de 1962

De hecho varias veces en los años siguientes pasé días enteros leyendo las cartas y las postales y las notas de mi abuelo, e incluso escuchando las grabaciones con la voz del Nono dando su versión de los hechos.

No escribí acá, en este cuaderno, dice ahora Renzi, mis fichas y notas de trabajo sobre el archivo de la Guerra, las anoté aparte, como hacía entonces con las historias que yo imaginaba que podrían servirme en el futuro para escribir algo. No anotaba todo en mi diario, no estaba loco, no pensaba que cada cosa que vivía tuviera que ser registrada, más bien me dejaba llevar por la intuición y escribía lo que sospechaba que no iba a recordar, detalles superfluos (a primera vista), datos imprecisos de mi vida. Por ejemplo, dijo, en ese momento, en mi segundo año en la Universidad, cuando ya había empezado a escribir mis cuentos, en 1961, era el relato de mi historia con Lucía, que fue, para decir la verdad, el primero de todos los relatos de mi vida, y que nunca publiqué, pero que ahora he decidido, dijo, incorporar sin cambios en la versión de mi diario que pienso publicar.

En ese año, por motivos «de seguridad», como se decía, casi no

registré nada de mi evolución política, vamos a llamarla así, había pasado del tenue anarquismo de mi juventud al marxismo, ayudado por mis estudios de historia y sobre todo por un curso de Historia Moderna que había tomado con Nicolás Sánchez Albornoz, un español cercano al Partido Comunista, que había escapado de una prisión franquista junto con otros activistas, entre ellos una mujer, Barbara Johnson, una norteamericana que se había hecho detener para organizar desde adentro de la cárcel la fuga. Y Sánchez Albornoz había terminado en Buenos Aires, donde su padre, el eminente hispanista Claudio Sánchez Albornoz, era en aquel tiempo, si no me equivoco, presidente o primer ministro o canciller del gobierno republicano español en el exilio, un puesto imaginario porque Franco estaba muy asentado en el poder y dirigía con mano férrea el país, ayudado por los norteamericanos. De modo que don Claudio no hacía otra cosa que reunirse con los melancólicos exiliados españoles, en los bares de la Avenida de Mayo, en Buenos Aires, mientras su hijo viajaba todas las semanas a La Plata para enseñarnos Historia Moderna en la Facultad de Humanidades. Llegaba los martes a la mañana, daba su clase en el Departamento de Historia para tres o cuatro estudiantes, entre ellos yo, y a la tarde volvía en tren a la capital. Sus clases me marcaron definitivamente, porque él decidió, ese año de 1962, centrar el curso en el pasaje –o en el tránsito– del feudalismo al capitalismo y nos hizo leer, junto con el resto de la bibliografía, el extraordinario capítulo de *El Capital* de Marx sobre la acumulación primitiva, es decir, sobre el origen del capitalismo. Una historia de una dimensión épica legendaria, porque los campesinos y las relaciones feudales en el campo comenzaron a ser arrasadas por el capital comercial, es decir, por el dinero, que fue liquidando el poder de la nobleza rural y fue llevando a una masa cada vez mayor de la población campesina a perder todo y a no tener para vender otra cosa que su fuerza de trabajo. Foucault, dijo Emilio, Michel Foucault ha dicho que fatalmente un historiador es llevado a utilizar en sus análisis las categorías marxistas. «Decir», dijo Foucault, «historiador marxista es un pleonasmo, como decir el cine americano.» De modo que yo en ese curso, tomando notas frenéticamente y leyendo hasta altas horas de la noche a Marx y a

los grandes historiadores marxistas ingleses, fui olvidando el peronismo de mi padre y el vago anarquismo de la familia de mi novia Elena (sin H). La política universitaria también influyó en mi decisión, y mi amistad con Luis Alonso, un provinciano que había llegado a la Universidad siendo –o diciendo que era– un revolucionario, también influyó, como influyeron en mí, y en todos mis contemporáneos, la revolución cubana y la figura del Che Guevara, que había tenido una actuación deslumbrante en la OEA, cerca de nosotros, en la reunión de Punta del Este, vestido con su traje verde oliva, con su barba rala y su estrella de cinco puntas en la boina, que parecía ser un tercer ojo en su cara tan argentina. Pero, como siempre ha pasado en mi vida, lo que verdaderamente me convenció fueron los libros. Una vez, no hace mucho, unos amigos me invitaron a ir a pescar en El Tigre y entonces, para estar a tono, yo, que nunca había pescado ni me había interesado en esa actividad tan particular de estar quieto y en silencio con una caña en la mano esperando que pique un pez, me compré un par de manuales de pesca *(Cómo pescar pescados de río* era uno) y al día siguiente en la isla del Tigre pesqué más peces que todos mis amigos, que practicaban el arte de la pesca desde chicos. Fui el campeón absoluto en ese torneo amistoso de pesca en el río Paraná. De modo que me hice marxista porque había leído algunos libros en el curso de Sánchez Albornoz sobre los orígenes del capitalismo en Inglaterra.

Nos detuvimos a tomar un café en la cocina del estudio y luego volvimos a la mesa de trabajo y Renzi siguió contando las aventuras de su segundo año como estudiante en la ciudad de La Plata.

Activaba en el movimiento estudiantil y su percepción de la política le hizo tomar de inmediato la decisión de oponerse siempre como marxista a las posiciones del Partido Comunista argentino, en particular, y a la política de la URSS, en general. De modo que naturalmente se fue acercando, junto con su amigo Luis Alonso, a posiciones, digamos así, trotskistas. Primero, porque los trotskistas se oponían al Partido Comunista de un modo tajante, y segundo,

porque son muy teóricos, ultraintelectuales y muy poco prácticos. Así que me venían al pelo a mí, que era sobre todo, y lo sigo siendo, un intelectual abstracto. Lo más gracioso es que me acerqué al grupo de Silvio Frondizi, una pequeña secta trotskista, muy antiperonista y muy poco práctica. Un ejemplo de eso es que quien me «afilió» al movimiento de izquierda revolucionaria, Praxis, que así se llamaba el pequeño circulo de militantes, fue Tito Guerra, un estudiante crónico muy divertido que fue quien me convenció de entrar en esa organización clandestina y minúscula. Me acuerdo que la última charla la tuvimos en el bosque de La Plata, frente al lago, ahí una tarde de otoño decidí comprometerme con la política y formar parte del grupo. Lo cómico fue que al día siguiente de haberme convencido a mí, Tito Guerra renunció a su lugar en la organización y abandonó la política.

Entonces empezó mi experiencia política, orgánica, mi vida no cambió demasiado, iba a algunas reuniones, activaba en la Facultad, fui candidato a presidente del Centro pero por suerte para mí perdí la elección por tres votos (hubieran sido dos, si yo hubiera votado por mí mismo, cosa que no hice, desde luego). Mientras tanto había empezado a escribir los relatos de *La invasión* y con uno de los primeros, «Mi amigo», que en realidad fue el segundo que escribí, gané el concurso de cuento organizado por una revista que tenía bastante peso entre los escritores jóvenes en aquel tiempo. Lo más divertido es que me enteré de que había ganado, una tarde, en una conferencia de la escritora Beatriz Guido, que vino a La Plata a dar una charla en la Facultad y habló de Salinger, y en medio de la conferencia dijo que había leído un cuento muy bueno porque era jurado en el concurso de cuentos de la revista y empezó a hablar de una revelación literaria y me nombró a mí, que estaba en el público esa tarde en el Aula Magna, y elogió mi cuento «Mi amigo» y yo me di cuenta, sorprendido, de que ése era yo y sentí una emoción contradictoria que me ha acompañado siempre, en las buenas y en las malas, no era yo el que estaba ahí sentado entre mis compañeros el que había escrito ese relato, era otro, distinto de mí, más introvertido y más valiente, mientras yo en aquellos años

andaba bastante perdido, alejado emocionalmente de todo. No me animé a hablarle, me pareció que era imposible que me levantara y le dijera soy yo el escritor joven del cuento, etc. Un verdadero horror, demasiado real, la literatura es mucho más misteriosa y más extraña que la simple presencia física del así llamado autor; así que me quedé sentado, estaba en la fila diez, me parece, es decir estaba cerca y ella podría verme pero no me conocía, y yo preferí seguir sentado, anónimo, si bien después me hice amigo de Beatriz Guido y ella siempre fue generosa, entusiasta conmigo y con lo que yo escribía. Me quedé quieto y ella siguió hablando y los que me conocían habrán pensado que no estaba ese día o que no me había dado cuenta de que hablaba de mí. Lo cierto es que mis acciones habían subido rápidamente luego de que una escritora consagrada me nombrara como una de las promesas más serias de la joven literatura argentina. Las chicas empezaron a interesarse de inmediato en mí, que traté de estar a la altura de mi fugaz y fulgurante fama.

Quizá por eso, los dirigentes del grupo trotskista me propusieron que fuera el secretario de redacción de la revista que pensaban publicar. Y así fue, durante un par de años estuve a cargo de la revista *Liberación,* una publicación legal, de superficie, como se decía en la jerga conspirativa de aquellos años. El director era un obrero trotskista, José Speroni, un dirigente sindical de gran peso que pertenecía al grupo de militantes revolucionarios que habían seguido la consigna de Nahuel Moreno, quien en secreto, como miembro de la IV Internacional, había delimitado la táctica del «entrismo», es decir, la infiltración de militantes trotskistas en el peronismo, agentes encubiertos de la revolución mundial que hacían trabajo en los gremios sin revelar su verdadera posición política. Fue tan eficaz esa táctica que diez años después, cuando estaba ya cerca de volver al poder, el general Perón insistía en condenar y acusar a los trotskistas de la IV Internacional, a los que señalaba como responsables de controlar el ala izquierda del movimiento justicialista, como Perón llamaba a su fuerza política. Speroni había sido un «topo» en el movimiento sindical peronista y había llegado a

secretario general del gremio textil. Pero fue descubierto como agente encubierto y tuvo que renunciar a su cargo y actuar abiertamente como un militante trotskista. Era muy inteligente. Muy vivo, tenía mucha experiencia, y como director de la revista era una figura decorativa. El otro integrante de la redacción era el gran filósofo Carlos Astrada, que había estudiado con Heidegger en Alemania y era uno de los discípulos preferidos del autor de *Ser y tiempo,* pero que luego de estar más o menos cerca espiritualmente, digamos, del peronismo entendido como esencia fenomenológica del ser nacional había virado hacia el marxismo. Escribió en aquel tiempo un artículo memorable explicando cómo el libro de Lukács *Historia y conciencia de clase*, y en especial su capítulo sobre el fetichismo de la mercancía, había influido directamente en el vidrioso filósofo de la Selva Negra*.* La revista la diseñaba Eduardo Rotllie, un artista plástico de La Plata muy interesado en la vanguardia rusa de los años veinte. Así es que la revista donde publiqué artículos, entrevistas y notas fue una escuela para mí y una experiencia inolvidable. Mi actividad política en aquellos años se limitaba a las reuniones de la revista. Mientras los activistas del grupo andaban por los barrios obreros de Berisso y Ensenada, llevando casa por casa la palabra de Trotski, usando el sistema que habían aprendido de los pastores evangelistas: tocaban el timbre o golpeaban la puerta de las casas (si no había timbre) y le entregaban a los sorprendidos trabajadores de los frigoríficos o a sus mujeres o a sus hijos el periódico del grupo, que, aunque no me creas, se llamaba *El militante.* La gente del barrio pensaba que era una publicación del ejército porque desde luego confundían la palabra *militante*, que no conocían, ni nunca habían oído, con *militar*. Pensaban que *militante* era una manera de decir «militar». Salvo los simpatizantes del peronismo, que de inmediato comprendían que se trataba de un diario trotskista, por lo que, siguiendo la directiva de Perón, los insultaban y llamaban con gruesos epítetos mientras les cerraban la puerta en la nariz. Nunca participé en ninguna tarea evangélica y eso parece haber creado cierto clima hostil hacia mí en la organización. Lo cierto es que una tarde, en una reunión «de célula», como se decía, en la que participaba mi amigo Luis Alonso,

su novia Margarita y un estudiante peruano que dormía, en medio de las discusiones, en mi pieza en la pensión, me acuerdo como si fuera ahora, mi amigo y camarada Luis Alonso pidió la palabra y, como si la Historia hablara por su boca, aconsejó que la organización me sancionara y me desvinculara de la responsabilidad de ser el secretario de redacción de la revista, ya que yo no mostraba «temple» (ésa fue la palabra que usó) de revolucionario. En definitiva, quería ocupar él mi lugar en la revista, pero no lo dijo así, más bien se dedicó a describir la diferencia entre un intelectual revolucionario (por ejemplo él) y un intelectual pequeñoburgués (por ejemplo yo, al que llamaba, para que mi horror fuera perfecto, *pequebú)*, de modo que me vi convertido en una suerte de especie animal, los pequebús, como quien dice un pecarí. Entonces pedí que se votara: Luis y su novia votaron en mi contra, el peruano se abstuvo, o votó en contra, y yo no me acuerdo si voté a mi favor o me abstuve. Llevó la decisión del tribunal, es decir de la célula, a instancias superiores, como dijo, de la organización. No le hicieron el menor caso y yo seguí a cargo de la revista pero desde ese momento no le volví a hablar, lo traté como si fuera invisible. La situación es mínima pero ahí me di cuenta de que si mi camarada Luis hubiera tenido poder, me habría condenado al gulag en nombre de los intereses del proletariado mundial. Hablaba y estaba convencido de hablar en nombre de la verdad de la Historia y también del socialismo. Esa situación ridícula me pareció que concentraba una experiencia que se repetía en los grupos revolucionarios y en los estados socialistas. Alguien es acusado de no obedecer las leyes de la Historia y es condenado al exilio o a la cárcel. Fue para mí una experiencia reveladora y también un modo de percibir la carga de profundidad y de rencor que se esconden en las así llamadas «amistades argentinas».

Ya en aquel tiempo tan lejano yo vivía una doble vida y practicaba la esquizofrenia que ha definido mi actitud ante la realidad. Por un lado, en La Plata llevaba adelante una práctica política, muy teórica, con un grupo de intelectuales avanzados de izquierda y, por el otro lado, viajaba todas las semanas a Buenos Aires, donde pasaba dos o

tres días frecuentando el mundito literario, cierta bohemia juvenilista, y me reunía con escritores jóvenes en el bar Tortoni todos los viernes y ahí, en esas noches, me hice muy amigo de Miguel Briante, que había ganado junto conmigo el concurso de cuento de la revista literaria más conocida de Buenos Aires en aquel tiempo.

Paralelamente estaba enredado en una típica –para mí– relación triangular con una mujer casada con un amigo muy querido, que era además un tío lejano. La política, la literatura y los amores envenenados con la mujer de otro han sido lo único verdaderamente persistente en mi vida. Por qué, no sé, muchos años después me analicé varias temporadas con un médico lacaniano y la cuestión de mis amores edípicos era tan obvia y yo estaba tan enganchado en esa turbia combinación que mi analista me dijo, con voz sombría: «Mire, Renzi, ese asunto lo dejamos de lado porque es demasiado evidente como para no ocultar o desplazar o encubrir *otra cosa.*» Dijo subrayando con un gesto el final de su, digamos, interpretación. ¿Qué cosa era esa otra cosa? Nunca lo supe. Me gustaban las mujeres pelirrojas y también me gustaban las mujeres casadas y me enamoraba alternativamente de una pelirroja y luego de una casada, ha sido así mi vida sentimental. En el caso del *affaire* que ocupó varias páginas de mis diarios de 1962, debo decir que era además una de las historias típicas de mi familia. Un hombre joven que se perdía por una mujer de mala vida y se casaba con ella y la imponía en la familia. Pero en este caso mi tío Toño fue expulsado, digamos así, de la tribu y, ayudado por mis padres, se mudó a Mar del Plata, solo y perseguido o despreciado por el núcleo duro de la familia Maggi.

Y entonces Renzi abrió un cuaderno y fue leyendo algunas entradas para que se pudiera ver que esa historia de adulterio escondía el germen de uno de sus relatos más conocidos, «El joyero», porque su tío era un gran orfebre y Emilio, cuando estaba en Mar del Plata, pasaba las noches conversando con él mientras lo miraba, admirado, tallar las joyas extraordinarias y valiosísimas que

hacía con gran destreza durante meses en el taller que había instalado en la terraza de su departamento en Mar del Plata.

12 de febrero

Dolorido por la ruinosa, inolvidable, experiencia con Lucía, volví al redil. Pienso pasar algún tiempo en Mar del Plata. Tiré la moneda griega al aire. Cara o cruz. Y ahora estoy aquí porque nadie escapa de su destino. Y estoy metido en una situación simétrica. La repetición es mi musa más fiel.

Martes

Ayer en casa de Antonio, pasé la tarde con él, en el taller sobre la azotea donde trabaja como un artista sobre las joyas que fabrica mirando vagas figuras dibujadas con compás sobre un papel Canson. Pule el oro y lamina el diamante, facetándolo como un minero en un pasadizo mínimo al que alumbra con un pequeño foco. Conversamos tranquilos y yo pasé el tiempo pensando en ella, que estaba abajo. Al fin fuimos hacia los cuartos y ella salió del baño, el pelo envuelto en una toalla roja y el cuerpo desnudo cubierto apenas por una robe de tela esponjosa. Estaba descalza y llevaba, como siempre, una esclava en el tobillo. Después nos quedamos en la sala que da al jardín, yo sentado en el sillón (individual) y ellos en el amplio diván de almohadones blancos. Alcira se retraía (de un modo visible) mientras él la tocaba a veces azarosamente. Cuando nos íbamos con Antonio, que quería presentarme al colombiano que le había asegurado trabajo en Nueva York, ella me pidió que me quedara con un pretexto que nadie escuchó. Toño se fue solo y, no bien cerró la puerta, ella empezó a llorar. «Lo único que quiero es estar con vos», me dijo antes de insistir en que no debíamos herir a Toño. No pude quedarme y nos despedimos con promesas de irnos juntos a Buenos Aires cuando yo volviera a La Plata.

Viernes

Caminata con Toño. Triste papel, un joven amante de la mujer de su amigo, que es, además, primo hermano de su madre. Consejos, vagas alabanzas. «Alcira está segura de que te va a ir muy bien en

la vida.» Los dos nos mirábamos indecisos, haciendo el juego. Él de pronto empezó a hablarme de todas las mujeres con las que «decidió» no acostarse, porque «no habría podido, no habría podido» (repitió dos veces la frase, buscando parecer sincero). Mujeres que lo llamaban por teléfono para encontrarse con su férrea negativa. A ratos estamos en el melodrama. «Vos sabés que yo dejé todo por Alcira.» Estábamos en la esquina de Luro e Hipólito Irigoyen y me invitó a un café. Nos sentamos en el Ambos Mundos. Instaló la atmósfera enrarecida y turbia de las confidencias y la sinceridad «entre hombres» (él, que podría ser mi padre). Habló conmigo como si estuviera un poco más allá de los hechos, hablaba de Alcira, de lo que ella podía ayudarlo si yo era su amigo (de ella). «Es que ella no es amiga mía, lo que pasa es que no me cree nada de lo que le digo.» Pensé que me había vuelto loco y que Antonio estaba a punto de asesinarme pero que antes quería ver hasta dónde yo era capaz de llegar. Doble metáfora de esta enrarecida realidad en la que yo me entretenía –como siempre– en reeditar mis mejores representaciones. No dije nada porque no tenía nada que decir que no fuera una infamia y me alejé sin haber conocido al mayorista colombiano que, según Toño, iba a llevarlos a él y a su mujer a vivir como reyes en Nueva York.

Lo mejor es que con esa caminata demencial, le escribiré una carta a Alcira preguntándole hasta dónde llega el juego. Nos fuimos. Pagó él (estuvo mal, pero mal de una maldad que yo nunca había conocido). «Bueno, la próxima vez pago yo», le dije. Todo parecía tener otro sentido, cualquier frase que yo decía podía entenderse como una canallada. Creo que el asunto me supera, le escribí, lo quiero a ese hombre y lo respeto, si fuera otro... Pero si fuera otro, vos no hubieras hecho nada.

Anoche extraña pesadilla en la que yo mismo me esforzaba por llegar a tiempo al lugar en el que habrían de detenerme. A la noche salí a tomar una copa con Horacio, mi primo. Él es mi hermano. Y conoce como yo las tormentas y la épica familiar. Le dije lo que estaba pasando con Antonio, me miró tranquilo sin sorprenderse,

como si fuera algo habitual lo que yo le contaba. Sólo me recordó que él, Antonio, había enfrentado a toda la familia a causa de Alcira, mujer de vida fácil –según las tías– que había tenido un hijo con un hombre que estaba preso. Toño primero alardeaba de su conquista pero después se enamoró de ella y rompió con todo lo que había querido siempre y vino con ella y su hijo a vivir a Mar del Plata amparado por mi padre, que le consiguió un lugar donde instalar su taller de joyería. Vista así, mi posición en la historia era todavía peor. Pero no era eso lo que Horacio quería decirme, parecía más bien indicarme que tampoco Toño era trigo limpio. «Vos sabés, siempre fue muy mujeriego», como si quisiera indicar que en realidad era Antonio el que estaba manejando la situación. Después cambiamos de tema y recordamos los buenos tiempos de la infancia y los malos tiempos de la adolescencia (tan cercana).

El eterno retorno en Nietzsche es un intento de fundar una ética inmanente. Vivirías con cuidado cada día de tu vida si supieras que se va a repetir eternamente. Invierte el imperativo categórico kantiano, y dice: haz de cada día un día perfecto porque repetirás cada día infinitamente. Se trata de un postulado moral, no importa si Nietzsche cree o no en el eterno retorno, lo que importa es que el riesgo de la repetición nos obligaría a tener cuidado al vivir cada momento. Freud fundó nietzscheanamente en la repetición –ausencia de memoria– el impulso de muerte. Traicionó a Nietzsche, que había basado en el eterno retorno la pulsión de vida –pura voluntad de poder–. Por lo demás, Nietzsche postula la memoria como el lugar de la culpa y del remordimiento en el que se funda la moral cristiana –moral de esclavos, según el–. El sujeto de Nietzsche no tiene memoria y por lo tanto no conoce la culpa, vive en el presente, convencido de que cada acto realizado se repetirá en el futuro, circularmente.

Miércoles

Alcira me llamó y nos encontramos en el Hotel del Bosque. Pasamos la tarde juntos. Me aseguró que nunca quiso a Toño y que se lo dijo. Sabe que yo vuelvo a La Plata en un par de meses. «El

verano puede ser interminable», me dijo. Mandó a su hijo a un campamento, de modo que está, según dijo, libre como en su juventud.

Jueves

Toño me llamó por teléfono y nos encontramos en el Montecarlo. Está tranquilo, me dice que ella no pudo acostumbrarse a vivir fuera de Buenos Aires y que él puede ser que decida regresar. «¿Por qué me contás estas cosas a mí?», le dije, él sonrió. «Porque ella te llena la cabeza, vos sos el único amigo que tiene acá.» Nos quedamos callados un rato y después nos separamos. Pienso en ella y me duele el pecho. Tengo que verla mañana y decirle que me voy.

Martes

Furor renovado por invasión familiar, confabulaciones del clan Maggi para rescatar a Antonio de su difícil situación. Ninguno de ellos dice en qué consiste y si lo comentan conmigo es porque no piensan que yo estoy en el problema. La única que parece estar al tanto es mi madre. La otra noche, cuando estaba por salir para ir a verla, mi madre me dijo que esperara porque quería contarme algo. Le conozco el estilo, nunca dice nada directo, todo esta implícito. Habló de la pena que le da mi regreso a La Plata (como si yo me fuera al Congo) y luego de dar algunos rodeos me dijo, como si no hubiéramos estado hablando de otra cosa: «Mejor no vayas, sabés que Antonio está en Buenos Aires...» Me miró de una manera tan sagaz que me quedé con ella. Parece adivina, me lee el pensamiento. No seguimos hablando del asunto. Mi madre se puso a hacer un solitario de cartas inglesas muy difícil y yo la ayudé a salir del paso.

La familia es solidaria mientras uno comparta el espacio común. Muy buen manejo de la presencia y función de los sujetos de la tribu, que convierte siempre al ausente en culpable. Tribunales continuos, juicios sumarios, verdades contundentes. Pero mi madre tiene un criterio moral que yo le admiro. Nunca juzga a nadie que sea miembro de la familia, o mejor, siempre absuelve y comprende a

quien sea con tal de que pertenezca al clan. Por ejemplo, si en mi familia hubiera un asesino serial, mi madre diría: «Bueno, siempre fue un muchacho nervioso.» De ella aprendí que un narrador no debe nunca juzgar a los personajes de su historia. Y para mi madre y para sus hermanos y hermanas lo fundamental es volver a contar una y otra vez los relatos familiares. Es imposible para mí sintetizar todas las historias que se amontonan entre los cuerpos de estos testigos de la tribu. Pero quizá ahí está el fondo –el agua clara– del que pueden salir todos mis libros. Por ejemplo Marcelo, que se enamoró de una mujer a la que conoció como copera en un *dancing*, un modo además de olvidar el fantasma de su primera esposa, mujer frágil y neurótica que murió sin ver la oscuridad porque durmió todos los años con la luz del velador siempre encendida. Mujer a quien la muerte ha canonizado con un movimiento simétrico al rechazo de la intrusa a quien todas las mujeres del clan –salvo mi madre– le han hecho el vacío. O por ejemplo yo mismo, metido en una relación triangular con la mujer de mi heroico tío lejano, Antonio, que dejó todo por la mujer de mala vida, que de inmediato lo traicionó con su amigo más cercano. De modo que yo también he pasado a ser una figura (menor) de la saga familiar.

Por eso la historia de Alcira, chica de vida fácil, como la llamó Toño, que sin embargo se casó con ella (quizá por eso) y que ha sido repudiada por las erinias, incluida su dulce madre, y que recibió la ayuda de Ida y de mi padre y se trasladó a esta ciudad para que ella, como se dice, iniciara una relación clandestina con el sobrino de su marido (que es quien escribe la historia).

Martes

Me fui con Toño y anduvimos por la ciudad hasta la madrugada entre turistas desequilibrados que sueñan con ganar en el casino. Nos sentamos en una mesa en el Montecarlo, donde Antonio parece el dueño, y paulatinamente se van acercando a su mesa un conjunto variado y fascinante de hombres y mujeres de la noche. Desde luego, Toño juega a iniciarme en las verdades de la vida sin decirme nunca nada sobre el detalle de que yo he estado acostándome con

su mujer desde hace casi un mes. Anoche inventaron, con uno de los croupiers del casino, una martingala infalible. Eran casi las dos de la mañana, de modo que tenían sólo dos horas para jugar en el casino, pero todos los que estábamos en el bar con Antonio lo seguimos. Él pagó las entradas de su corte, esperó a que el botones me consiguiera una corbata y un saco prestados para poder entrar «vestido como la gente». (Tuve que mostrar mi libreta de enrolamiento para que vieran que tenía más de dieciocho años.) Fuimos a una mesa pesada del fondo, donde se jugaba punto y banca. Antonio le dio plata a alguien y así consiguió una silla y se sentó a la mesa y empezó a jugar fuerte, siguiendo a la vez su intuición y las jugadas «científicas», como él decía. A las cuatro de la mañana había ganado cuatrocientos mil pesos. Repartió propina a todos los empleados del casino y salió como un rey acompañado por su comitiva y nos fuimos a esperar la mañana en los bares de la rambla, sentados bajo las sombrillas en las mesas al aire libre para ver amanecer en el mar tomando champagne.

Anotaba esas versiones un poco imaginarias de su vida, me dijo Renzi, y al mismo tiempo reflexionaba en los cuadernos, es decir, trataba de pensar en la experiencia de estar cautivo de una pasión. Así había empezado la historia con Alcira, según había registrado en sus notas.

8 de enero de 1962

Una gran reunión en casa para festejar las fiestas y también la llegada de Antonio y su mujer Alcira, que vinieron a vivir a Mar del Plata, con su pequeño hijo Camilo, escapando de Buenos Aires y del repudio de la familia, y a quien mi padre ayudó, solidario como siempre con los expulsados del clan Maggi. Estábamos ahí en la fiesta, en casa, y yo subí a mi cuarto para tener un poco de calma, y estaba en eso cuando Alcira, que debe tener unos treinta años y es hermosa, de pelo muy negro y piel blanca, apareció en el borde de la escalera y me miró con ojos húmedos y una sonrisa en los labios, como si quisiera decirme algo. La sonrisa era increíble, un poco procaz, pienso ahora, pero en ese momento pensé que había subido

para mirar la noche desde la terraza. Cuando estuve junto a ella me tomó la mano y se la puso en el pecho, mi mano, entre los senos y me dijo, hablando de su corazón: «Mirá cómo late.»

Nos besamos y yo estaba muy excitado y muy confuso porque siempre había gente esa noche, en la terraza, mirando los fuegos artificiales que estallaban en el cielo, nos habíamos visto muy pocas veces con ella. Yo llegué a Mar del Plata hace un mes y fui a su casa y pasé varios días con Antonio, que está desolado y no se adapta al cambio de lugar. Perdió todo, sus contactos en las joyerías de Buenos Aires, su lugar como primer oficial en el taller de Ricciardi y se trasladó acá con ella para empezar de nuevo. «Sos igual a Dante cuando era joven.» Dante es su ex marido, que está preso en Sierra Chica y por eso, dijo, se había «encaprichado» conmigo. Porque yo era como él (siempre me estoy pareciendo a alguien).

Empezamos una aventura que duró todo el verano, resumió Emilio, y que fue importante para mí porque ella era una mujer muy vivida, con un toque cínico y despiadado que me fascinó. Nos apareábamos en cualquier lado, en el baño de su casa, mientras Antonio pulía sus joyas y escuchaba música en la radio, en el altillo donde había instalado su banco de trabajo. A ella la excitaba, me di cuenta, la sensación de peligro, la inminencia y el riesgo, porque podíamos ser sorprendidos a cada rato. Me tocaba con sus pies descalzos por debajo de la mesa, con Antonio al lado. Él había abandonado todo por ella, a la que había conocido como mujer de la vida y a la que durante meses le había pagado para acostarse con ella. Y se enamoró y la presentó a sus amigos y a la familia, pero fue repudiada, y ahora ella, poniendo su vida en peligro, se iba a la cama con el sobrino de su marido. Siempre me deslumbró el coraje de las mujeres para jugarse todo por una pasión o un capricho, sin tener en cuenta las consecuencias de sus actos. Y con ella me di cuenta de que justamente arriesgar todo por una relación clandestina era lo que la hacía sentirse viva (como me decía), porque para ella vivir era estar en peligro.

También en aquel tiempo, junto con mis vidas paralelas, encontré un amigo con el que pasé varias pruebas decisivas en esos años de aprendizaje y educación (sentimental). Avanzaba fluidamente en la carrera y al año siguiente, en 1963, conseguí trabajo como ayudante de cátedra en dos materias y empecé, por primera vez, a ganarme la vida y también –tal vez como resultado de tener un trabajo– a vivir con una mujer uruguaya, Inés, lo que he llamado «mi primer matrimonio», aunque por supuesto no nos casamos ni nada parecido, sólo que establecí una relación estable durante varios años con una mujer.

10. DIARIO 1963

10 de julio

Me preocupa mi predisposición a hablar de mí como si estuviera escindido y fuera dos personas. Una voz íntima que monologa y divaga, una suerte de banda sonora que me acompaña todo el tiempo y que a veces se filtra en lo que leo o en lo que escribo aquí. Ayer pensé que tendría que tener dos cuadernos distintos. El A y el B. En el A estarían los sucesos, los acontecimientos, y en el B, los pensamientos secretos, la voz callada. Por ejemplo, hoy en el tranvía empecé a pensar tengo que bajar y escapar lejos de aquí, tengo la paga de mi abuelo en el bolsillo, podía ir a Uruguay en el Vapor de la Carrera, alquilar una pieza en un hotel barato en la 18 de Julio y perderme para siempre, sin tener que dar cuentas a nadie de lo que hago o dejo de hacer. Nada era tan coherente como lo que acabo de escribir, al pensar no había sintaxis, sólo bloques de palabras. Por ejemplo, fugarme, unos días, el Hotel Artigas, una muchacha uruguaya, una chiruza, una oriental, la calle 18 de Julio, CX8 Sarandí, Montevideo, desde el palco de la prensa del estadio Centenario. ¿No estaré loco?

En lugar de eso asisto a la clase de Historia Argentina I, promoción sin examen, no hay que faltar y al final hay que escribir una monografía.

12 de julio

Con ella la muchacha de pelo oscuro, Graciela Suárez, muy joyceana. Empecé a seducirla o a tratar de seducirla sin recordar, sin ver que ella estaba saliendo con mi amigo Yosho, y cuando tuve la primera cita y la llevé conmigo a Adrogué a conocer a mi abuelo y a dormir juntos, ella me dijo: ¿Cómo se lo decimos ahora a Yosho?, y recién entonces me di cuenta de que le había soplado la mujer a un

amigo. Esto es lo que yo llamo *la acción suicida,* no veo nada, sólo veo el objeto deseado.

Tal vez existan años en los que uno se repliega, se fortalece, vive de espaldas al mundo exterior. Como si estuviéramos en un tren en un viaje a La Pampa –digo La Pampa porque no hay nada que ver en la llanura–, he pensado: tengo que escribir una novela sin descripciones, eso alcanzaría para darle una rapidez que no logro sino raramente en mis cuentos.

Sábado 3 de agosto

Voy a una reunión de la revista. En estos días me he olvidado de registrar, o quizá lo hice por precaución o para mantener la clandestinidad política, en el movimiento soy el secretario de redacción de la revista *Liberación*. Dirigida por José Speroni, un sindicalista que hizo «entrismo» en el peronismo y llegó a secretario general. También está Carlos Astrada, el mayor filósofo argentino, discípulo de Heidegger.

6 de agosto

Es notable la experiencia de temporalidad que surge de cualquier libro de historia que uno se detenga a analizar. Aparecen los clásicos problemas de toda narración: los racconto para explicar situaciones que suceden en el presente y reconstruir sus condiciones. Por otro lado, la necesidad de narrar hechos acaecidos en la misma época en distintos lugares. Por fin, la decisión de detener la reconstrucción de los hechos para elaborar algunas hipótesis. Las interpolaciones analíticas forman parte del relato. Un libro de historia es tiempo puro. Estas ideas derivan de mi experiencia de narrar algunos hechos sucedidos en la Banda Oriental a partir de ciertos documentos presentados por el historiador Pivel Devoto. Incluso una historia tan abstracta como la del pasaje del feudalismo al capitalismo se puede ver como la narración épica de una catástrofe sideral.

Jueves 8 de agosto

Una linda frase escrita por Sartre en *El ser y la nada,* p. 630: «La muerte es una aniquilación siempre posible de mis posibles, que está fuera de todas mis posibilidades.»

Viernes 9

En un bar de la calle Suipacha.

Lo mejor que he escrito hasta ahora surge de una mínima situación autobiográfica transformada luego en una historia distinta, donde lo vivido sólo persiste bajo la forma de los sentimientos y las emociones que se expresan en el relato.

Lunes 12

En la época en que los hombres –y a veces también las mujeresiban armados, las relaciones sociales eran más amables porque el riesgo del conflicto era excesivo. En el siglo XIX en la Argentina los duelos eran cosa corriente. El malhumor o el malentendido se transformaban de inmediato en un drama.

Un bello poema de la tradición popular: «Desprovisto de faca por los botones, se internó en la milonga, y estaba triste.» La manera de contar el modo en que el hombre fue desarmado por la policía se basa en el lenguaje carcelario y en una jerga casi hermética (si bien el verbo que abre el poema es un acierto y una elección muy ajustada: «desprovisto» es quizá el mejor verbo que se pudo usar para quitarle cualquier subjetividad al hecho que se narra). A partir de ahí, el poema adquiere una forma clásica: el malevo no entra en el baile sino que se interna («se internó»), se nombra la escena con una palabra que condensa múltiples sentidos («milonga») y luego cierra con una melancólica y bella conclusión. Construida con un verbo en suspenso («estaba»), que parece mantener al hombre triste toda la noche (porque ya no está armado).

Lunes 19

El sábado después de dar una conferencia colectiva con el resto de la revista en MAPAM, en una quinta cercana a La Plata, volvimos

a la noche, caminando al borde de la ruta, y de pronto un cuerpo me rozó las piernas y hubo un ruido sordo. Un auto había atropellado a Vicente Batista, que estaba tirado en el piso como muerto.

Visita a Vicente en la clínica donde está internado.

Miércoles 28 de agosto

El sábado pasado se estrenó en el Nuevo Teatro un espectáculo llamado Festival de Buenos Aires, en el que se incluyeron varios sainetes breves de Enrique Wernicke y también mi cuento «Mi amigo», convertido por Héctor Alterio en un formidable monólogo dramático. Es extraño ver algo que uno ha escrito representado en un escenario; también es curiosa la sensación de ver al público, muy numeroso esa noche del estreno, respondiendo con risas, silencios emocionados y aplausos, a las palabras de una ficción que uno ha escrito. Fuimos juntos con Graciela pero siempre me gana la indiferencia y no consigo nunca alegrarme lo suficiente con lo que he conseguido.

2 de septiembre

Paso la tarde con Dipi DiPaola, muy divertido. Él, como Miguel Briante, tiene un manejo muy eficaz del estilo y escribe con mucha elegancia. Formamos una especie de terceto que se opone a todo lo que vemos actualmente en la literatura. En la revista una suerte de frente anticonservador, formado por mí y por Briante. Básicamente no nos gusta la imposición de una poética muy antivanguardia.

Otras discrepancias. ¿Qué es estar en el presente? En todo caso, no es algo que un escritor deba definir. No me gusta el énfasis con el que en la revista todos se autodesignan y se escudan en una pertenencia generacional. Me resulta bastante cómica la forma en que todos cultivan una suerte de genialidad juvenil y antiintelectual.

17 de septiembre

Ludovico el Moro: «Apartaba de sí con una barra a sus vasallos, de suerte que tenían que gritar para ser oídos por él.»

La virtud en Maquiavelo es la afirmación de la autonomía del hombre frente a las fuerzas –y desórdenes– naturales (o de la naturaleza... humana, muchas veces). Ahora bien, debemos entenderla –a esa virtud¿como necesidad o como posibilidad?

Septiembre 21

Fuimos a Mar del Plata a leer cuentos con la revista. Extraña siempre la experiencia de leer un texto en voz alta. Hay cierta falsa facilidad en ese acto: la lectura verdadera, en cambio, es silenciosa, personal, requiere aislamiento y una pasión secreta. Leer en voz alta ante un público es distinto a la experiencia literaria.

Me encuentro con Alcira en el hotel de la costa. Todo sigue igual, pero todo es distinto. En este viaje no pasé a visitar a Antonio.

Octubre 3

Ya he escrito en otro lugar las razones del final con Vicky (con la que me crucé hoy en la Facultad). He tratado de contar esa historia de otra manera, ya que había comenzado con ella leyendo (por error) uno de mis cuadernos. Por eso he tratado de mantenerla aparte de estas notas.

Difícil y letárgica reunión en el centro de estudiantes.

Octubre 19

Sorpresiva definición de Ezequiel Martínez Estrada: «El sistema socialista es la forma política y económica más racional y equitativa y concordante con los adelantos de la civilización tecnológica y de la cultura humanista», revista *Marcha*, mayo de 1963.

Diciembre 10

Tal vez se trate, en definitiva, de contar la historia familiar. Cholo, al que la mujer lo deja por un soldado conscripto de veinte años y se va, abandonando también a su hijo de meses. Y antes, Marcelo. Y después Antonio. Cada uno de ellos un mundo, el clan hace entrar a la mala vida, a través de las mujeres. Los hombres se rebelan y

rompen las convenciones, arrastrados por una pasión (vil, como la llaman).

Alguien, un hombre superior, puede elegir una vida fuera de la ley. No es un artista, por lo tanto no utiliza la coartada de la creación para justificar su maldad. El poeta maldito es ya un producto de consumo que permite, vicariamente, a sus lectores, tener una experiencia excepcional y peligrosa. En este caso se trata, en cambio, de mantenerse anónimo. Nadie, salvo el círculo íntimo de sus amigos y de sus cómplices, conoce las aventuras arriesgadas de este aspirante a santo. Uno puede decidir convertirse en ladrón y asesino potencial, como quien elige una carrera o una profesión a la que dedicar su vida. Conocí a Cacho Carpatos cuando los dos éramos estudiantes del secundario en Mar del Plata. Él estaba en el colegio industrial y yo cursaba el quinto año del nacional. Pertenecíamos entonces a dos planetas separados por distancias siderales, pero nuestras órbitas chocaron por azar en el bar del Ambos Mundos. Teníamos amigos comunes y él era igual a mí y a mis amigos. Todo le interesaba y era de una inteligencia luminosa, pero tenía puesta toda su energía en las motocicletas de alta cilindrada. Corría como un desaforado por el Boulevard Marítimo tratando de quebrar no recuerdo qué record de velocidad o qué marcas suicidas; era igual a nosotros, arrogante, ambicioso, ávido de vivir la vida, sin hacer caso de los límites. Dejé de verlo cuando me vine a La Plata, pero este año lo reencontré. Seguía parando en el bar pero su interés había cambiado. Caminando por las calles bajas de Playa Grande, cruzando el túnel, me dijo que al terminar el colegio había decidido convertirse en un ladrón profesional. Pensaba que él era un hombre superior, intelectualmente superior y también, agregó, moralmente superior. Las leyes y la defensa de la propiedad privada no formaban, me dijo, parte de su experiencia. No pensaba trabajar y quería vivir bien, por lo tanto, desde hacía tres años, desde que terminó el colegio secundario, se había dedicado a estudiar y a profundizar los modos de apropiarse de la fortuna de los hombres y mujeres que se habían adueñado a su vez durante décadas de la riqueza y de la tierra y los campos y de los bienes de

la sociedad. Pensé que me estaba queriendo impresionar, pero con un gesto me mostró las manos y me hizo ver la verdad de su condición. Es un joven rubio, delgado, de ojos claros, vestido con elegancia displicente, pero sus manos son las de un obrero. Rotas, deformadas, con un aspecto un poco brutal, porque, me dijo, él entraba a robar en las casas de los ricos forzando las rejas y las ventanas, y esa acción dejaba su rastro en cada una de sus manos. Algunos hombres, concluyó, excepcionales y algunas mujeres muy bellas podían vivir fuera de la ley porque sus cualidades excedían las normas sociales. Habíamos llegado hasta el Torreón y ahí, inesperadamente, él llamó un taxi con un gesto, me sonrió, dijo que llegaba tarde a una cita, se despidió y se fue. Vivía en Buenos Aires y podríamos encontrarnos en la ciudad o incluso en La Plata. Y quedamos entonces en vernos. Está en Mar del Plata todo el verano porque es temporada y la gente de plata viene aquí, me dijo. Parecía un cazador que sigue a sus presas cuando emigran y por eso ahora hacía su trabajo en los chalets y en las casas residenciales de La Loma, el barrio exclusivo del lugar.

Diciembre 11

Llamo por teléfono, desde Adrogué, desde el público que está en el almacén de López y encuentro a Inés, la muchacha uruguaya que vino a Buenos Aires a estudiar filosofía. Salimos juntos, algo para comenzar.

Jueves 12

Fuimos juntos a ver *La terra trema* de Visconti, en una sala experimental, poca gente invitada, un espacio íntimo. Inés viene de Piriápolis, en la otra banda, como dice ella. Fuimos a comer en El Dorá y después pasamos la noche juntos. Extraña mujer, tan parecida a mí, tan desmesurada. «Sos extranjera, vos, uruguaya, sos una mujer a la que dan ganas de conocer un poco más», le dije. Ella sonrió, maliciosa. «Para escribir un cuento, tú», dijo. Lo cierto es que inmediatamente construimos un lenguaje común, un idiolecto, un idioma privado que sólo hablan dos personas y que ha sido siempre para mí la condición del amor.

Viernes 13

Tengo un horror que viene del pasado por todo exceso retórico. Se trata, para mí, de la primera de las virtudes, usar el lenguaje con precisión y claridad.

Sábado 14

Inés, poseída –según ella– por el pasado. Un pasado que siempre imagina distinto. La recuerdo siempre sonriente. Nos encontramos en el Tortoni, ella me estaba esperando. «No sabía si tú realmente ibas a venir», dijo.

Viernes

Hace días que estamos juntos con Inés aquí en La Plata. Para ella, esta ciudad geométrica y tranquila es un alivio. Buenos Aires la aturde y extraña todo el tiempo el mar, que no es un mar, dice, sino un río con grandes olas y agua salada. Quiere hacer una tesis sobre la provincia en la filosofía. Todo el tiempo quiere volver al Uruguay, pero no cede, porque respeta sus convicciones que para ella, como dice, son inestables.

Martes

Habría que trabajar la relación entre el diario de Pavese y *Diario de un seductor* de Kierkegaard. El sufrimiento escapa al saber en tanto es vivido por uno a pesar del conocimiento, que no puede transformarlo ni evitar que suceda. Una frase de Sartre puede ligarse a esto que digo: «La conciencia no es conocimiento de las ideas, sino conocimiento práctico de las cosas. No basta conocer la causa de una pasión para suprimirla; hay que vivirla, hay que oponerle otras pasiones, hay que combatirla con tenacidad.»

Jueves

Tal vez deba hacer un resumen de mi situación porque durante varios meses he desatendido estos cuadernos. Por primera vez este año me di a conocer, como quien dice, dejé de ser inédito. En la revista publiqué un ensayo sobre el diario de Pavese y un cuento («Desagravio») dedicado a mi amigo José Sazbón, el tema es el

bombardeo a Plaza de Mayo, mezclado con una historia privada (un hombre mata a una mujer).

Esas novedades han sido, en definitiva, la realización, menor quizá, de mis proyectos o mis fantasías que tengo conmigo desde los dieciséis años. Este año además empecé a ganarme la vida con las dos cátedras en las que trabajo como ayudante rentado.

Todas las síntesis son tristes, en este caso, no haré otra cosa que dejar sentado un resumen, en el que por ahora faltan todos los datos y las circunstancias.

11. LOS DIARIOS DE PAVESE

Para la gloria, se ha dicho, no es indispensable que un escritor se muestre sentimental, pero es indispensable que su obra, o alguna circunstancia biográfica, estimulen el patetismo. Este epigrama sirve, sin duda, para explicar la presencia de Cesare Pavese en la literatura contemporánea. Ninguno de sus libros ha favorecido más su ambigua gloria que los acontecimientos de aquel 25 de agosto de 1950 en que un hombre de rostro distante y de lentes alquila una pieza anónima en un anónimo hotel de Turín (el Albergo Roma, en la Piazza Carlo Felice). Pide un cuarto con teléfono –narra su biógrafo Davide Lajolo en *Il vizio assurdo*– y lo instalan en el tercer piso. Pavese se encierra en su cuarto. Durante el día hace varias llamadas telefónicas. Habla con tres, cuatro mujeres. Las invita a salir, a cenar. Todas se niegan. Por último llama a una muchacha que ha conocido unos días antes, una bailarina de cabaret. De este diálogo de un escritor de cuarenta y dos años, recién consagrado con la máxima distinción de la literatura italiana (el Premio Strega), y una mujer que se gana la vida divirtiendo a los hombres se sabe poco: es el último diálogo que Pavese mantiene en su vida y la telefonista del hotel recuerda el final: «No quiero salir con vos, porque sos un viejo y me aburrís», dice la bailarina. Pavese desconecta el teléfono. No baja a cenar. Al día siguiente (el domingo 27 de agosto), al anochecer, un camarero, preocupado por ese cliente que no se ha dejado ver en todo el día, llama a la puerta. Como nadie responde decide forzar la entrada. Pavese está tendido en la cama, muerto, vestido pulcramente, sólo se ha quitado los zapatos. Sobre la mesa de luz hay varios tubos de somníferos, vacíos, y un ejemplar de su libro más entrañable: *Diálogos con Leucó*. Con su letra de araña Pavese ha escrito en la primera página su última frase: «Los perdono a todos y a todos les pido perdón. ¿Está bien? No se hagan demasiado problema.»

La autoridad del fracaso

Hay una belleza a la vez trivial y trágica en ese final; un aire «fin de siglo» que ha seducido, y seduce todavía, a quienes cultivan la leyenda de Pavese. La soledad, el anonimato, la búsqueda imposible de una mujer, el tedio de un fin de semana de verano y ese hombre que busca la salvación en una bailarina que no quiere aburrirse; la dignidad teatral de ese suicidio tiene todo para convertir a Pavese en un símbolo de lo que alguien llamaba hablando de él (sin metáforas) «la enfermedad del siglo». Hoy Pavese es escuchado –ya que no leído– porque es uno de los que hablan (y la frase es de Fitzgerald) con «la autoridad del fracaso». La suya se ha convertido en una vida ejemplar porque viene a probar que toda escritura tiene un secreto y es el lugar de una venganza. El secreto es siempre una grieta (la impotencia, el alcohol, la autodestrucción); la venganza es el castigo que la vida le hace pagar al que escribe. El poeta consume su vida hasta las últimas consecuencias y en el sufrimiento paga el precio de la belleza que produce. Extraña química que necesita del dolor para purificar las palabras, el escritor es el héroe que descubre el uso del sufrimiento en la economía de la expresión, del mismo modo que los santos descubrieron la utilidad del dolor en la economía religiosa.

Una sociedad que sostiene en el éxito las razones de su economía es capaz de reconocer las cualidades «estéticas» del fracaso. La perfección en la muerte constituye, se sabe, un mito aristocrático, la belleza se alimenta de todas las formas del desgaste y la destrucción y especialmente del sufrimiento de ese sacerdote que le está consagrado, el artista. Si sufre como hombre, como escritor es capaz de convertir su sufrimiento en arte. En esta sublimación compensatoria el fracaso es siempre necesario para el logro «profundo» de una obra.

Pavese es uno de los mártires de esta superstición y en las circunstancias de su biografía se renueva la leyenda de la soledad del poeta y de su inadaptación frente al mundo. En última instancia, su suicidio es un símbolo porque viene a confirmar la ideología (tan de moda, por otro lado, desde los tiempos del fascismo) de la impotencia del intelectual, de su inutilidad frente a las sencillas verdades de «la vida». Pavese mismo –hay que decirlo– había hecho

suyo este cliché. No es casual que en su diario asimile al escritor con una mujer: identificación paradójica viniendo de un misógino, pero que se sostiene en la idea de la sensibilidad femenina, pasiva del escritor y en la oposición entre vida activa y vida contemplativa. La biografía de Pavese no tiene en realidad mucho sentido si no se introduce en ella su voluntad de fracaso, su «manía de autodestrucción», y a la vez si no se tiene en cuenta el héroe (romántico) que toma la literatura, el escritor como «hombre de letras» en sentido literal, como el *raté*, el frustrado, que fracasa siempre en la empresa de vivir, opuesto en todo al «hombre simple», al hombre de acción, poseedor de un saber directo y triunfal sobre la vida.

El oficio de vivir

«En mi oficio soy rey. En quince años lo hice todo», escribe Pavese en el final de su diario. «Si pienso en las vacilaciones de entonces... Estoy más desesperado y perdido que nunca. Sólo sé cuál es mi triunfo más alto y a ese triunfo le falta carne, le falta sangre, le falta vida. Y no tengo nada que desear en esta tierra, excepto aquella cosa excluida por quince años de fracasos. Éste es el balance del año no terminado, que no terminaré.» Se trata del balance de una vida, ya se ve: el éxito que buscó desde siempre y que celebra no vale nada. También acá hay una metáfora: en el momento mismo en que su literatura es reconocida, se descubre la gratuidad y el vacío de ese trabajo inútil. «¿Qué hubieras preferido», parece que anotó Stendhal en un ejemplar de *La cartuja de Parma*, «escribir un libro como éste o tener tres mujeres?» No hace falta decir cuál hubiera sido la respuesta de Pavese. Sabe bien que son esos «quince años de fracasos» los que han hecho su triunfo: esa «cosa excluida» es la grieta que la escritura trata de cubrir inútilmente.

Pavese condensa su vida en el hueco que va de 1935 a 1950, esas dos fechas son la frontera, el límite donde su vida se refleja como en un espejo. En 1935 Pavese está confinado en el sur de Italia, condenado por el gobierno de Mussolini a causa de sus relaciones con los círculos de intelectuales antifascistas de Turín. Ese año termina su primer libro (los poemas de *Trabajar cansa)*, comienza a

escribir su diario, una mujer («la mujer de la voz ronca» en los poemas) lo abandona para casarse con otro. En 1950 escribe una novela que lo consagra *(La luna y las fogatas)* culminando así una producción densa y variada en la que se destaca un conjunto de cuatro novelas cortas *(El hermoso verano, La casa en la colina, Entre mujeres solas, El diablo en las colinas)* que constituyen, como señala Italo Calvino, «el ciclo narrativo más complejo, dramático y homogéneo de la Italia de hoy». Afiliado al PC desde 1945, está inserto activamente en la vida intelectual italiana. Director de colección en la editorial Einaudi, despliega una intensa tarea de traductor, crítico y ensayista. Ese año otra mujer lo abandona, Constance Dowling, joven actriz norteamericana a quien están dedicados los mejores poemas de su último libro *(Vendrá la muerte y tendrá tus ojos)*.

Una simetría casi perfecta legisla los acontecimientos. En el comienzo y en el final hay una mujer perdida, está el encierro y la soledad, la escritura, el fracaso vital. «Lo que tememos más secretamente siempre ocurre», escribió Pavese en el comienzo y en la última página de su diario. Esta frase escrita dos veces es un oráculo, es la escritura del destino. En esos quince años Pavese intentará adivinar cuál es el secreto que se encierra en ese oráculo; quiere saber qué es lo que se teme más secretamente para poder, entonces, realizarlo.

La tentación del suicidio

El desciframiento de ese enigma ha producido uno de los libros más bellos de la literatura contemporánea, *El oficio de vivir*. Jeroglífico lleno de silencio y de oscuridad, en ese diario, que comienza en el encierro del confinamiento y termina en el encierro de una pieza de hotel, podemos decir que está todo Pavese. Novela moral, monólogo que avanza sin citar los acontecimientos, atento sólo a la lógica perversa de la repetición, este libro admirable está cargado de una tensión a la vez lúcida y trágica. «Cuando un hombre se encuentra en mi estado», escribe en las primeras páginas, «sólo le resta hacer examen de conciencia. No tengo motivo para refutar mi idea de que cuanto acontece a un hombre

está condicionado por todo su pasado, en suma, es merecido. Sólo así se explica mi actual vida de suicida. Y sé que estoy condenado a pensar en el suicidio frente a cualquier dificultad o dolor. Eso es lo que me aterra, mi principio es el suicidio, jamás consumado, que no consumaré jamás, pero que acaricia mi sensibilidad.» En esa frase hay una doctrina y una fatalidad, el énfasis está puesto, como se ve, en la *idea* del suicidio, allí está la tentación y el terror, lo que Pavese llamaba su «vicio oculto». Basta revisar su correspondencia para encontrar desde el comienzo la misma obsesión, «pienso en el suicidio», escribe el 22 de octubre de 1926; y en septiembre de 1927, «desde hace un año pienso siempre en el suicidio». Obsesión secreta, pasión solitaria, el suicidio es un vicio del pensamiento, manía del intelectual que piensa demasiado, que está condenado a pensar.

El trayecto que lleva desde esas cartas, escritas a los dieciocho años, hasta la pieza de hotel donde se encerrará para morir está narrado en el diario. *El oficio de vivir* (que alguien llamó, sin malicia, el oficio de morir) no es en el fondo más que una lenta construcción de ese tránsito: un trabajo empecinado por convertir el pensamiento en acción.

La función del diario es hacer posible el suicidio, de hecho (ha escrito Stendhal) «un diario es siempre una especie de suicidio». Este movimiento explica la técnica que sostiene su escritura, a menudo Pavese se desdobla, habla de sí mismo en segunda persona. Juega con el doble, el texto es un espejo, y en él se trata de convencer al «otro». De ahí deriva esa pasión helada, ese aire de manual del perfecto suicida que le ha hecho decir, en *L'Unità,* a un hombre optimista como Davide Lajolo, que *El oficio de vivir* «no es un libro para leer».

Relato vacío, relato donde sólo se registra el pensamiento (de la muerte), al mismo tiempo Pavese escribe el diario para postergar el suicidio. En este sentido el trabajo con el doble es, como siempre, un modo de conjurar la muerte. Texto límite, el deseo que lo recorre es el de estar muerto y a la vez poder escribir sobre esa muerte. Ésta es la contradicción que resuelve imaginariamente el mito del doble que se fascina con la idea del suicidio. La última frase del

texto, implacable, hace ver que la escritura era su única (última) defensa: «Basta de palabras, un gesto, no escribiré más.» En el futuro de ese verbo está la muerte: lo que vendrá cuando ya no se escriba.

Libro donde se trenzan la muerte y la escritura, el diario de Pavese es uno de esos raros documentos (como el *Diario* de Kafka, *The CrackUp* de Scott Fitzgerald, *La tumba sin sosiego* de Cyril Connolly o *L'Âge d'homme* de Michel Leiris) para los que la literatura no termina de encontrar un lugar. A trece años de su fin, la lectura de ese libro casi perfecto asegura el único recuerdo de Pavese que interesa. Él es ese libro y cuando en próximos aniversarios el olvido haya borrado las circunstancias biográficas que hicieron posible su escritura o cuando el recuerdo tergiverse de tal modo su biografía que incluso su suicidio se haya convertido en una circunstancia feliz, Pavese habrá de ser visto, seguramente, como el hombre que ha escrito en *El oficio de vivir* algunas de las páginas más memorables de la literatura contemporánea.

12. DIARIO 1964

Enero

Un año que empezó con una caminata por la Diagonal, fresca a la sombra de los árboles, con unos policías tomando ginebra de un porrón atrás de un tablado, y la imagen de un hombre con muletas, al sol, y a su lado un mendigo en la esquina mirando la llamita de su encendedor que sostenía en la mano izquierda, porque era zurdo, y por fin dos hombres viejos, a dos metros de distancia uno de otro, tratando de vender la misma golosina que llevaban en una bandeja que les colgaba del cuello a un grupo indiferente de personas que esperaban el colectivo. Imaginé que ninguno de los dos quería abandonar la zona y por lo tanto pasarían horas observándose uno al otro.

«El lenguaje es la realidad inmediata del pensar», Marx.

Domingo 5 de enero

Cacho y Bimba vienen a verme y él me cuenta su choque con la policía, escapó en un auto robado. Ella es una rubia muy bella y provocativa, pero detrás de su actuación de mujer fatal es una muchacha simple, dice todo lo que le pasa por la cabeza. No tiene filtro. Uno de sus modos preferidos es la expresión, «A mí me parece». Lo que le parece es siempre un poco procaz e inesperado. Por ejemplo, hoy en la Boston se dejó ir mientras nosotros charlábamos y de golpe dijo: «El hombre aquel de camisa floreada fue cliente mío. A mí me parece que no debo saludarlo.» Es prostituta, mejor, como dice ella, «trabajo en la calle». No dice *trabajé*, el oficio le parece una actitud y un modo de vida que nunca se puede dejar. No trabajaba en la calle, estaba en una casa fina, como ella dice. Era una *call-girl*, la madama recibía las llamadas de los clientes y los derivaba a la chica, a la que el hombre ya conocía o elegía a partir de una carpeta de fotos. Bimba no tenía trato directo,

la madama la llamaba por teléfono y le decía que a las cinco de la tarde la iba a visitar en su departamento un señor muy discreto, etc. Lo más aburrido del trabajo, decía ella, es que hay que quedarse a esperar que a una la llamen. Conoció a Cacho en un bar de Córdoba y San Martín y se fue con él. Imagino que Cacho piensa que su vocación pide que su mujer sea una puta. Para hacer la vida más creíble (para el propio Cacho).

La frase debe ser capaz de crear situaciones. Una frase condensa un acto. La imagen debe ser narrativa. La imagen narrativa. El ejemplo de Wittgenstein, al reparo en un cuarto, vemos por la ventana al hombre que camina con dificultad, moviendo los brazos como si remara. La imagen cambia si sabemos que afuera hay una tormenta y un viento fuerte viene del mar.

El pesimismo cósmico es una doctrina consoladora (ver Martínez Estrada).

El forastero al llegar a un lugar incita a pensar más allá de lo que se ve.

No hay otra madurez, dijo, que la conciencia de los propios límites.

Lo que se aprende en la vida, lo que se puede enseñar es tan limitado que alcanzaría con una frase de diez palabras. El resto es pura oscuridad, tanteos en un pasillo en la noche.

Lunes 1 de julio

Demasiadas veces he preferido el presente, un placer fugaz, como para no sospechar de mi proyecto. Es paradójico, pero hacer las cosas imprevistamente, pensando en el momento último, es un modo de alcanzar la calma y la tranquilidad.

Curioso pero descubro cierto naturalismo en Cortázar, allí en el color local y el costumbrismo afirma el efecto fantástico. Recordaba

la frase de Aragon: «Sólo yo puedo saber el sacrificio y lo que abandono al hacer literatura realista.»

Mi historia se resume así: ahora me escapo, después veremos.

Martes 2

Sarmiento, «Si mata gente, cállese la boca, son animales bípedos de tan perversa condición que no sé qué se obtenga con tratarlos mejor». En 1863 dispuso que se aplicara la pena de azote a quienes destrozan las armas del Estado. La Constitución Nacional había abolido esa pena bárbara, pero Sarmiento sostenía su insistencia en virtud de unas viejas ordenanzas españolas que aún regían en el ejército. La medida iba contra los montoneros que recortaban las armas para adaptarlas a su modo de pelear (Sommariva, *Historia de las intervenciones federales en las provincias*, p. 210).

«Y, en efecto, éste es el secreto de la felicidad: asumir una actitud, adoptar un estilo y adaptar a él todas nuestras impresiones y expresiones», C. Pavese.

Narrar quiere decir centralmente cuidar la distancia entre el narrador y la historia que cuenta. Esa distancia define el tono de la prosa y también su punto de vista. Un ejemplo simple es el paso brusco al presente (de la narración), que deja a los acontecimientos transcurriendo en el pasado.

Sin pensar ya he decidido que iré a la Facultad, a verla. Me importa el puro presente y no las consecuencias. «No puedo estar sin ir», pensé, y vi la frase escrita en el aire con su sintaxis desplazada.

Viernes 3 de julio

Otra vez nadie más que yo entiende lo que pasó. La próxima vez sabré cómo proceder. Eso pensaba anoche en la fiesta en la casa de los Villarreal. Porque fui. Se trata de una metodología, no es un error aislado. Estuve con ella desde las diez de la noche a las tres de la

mañana. La claridad vino al final cuando todos habían adoptado la postura esencial. Para eso sirve la ginebra. Una muchacha rubia y amplia, acostada en el piso, tratando de seducir a un joven muy amanerado, hablando de política. El fracaso del socialismo de vanguardia fue usado como una forma de conquista erótica. Por su lado, Celia H, hierática, la mirada vacía. Y al final me fui con ella, porque la otra, mi amiga, tardó demasiado en entender los mensajes cifrados.

Domingo 5 de julio

El capitán Ahab no es un personaje (como Madame Bovary, por ejemplo), sino que es una fuerza verbal que no existe sin la ballena blanca. Más que un individuo, es un compuesto de energías, que opaca a todos los demás protagonistas que giran a su alrededor, sin voluntad, atados a la obsesión de Ahab. El barco, los arpones, son también parte de su cuerpo. Sólo Ismael, que es quien narra la historia cuando ésta ya ha terminado, tiene vida propia.

Lunes 6 de julio

La discrepancia con el PC de la gente de Pasado y Presente es perfectamente asimilable a las diferencias entre el PC italiano y el argentino.

Ella sólo pide que pasemos juntos una semana. Yo repito siempre lo mismo, cambian las circunstancias, las personas, los hechos, pero la sintaxis es siempre la misma. Postergo y espero que la vida decida por mí. Mi relación con V. no es más que un ejemplo. Me aferro a ella, sin pensar, mejor dicho me aferro a ella para no pensar.

Miércoles 8

Todo lo que hago tiene «estado público», no hay secretos y no tiene por qué haberlos.

Diciembre 3, 1964

De algún modo, para mí, este año no se ha terminado. Un año extraño y fecundo. Quizá el más importante que yo recuerde.

Faulkner toma distancia no ya del recuerdo, sino de una visión nueva que tiene el que recuerda. Coloca un segundo punto de vista en el interior de la memoria. Yo he vivido algo. Luego lo recuerdo. Pero cuando años después vuelvo a recordarlo, lo modifico. En ese sentido Faulkner coloca dos tiempos en el acto mismo de recordar. Establece un tiempo intermedio que ha hecho cambiar al recuerdo mismo y quizá también al hecho vivido.

Viernes 4

Estoy leyendo *Intruso en el polvo*, quizá lo más barroco e intrincado que Faulkner haya escrito. No esconde sólo lo que ha sucedido, sino lo que va a ser narrado: «Ese olor que si no fuera por algo que le ocurriría dentro de un espacio de tiempo inconmensurable en minutos, se habría ido a la tumba sin reflexionar en él.» Un modo de anunciar. El estilo empasta los gestos cotidianos, los entorpece con una magnificencia de epopeya y los hace irse a pique como si fueran objetos de plomo.

Trataré de narrar lo que hice ayer. Como sé que lo importante es lo que define al día y que ese acto sólo va a aparecer después, tengo que centrarme en los hechos. Me encuentro con Germán García, mis charlas sobre Cortázar en el bar de Callao, mi vagabundeo por Corrientes. La pesada insistencia de Briante en su propia literatura. Entonces debo valorar las cosas que sucedieron o las cosas que pensé sobre lo que había sucedido.

Lunes 7

Mucho calor, ayer y desde el sábado dando vueltas por sitios próximos al río. Pasé la noche en el Tigre. Sin embargo, sólo desde el tren, mientras volvía, tuve un panorama completo de la imagen del río, porque mientras estaba en él sólo veía fragmentos y restos inestables de algo que sólo luego desde afuera, por la ventanilla de un tren, pude ver en su conjunto.

Anoche me encontré otra vez con Casco (pero ése no es su nombre), al que veía cotidianamente en La Plata hace unos años.

Siempre lúcido, siempre muy radicalizado. Esta vez apareció con Francisco Herrera para decirme que yo tenía razón al insistir en la necesidad de un trabajo específico en el Frente Cultural. El proyecto es unirse con el grupo de Pasado y Presente. Las diferencias están. En todos lados.

En *El incendio y las vísperas*, Beatriz Guido trata de narrar el peronismo pero en realidad narra la historia de la oposición al peronismo y, en esa oposición, un conflicto entre los sectores tradicionales de la derecha y lo que podríamos llamar los intelectuales liberales. Ése es el tema del libro, de modo que el peronismo aparece como un fantasma tenebroso que incendia iglesias y reprime con odio cualquier gesto de libertad. En un sentido el peronismo invade toda la realidad y la convierte en el reino del mal. Está bien narrado, con una prosa limpia y contenida, por momentos cercana al «objetivismo». Luego, cuando nos reunimos en la librería Falbo a discutir el libro, se vio que ella, como Pedro Orgambide, se maneja con muchos prejuicios que ni siquiera considera tales. También estaba Syria Poletti y otros escritores, y yo me esforcé por defender a Beatriz, insistiendo en que su novela no tenía nada que ver con el peronismo porque éste estaba visto exclusivamente desde la oposición, que en realidad era el tema del libro.

Escritores como Beatriz Guido, Sabato y el mismo Viñas ven al peronismo como un continuo y cotidiano apocalipsis, parece que el país se hubiera subido a un escenario donde sólo hay representación y falsedad. No pueden comprender las razones por las cuales el peronismo fue apoyado masivamente y consideran que la adhesión se explica por la corrupción y la infamia. Las masas peronistas son vistas como ingenuos y malvados crédulos que son engañados desde el poder. En un punto, repiten el modelo que uso Mármol en *Amalia* para narrar la época de Rosas, pareciera que el modelo de novela romántica y folletinesca se mantuvo hasta hoy.

Salí con Cacho y cuando cruzábamos San Fernando no pude dejar

de pensar en Inés tomando sol con sus amigos en el río, que tiene la desmesura del mar. No se trata del pasado, sino de algo que sucede donde yo no estoy y que no puedo controlar.

El sistema de comparaciones de Faulkner tiende a ser narrativo, es decir, la relación se establece no con un concepto o una imagen estática, sino con una acción. Por ejemplo, «como si hubiera estado largo tiempo echado sobre un piso sin poder cambiar de postura». El símil es una pequeña acción, un microrrelato que se podría aislar y unir a otros para construir una red de narraciones microscópicas. Por ejemplo, como quien palpa en una mesa en la oscuridad sabiendo que hay una peligrosa serie de vidrios quebrados. A menudo el hecho que se quiere narrar queda opacado por el poder de la comparación.

Martes 8

Una reunión con Szpunberg y Herrera de la que quizá salga un proyecto. Sin embargo soy escéptico con las asociaciones o ligas de intelectuales. Supone creer que un campo específico de por sí da intereses comunes. Sería más lógico organizar a los escritores según su poética literaria y ver a partir de ahí sus posiciones políticas.

Curiosamente, Faulkner distingue en la población negra del sur cierta aristocracia que se opone a los nuevos negros. Lucas en *Intruso* dice: «No pertenezco a la gente nueva, pertenezco a los más antiguos.» Y nunca se quita el sombrero ante los blancos. En definitiva, por eso Lucas es castigado por la sociedad, ya que no acata las reglas que ordenan la actitud de los negros, es medio blanco y de hecho es castigado por pensar que ya no es igual al resto de su raza.

La temporalidad en Rulfo y en Faulkner no es psicológica sino épica.

Miércoles 9

Hundido en la abulia y en el calor. Hace varios días que no hago

otra cosa que cambiar de proyecto y de tema. Sólo pasan las cosas en mi cabeza, ni leo ni escribo. Como siempre, mi acción básica es postergar, dejar «para después», de modo que todo queda a medio hacer, como si la realidad estuviera a un metro de distancia de mí.

Encuentro a un *professor* Caldwell de la Universidad de California que trabaja en la nueva narrativa argentina. Dijo dos cosas interesantes, que Faulkner es un narrador que crea mitos y está por lo tanto cerca de la tradición oral. Y luego dijo que Borges es un poeta inglés del siglo XVII (definición que hubiera alegrado al sujeto de la frase).

Jueves 10

La desmesura, la avidez y la violenta desesperación de Cacho Carpatos lo hacen atrayente para mí, que trato de ayudarlo. Es un *outsider*, como yo mismo o como los escritores y los héroes a los que admiro. Está fuera de lo social, no quiere entrar ahí, se mantiene aparte, pero el hecho de vivir del robo lo coloca en una situación extraña y está siempre inquieto, no sólo por los riesgos que corre cada vez que sale a hacer «su trabajo» (en general sólo «sale» los sábados), sino también por el tiempo vacío, el tedio que lo lleva entonces a actuar impulsivamente. Es un «ajeno» (con todos los sentidos que esto tiene, entre otros, el de vivir de lo ajeno) y me atrae sobre todo su capacidad para jugarse la vida. Esa misma capacidad es la que lo destruye. Lo vi entrar a toda velocidad en una moto a una curva para probar que era posible pasarla a más de cien kilómetros por hora. Lo mismo cuando la noche de los sábados se viste con elegancia, toma una anfetamina para estar listo y despierto, se despide de su banda de amigos con los que deja tres o cuatro puntos en los que va a encontrarse si todo sale bien, y va a robar sólo en las grandes casas del suburbio, en Olivos o San Fernando. El otro día escapó raspando y pudo subirse a un árbol y desde ahí vigilar a los policías, que lo buscaban en la otra esquina y alumbraban con sus linternas los jardines y los parques. Ese peligro cotidiano en el que vive lo sensibiliza de tal modo que ya casi no puede dormir de noche, está siempre al acecho, como alguien para

quien todos son un enemigo posible. Es el perseguido esencial, en cualquier situación puede ser sorprendido o muerto.

Algún día escribiré un cuento (fantástico) con la historia del ingeniero (¿o del enfermero?) que se encuentra con el inmortal, y cuando quiere darlo a conocer, sufren un accidente y sólo el ingeniero queda vivo. Me atrae ese hecho, él es el único que conoce a quien ha sido inmortal y su testimonio es único, y a la vez intenta contarlo pero nadie le cree. Lo bueno de la historia es pensar que los inmortales, por circunstancias que no conocemos, pueden también morir en un accidente. En un sentido, parece un cuento de fantasmas y, en otro sentido, es la historia de mi relación con Cacho y el relato verídico de la madrugada en la que casi nos matamos al entrar a toda velocidad en los Bosques de Palermo, cuando el coche derrapó y durante un tiempo infinito estuvimos a punto de matarnos. Recuerdo las cosas que pensé, no sólo que íbamos a matarnos, también que yo podría sobrevivir y que entonces tendría problemas para explicar por qué iba con Cacho en un coche robado. La dedicatoria del cuento sería *A Enrique Gaona, que esa noche decidió bajarse*.

Salimos de la Facultad con el profesor Edwards, que nos llevó a conocer a su amante, una rubia vistosa a la que le ha puesto una casa y con la que vive una realidad paralela a la que mantiene con su mujer y sus hijos. Lo divertido es que en sus clases de Historia Social describe la doble vida o, como él la llama, la esquizofrenia de clase que vivían en el siglo XIX los hombres de la clase dominante en la Argentina. O sea que él vive lo que nos explica, como si fuera un trabajo práctico.

Veremos si lentamente consigo dominar este calor y la torpeza que siento y volver sobre el relato y terminarlo. Queda sólo una escena, al final de la fiesta, ella se acerca cuando él cruza el jardín y se van juntos. Necesito una escena violenta, con acción, en la que él repita su fuga de la ciudad. Tiene que perder su falsa libertad, su disponibilidad.

El *Baudelaire* de Sartre es una ejecución, es decir, un proceso en el que se condena al poeta recurriendo a su biografía. Parece que Sartre quisiera hacer ver que la decisión de ser un poeta (o de vivir como tal) es condenable porque supone elegir lo imaginario.

Sábado

En la literatura, creo, lo fundamental es tener un mundo propio. En mi caso, ese material es secretamente autobiográfico y depende de la multitud de historias familiares que he ido escuchando a lo largo de mi vida. De modo que la novela trabaja a partir de una realidad ya narrada y el narrador trata de recordar y de reconstruir las vidas, las catástrofes, las experiencias que ha vivido y le han contado (vivido y contado para mí es lo mismo).

Domingo 13

Asistir a la experiencia cotidiana de alguien que –como Cacho– vive siempre en riesgo es una experiencia reveladora. Comprendo que no existen actos decisivos o momentos heroicos sino después que han sucedido, cuando son narrados. Antes son una sucesión confusa de pequeños gestos, de azares y emociones. Por ejemplo, colocarse la sobaquera, enfundar la pistola, esconder un destornillador y una barreta en los pliegues de un piloto blanco muy elegante. Salir con un auto robado, que funciona porque se le ha hecho un puente a los cables bajo el volante, y avanzar por la ciudad sabiendo que la policía también está buscando ese auto. Enfilar por Libertador hacia el norte, dejarse llevar por la intuición y doblar de pronto en una calle lateral y detenerse para comprobar si lo siguen. Estar un rato ahí con las luces apagadas en la oscuridad. Luego seguir a paso de hombre vigilando las casas, tratando de adivinar en cuál de ellas los dueños se han ido y no volverán hasta dentro de un par de horas. Saltar la reja, buscar las alarmas, desactivarlas, violentar una ventana y entrar en la casa.

Lo divertido es que para Cacho se ha convertido ya el riesgo en una rutina, se queja porque es sábado y «tiene que ir a trabajar» (igual, por ejemplo, que Puchi Francia, que se lamenta cada vez que

tiene que ir a su trabajo en el diario *La Prensa)*. Por eso, creo, Cacho toma cada vez mayores riesgos, busca algo que no sabe bien qué es, «salvarse» quizá, dar el golpe, recibir un dato que le permita enriquecerse de una sola vez y luego retirarse (aunque no creo que lo haga nunca). El coraje es un modo de ser, algo que también aparece después, cuando narra los hechos o cuando ya los ha vivido, pero que hace variar los gestos, tomar decisiones, sin pensar, guiado por el instinto y la pasión por el riesgo. Eso es, en definitiva, lo que lo determina.

Por momentos estoy en otro tiempo, no se trata de un recuerdo, sino más bien de volver a vivir las emociones del pasado. Por ejemplo, aquella noche con Elena frente al colegio, o con Vicky en la plaza entre los árboles y con Amanda a la salida de la radio. Tal vez deliro, pero me veo a mí mismo en la escena y entonces veo que mantengo la cordura porque imagino que estoy narrando lo que he vivido. Lo curioso es que no recuerdo –o no puedo ver– el contenido de la situación, no escucho los diálogos, no sé muy bien qué es lo que está pasando aunque tengo a veces un vago recuerdo. En definitiva, quisiera establecer una distinción entre recordar y vivir –o verse vivir– en el pasado. La única certidumbre de verdad son los sentimientos y las emociones, que parecen corresponderse en el presente a lo que sentía en aquel entonces.

Miércoles 16

Ayer un largo recorrido por los bares. Con Beatriz Guido asistiendo al raro fenómeno de alguien que es más lúcido al escribir que al hablar. (¿Pero es tan raro? Me pasa lo mismo al revés con David Viñas, es mucho mejor él que sus textos.) Quiero decir que es mayor la coherencia de su novela que la que muestra Beatriz cuando habla de política. Por otro lado, trabaja –y en esto es igual a Viñas– sus novelas siempre al borde del periodismo. Tiene capacidad para «ubicarse» y prepara una novela sobre el «hecho histórico» del caso Pinedo y el alza ficticia del dólar. Algo así debían hacer Cambaceres o Martel cuando «elegían» sus temas.

Con Oscar Garaycochea preparamos un guión sobre «Las actas del juicio» en tres partes. 1. Mi cuento, narra el soldado; 2. Visión de la hija; 3. López Jordán. Pensamos en una especie de «Rashōmon» medio histórico, el relato pasa de una versión a otra sin tomar partido sobre los hechos.

Después en casa de Inés, contando lo que a ella le contó Isabel sobre Rosario y cierto esteticismo provinciano acompañado por una política ligada siempre a los intereses personales. En Uruguay, dijo Inés, las cosas no son así. No dijo cómo son, sólo tomó distancia con el estado de las cosas, que es el modo que tiene ella de nombrar la realidad. Un estado del mundo, dice a veces, contingente, inestable y pleno en su ser. Sólo la negatividad, según ella, le permite el acceso a la verdad.

La sensación de plenitud al comenzar un ensayo, cuando uno enumera lo que va a escribir. El plan tiene el encanto que surge del descubrimiento del núcleo anecdótico de un cuento que parece ya escrito. Ésa es la única alegría plena de la literatura.

Siempre se puede imaginar que se ayuda a corregir la injusticia social sin poner en riesgo nuestro filisteísmo literario. La literatura, en cambio, tendría que ser capaz de criticar los usos dominantes del lenguaje. De esa manera la literatura sería una alternativa a los manejos del lenguaje y a los usos de la ficción por parte del Estado. Por ahora un escritor en la Argentina es un individuo inofensivo. Escribimos nuestros libros, los publicamos. Se nos deja vivir, tenemos nuestros círculos, nuestro público. ¿Cómo lograr entonces una eficacia con lo único que sabemos hacer? Todo debe estar centrado, para decirlo otra vez, sobre los usos del lenguaje. De este modo los contenidos tendrán un efecto distinto. No importa el tema sino el tipo particular de construcción y circulación de lo que hacemos.

Un ejemplo es lo que sucedió en el congreso de Paraná en Entre Ríos. Era, en cierto sentido, el congreso de los otros. Entonces

alguien, Saer, habló por todos nosotros. Su acción pasó inmediatamente a convertirse en un escándalo y, por lo tanto, a ser vista como una actitud individual destinada a hacerse conocer. Todo parece ser un espectáculo del que nadie puede escapar.

Un sueño. Estoy en medio de una multitud en una calle de una ciudad desconocida y hablo otro idioma, un idioma que nadie entiende.

Este día es un resumen, un compendio de estos tiempos. Estamos sin plata, sin comida e Inés rinde mañana un examen y yo doy vueltas sobre el ensayo que quiero escribir.

Es lícito plantear que somos una generación, es decir, un grupo de personas que tienen experiencias comunes (el peronismo por ejemplo), que han leído los mismos libros y han elegido los mismos autores, porque la edad –o la juventud– es también un problema de cultura. En nuestro caso somos ajenos a las formas establecidas y dominantes de formaciones culturales. Partimos de la lección de Roberto Arlt, que es para nosotros un contemporáneo. Nos quieren presentar como jóvenes iracundos que se revelan e intentan una vez más convertir el problema de una nueva literatura en una cuestión sociológica y de época. Suponen o imaginan una particular «locura» en algunos jóvenes, en este caso Saer; el mismo método se usó con Arlt. Se coloca a Saer en la categoría de joven iracundo, en alguien extraño que desvaría, lo que él dice es falso. Saer, mejor que nadie, sabe que lo de Paraná es una anécdota, algo que fue un detalle de una realidad más amplia. Somos, dicho con ironía, un grupo de escritores que bregan por una nueva cultura en la Argentina. Una nueva cultura que reconstruye la tradición y elige su punto de referencia, Juan L. Ortiz fue citado y defendido por Saer, que también podría haber hablado de Macedonio Fernández porque ellos, esos grandes viejos, son nuestros contemporáneos.

Jueves 17

Anoche en Caño 14 fuimos a escuchar a Horacio Salgán, con

Edmundo Rivero. El tango se escucha ahora en clubes donde no se baila, le pasa lo mismo al jazz en Nueva York, el rock ha barrido todas las tradiciones anteriores de música popular.

Juan Goytisolo, como Pío Baroja, cree que en la novela «la psiquis más compleja cabe en un papel de fumar». Estamos cerca de Hemingway y de una narración que construye los sentimientos a partir de las acciones.

Una de las paradojas de la época –y no de las menores– radica en que los artistas peleamos por un mundo que tal vez será inhabitable para nosotros.

Miércoles 23

Estoy en Mar del Plata, voy a la playa; época luminosa al sol y en el mar, donde no es necesario pensar.

Jueves 24

Terminé de ajustar y de pasar a máquina «Las dos muertes». Un buen cuento, bien narrado, con mucha acción. Se lo daré a Jorge Álvarez. Quizá «Las actas del juicio» sea un título más justo.

Viernes 25

Me molesta en el libro de memorias de Hemingway y en los *Trópicos* de Henry Miller el intento de mostrar la vida tal cual es, buscar la veracidad con la ilusión de contar sin artificios, como si la gramática no fuera ya de por sí un artificio. Es como sorprender una conversación íntima entre dos personas y saber que ellas hablan de sus cosas privadas sabiendo que alguien las está escuchando.

Sábado 26

De pronto recuerdo las palabras de Inés, dichas al borde de la cama, lo que dijo regresa como una bendición pero también como algo que ya se ha perdido y pertenece al pasado.

Procedimiento. Alguien narra una historia de un modo confuso,

casi ininteligible; antes de que termine, alguien entra en el cuarto. El que había estado escuchando la historia que el otro contaba confusamente se la resume al recién llegado que acaba de entrar en el cuarto. Ese procedimiento es típico de Dashiell Hammett.

Lunes 28

Dashiell Hammett narra la acción desde afuera, necesita detallar los actos y los objetos y esa meticulosidad, ese cuidado en la inscripción es lo único que se quiere contar. La pregunta implícita es ¿por qué se narra de esa manera? Porque en ese mundo todo está en peligro, todos se sienten vigilados y la violencia puede estallar en cualquier momento. El procedimiento narrativo hace saber eso sin decirlo. La técnica viene de Hemingway: todo se narra en el mismo nivel sin jerarquizar las acciones o los hechos. Se narra con el mismo tono un asesinato y una apacible tarde de campo (que puede ser más peligrosa). Se narra entonces sin seleccionar y sólo después, cuando la acción surge como una ráfaga, se puede recomponer el orden de los hechos. Es un procedimiento muy útil para narrar acción física (peleas, etc.), pero presenta problemas para mostrar las relaciones entre los personajes, los hace opacos y parecidos. Claro que en esas novelas el diálogo es el modo central de presentar a las personas. Son lo que dicen (pero nadie les cree).

Jueves 31

Leo *Las palabras* de Sartre, es puro estilo, en el mejor sentido, una sintaxis siempre abierta que empuja el lenguaje hacia delante. El estilo se hace ver porque también las ideas son malévolas, y por lo tanto sorpresivas y evidentes. El libro está escrito contra la literatura, considerada una representación falsa que un sujeto se hace de su propio lugar en el mundo. Para Sartre, el escritor elige lo imaginario y descarta lo real. Para probar eso, que antes ya ha usado contra Baudelaire y contra Flaubert, se toma a sí mismo, en la niñez y en la adolescencia, en los años de *La náusea*, como una suerte de payaso sentimental que trata de gustar a los demás. En el final Sartre dice haberse salvado de esa enfermedad (la literatura). El libro está tan bien escrito que no importa que diga que la

literatura es inútil, porque su prosa lo desmiente. De todos modos, dicho con todo respeto, las dos páginas de Borges en su texto «Borges y yo» dicen lo mismo mejor y más lacónicamente. Admiro a Sartre pero no comparto su moralismo y sus buenos sentimientos.

Siempre que estoy enamorado de una mujer me interesa su pasado, como una manera de ver de qué modo ella y yo hemos terminado por encontrarnos en un punto definido e inestable del tiempo. Como si desde el nacimiento hasta el presente hubiéramos recorrido un camino lleno de curvas y vueltas que sin embargo nos llevaba a un lugar donde inevitablemente íbamos a encontrarnos. El amor tiende al pensamiento mágico, uno cree que el otro estaba destinado a ser visto y a ser seducido porque no había ninguna opción diferente.

No tengo ningún interés en hacer un balance de este año, porque no soy contador en el sentido económico de la palabra, sino más bien un narrador (es decir, por supuesto, un contador que escande su relato sin fijarse en las fechas o en los cambios en el calendario). ¿Qué terminó para mí en esta época? Estoy a punto de dejar de ser un estudiante para convertirme en algo que todavía no soy capaz de decidir. En ese sentido, 1964 es un año cualitativamente más valioso que los años anteriores y por eso no terminará hoy.

En el cuento que estoy revisando, «En noviembre», aparece esa cuestión. El relato empieza con la frase: «No hay como el comienzo de la primavera, cuando los días oscuros del invierno se han ido y uno puede volver al mar.» Es decir que el narrador está recordando un día en que fue a nadar en la playa vacía, cuenta en presente algo que sucedió antes. Mientras que en la versión que estoy trabajando ahora el narrador cuenta los hechos mientras suceden. Está en la playa y habla del barco hundido al que quiere llegar nadando para ver si puede encontrar algo en los camarotes sumergidos. Lo voy a reescribir, quizá lo incluya en el libro. Está basado en un hombre que conocí en la playa y que sólo quería vivir en el agua. Le cambié el título, se llama ahora «El nadador» y el que cuenta no sabe lo que

va a suceder, es decir, lo que va a encontrar en el barco. Un narrador que tiende al presente y cuenta los hechos mientras suceden sin darles el sentido que tendrán en el futuro. Es la técnica de Hemingway en sus primeros cuentos: el narrador no quiere recordar, entonces cuenta todo en presente como si no tuviera memoria, como si no supiera lo que va a suceder. Es la técnica que usa Camus en *El extranjero*. El narrador no tiene opinión sobre los actos que comete. Narrar es como nadar, decía Pavese.

13. EL NADADOR

Me dicen el Polaco porque tengo los ojos azules y el pelo rubio, casi blanco; duermo en cualquier lado y vivo de lo que encuentro en el mar. Llego a la playa muy temprano y busco una zona tranquila, entre los médanos, del otro lado del espigón largo, al costado del puerto. Desde aquí vigilo toda la costa y puedo ver el barco hundido en la salida de la bahía. Está a unos tres kilómetros mar adentro, cerca de las últimas rompientes, escorado sobre un banco de arena. Cuando el viento viene del sur uno cree oír el leve crujido de las jarcias, el sonido oxidado de los hierros sacudidos por las mareas. No hay nada más misterioso que los restos de un barco hundido que se recorta en el horizonte, como una aparición.

Dicen que hay un sortilegio en el barco y quien llega hasta él descubre algo que no puede olvidar. Parece imposible pensar en eso bajo el sol y la claridad de esta mañana de primavera en la que el aire es transparente y tranquilo.

Todo está en suspenso y estoy a la espera. Primero vinieron los buzos, después van a venir los turistas y no va a quedar nada. Si alcanzo a llegar, quizá todavía encuentre algo.

A veces pienso que el barco está ahí desde tiempos remotos, que se ha hundido hace trescientos años y entonces me imagino a los antiguos pobladores que lo vieron luchar contra las olas y naufragar. Veo la soledad de la llanura que termina en el mar y alguien que se acerca de a caballo hasta la orilla y mira impasible la inmensidad del océano. Un indio pampa quizá, esmirriado, cetrino, parado sobre el lomo del caballo, que respira, como yo, el viento salado que viene del sur.

A lo lejos hay gaviotas que giran leves en el aire; hay un abismo abajo, que persiste desde antes de que la tierra existiera. Tenemos el recuerdo de esa inmensidad y por eso somos felices en el mar y desdichados en la tierra. Al entrar en el océano perdemos el lenguaje. Sólo el cuerpo existe, el ritmo de las brazadas y el

resplandor del día en la superficie del agua. Al nadar no pensamos en nada, salvo en la luminosidad del sol contra la transparencia del agua.

El mar es peligroso y profundo aquí, pero no es traicionero. Hay que conocer el movimiento subterráneo de las mareas y evitar las corrientes heladas que arrastran mar adentro. Hoy parece tranquilo pero la corriente, oscura y pesada, se distingue en la claridad del agua, como si fuera un animal sumergido. Eso quiere decir que las mareas están bajas y que podré nadar esquivando los bordes fríos de la correntada y cruzar la última rompiente hasta llegar al mar calmo.

Me detengo al borde del agua; el sol está en lo alto ya y no hay sombras sobre la arena. Sin embargo, al fondo, lejos, se ve que está lloviendo sobre los restos del barco hundido. Parece que una niebla húmeda cubriera los bordes desolados de la cubierta. El barco, bajo la lluvia, parece un barco fantasma y yo entro en el mar y empiezo a nadar, decidido, hacia el centro de la tormenta. Las olas son lentas y se forman a lo lejos subiendo y subiendo hasta que rompen con violencia. Enfrento la primera rompiente, a unos cincuenta metros de la costa. Me hundo unos metros y nado bajo el agua, tranquilo en la quietud transparente, y siento las olas arriba que rompen con fuerza y me sacuden como si alguien me empujara en la espalda.

Salgo al mar abierto en cuanto dejo la protección de la escollera. La canaleta está a mi izquierda y voy bordeando su oscuridad sombría y, por momentos, cuando me acerco demasiado, siento la profundidad helada del agua. Me alejo hacia la izquierda, nadando casi en diagonal. Avanzo tranquilo, con ritmo, la cabeza en blanco.

Enfrento la segunda rompiente y las olas me empujan hacia la canaleta que reaparece al final de la línea de espuma. La corriente me arrastra mar adentro pero logro flotar sin hacer esfuerzos y sin tratar de oponerme a la marea que me arrastra con suavidad. El mar ha cambiado de color y está oscuro y templado y tira hacia el horizonte en una línea paralela a la costa. De a poco logro alejarme de la correntada, nadando de a ratos, bordeándola, hasta que vuelvo a sentir el agua cada vez más transparente y tranquila.

Estoy lejos de todo, a unos dos kilómetros mar adentro. Ya no se

ve la ciudad, el brillo de los edificios altos se confunde con el resplandor del sol en la superficie del agua. Hay una luz limpia y clara, pero más lejos, frente a mí, el mar cambia de color, el cielo está oscuro y cae la lluvia, como una tela gris. Allí en medio de la tormenta, hundido en la niebla, se ve el barco que se agita y cruje movido por la marea.

Toda la popa está bajo el agua, pero la mitad de la cubierta sobresale de la superficie. Desde abajo se lo ve imponente y quieto, como un edificio encallado. Las gaviotas chillan y revolotean sobre las chimeneas pintadas de rojo.

Nado hacia la parte de atrás y subo por la cadena del ancla hasta trepar a la quilla y logro hacer pie en la cubierta. El barco está levemente empinado pero puedo andar hacia la proa. Primero el agua me tapa los pies, pero al final la cubierta está seca, con los excrementos blancos de las gaviotas diseminados sobre las chapas.

Estoy solo en esta inmensidad callada, de pie frente al horizonte, el agua hace un ruido mínimo al sacudirse contra la obra muerta. Me siento un náufrago en una isla en medio del océano. Agito la mano pero, desde luego, nadie me ve. La tormenta está ahora sobre la ciudad y desde aquí se ve una masa oscura con la lluvia como una luz líquida. Aquí en cambio hay pleno sol y el cielo está limpio. La quietud es total. Tardo en darme cuenta de que el barco se mueve apenas.

En un costado hay una escotilla abierta, con una escalera de fierro que baja hacia la sala de máquinas y la bodega. El agua llega hasta el segundo escalón. Empiezo a bajar y me hundo, al principio mantengo la cabeza fuera del agua pero al fin me zambullo y me sumerjo en la profundidad del barco.

Buceo por un pasillo estrecho. A los costados se abren puertas que dan a los camarotes. Todo está arrasado y el agua vuelve los objetos y los muebles distantes e irreales. Una mesa flota cerca de la ventana. Me sumerjo otra vez y cruzo una de las puertas y entro en un cuarto cubierto de agua. Hay ruidos extraños, como voces o murmullos perdidos.

Me falta el aire y vuelvo hacia la escalera y trato de recuperar la respiración. Después vuelvo a zambullirme y cruzo otra vez el pasillo

para entrar en el camarote central. En el piso hay objetos de metal, son tuercas y hebillas y restos de botellas rotas. Trato de abrir cajones y armarios pero es imposible porque la presión me impide moverlos. Cuando vuelvo a salir a la superficie veo que estoy sangrando por la nariz. Puedo respirar porque el agua no alcanza a cubrir todo el cuarto y hay como una capa de aire. Me mantengo de espaldas, con el techo cerca y respiro tranquilo. Hay una luz en la esquina, al costado, una bombita encendida. Tengo miedo de que haya algún cable en cortocircuito y que el agua esté electrizada. ¿Habrá un generador?, ¿un dínamo? Alucino. Pero me calmo enseguida y vuelvo a hundirme en el camarote inundado.

Atrás de una puerta abierta, en un costado, cerca del pasillo que da a la bodega, veo una sombra y me acerco despacio. Toco y no entiendo, parece un cuerpo muerto. Después que me acerco veo que es una tela, parece una bolsa o quizá una bandera. Me falta el aire y vuelvo arriba pero tardo en encontrar la claridad que me guíe y durante un momento me asalta el pánico de quedar encerrado. Por fin logro subir y cuando me paro en la escalera veo que otra vez me sangra la nariz. Me lavo y vuelvo a respirar tranquilo. Me zambullo y nado directo hacia la puerta y luego de luchar un rato consigo que la tela se suelte.

Arriba me doy cuenta de que es una campera de tela encerada. El sol está a mi derecha, de modo que deben ser cerca de las cuatro. Me tiro a descansar en un costado de la cubierta y creo que me adormezco un rato. Después reviso la campera que está mojada y grasienta. Le falta una manga pero igual logro ponérmela. Se me pega al cuerpo, parece una piel de víbora. Tiene un bolsillo con un cierre relámpago. Encuentro un pañuelo y un mapa de Bahía Blanca que se rompe no bien lo abro. Al principio creo que no hay nada más, pero en el forro, abajo, descubro un objeto, chato, metálico, tal vez una llave rota, una piedra. Cuando al final logro sacarlo, veo que es una moneda. La tengo en la palma de la mano. Parece de plata, es griega. No sé cuánto vale, tiene una fecha que no puedo descifrar. La miro brillar al sol. Por cuántas manos habrá pasado antes de que el marinero se la guardara en el bolsillo, en Atenas o en Tebas, y luego se hundiera con ella. Una moneda griega. Puede

ser que me traiga suerte. Necesito un poco de suerte. No me vendría mal.

14. DIARIO 1965

Mejor que cuente lo que pasó en estos días, todo muy vertiginoso y muy raro. Como siempre los hechos actúan por sí mismos, una cadena contingente decide por mí. Hace tiempo que comprendí que mi estadía en La Plata había terminado. Mi vida está dividida siempre, partida en dos –entre Buenos Aires y esta ciudad–, la cuestión es ver qué parte se impone.

Coti empezó a venir a la casa después de unos meses en los que no sabíamos nada de ella. Pero volvió, se había comprado una motoneta Vespa y recorría las pensiones y se quedaba tres o cuatro días en cada una. Los muchachos juntaban plata y le pagaban la estadía. Ella comentaba, divertida: «Tengo mi propio harén de hombres.» Una tarde reapareció por aquí y se quedó con nosotros. Todos la llamaban «la chica de la Vespa». Siempre divertida y antidramática. Según ella la experiencia –bastante promiscua– le sirve para enriquecer su vocación de actriz. Sigue estudiando actuación con Gandolfo pero se gana la vida como «mujer de la vida», así es como ella se define a sí misma.

Estaba con nosotros el día en que Bardi se accidentó y sus manos se lastimaron (había subido a una escalera para buscar su ropa de verano en el desván y cayó sobre el vidrio de la ventana). Coti empezó a cuidarlo, él tenía las dos manos vendadas y ella lo ayudaba a comer, a bañarse y estaba todo el tiempo con él. Bardi se enamoró de la chica y en realidad hubiera preferido seguir con las manos vendadas para que ella lo atendiera. El fin de semana siguiente Coti vino, estuvo un rato con él y después empezó a circular por las piezas para hacer «sus monerías», como ella dice. A la noche tarde, Bardi, que es un tipo muy decidido y muy tranquilo, tuvo un ataque de euforia, se metió en la pieza del correntino que estaba en la cama con ella y armó un escándalo, rompió una

lámpara. Le dio un ataque de celos y Coti nunca entendió lo que le había pasado. Estuvo una semana sin venir por acá, pero después todo siguió igual, con la rutina y las costumbres de verla a ella andar por la casa. A veces se ponía a cocinar para todos y uno de esos días, un sábado que llovía sin parar, nos mostró su talento de actriz. Se vistió con ropa de varón –se puso mi campera de cuero– y nos actuó el monólogo de Chéjov «Sobre el daño que hace el tabaco». Incluso se equivocó al anunciar la obra que iba a interpretar y dijo: «Sobre el daño que hace el trabajo». Era un chiste, por supuesto, porque ella tiene una inocencia y una alegría natural y es muy encantadora.

Una tarde Coti estaba en mi pieza, los dos en la cama, estudiando las declinaciones y la morfología de las lenguas indoeuropeas para una de las materias que yo pensaba rendir en marzo. Le interesaba mucho el asunto de un lenguaje que era la base común de todos los idiomas existentes y la hipótesis de que el pueblo –o la tribu– que hablaba esa lengua había existido realmente pero fue borrada del mapa por las distintas invasiones bárbaras. Ella estaba muy entusiasmada con esa historia un poco fantasmal. Y, parada desnuda en el medio del cuarto, recitaba las raíces indoeuropeas de los verbos en castellano, se tomaba en serio el asunto y repetía las formas gramaticales como si formaran parte de una obra de teatro escrita en una prosa versificada e incomprensible.

Yo estaba medio dormido esa tarde, pero me despertó la voz de Inés que hablaba con alguien al pie de la escalera de madera que lleva a mi cuarto en el altillo. De pronto me di cuenta de que Inés venía hacia mí acompañada por mi padre. Una pesadilla no hubiera sido tan incómoda como esa situación. No hubo manera de que los detuviera antes de entrar. De modo que mi padre, Inés y Coti se amontonaron en el cuarto y se saludaron con aire extraño. La única que no perdió la calma fue Constanza (ése fue el nombre que le dio a mi padre cuando le dio la mano muy formalmente y desnuda), que se vistió a toda velocidad, en un santiamén estuvo lista y se fue.

Mi padre la había llamado a Inés por teléfono para preguntarle por mí, se habían encontrado en un bar cerca de la pensión donde ella vive en Buenos Aires y la situación se puso tan rara, según Inés, que, para aliviarla, le propuso que vinieran a La Plata a buscarme.

No recuerdo muy bien los detalles de lo que pasó esa noche. Sé que volvimos los tres en ómnibus y que yo tomé la decisión de mudarme a Buenos Aires y vivir con Inés. Es lo que hice. Como siempre, las decisiones importantes vienen acompañadas de una situación que persiste en mi recuerdo con más fuerza que los argumentos que me mueven hacia los grandes cambios. Tampoco recuerdo cómo hice para vestirme esa noche.

Después encontramos un lugar donde vivir, Cacho me ayudó a mudarme y fuimos juntos a La Plata a buscar mis cosas. Él había conseguido –o «levantado», como decía– una camioneta rural Mercedes Benz, lo suficientemente amplia para que entraran mis libros, mis discos y los pocos objetos que traje conmigo. La conversación esa tarde del viaje fue inolvidable para mí. Cacho parecía vivir sobre una superficie inestable y yo me di cuenta de que había perdido toda noción de identidad personal. Así que en el trayecto de vuelta desde La Plata empecé a hablar de política. Le hice una historia de la izquierda y le di un panorama de la situación general sin salida, provocada por el golpe militar contra Perón y por la proscripción del peronismo. Le hablé de eso porque me pareció el horizonte de sentido que él podía asumir como propio. Es muy inteligente y escuchó con gran atención lo que yo decía, haciendo preguntas precisas sobre detalles o sobre situaciones que quería comprender mejor.

2 de enero

Veremos cómo sigue mi vida. Tal vez este año sea decisivo, aunque no hay años decisivos.

Comienzos claros, finales turbios.

Vi *El desierto rojo* de Antonioni, gran película. Narra desde adentro de una mujer alterada, a quien la realidad le aparece amenazadora y hostil. De algún modo parece la historia de Rossana (de *Las amigas)*, como si no se hubiera suicidado y estuviera casada, igualmente capturada por fantasmas diversos. (Un tema. ¿Qué pasa cuando fracasa un suicidio? ¿Cómo sigue la vida?)

Viernes 8

El joven estudiante, a partir de su intento de «tranquilizarse». Está situado y quiere «salvarse». Por ejemplo, Bardi, su mundo es la música, está detenido, inmóvil. No hace nada.

Jueves 14

Desde que tengo memoria me he pensado a mí mismo como si fuera inmortal y tuviera todo el tiempo disponible para mí. No se trata de la inmortalidad entendida en un sentido mágico (como negación de la muerte), sino más bien como la garantía incomprensible de disponer de un tiempo que no necesita ser utilizado hasta que no llegue el momento en un futuro que nunca se termina de alcanzar. Es cierto que no he pensado seriamente en mi muerte (en esto mi pensamiento, si existe, no es nada filosófico, sino también un pensamiento que a primera vista me pone «a salvo», como si nada pudiera ya importarme salvo lo que busco y quiero hacer).

En cuanto a Inés, la acepto sin dudar, como una presencia que está conmigo y a la que veo vivir con cierta lejanía y desorden.

Es absurda esta especie de necesidad de que los días pasen, indefinidos, a la espera. Supongo que nunca me detuve a pensar que estos días son en realidad lo que tengo y que daré cualquier cosa por ellos en el futuro. Son días como los otros, pero para mí son como un silogismo o una hipótesis vacía. Soy inmortal dado que tengo memoria, y dejo testimonio. Ahora llueve y llueve.

Sábado 16

Una situación. Alguien queda detenido en un ascensor en los pisos altos de un edificio. Podemos insistir en las condiciones de la escena (corte de luz, por ejemplo, imposibilidad de hacer saber que está ahí) y tendríamos entonces un relato donde el protagonista sería secundario. Pero si quien sube al ascensor es, por ejemplo, un asesino que viene de matar a alguien en el piso de arriba, desde luego la situación empieza a desarrollarse. En un caso el relato parte del ascensor detenido, en el otro caso partimos del personaje que acaba de matar y huye. Tengo que seguir pensando en esta cuestión.

Estuve con Cacho hasta la madrugada, fuimos al casino, pasamos parte de la noche ahí jugando, como dice Cacho, con plata robada. La sensación de que el dinero es igual a un objeto que se toma sin demasiado esfuerzo, le da a él un toque de extraña liviandad y de vacío que se veía con toda nitidez en su manera de jugar. Apostaba a color y si perdía duplicaba la apuesta, y si perdía reduplicaba la apuesta y se sostenía en el aire hasta que la bola le daba la razón. Después nos sentamos en una mesa de Punto y Banca y perdimos cincuenta mil pesos. Nos obligamos a seguir apostando a banca porque era Cacho quien tenía las cartas, pero entramos en una mala racha y se dieron siete puntos seguidos. Al salir, una caminata en silencio en la madrugada con esa lucidez que llega a veces cuando uno cree entender todo.

Encuentro a Cacho, me parece que ya hablé del modo en que me llamó la atención pero su historia vuelve y vuelve a mí. Íbamos al secundario, en colegios distintos, él estaba un año adelante, y era amigo de un amigo. Empezó a venir al bar donde nosotros parábamos en aquel tiempo; le interesaban sobre todo las motos. Andaba por el Boulevard Marítimo batiendo récords que él mismo definía. Era uno de los nuestros y, como nosotros, no sabía muy bien qué hacer con su vida. Lo volví a encontrar en Buenos Aires porque andaba cerca de mi primo Horacio. Para entonces se había convertido en un ladrón de guante blanco. Salía los sábados a la noche y entraba a robar en casas de Olivos y San Isidro. Es rubio de

ojos celestes y se vestía con trajes muy elegantes para salir a robar. Tomaba anfetaminas esa noche para estar más lúcido y para vencer la barrera interior que siempre era un obstáculo más difícil que las ventanas enrejadas. Había elegido esa forma de vida como quien decide ser un artista de riesgo. «La primera vez parece imposible que uno se decida a entrar en una casa saltando los muros y moviéndose sigilosamente con la intuición de que los dueños no están esa noche.» La primera vez estuvo varias horas antes de decidir, cuando al fin entró, volvió a salir sin llevarse otra cosa que una estatuita de plata. Después, decía, todo fue más fácil, estudiaba el lugar y se movía con la certeza de que los dueños habían salido y no volverían hasta la madrugada. A veces los veía salir y escuchaba su conversación desde la vereda, escondido en una zona oscura. Para entrar no hay que pensar, decía, hay que decidir y dejarse llevar.

Ahora estoy en la cocina de casa, llena de luz, me preparo café mientras sigue lloviendo, estoy cansado y contento de estar solo.

Lunes 25 de enero

Fui a Buenos Aires y luego a Piriápolis a encontrarme con Inés en su casa. Terminamos la noche en el club con los barcos anclados en el muelle, curiosamente todos aquí saben todo de todos y a mí me ven como alguien que todavía necesita ser narrado. Los amigos y los viejos compañeros de Inés se acercaban a la mesa donde estábamos para investigar sesgadamente con quién estaba ella y quién era yo. El pasado subía y ella era entonces para mí una desconocida, muchos de los que estaban ahí conocían de ella secretos que yo todavía ignoraba. Inés se reía alegre cuando yo trataba de explicarle lo que quiere decir tener celos del pasado. «El pasado ya no existe», dijo ella, pero yo no le creí.

Miércoles 27

«La bancarrota moral de Herzen...» y toda la discusión en la Rusia de aquellos años se corresponde con nuestra situación aquí a partir

de 1958 (leo a Lenin). La noción de bancarrota moral es una categoría política que debe ser retomada.

Narrar la historia de un caudillo pasado de moda. Mi tío Gerardo, que guardaba las formas altivas y serenas, aunque ya estaba liquidado y vivía del dinero de su mujer.

Sábado 30

Como siempre, de pronto me surge una agresividad que viene de algún lugar que desconozco. Hoy me peleé con un empleado de la biblioteca que me contestó mal y al que estuve a punto de golpear, pero Inés me puso la mano en la espalda y eso me calmó instantáneamente.

He pensado mucho en mis fantasías sobre el pasado de Inés, tiene que ver con el hecho de que es uruguaya. No tiene sentido pensar así, pero no es un pensamiento, sino un modo personal de sentir lo que ella es para mí. Al fin, sólo llegue a la conclusión de que la sensación de pérdida está ligada a que la vivo como una extraña de la que sólo conozco el presente. Sin embargo la «solución» (si hay una solución) es una sola, tengo que comprender que sólo mi literatura interesa y que aquello que se le opone (en mi cabeza o en mi imaginación) debe ser dejado de lado y abandonado, como he hecho siempre desde el principio. Ésa es mi única lección moral. Lo demás pertenece a un mundo que no es el mío. Soy alguien que se ha jugado la vida a una sola baraja.

Existen dos tendencias en disputa respecto de la vanguardia y la política. Por un lado, la versión Lenin-Gramsci, ellos rescatan de la tradición cultural todo lo que les parece útil y productivo (Tolstói para Lenin, Pirandello para Gramsci); por el otro lado están Fanon y Sartre, que proponen la oposición directa y la destrucción de la otra cultura (los escritos de Sartre contra Flaubert). Una, la primera, habla desde adentro de la tradición, mientras la otra actúa desde afuera y parte de la tierra arrasada de las culturas antagónicas.

Domingo 31

Un cuento, narrado en futuro, como si el narrador conociera los hechos antes de que sucedan por un mecanismo que no se explica pero que convierte al relato en un texto de ciencia ficción. «Puedo asegurar que él morirá dentro de cinco segundos. Dentro de cinco segundos él se derrumbará por la escalera mecánica con un balazo en la cabeza. Ahora cruza el pasillo y la muerte ya está junto a él, etc.»

Martes 2 de febrero

Lo peor del sueño de anoche era la posibilidad de que esa mujer a la que yo no conocía se quedara conmigo. Estaba insegura, entonces cualquier gesto mío era decisivo. Y yo estaba tan atrapado por la situación que no hacía más que gestos huecos y sin sentido.

En *Los albañiles*, la novela de Vicente Leñero, la técnica es un mecanismo de relojería tan perfecto que se vuelve amanerado, demasiado visible y enfría la acción. Pero su modo quebrado de narrar la historia de Jesús C. (mientras narra cómo lo asesinaron) es notable y funciona muy bien.

Miércoles 3

Otra vez, como siempre, no me decido a romper lo que me agobia, a quitarme de encima esta continua sensación de fracaso. Será Inés quien un día u otro hará algo, alguna cosa que todavía no sé, que nos llevará al final. Lo que tememos más secretamente siempre ocurre.

Lunes 8

En la biblioteca. Leñero en *Los albañiles* ha intentado «depurar» la técnica de Faulkner, son los personajes quienes cuentan la historia, mezclando los tiempos. Escribe con una prosa ascética, nada barroca. Por eso mismo se «nota» demasiado la técnica.

Viernes 12

El sirviente de Losey, con guión de Harold Pinter. La amenaza y lo

no dicho construyen un clima claustrofóbico. Un cine del absurdo (es decir, con las motivaciones alteradas y las causalidades invertidas), una alegoría kafkiana.

Sábado 18

Un cuento. Unir la historia del inmortal con el tema del hombre cinco minutos adelantado a su tiempo. El estado del universo en cualquier instante es una consecuencia de su estado en el instante previo. Ésa es la reflexión del hombre adelantado, que ha estudiado física pero ha abandonado la profesión.

«Arrepentirse de un acto es modificar el pasado», Oscar Wilde.

Es necesario pensar si aquel hombre –que había violentado al tiempo y vivía fuera de él, cinco minutos a destiempo, adelante– tenía la virtud de conocer su destino o la condena de adelantarse a los hechos. Cualquiera de las dos alternativas es cruel, una lo condena a la lucidez de saber lo que viene, la otra le exige vivir en el vacío una vida que ya no es la suya.

Lunes 15

Un tema. (Me apareció de golpe ayer esta historia.) Un hombre viejo que en el hospicio ve levantarse la pared que lo aísla de la calle, a la que antes veía con una mezcla de asombro y de interés. Al final queda sentado solo frente al muro.

Martes 16

Terminé el cuento, se llama «La pared». Primer personaje de mi libro que es un héroe silencioso y secreto. Tengo que volver a encontrar esa forma, la forma del cuento basado en la historia de un personaje heroico (aunque fracase, o mejor, heroico en el fracaso).

El inmortal. «Muchas personas se dejan embaucar por artificios tipográficos o sintácticos y piensan que un hecho ha acontecido porque está impreso en grandes letras negras.» Recibí esta

afirmación de un hombre al que conocí por azar en un viaje en tren al sur.

Miércoles 17

Anoche Inés habló, como tantos otros antes, de mi distancia, de mi separación de las cosas, de mi indiferencia hacia ella. Tiene razón, pero nada es deliberado si se trata de definir un modo de ser. Por eso ella insiste en imaginar cambios inmediatos. «Ya no hay placer en tu vida», me dijo.

Balzac al comienzo del siglo XIX ya sabía narrar modificando el punto de vista. En «Una pasión en el desierto» la narración está referida por el narrador a una interlocutora que conversa con él. Pero la historia le ha sido narrada en primera persona por el protagonista de los hechos, es decir, logra varios planos. Alguien vive un acontecimiento. Luego conoce a un individuo y se la narra. Ese individuo a su vez se la cuenta a una mujer.

El inmortal. Había combatido con Güemes, cabalgado contra Urquiza, había contado anécdotas de alcoba, arcaicas y pasadas de moda, que atribuyó a su amigo Lucio Mansilla. Dijo ser hombre de Alem pero no de Yrigoyen, aseguró haber sufrido prisión durante el peronismo. De ese modo, usando acontecimientos conocidos por todos, fue contando los largos años de su vida en los que fue protagonista de hechos múltiples y sucesivos en el tiempo. Al final estaba sentado en un bar en Las Heras y Lafinur mostrando que conocía muy bien las entretelas del gobierno de Frondizi y que, por lo tanto, vivía en el presente.

«El mundo cambia no por lo que se dice o por lo que se reprueba o se alaba, sino por lo que se hace. El mundo nunca se repone de un acto», G. K. Chesterton.

Anoche, cerca de aquí, un incendio. Sobre todo la imagen de un hombre arrojando muebles, valijas, ropa por la ventana.

Inés habló de mi cicatriz en el tobillo. Se detuvo a pensar pero no quiso decirme en qué pensaba. Otra cicatriz en la pierna de alguien a quien ella ha conocido en el pasado, pensé.

Un cuento policial. Un asesino lúcido construye «científicamente» un crimen que nadie podrá descubrir. El cuento consiste en la narración del hecho y en la narración sucesiva de una serie de acontecimientos azarosos, datos imprevistos, huellas que no le pertenecen, que terminan por construir, inesperadamente y por otro motivo, su culpabilidad. La cuestión es que el crimen es perfecto, pero el azar le construye una serie de pruebas falsas que lo llevan a la prisión.

Como siempre, me espera algo parecido a un mandato (de nadie), un mandato que yo mismo he construido para mí (escribir y ser un escritor). Tampoco sé si eso tiene sentido. Pero, igual, siempre, vuelve a insistir.

Sábado 20

Un cuento. Un obrero peronista está internado en un hospital en terapia intensiva mientras afuera se desencadena la revolución de 1955. Convaleciente, conoce parcialmente los hechos que se han ido filtrando mientras estaba en un estado semiinconsciente. Los sueños y sus ideas y convicciones le han hecho pensar que la revolución ha sido derrotada. Cuando sale a la calle y ve una manifestación, cree que se trata de una marcha de apoyo a Perón, quien ya hace días ha escapado de la ciudad.

Alguien hace algo pero lo cuenta como si fuera otra cosa y es el lector quien debe reponer el sentido ausente. Es como si el narrador ignorara el nombre que tienen las cosas que deben ser nombradas, de modo que su tono es de estupor ante lo que narra, pero el estupor está ligado a las dificultades que tiene para nombrar los hechos, antes que a los hechos mismos. No logra jerarquizar los acontecimientos y narra con la misma distancia un crimen o el acto

de beber un vaso de agua en un bar. En el género policial todos los personajes son abominables y eficaces.

Por momentos tengo visiones de Inés como si anticipara sus actos, que en mi fantasía son siempre reprochables y tienen la forma de la traición. ¿Debo pensar que ese modo de ver es un efecto necesario del amor, o es su contrario?

Viernes 26 de febrero

También este verano termina y, como todos los veranos, me deja la sensación de un tiempo liviano y luminoso, que dura lo mismo que el tiempo en que el sol se desplaza hacia el fin de la tarde.

Para mí, recién ahora termina el año 1964.

Lunes 1 de marzo

En definitiva siempre seré ajeno a las cosas, anoche en medio del baile en el club cerca del río, rodeado de gente desconocida que formaba parte del pasado de Inés.

Martes 2

El pueblo otra vez, el puerto de Piriápolis con los bares de mala muerte y el gran puente sobre el río, la confitería como metáfora del pueblo porque mezcla todo lo que en el lugar está separado. Alguien llega con su mujer al lugar en el que ella nació y se hizo como es, él está ahí como el observador de un lejano tiempo que persiste en medio de la costa cerca del mar. Él sabe que hay historias múltiples y todos los que están ahí miran con interés al forastero. Esa figura –el forastero– es una marca de la ficción, el que llega, el que no es conocido, el viajero de paso trae con él una mirada que nadie conoce. Ulises fue el primer forastero y esta noche imagino que soy el último.

Antes, el sábado, una larga y tranquila caminata con Inés por Buenos Aires, las librerías, los bares (aquel bar de Maipú que está ahora desierto), seguimos hasta el Bajo, después caminamos por la

Recova de Alem hasta Retiro y luego hasta el puerto con el río marrón, del color del desierto, que está siempre quieto. Fuimos al Adam, la bella cervecería que da al parque y a la Torre de los Ingleses. Tomamos cerveza y recordamos otros tiempos y otra gente en este mismo bar. Por fin cenamos en el Pippo y fuimos al corso en la 9 de Julio y en un tablado tocaba Aníbal Troilo.

Miércoles

Bar Iguazú. Escapando de aquel pueblo volvimos al cuarto diminuto y muy alto, felices otra vez en la ciudad. En un escondite entre los libros encontré cuatro mil pesos que había olvidado hace un tiempo ahí.

Ahora vuelvo a leer a Proust, los largos párrafos, su magnífica cadencia: «Recordar los lugares, las personas que allí conocí, lo que vi de ellas y lo que ellas me contaron», M. Proust.

Otro símil, o mejor, otro parentesco, en Proust como en Kafka el poder es impensado e irracional y es siempre paterno y tiene un carácter no-humano. «El comportamiento de mi padre para conmigo conservaba algo de aquel carácter de cosa arbitraria e inmerecida que lo distinguía», M. Proust.

Viernes 5 de marzo

Estoy en Las Violetas, quiero escribir un cuento: pasan el verano en el pueblo de ella, la mujer se queda; en el viaje, al ir hacia el pueblo, ya se insinuaba el corte. Los espacios tienen un valor afectivo que va más allá del paisaje y de las experiencias. Me parece que la historia de la que no se va es la inversa del cuento de Briante «Dijo que iba a volver» y de Rozenmacher «Raíces». El pueblo como lugar de paso, el forastero como el héroe moderno, no tiene casa natal, está siempre de pasada y al final, quizá sin que nadie lo haya previsto, descubre el lugar donde ha nacido. Como si Ulises no supiera que quiere o debe volver a Itaca.

Domingo 7 de marzo

Ayer en el tren, hacia San Isidro, un sorpresivo y novedoso miedo al futuro inmediato. Estuve a punto de bajar en cualquier lugar. Tenía plata en el bolsillo y este cuaderno en el bolso. Un acto inesperado, sin razón, puede cambiar la continuidad de los hechos. No hay otra cosa. Después en la quinta de Haroldo Conti muchos escritores, demasiados escritores. Estaba Miguel Briante y estaba también Enrique Wernicke, con el que tuve alguna escaramuza verbal, en el tono habitual del machismo y patoterismo cultural. (Salimos los dos a orinar al jardín y de inmediato surgió la competencia y la comparación, luego vimos que mientras estábamos ahí todos nos observaban desde la sala a través de la vidriera de los grandes ventanales.) Marta Lynch aplaudía, yo estaba ya bastante borracho, y todo tenía ese clima de fiesta intelectual, abominable.

Por la mañana Alberto Szpunberg y Jorge Herrera tratando de construir un frente de intelectuales, queriendo organizar la ligazón al MIR en tanto escritores.

Martes

Anoche, con Pancho Aricó y otros, se plantea que el frente de izquierda no funciona sin considerar la cuestión del peronismo. Ha insistido varias veces proponiendo mi incorporación a la revista *Pasado y Presente*.

Al hablar de nuevos narradores (Rozenmacher, Briante, yo mismo) es importante recordar que lo son no por una cuestión generacional, sino porque tienen del arte una idea diferente a la que tenían los escritores que los precedieron.

¿Se trata de estudiar la cultura argentina posterior al peronismo? Sí, con el concepto pavesiano de «historia vivida».

Jueves

Viajo en tren al Tigre, el vagón atestado, cerca de mí un hombre gordo y desmesurado, de cierta edad, que tomaba cerveza «para no acostarse fresco», después de haber pasado catorce años en

Alcohólicos Anónimos y convertirse en abstemio, «sin tomar nada, ni Coca-Cola», ha vuelto a beber y está «asustado por la muerte» pero seguro de que no va a morir como un perro, porque tiene dinamita bajo la cama y duerme con un espiral encendido aunque haga frío y no haya mosquitos porque dice que le alcanza con acercar la lumbre «para que vuele todo».

Martes 16

Doy vueltas por los bares de la ciudad aunque sé que ese viaje no tiene sentido. En definitiva, se trata de una existencia mal congeniada y esto hace poco que lo he llegado a comprender. *Mal congeniada* quiere decir haber aceptado el riesgo de jugar todo a una carta y no saber si realmente ese naipe existía en la baraja.

Jueves 18

Por primera vez en mi vida tengo miedo al fracaso pero sigo inmóvil, sin hacer nada, como buscando el fin. Además estamos sin plata y yo escapo de la pieza y voy a la ciudad para dejar de pensar.

Lunes 22

Miguel Briante me lee *Habrá que matar los perros*, una *nouvelle* muy buena, brillante, recargada, faulkneriana. Con él por los bares de Corrientes tomando alcohol hasta la madrugada.

Hoy experiencia de escuchar a Oscar Masotta en Artes y Ciencias presentar su libro sobre Roberto Arlt. Un notable texto autobiográfico, que sigue la técnica de Sartre y, como en *Las palabras*, el que habla se toma a sí mismo como objeto de análisis y entonces habla de sí mismo pero se refiere a lo que él era antes, es decir, otro que era él mismo, sin la lucidez que tiene en el presente. Recordó sus miserias, su extraña relación con el padre, su locura y su abandono.

Martes

El Tata Cedrón estrenó un tango, «Trocha angosta», y otro con letra de Paco Urondo. En Chacarita espero a Casco, mi viejo contacto

político de la época en La Plata. Ahora lo espero en este lugar lleno de flores, para los muertos, un cementerio poblado, extraño, como una vieja feria.

Lunes 29

No quiero empezar otro cuaderno porque no tengo plata para comprarlo. Éste sirve para despejarme de estos días en los cuales viví a la deriva, sin atarme a nada y sin esperar otra cosa que el paso de los días.

5 de abril

En el bar Florida. El mozo tenía un anillo de piedra negra en la mano izquierda, que se movía mientras abría la botella de cerveza y la inclinaba contra el vaso para lograr que la espuma fuera donde él quería. Luego me dijo que hacía tiempo que no me veía por ahí, su amigo, en cambio, dijo refiriéndose a Júnior, viene siempre. Curioso el saber de un mozo, conoce a los parroquianos sólo por lo que hacen o dicen mientras están en el bar. Quizá alguno (no yo) le hace confidencias o le cuenta algún episodio de su vida. Pero lo más común es que conozcan restos de experiencias que surgen de las conversaciones que se intercambian en las mesas, porque cada mozo tiene asignado un sector del local y porque –si me tomo a mí mismo como ejemplo– los que frecuentamos un café vamos casi inconscientemente a ocupar siempre las mismas mesas. De modo que el mozo tiene a su alcance un conjunto de individuos variable que se acercan habitualmente al lugar y le permiten conocer de su vida zonas inesperadas a las que siempre accede por azar.

Vivo austeramente con el dinero que gano por las clases que doy en la Universidad, viajo a La Plata una vez por semana y me quedo tres días, a veces dos, en todo caso paso siempre en la ciudad una noche, siempre en el mismo hotel. El dinero que gano con mis dos puestos me alcanza para vivir, si no hago gastos extraordinarios. Pero, como a todo el mundo, sólo me interesan los gastos extraordinarios, así que habitualmente estoy sin plata.

Vi por la ventana llegar recién a Inés, con el bolso negro que usa siempre, su modo de caminar atropellado pero elegante, el pelo atado con una cinta negra.

Recordé de pronto aquel cine amplio con un largo pasillo lateral que desembocaba en los baños, con los ruidos de la calle que se filtraban a pesar de los pesados cortinados de la entrada, las funciones de la tarde en las que yo veía, una tras otra, la serie de películas de Tarzán. Era el cine Brown y yo tenía entonces siete u ocho años y me enorgullecía el hecho de ir solo al cine.

Lo que mantengo de aquel tiempo tan lejano es la ilusión de que cada día valga por sí mismo y se justifique como si fuera el único. La niñez es un tiempo sin tiempo en el que sólo vale el instante de felicidad que uno busca repetir en medio de la serie inconcebible de obligaciones a las que se ve sometido un chico (la escuela en primer lugar, los ritmos cotidianos en la casa como unidad indiscutible). Formalmente no cambia nada cuando uno madura: se trata siempre de una combinación de momentos personales y de obligaciones impuestas.

Miércoles 7

Escribir la historia de Pavese, ligada a la vida de un pianista de cabaret que toca todas las noches tangos y milongas hasta que, sorpresivamente, una mañana se suicida.

Recién, en la esquina, en el momento de bajar las escaleras del subterráneo en la estación Medrano para ir al centro y perderme entre la gente, decidí regresar, sin querer, como quien ha olvidado algo y vuelve a buscarlo. Y ahora estoy aquí otra vez en el cuarto, contra la mesa, y puedo imaginar vagamente lo que habría pasado si efectivamente hubiera tomado el subte y me hubiera bajado en Callao y Corrientes.

Otra vez la sensación de estar bajo un estado letárgico, el mundo se opaca y se aleja de mí. Pierdo la noción del espacio (primera

cuestión), lo que es lejano está cerca y lo que está cerca es peligroso y se vuelve casi íntimo (segunda cuestión), por ejemplo ahora la taza de café, que, casi en el mismo momento en que siento su proximidad, cae al suelo del bar y se rompe. A veces tengo que inventar una razón para justificar el estado hipnótico, por ejemplo, la tardanza mínima de Inés. La vi llegar, saludarme e ir hacia el teléfono público, de inmediato pensé –entre todas las alternativas posibles–: está llamando a alguien y se cita con él. De ese modo, aunque parezca raro, al encontrar una explicación a mi estado caótico, me tranquilizo. Luego Inés viene, se sienta conmigo, se ríe con la historia de la taza rota en el piso y me dice que habló por teléfono con Alicia para que vayamos juntos a cenar con ella. Por supuesto yo pienso que ésas son las coartadas que las chicas construyen con sus amigas. Convino antes con Alicia esa explicación y habló en realidad con un hombre. Alicia, por otro lado, es perfecta en este asunto dado que ella está casada con un músico pero mantiene una relación clandestina con un poeta surrealista de hace años. Desde luego no le revelo mis pensamientos a Inés para que no sospeche que me he dado cuenta de sus andanzas.

Jueves 8

Estoy en el tren a La Plata, mucho mejor que ayer, puedo mirar por la ventanilla sin peligro y escuchar la conversación de los pasajeros que viajan atrás sin pensar que están hablando de mí.

Viernes 9

He ganado el concurso de mis dos cátedras porque no se ha presentado ningún contrincante. De todos modos se trata de un cargo que se concursa cada dos años, por lo tanto mi situación económica está resuelta.

Ayer, con el gordo Ferrero, largas charlas sobre algunos poetas españoles que él admira y yo también. Poemas de Jorge Guillén y de Luis Cernuda. Luego discutimos el borrador del relato que estoy escribiendo y Ferrero captó enseguida el ademán pretencioso de la prosa. Cuando alguien lee un texto mío y se refiere a un aspecto en

el que estoy seguro, lo paso por alto; en cambio, si se refiere de un modo confuso pero crítico a un aspecto en el que me siento inseguro o sobre el que tengo dudas, está claro que tengo que volver a trabajarlo. Darle a otro a leer un texto sin terminar es un modo de lograr que uno mismo lo lea con sus ojos, es decir que se separe de lo que está escribiendo y pueda verlo con cierta distancia.

Tema, una variante. Un obrero o un empleado peronista está internado en un hospital durante los días de septiembre en que se concretó el golpe militar contra Perón. Se entera de los hechos confusamente, en medio del sopor de los calmantes y de los tratamientos médicos que mantienen la rutina de todos los días. Por la radio escucha versiones distintas y confusas y muere sin saber de qué manera concluyeron los hechos históricos en los cuales estaba interesado pero que no podía descifrar.

Sábado 10

Vietnam es para nosotros lo que fue para mi padre la Guerra Civil española. Un combate donde está en juego algo más que el resultado inmediato. Según los diarios, se ensayan en todos los ejércitos (occidentales) tácticas militares para reprimir la guerrilla.

Domingo 11

Estoy en Las Violetas, vengo aquí a escribir todos los días en las horas de la mañana en las que el bar está casi vacío. Hacia las cinco de la tarde empiezan a llegar aquí las señoras del barrio que vienen a encontrarse con sus amigas y a tomar el té. Hoy llueve y la ciudad atrás de los ventanales amplios parece una pecera gigantesca poblada por una especie curiosa de individuos que cruzan corriendo por la calle, sosteniendo en alto unos objetos circulares de tela con un bastón que sube desde la mano a un enjambre de varillas de metal que se da vuelta con mucha facilidad cuando el viento las toma de frente.

Habría que unir la noción de «destino» en Pavese con el «pasado» en Faulkner. Son formas cristalizadas de definir una motivación que

los personajes acatan sin entender. Faulkner cuenta como si los lectores formaran parte de la historia que narra, nunca narra nada que los personajes ya conozcan. Por eso el aire de abstracta incomprensión y de magia que tienen los acontecimientos en sus libros.

Lunes

Leo *The Bear* de Faulkner, una historia de aprendizaje que tiene para mí vagos ecos secretos de *Moby Dick* de Melville. Los relatos con animales salvajes son los únicos que vale la pena narrar, aunque a veces uno se encuentra con historias pacíficas y familiares protagonizadas por gatos o perros. Los mejores animales de la literatura son los de Kafka: «Investigaciones de un perro», «Josefina la rata que canta», «El mono que presenta su informe a la academia». En verdad en Kafka los animales son intelectuales o artistas. Mientras que el oso de Faulkner o la ballena de Melville son formas de la naturaleza bravía. Ahora bien, ¿qué decir de los caballos que abundan en la literatura argentina?

Lunes 12 de abril

Hace unos días llegó de Rosario una amiga de Inés que viene a vivir a Buenos Aires. Recorrimos la ciudad de un lado al otro por el Bajo hasta Palermo. Vimos a Alberto Szpunberg y a Daniel Moyano. La amiga de Inés escribe unos poemas conceptuales que me han gustado. Estaba leyendo, cuando fuimos a esperarla a la terminal en Once, una novela de Osamu Dazai.

Jueves

Ayer con Daniel Moyano y Augusto Roa Bastos buscando ciertas zonas que habíamos leído en algunos libros. Por ejemplo, la plaza Vicente López donde se ve la sombra de los fantasmas del relato de Bianco, o la cúpula del edificio de Talcahuano y Lavalle donde estaba el hotel de *El juguete rabioso* en el que Astier se encuentra con el muchacho que usa medias de mujer. Para ellos, el paisaje tiene una fuerza que se superpone con la historia misma, Roa en *Hijo de*

hombre y Moyano en sus cuentos de ambiente kafkiano encuentran en el páramo el espacio de la ficción.

Viernes

Anoche una mesa redonda en la Facultad de Filosofía y Letras para presentar *La lombriz*, el libro de Daniel Moyano que editamos en Nueve 64. La discusión me enfrentó con todos. Mientras ellos defendían la llamada literatura del interior, yo aparecía como el unitario representante de Buenos Aires. Saer se mandó un par de chistes de mal gusto pero luego seguimos discutiendo en varios bares y terminamos comiendo en El Dorá.

Lunes

Muchas cosas están en mis manos, el libro de cuentos, la revista la publico yo solo y es preciso apurarse, mostrar cuál es el camino, yo soy quien tiene que elegir. ¿Qué hago yo aquí? Todo esto es absurdo. Yo mismo me sorprendo en la mitad de un proyecto que no he elegido. No trabajo ni dejo trabajar. Es como si hubiera algunas cuestiones –o trampas– de las que no quiero escapar. Pero ya estamos en el final, lentamente.

Martes 27

Vuelvo a soñar el mismo sueño: alguien incendia el cuarto en La Plata, se queman los libros y mis cuentos. Ese sueño se repite, como si yo hubiera asimilado los viejos mitos, el incendio de una biblioteca, la imagen de los libros quemados, no se trata desde luego de la otra fábula: el escritor que destruye sus viejos papeles o sus manuscritos para que no se publiquen. Aunque tal vez una interpretación cuidadosa de este sueño recurrente unifique las dos tradiciones: Me queman los libros, pero también los quemo yo.

Tengo que volver –ya que estoy en el túnel de la introspección– al corte que supuso para mí el fin de la niñez, un paraíso perdido. Claro que todos los paraísos son imaginarios.

Jueves 29

Con «Una luz que se iba» he ganado diez mil pesos en el concurso de cuento del Instituto del Libro. Con ese dinero se puede vivir un mes.

Interesante en la literatura actual la oposición entre el artista y el intelectual, vistos como incompatibles. Cada uno de ellos arrastra sus carencias: el artista siempre inspirado suele ser habitualmente un canalla que imagina que tiene privilegios y los demás tienen que estar a su servicio. Por otro lado, el intelectual manipula a los demás con sus coartadas racionales y sus chantajes históricos, explica todo y todo sirve para justificarlo. En definitiva, es otra materialización de la tensión entre el arte y la vida.

Lunes 3 de mayo

Invasión norteamericana a Santo Domingo. En Buenos Aires varias manifestaciones de repudio. Los paracaidistas norteamericanos ocuparon la ciudad en una hora y liquidaron cualquier foco de resistencia de los partidarios de Caamaño. De inmediato, mis amigos de izquierda vieron con claridad la dificultad de fundar una estrategia revolucionaria en la insurrección urbana (modelo Lenin). Parece imposible hoy resistir en una ciudad a la que se ha conquistado, por eso la discusión ha virado hacia la guerrilla rural con zonas liberadas en los montes. Pero esa estrategia es demencial en la Argentina.

Veamos la justificación de L. Johnson: «Las naciones americanas no pueden permitir el establecimiento de un nuevo gobierno comunista en este hemisferio, ni tolerar la constitución de una nueva Cuba. Estados Unidos no quiere enterrar a nadie pero no se dejará tampoco enterrar por nadie. La revolución que surja en un país cualquiera es asunto que debe afrontar la nación de la que se trata, y solamente se convertirá en cuestión que reclame la acción hemisférica cuando el objeto del movimiento sea la instalación de una dictadura comunista.»

Jueves 6

Anoche corridas y gases policiales en la manifestación por Santo

Domingo. Nos agrupamos frente al Congreso y los cosacos cargaron sobre la multitud, que se disolvió en pequeños grupos y volvió a reagruparse una y otra vez. Por mi lado, tengo una versión confusa de los hechos. Recuerdo a Alfredo Palacios hablando contra la intervención norteamericana desde las escalinatas del Congreso y luego me veo sentado a una mesa en el bar La Ópera de Corrientes y Callao, pero no recuerdo lo que pasó en el medio.

Veo *Crónica de un niño solo* de Leonardo Favio. Notable primera película de gran calidad. Un intuitivo que sabe narrar y que ha visto muy buen cine. Me recordó el film de S. Ray.

Estoy en el London de Florida y Avenida de Mayo. Doy vuelta por los bares, obligado a sentir cierto desapego, como si estuviera de viaje. Muy disperso, sin capacidad de trabajo.

Lunes 10

Estoy ahora en Las Violetas. Trabajo en ese bar luminoso que está justo enfrente del hotel donde vivo. Preparo la presentación de la revista. Tampoco espero mucho de esto. También pienso, como me ha sucedido en otras revistas en las que he participado, que es muy productivo y divertido trabajar en grupo, integrar una redacción, pero a la vez sé íntimamente que el verdadero trabajo es siempre solitario. Ayer pasé con Sergio la tarde en Martínez traduciendo la obra de A. Wesker. Ahora está todo listo, el índice está cerrado y puedo empezar a preparar la presentación. No quiero que sea un editorial, sino sencillamente un ensayo que se haga cargo de algunas cuestiones discutidas en la revista. Tengo todavía dudas respecto del título de la publicación. Podría ser *Letras/65*.

Releer mis cuadernos es una lección narrativa: todo se ordena cronológicamente según el corte de los días de la semana. Esa continuidad es exterior a los hechos, de modo que la forma que toman estas notas depende en cierto sentido del tiempo que tardo en escribirlas. Pero al leerlas las cosas cambian y empiezo a descubrir conexiones, repeticiones, la insistencia de ciertos motivos

que reaparecen y definen la entonación de estas páginas. En definitiva se combinan aquí los hechos, los personajes, los lugares y los estados del alma; la particularidad es que todo eso está presente al mismo tiempo que se narra un día tras otro. En eso un diario se parece a los sueños.

Una de las lecciones –si es que hay lecciones, porque en el fondo es idiota pensar que uno aprende algo de la experiencia– es el vaivén entre lo que se puede hacer o decir y lo que no se puede ni decir ni hacer. Un diario tendría que estar conectado con la segunda parte de la frase, es decir, uno tendría que escribir básicamente sobre los límites o las fronteras que hacen imposibles ciertos actos o ciertas palabras. Pero ¿de dónde vienen esos obstáculos, la sensación de que hay algo –un espacio, una persona, una serie de acciones– «que no se puede hacer»? No se trataría de una imposibilidad «real» sino de un lugar en el que está prohibido entrar. Entonces decimos prohibido por quién y empezamos de nuevo... También es cierto que mi pasado (lo que Pavese llama el destino personal) me permite ver o definir qué puedo hacer; el resto de las alternativas y las opciones directamente no las podría ver ni concebir. La literatura serviría, entre otras cosas, para descubrir o describir esos puntos ciegos.

Martes 11 de mayo

En el bar de Rivadavia y Gascón. Sensación de estar limpio, afeitado, tranquilo, en suspenso. Quizás viaje al sur, hasta Banfield.

La presentación de la revista se aclara cuando la proyecto como un intento de trabajar la cultura como un campo políticamente específico. La política tiene sus propios registros y modos, que no se pueden aplicar directamente sobre la literatura o la cultura. No quiere decir que sean autónomas, sólo quiere decir que tienen sus formas propias de discutir y de «hacer» lo que llamamos política, o sea que tienen sus propias relaciones de poder. Pero no debemos olvidar que la literatura es una sociedad sin Estado. Nadie, ninguna institución ni tampoco ninguna forma de coacción, puede obligar a

alguien a que acepte o realice cierta poética artística. Las determinaciones materiales del arte pertenecen a su propio ámbito: en verdad, más que hablar de política en general es necesario hablar de la dinámica entre el museo y el mercado. El museo como lugar y metáfora de la consagración o la legitimidad, y el mercado como el ámbito de la circulación de las obras, siempre mediado por el dinero. En ese marco el problema de la «creación» se vuelve al mismo tiempo más visible y más complejo. Ése tendría que ser el nudo que explica el sentido de una nueva publicación.

Miércoles 12

No es casual que ahora –mientras trabajo en el artículo para *Literatura y Sociedad*, que así se va a llamar la revista– regresa la tranquilidad de mis mejores tiempos. Para mí el ensayo tiene que girar sobre la letra «y»: se trata de investigar la diferencia que esa letra establece y también la conexión que define.

Jueves 13

En el bar Florida. Anoche frente al Congreso, otro acto contra la invasión norteamericana a Santo Domingo. En medio del acto, un enfrentamiento entre Tacuara, el grupo nacionalista de derecha, y el Partido Comunista. El tiroteo duró más de media hora, yo me refugié en la entrada de El Molino y sólo vi la confusión y las corridas y a un joven de traje con anteojos negros que tiraba con una pistola contra un blanco que yo no alcanzaba a identificar: él estaba refugiado atrás de uno de los bancos de la plaza y cada tanto se asomaba, apoyaba el brazo en el respaldo y tiraba, luego sin perder la calma –o al menos eso me parecía a mí–, y sin apurarse, volvía a esconderse dificultosamente atrás del banco de madera. Al final hubo un muerto, un herido y cinco lastimados. A medianoche la manifestación volvió al centro de la ciudad, lánguidamente. Al final, en la esquina del Obelisco, un grupo comenzó a bambolear un cartel de Coca-Cola que estaba en lo alto de un poste de alumbrado. Lo tiraron abajo y todos festejaron el asunto como si hubiera sido un triunfo... Después apareció un carro hidratante Neptuno (también los policías tienen su ironía y conocen a los clásicos), que empezó a tirar

agua a todos los que estaban ahí. Hubo también gases, perros, etc. Por mi parte, salí corriendo no muy heroicamente por la Diagonal Sur. Estaba con Inés, con Raúl E. y con Sergio.

Domingo

Me encuentro con Roberto Jacoby, que me cuenta algunas de sus experiencias en Nueva York. Especialmente el teatro en la calle de los grupos que luchan contra la guerra de Vietnam. Sorpresivamente, en una esquina muy concurrida de la ciudad, tres o cuatro actores disimulados entre la gente fingen una discusión violenta sobre los hechos de la guerra, casi llegan a golpearse, pero interviene un tercer actor y luego una actriz que incrementa la violencia verbal. Rápidamente los paseantes se suman a la discusión y se abre en la ciudad un debate sobre la situación política. A esa altura los actores se han retirado ya del lugar, entran al subte y bajan en otra zona poblada de la ciudad. Según Roberto, se trata de un teatro de la violencia que no habla de ella sino que la actúa. Ligados sobre todo al *Living Theatre*.

Lunes

Siempre estamos sin plata, espero que la revista –donde hemos invertido nuestras reservas– funcione bien. Tengo el artículo siempre a medio hacer. Lo cierto es que el proyecto está en marcha y ya no se puede volver atrás y sólo resta arremeter. Espero terminar de escribirlo esta semana para que la revista entre en la imprenta antes de fin de mes.

Anoche en el teatro Solís fuimos a escuchar a Osvaldo Pugliese, estábamos todos los amigos de la revista y nos sacamos fotos entre nosotros y con los músicos. Muy extraordinario el primer bandoneonista Ruggiero, es único, lo llaman *bandoneón cadenero* porque empuja a todas las filas de bandoneones, como el caballo cadenero lleva a la tropilla que empuja el carro. Los bandoneones de Pugliese suenan como un tren que avanza mientras él en el piano pone la nota lírica. Terminaron tocando «La yumba», donde si uno escucha bien ya está todo Piazzolla.

Propuesta de Alberto Cedrón, que me ofrece una pieza en el conventillo de la calle Olavarría en donde viven todos los hermanos, incluido el Tata. Muy posiblemente acepte la propuesta. La casa es una típica construcción de la Boca hecha de chapas. Al entrar hay un patio donde están los piletones y los baños, ahí salen las escaleras que llevan al primer piso, donde se alinean las viviendas que tienen todas más o menos la misma organización. Se desemboca en un pasillo que va a la cocina y al salón. Al costado, a cada lado hay dos piezas grandes y al fondo del salón una pieza más chica. Yo ocuparía una de las que da a la calle, muy amplia y bien iluminada.

Miércoles

En el bar Florida, 20 h. Cierto nerviosismo frente a todo lo que no controlo, a lo que hacen los otros sin mí. Como si en ese momento (ante decisiones objetivas que toman otros) reconociera la opacidad del mundo, la exterioridad que he negado siempre y eludido como si no existiera. Aunque parezca raro, durante años he actuado como si estuviera solo en el mundo.

La Paz, 22.30 h. Extraño, Cortázar elogia mi cuento «Desagravio», que publiqué hace tiempo, en su carta a un amigo (A. C.) de la revista en la que ya no estoy.

Tema. El morochito se envolvió en la frazada, parecía un montón de trapos grises que se agitaban como movidos por el aire frío que se filtraba por las rendijas del calabozo. Un soldado había traído los colchones hacía menos de una hora. (Contar así, seco, sin que se entienda bien qué pasa. O si no, sólo con diálogos.)

Jueves 20

Redescubro los encantos de la distancia interior. De todos modos paso la tarde con Sergio Camarda. Intenta construir una estructura: librería + editorial + distribuidora + revista. Hacen falta veinte mil pesos para comprar el papel. Tres mil ejemplares con ciento sesenta páginas son sesenta mil pesos (a pagar a diez mil por mes).

Lo divertido de la tarde fue el descubrimiento de que Sergio tiene varias armas en su casa. Abrimos un baúl para buscar unas fotografías, pero en realidad sólo encontramos armas. «Son de un amigo», dijo Sergio, pero yo no le creí. No es difícil encontrar una relación entre esas armas y el financiamiento de la revista. Algo lejanamente ligado al dinero de los cubanos (creo).

Jueves 27

En la Boca, en la casa del Tata, me siento bien aquí, trabajando de noche. El artículo esta casi listo. Mucha humedad y calor. Tengo enfrente varios días, estoy solo, Inés en Tandil, tengo cien pesos.

Martes 8 de junio

Uno está dentro del mundo que narra, quiero decir, nunca se debe decir nada que sea externo al universo de la acción. El narrador debe saber menos que los protagonistas.

Lunes 14 de junio

Escapo sin parar. En la Boca espero encontrar un ancla. Un dato de que estoy en fuga es que casi no escribo ya en este cuaderno. Con Inés siempre la misma distancia, como si nos separara una plancha de vidrio.

Viernes

Vivo aquí, en esta casa hospitalaria, donde circulan muchos amigos. Tenemos una pieza que desemboca en una calle tranquila.

Martes

Anoche en casa, Gelman, Urondo con el Tata. Después de grabar «Madrugada», conversando le dije que podía ponerle música a los poemas de Juan o de Paco. En eso estuvieron trabajando mientras nos emborrachábamos lentamente. Después, pasada medianoche llegaron Tito Cossa y Germán Rozenmacher, que trabajan en una obra colectiva sobre el mito de la vuelta de Perón: *El avión negro*, se llama.

Domingo 27

Las cosas se van arreglando lentamente.

Lunes 28

Me gusta mucho el cuento de Cortázar «Instrucciones para John Howell». Un espectador es invitado amablemente a pasar al interior del teatro, él piensa que se trata de algún tipo de encuesta, pero de golpe ve que lo han llevado al escenario y debe intervenir en una obra que está en marcha. Tiene algo de «Un sueño realizado» de Onetti, la mujer que tiene un sueño recurrente y busca a un director de teatro para que le escenifique la escena onírica: en una esquina de la ciudad ella cruza hacia un hombre al que conoce y en el trayecto la atropella un auto y muere «en la realidad» de la representación teatral.

Viene a visitarme Cacho, le encanta el lugar, bajamos a comer por ahí y después salimos a dar vuelta en un Chevrolet que él ha robado horas antes. Por supuesto la gracia del asunto estaba en el riesgo de ser detenido por cualquier mínimo incidente de tránsito.

La salida con Cacho me hizo dejar de lado mi intención de viajar a La Plata. Sergio nos llama, quizá yo tenga que ir a la librería, para apurar la salida de la revista que se atrasa. Pero yo sigo encerrado, esperando, afuera llueve y se termina el verano.

Martes 29

Se trataría de lo siguiente, destruir –intentar destruir– deliberadamente el destino personal que se manifiesta en la repetición. Se sabe que uno repite para no recordar. En este caso, se trataría de recordar deliberadamente algunos hechos del pasado, una y otra vez. Puede ser un solo hecho –por ejemplo una tarde jugando al ajedrez en el club– que se recuerda con la intención de reconstruir todo lo que rodea a esa escena. Otra alternativa es releer estos cuadernos, elegir algo narrado ahí que uno no recuerda ya y tratar de hacer lo mismo, es decir, reconstruir todo lo que rodea ese acontecimiento. Desde luego no hay seguridad de superar la

repetición (por ejemplo, en mi caso, la tendencia al aislamiento que se repite desde mi infancia) a través de la memoria, pero de todos modos le daría a los hechos una nueva dimensión. Es como la reacción de un gato que da un zarpazo o muerde cuando uno lo pisa sin querer. La memoria funciona de ese modo, uno pisa el pie de un recuerdo y llega el zarpazo y la sangre. Sin embargo no parece haber solución, es imposible rectificar el pasado. Y es en el pasado donde está el hecho que uno ha olvidado pero que se repite de otra manera –pero igual a sí mismo una y otra vez.

Viernes 2 de julio

Ayer todo el día organizando la casa. Como siempre, sólo necesito una mesa contra la ventana y una lámpara. Paso la noche trabajando.

Vimos *Por la patria*, el film de Losey sobre la Primera Guerra. Un poco molesta a veces la pretensión de «probar una tesis». Excelentes los últimos diez minutos a partir de la sentencia a muerte del soldado.

Domingo 4

Leo una vez más *Un viaje al fin de la noche* de Céline, el ritmo de la prosa construye la historia. Después, en el bar Suárez en Maipú y Corrientes, demasiado whisky como para estar lúcido con Inés.

«He entrado en la literatura cuando he podido sustituir el "él" por el "yo"», Kafka. En mi caso podría decir: he entrado en mi autobiografía cuando he podido vivir en tercera persona.

Tema. Se trata de narrar la guerra desde la perspectiva del que no fue. Se maneja con las «noticias de guerra». Converso esto con el abuelo Emilio, que viene a verme. Él ha hecho la guerra y nunca habla de eso, sólo guarda papeles, documentos, cartas, mapas y fotos, y me dice siempre que algún día se ocupará de ordenar su archivo. Entretanto me ha pagado de hecho los primeros años de la carrera sólo con la condición de que fuera a verlo a la casa de

Adrogué y lo escuchara contar sus historias fragmentadas. Fue como siempre una alegría volver a verlo. Lo acompañé a la estación y lo vi alejándose muy erguido y elegante por el andén alumbrado por la luz blanca de la locomotora.

Martes

Paso el día leyendo a Céline. Se resuelven varias cosas pendientes de la revista (la tapa, la mayoría de los artículos). En Céline me entusiasma el tono confesional en que se narra «el mal». En un sentido, es el límite de la primera persona: hay que explicar por qué ese individuo es capaz de acusarse a sí mismo de actos que la sociedad considera detestables. Céline construye conscientemente escenas horribles, nunca se autoincrimina, nunca se queja, sólo narra los hechos con un tono levemente cínico para mostrar que en el momento de escribir sólo recuerda los sucesos malditos que narra. Ya es otro que parece haberse purificado sólo por contar la verdad.

Tema. Narrar al que va solo donde ella nació. Espera el tren y ya en el viaje encuentra a alguien en el vagón que conoce a la mujer y empieza a contar historias turbias sobre ella. Cuando llega al pueblo, de una manera casi fantástica empieza a recibir por azar, de los desconocidos a los que encuentra en distintos lugares, fragmentos de la vida secreta de su mujer. Regresa, baja en Retiro y se pierde entre la gente. (Él había ido al pueblo para «reconocer» el lugar.)

Un cuento casi fantástico podría construirse sobre la existencia en el presente de los hechos del pasado. El protagonista podría comenzar el día con un pequeño recuerdo que surge imprevistamente y que dura apenas unos segundos y a medida que avanza la mañana los recuerdos son más extensos, ya tiene que detenerse y por ejemplo sentarse en el banco de la plaza para resistir la emoción de las cosas que le trae la memoria. Cuando llega la noche, hacia el final del relato el hombre vive un minuto en el presente –por ejemplo en el momento de apagar el velador antes de dormir–, pero salvo ese instante el resto del tiempo está absolutamente ocupado por su pasado.

Otro tema. La única persona que no pudo observar el fenómeno luminoso que surgió de pronto en la noche estrellada fue el director del observatorio meteorológico, que en ese momento estaba hablando por teléfono de cara a la pared con uno de sus colegas. Cuando volvió a su casa, todos le contaban la extraña experiencia de haber visto una luz blanca y malvada en el cielo, que pareció detenerse sobre cada uno de ellos. El observador empezó a pensar que, salvo él, todos en el pueblo veían visiones, dado que su misión en el lugar era justamente observar los fenómenos cósmicos.

Viernes 9

Pasamos la tarde con el escultor Mario Loza, después nos fuimos juntos y terminamos en un boliche cerca de la cancha de Boca comiendo pizza y tomando vino. Ahora estoy atrapado por una suerte de exaltación que podría fácilmente confundirse con la felicidad. Mientras afuera llueve y es notable el ruido arcaico del agua cayendo sobre los techos de chapa. ¿Qué sentido tiene ese encuentro en un bar y luego en un restaurante tomando vino con alguien al que apenas conozco?

Antes en la Facultad encuentro a Vicky, agazapada, siempre frágil, bellísima, con su agresividad un poco infantil. (Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.)

Domingo

Paso el día con Miguel en su casa. Conversaciones que fluyen desde el pasado, como si nunca nos hubiéramos dejado de ver. Él se ha casado en estos días con una muchacha rubia, una especie de giganta que lo hará sufrir.

Lunes

Carta a Daniel Moyano.
Teléfono. Llamar a Eduardo.
Perspectivas. F. Herrera. A. Szpunberg. Ramón.
Ropa a la tintorería.
Comprar naranjas.

Una camisa.

A la noche, en la London, La Porteña Jazz Band.

Martes 13

En La Plata se renuevan las cátedras. Firmo contrato en Introducción a la Historia e Historia Argentina I. Daré clases dos días corridos, en lo posible lunes y martes. (Voy a pasar una noche en un hotel cercano a la estación de trenes.)

Miércoles 14

En un momento determinado Freud hizo un importante descubrimiento: parecía haber una tendencia a repetir las situaciones pasadas aun cuando hubieran sido dolorosas. «Esta tendencia a la repetición actúa como una compulsión, esto es, se trata de una repetición automática que no tiene conexión con las verdaderas exigencias de las situaciones.» Freud piensa que la tendencia a la repetición es una tentativa de reparar el trauma (muchas veces –y esto es muy curioso– la repetición retorna a la época en la que todavía no había sucedido el trauma). En definitiva, para Freud la repetición es una tentativa de dominar y controlar la experiencia.

Tengo cuarenta y cinco pesos para terminar el día y Alberto me llama día por medio para reclamarme la supuesta deuda de veinte mil pesos que él supone que yo le debo.

Jueves 15

Un frío absurdo. Las mañanas no tienen que existir. Es necesario levantarse a la tarde o al caer la noche, a cualquier hora que permita evitar la diluida claridad helada cuando aún el día esta frente a uno y no sabemos qué hacer.

Palabras sabías: del dicho al hecho hay mucho trecho. Me vienen muy bien a mí que desde hace semanas anuncio el proyecto de

cosas que voy a hacer y nunca hago. Desde luego, la sentencia depende de la aliteración, el sonido de la «ch».

Fui al banco, no pude cobrar el giro que me mandó el abuelo (eran tres mil pesos). Pasaremos el día con diez pesos. A mate, etc.

Viernes 16

Recuerdo un verano en Bolívar, la imagen de mí mismo parado en el borde de la pileta, a punto de zambullirme. Caminábamos en calles de tierra bajo el sol desde la casona próxima a la estación de trenes hasta el bosque, la piscina estaba al costado de los árboles y uno pasaba, al final, lentamente de la sombra a la luz, el verano en el agua.

En el bar de Olavarría y Almirante Brown. Larga conversación con Inés sobre los finales. Todo se derrumba, tarde o temprano. Desde que dejé de vivir en La Plata como un estudiante y vine aquí a conquistar la ciudad, me he sentido levemente inquieto e inmóvil. Todo lo que hago me parece que lo hago por última vez.

17 de julio (1.15)

«Un gran medio de consuelo: hacer que el afligido se ocupe de analizar su dolor; al instante, disminuirá; el orgullo triunfa siempre, dondequiera que intervenga», Stendhal.

Ahora, después de aquella tarde casi irreal con Inés en un boliche comprobando el fracaso, entiendo que estos cuadernos (sus deformaciones, sus silencios) se justifican por la frase de Stendhal.

Recién, escuchando a los Beatles, un estilo agresivo, lírico, asexual, lleno de ritmo. Neurótico. No sé por qué me acordé de la prosa de Céline.

«Traicionar es como abrir una ventana en una gran prisión. Toda la gente lo haría si se le presentara la ocasión», Louis Céline.

Hay una sola cosa que yo no quiero comprender: para hacer lo que uno quiere hacer, es necesario ser capaz de rechazar y de perder otras cosas. Estar solo en el momento de escribir, no depende de nadie. Hoy puede servirme de ejemplo, trabajé mientras estaba solo. Después, ahora, giré sobre mí mismo y giré sobre Inés y entré en el cuarto cerrado de los estúpidos estados de ánimo. No hice nada que sirviera para nada. Salvo tomar un Equanil.

Es notorio que esta inquietud me inmoviliza, me impide incluso leer. Doy vueltas sobre lo mismo, me disperso, repaso libros, artículos, hago tiempo antes de hundirme y dormir.

Sábado 17

Uno deja aquellas épocas luminosas en las que todo parece pertenecerle, donde nada está afuera o nos es ajeno. Pero, lentamente, se aprende la gravitación de los otros, se aprende la resistencia idiota de las cosas; darse cuenta puede llevar toda la vida y nunca se puede saber cuánto hay que aprender. La presencia de los otros es una limitación que hay que conocer también. Ahora, aquí en esta casa en la calle Olavarría, Alberto Cedrón y Raúl Escari persisten en su modo de ser, leen, callados, y yo sin embargo me siento observado, como si todo lo que hiciera tuviera que ver con ellos.

El desorden se mantiene. He tomado una anfetamina pero no me decido a trabajar y vacilo entre el artículo para la revista y la *nouvelle*. Voy de un lado al otro, sin hacer nada.

¿Qué importa? Todo tiene el mismo fin. Esforzarse para demostrarse a sí mismo y a los demás que uno tiene talento. ¿Por qué? ¿Para qué?

Estoy más intrigado que «detenido», busco un escape como quien, en un barco hundido, imagina una salida. Yo mismo trato de comprender lo que me pasa. De modo que giro, sumergido, buscando la ventana que me lleve al aire libre.

¿Qué hacer? ¿Qué acto único, definitivo puede cortar este circuito? No hay nada, es decir, nadie sabe jamás lo que realmente le está sucediendo. Sólo podemos inventarnos razones y motivos. Ahora, Inés está aquí y ella también me molesta.

Domingo 18 de julio

Son las cuatro de la mañana. Pasé la noche *pensando*. Todo lo que pienso es inútil. Doy vueltas en el vacío. ¿Cómo salir de aquí? ¿Por dónde empezar?

Hay que empezar desde abajo, no con humildad, sino con orgullo.

Martes

«Al comienzo fue un estudio. Escribía silencios, noches, anotaba lo inexpresable. Fijaba vértigos», Rimbaud.

Inés aquella noche en el sofá. Después salimos a caminar y a tomar cerveza al aire libre.

Jueves

Levantarse a mediodía, salir a la calle y ver a los demás como sonámbulos. Las cosas por hacer (pagar el teléfono, afeitarme, escribir cartas) son una organización exterior de la propia experiencia. Hoy quiero terminar el artículo para la revista. Después es necesario pensar en el editorial. Escribir las notas para intercalar entre los relatos y los artículos. Dejo esto anotado para que se vea con qué constancia me he dedicado a perder el tiempo.

Viernes

La policía se llevó a Cacho. Jugaban a la generala en Acapulco, en Maipú y Lavalle, Horacio, Adolfo, Costa y él. Llego una comisión de robos y hurtos, los llevó solamente a ellos. Alguien los delató. Pasé el día con Bimba buscando que un abogado interpusiera un recurso de hábeas corpus. No sabemos en qué repartición policial está detenido y esperamos lo peor.

Sábado

La verdad de un relato depende de los detalles circunstanciales que no parecen tener ninguna función. El sonido opaco de un cuerpo que cae. Luego la imagen borrosa de un montón de trapos que se mueven en la oscuridad.

Domingo 1 de agosto

Escribo toda la noche. Dejo listo «El calabozo» y luego, llevado por el entusiasmo y el envión de la propia escritura, escribo otro relato, «Vértigo». Son las nueve y media de la mañana y pude escribir dos cuentos en una noche.

Lunes

Si analizo la noche del sábado al domingo, es decir los dos cuentos escritos casi al mismo tiempo, puedo descubrir el modo en que fueron hechos. Por un lado, la facilidad natural para romper el tiempo narrativo y evitar los momentos muertos y las situaciones que no tienen significación; por otro lado, narrar lo que va sucediendo, dejando que la prosa defina el argumento.

Sábado 7 de agosto

Cacho salió hoy de la cárcel. Lo esperamos en la puerta de la comisaría aquí en La Plata. Apareció al final del pasillo, de traje y corbata, hizo un par de gestos imperceptibles de complicidad. Lo vi firmando el acta de libertad, después, de pronto, salió una orden de captura en Córdoba. Lo retuvieron nuevamente, volvió atrás y pasó la noche otra vez solo en una celda. Mientras tanto yo comía con Bimba en un restaurante de la calle 7. Ella contaba su vida cambiando siempre algunos detalles. Cómo se habían conocido, dónde estaba ella cuando lo vio por primera vez, etc., etc.

Domingo 8

En La Paz, Inés sin comprender los tres días que yo había pasado en La Plata gestionando la libertad de Cacho, celosa de Bimba.

Lunes

Dos y media de la mañana, recién empiezo a trabajar. Antes fuimos con Inés por Corrientes parando en todos los bares y por fin nos sentamos a comer en el Bajo. Tengo que preparar ahora una clase sobre Spengler para la materia próxima: Problemas de Metodología Histórica (progreso, morfología, causalidad, etc.).

Martes 10

En Fausto encontré a Constantini que compraba en secreto el libro de Mario Benedetti *Gracias por el fuego.* Receloso, se disculpó, como si fuera un delito leer escritores contemporáneos.

Me levanté a las tres de la tarde, caminé al costado del río hasta el puente, aquí la ciudad parece ser siempre la misma.

Miércoles 11

Anoche Cacho por fin otra vez afuera. Nervioso, agresivo. Me cuenta, un tipo que camina por Lavalle, después de haber sido torturado, «marcando gente» con un policía que lo custodia. En la cárcel, un preso sin cartel que se agranda hasta que decide frenarlo a trompadas. La carta que Cacho le escribe para la mujer a uno de ellos y que todos los otros copian, la noche hablando bajo las mantas de mujeres.

Domingo

«Hay amistades extrañas, hay amigos que casi se quieren matar el uno al otro, toda la vida se la pasan así, sin que a pesar de ello se puedan separar. Separarse es imposible», Dostoievski.

Miércoles

Di la primera clase de este año ante más de ochenta alumnos en la Facultad, hablé durante cuarenta y cinco minutos sobre Spengler, dije cosas ciertas inesperadas y al final salí rápido sin querer escuchar comentarios, mientras los estudiantes salían al mismo tiempo por los pasillos. Vine a la Modelo a tomar una cerveza y a escribir estas notas.

Miércoles 1 de septiembre

Ayer la revista a imprenta por fin. A la tarde di una buena clase sobre Toynbee.

Al fin de la tarde con Antonio Mónaco avanzamos en la idea de la pieza. Todo sucede durante la fiesta, sin sacar a los actores de ahí.

Viernes

Trabajo en un artículo sobre Alejo Carpentier.

«No vayamos a un velorio aldeano para hacer apuntes pintorescos y costumbristas, lo que debemos llevarnos de tal lugar es el anhelo de saber qué concepto se tiene allí de la muerte», Alejo Carpentier.

Domingo

El viernes toda la noche presos en la comisaría de la calle Maipú. Una celda parecida a un baño helado. Con Tata, Jorge, Osvaldo y el viejo Cedrón. En realidad, todo demasiado absurdo. Estábamos en El Hormiguero, fuimos a escuchar a Mercedes Sosa, una folklorista que recién empieza y tiene una voz con un tono parecido al de Joan Báez. El Tata cantó unos tangos, estábamos un poco borrachos y de pronto, al salir, empezamos a pelear con un grupo de provincianos por un motivo que todos hemos olvidado. De pronto llegó la policía y fuimos presos. Muy injusto porque los folkloristas quedaron libres. Pasamos la noche conversando y en la madrugada llegó también detenido Alberto Szpunberg, que tampoco entendía muy bien lo que había pasado. Al final nos sacó Bimba, la mujer de Cacho, que tiene mucha experiencia en sacar gente de la cárcel.

Encantado con los discos que me regaló Cacho. Los encontró como siempre en una de sus andanzas, y los cargó y los trajo para mí. Además Cacho contando su pasión por ir al aeropuerto a la madrugada para ver despegar aviones.

Tengo la sensación de estar en medio de objetos que corren y a los que es necesario detener.

Domingo 11

Increíblemente, estuve trabajando sobre Hegel para dar un par de clases en la Facultad sobre su filosofía de la Historia. El profesor aprende lo que debe enseñar dos días antes de que se enteren los estudiantes.

«Comprender lo real, hacerlo plenamente inteligible, es el fin de la filosofía; todo debe ser reconocido como racional, esto es cognoscible en forma adecuada por la razón», Hegel.

«Quien mira racionalmente el mundo, lo ve racional», Hegel.

Para Hegel, las categorías del pensamiento son a la vez las categorías del ser.

Domingo

Las noches como ésta ahora se parecen a las noches de otra época. Salgo a caminar por la Vuelta de Rocha como antes lo hacía en las cercanías de la estación de trenes en La Plata. Busco calmar mis «abstractos furores» y caminar se convierte en un modo de pensar.

Lunes

Lo imaginario. El sueño se dispersa, la fantasía trabaja como una estrella; se dirige a un centro para lanzar desde allí nuevos rayos. La fantasía está siempre centrada en un objeto. Recordar la idea fija.

Cómo hacer para mejorar este diario, quizá haya llegado el momento de copiar a máquina estos diez años para encontrar allí los motivos que se repiten y los tonos.

Si pienso en lo que he hecho en estos años –aparte de la euforia que produce el envión de escribir libre y de encontrar un tono–, no veo muchas variantes. Lo mejor es «Las actas del juicio», una oralidad arcaica, nada realista, basada en el ritmo y en un conjunto de pequeñas escenas narrativas encadenadas por un narrador que

las cuenta como si no las entendiera. La misma técnica en «Tierna es la noche», donde también cuento muchas situaciones, con un tono más personal, onda confesión escrita que viene de *The subterraneans* de Kerouac. Lo mismo sucede con «Una luz que se iba» y con «La pared»; muchos argumentos en una sola historia contada en primera persona. La clave es encontrar ese tono personal pero en tercera persona. El resto de los cuentos del libro tiene la misma estructura, cuentan una situación mientras sucede pero en secreto cuentan otra. (El mejor es «En el calabozo».)

Formalmente y en su estilo, *La invasión* no tiene nada que ver con Borges –o tiene que ver como rechazo de su manera de entender la literatura–. En eso me diferencio de todos los escritores, que en general le copian hasta el modo de escupir. Nada tampoco con Cortázar, la otra plaga. Temáticamente la influencia es Arlt –demasiadas delaciones.

Analizar las novelas escritas en los mismos años por Nabokov, *Sebastian Knight*, Gombrowicz, *Trans-Atlántico*, y Beckett, *Malone muere*. En los tres hay doble narración, una primera persona baja, degradada y una prosa nacida del olvido de la lengua madre que ya no se ejercita (exilio y lenguaje). Son el límite último de la escritura sin patria, sin novela. El primer valor de la narración es lo cómico. Por ejemplo la frase de Nabokov sobre «los métodos de composición como héroes de la novela». Leí *Trans-Atlántico* en italiano hace un par de años, me la prestó Dipi en La Plata.

Encuentro con Borges. Sensación de estar frente a la literatura, o mejor, de ver funcionar una maravillosa máquina de hacer literatura. Habla lento, con extraños cortes en el interior de la frase. Absurdamente, yo me sentía tentado a arrimarle las palabras, como si él se detuviera porque no las encontraba. Siempre él traía por fin una palabra distinta a la que yo imaginaba, más bella y más exacta que la mía. Hizo que le tocara la cabeza para notar la cicatriz del accidente que dio lugar a «El sur». No fue posible percibir ninguna marca, pero sentí que el acto era, en algún sentido, un ritual para él.

Lo mismo al irme: me retuvo la mano un largo rato y yo temí ser quien estuviera reteniéndosela, pero al fin la apretó más levemente y volvió a sonreír. Es menos alto de lo que yo recordaba y más bello: ojos grises, sonrisa suave. Imposible hacerle decir algo distinto a lo que dice siempre, lo cual no cambia la magia que construye al hablar para decir lo mismo que uno ha leído. Emocionado cada vez que lo escuchaba usar un tono sentencioso y hondo para recitar textos suyos o de otro. (Manos chicas y feas, zapatos absurdamente viejos y una entonación inolvidable al hablar.)

Octubre

Consigo en la librería Temple *Eloy* de Carlos Droguett. Hace un rato en Radio Municipal con Rubi Montserrat, leyendo algunos textos de la *Antología personal* de Borges. El Tata Cedrón estaba también en el programa.

Bimba habla de Cacho como quien recuerda a un muerto. Se sorprende por su lógica perfecta y delirante que la deja perpleja, pero también es capaz de contar que lo sorprendió masturbándose en la cama, junto a ella.

Estoy en la Boca, molesto por el *affaire* Alberto Cedrón, según él, le debo quince mil pesos. Tiene la cualidad de aparecer siempre como una víctima de las circunstancias o del mundo mismo y poder entonces exigir y reprochar a los demás porque no lo ayudan.

Sábado 2 de octubre

Bella frase de Marx: «La muerte, esa revancha de la especie sobre el individuo.»

Domingo 3

La dificultad de vivir en una casa con otros reside en el distinto concepto de orden que cada uno tiene. De allí el vaivén en esta casa, donde siempre hay gente, entre la felicidad de la vida social y el deseo de estar solo y aislado.

Interesante la idea de Ismael Viñas de que durante el peronismo es el ejército el que cumple la función de intelectual orgánico.

Leo *La región más transparente* de Carlos Fuentes. Trabaja una estructura similar a la de John Dos Passos, donde se mezclan vidas individuales e historias sociales. Le cuesta escapar de cierto esquematismo superficial. Los personajes son explicados y no narrados. Por otro lado, sólo narra, o mejor, tiende a narrar exclusivamente lo extraordinario (guerras, revoluciones, catástrofes). Le cuesta encontrar la dimensión corta, breve, el momento significativo, el detalle que da realidad. Lo más atrayente es la amplitud de posibilidades de la prosa de Fuentes, que va desde el ensayo («Vemos creada por primera vez en la historia de México una clase media estable con pequeños intereses económicos y personales...»), al esbozo poético, casi surrealista («Cuánto dolor inmóvil, ciudad de la derrota, violada, ciudad de la furia...»).

Lunes

Ayer salimos con Inés a recorrer la zona, tranquilos, sin apuro. Nos sentamos a tomar cerveza en un bar, mirando pasar a la gente como si fueran seres extravagantes.

Ahora tengo al día enfrente y estoy dispuesto a escribir un cuento del que tengo ya la historia completa. Un hombre que ha sido –o cree que ha sido– abandonado por una mujer, viaja a una ciudad cualquiera, para olvidarla. La llama por teléfono. Se instala en un hotel. En un momento dado, la ve en la estación del pueblo. Cree que ella ha venido a buscarlo pero, cuando se acerca, comprueba que es una desconocida que ni siquiera se parece a la mujer amada. A partir de ahí empieza a verla, en un bar, en la plaza, en el hall del hotel. La pérdida del amor lo ha vuelto loco, ni siquiera loco, sólo le ha cambiado el modo de ver. Asustado de sí mismo, vuelve al cuarto de hotel e intenta construir una teoría sobre el parecido y el «como si». El cuento termina a la madrugada, cuando al bajar encuentra efectivamente a su mujer, que ha venido al pueblo a buscarlo.

Martes 12

Nos amanecimos con Cacho en Olivos, frente al río. Las casonas en la barranca. Vimos un hombre que se robaba unos durmientes en el terraplén, cerca de las vías. Bimba se fue. A caminar por ahí.

En estos días trabajo todas las noches hasta las siete de la mañana en un relato llamado «Bajo la luz», que no logro resolver.

Jueves

La revista está armada, casi lista. Aceptar el riesgo de que se publique en noviembre, al borde del verano, no me preocupa, me deja indiferente.

Martes 19

En el bar Florida a mediodía. El libro tiene por primera vez una forma armónica y cierta estructura. En *Fichas* apareció un aviso anunciando la revista.

No tendría que pensar de esta manera, pero mi amistad con Cacho tiene también el sentido de una novela que me gustaría escribir. Él lo sabe y me hace bromas sobre el asunto. Los que estamos cerca de él (Bimba, Costa, Horacio) nunca sabemos bien cómo soporta él esa sensación de riesgo continuo. Por eso no me sorprende cuando toma decisiones inesperadas y propone viajes insólitos o expediciones imposibles. Hace un tiempo, al volver de Olivos, casi nos matamos porque él empezó a acelerar y entramos a mucha velocidad en los bosques de Palermo, muy arriba de la media permitida en un camino tan sinuoso. Por supuesto, en ningún momento le dije que fuéramos más despacio porque tuve la sensación de que él me quería probar, o en todo caso hacer ver que su relación con el peligro y con la muerte era muy distinta a la mía. Lo cierto es que después de cruzar los tanques de obras sanitarias casi no recuerdo cómo siguieron las cosas, salvo que en una curva en el medio del bosque el auto derrapó y anduvo casi en dos ruedas durante un trecho en el que podríamos haber volcado, pero

misteriosamente se enderezó y Cacho, sin disminuir la velocidad, me miró por el espejo retrovisor y me guiñó un ojo.

Miércoles 20

Estoy en la París, en La Plata. Sólo cobré doce mil pesos y no los veinte mil que esperaba. Dentro de un rato tengo que dar clase y siempre me llama la atención el hecho de que los alumnos tienen mi edad. Entro en el Aula Magna repleta, subo a la tarima y les digo: «Estamos entonces viendo, en Introducción a la Historia, las hipótesis de Hegel», y a partir de ahí sigo adelante como impulsado por la sensación muy fuerte de caminar al borde de un precipicio.

Viernes 22

Hoy hay huelga general decretada por la CGT. Estoy en el bar Florida y me pregunto, una vez más, por qué tengo esa necesidad de registrar lo que pasa. Pasé por la editorial y Álvarez me confirmó que mi cuento sobre Urquiza se va a publicar en la serie de las crónicas. Por primera vez, entonces, la literatura para mí está fuera de los ámbitos familiares. Recuerdo los primeros tiempos, hace ya un par de años, cuando esperaba que toda la ciudad hablara de mí y que en todos lados mi nombre sonara como algo cercano para un conjunto múltiple de desconocidos. Pasábamos la noche con Horacio, con Cacho y con Júnior, cada uno con su propia fantasía y con sus propias realizaciones a punto de concretarse. Es imposible vivir sin ilusiones, pero hay que saber que las ilusiones son historias imaginarias que uno se cuenta a sí mismo.

Es necesario aislar las dos características esenciales de la concepción hegeliana de la historia. Por un lado, la continuidad homogénea del tiempo y, por otro lado, la gravitación del *ahora* en la categoría del presente histórico. «La costumbre es una actividad sin oposición, a la que sólo le queda la duración formal y en la que la plenitud y la profundidad del fin ya no necesitan expresarse», Hegel.

Domingo 24

Con Julia Constella esta noche, mesa redonda sobre la violencia.

Sobre una mujer que fue arrojada desde un cuarto piso por su marido (¿o era su padre?). Tal vez mi lado mejor aparezca en días como hoy, caminando solo por la ciudad, almorzando luego en un restaurante con las mesas afuera sobre Cerrito, con la extraña sensación de ser un viajante o un viajero de paso por una ciudad desconocida.

Un buen método de reflexionar en una narración es el procedimiento de la novela policial, que consiste en la meditación del detective sobre los hechos que ya se han narrado; la clave es que, en esa situación, el personaje anuncia lo que piensa que va a pasar. En resumen, las ideas en un relato tienen que estar siempre referidas a lo que está por venir, y no para explicar lo que ya se ha narrado.

Jueves 4 de noviembre

Estoy en el tren a La Plata. Anoche las últimas correcciones de la revista. El costo subió de 110.000 a 190.000 pesos. Ya veremos cómo remontamos las deudas.

Martes

Temas para el parcial de Introducción a la Historia:

1. Relaciones entre la progresión del espíritu absoluto y el concepto de progreso en la Historia según Hegel.
2. Relaciones entre el sistema de la Historia de Hegel y la historia política de la época en la que daba sus clases.

Tema. Acaso el final de mi novela sobre Cacho esté en el departamento de Montevideo en esos tres pistoleros atrapados allí, aguantando dieciséis horas y resistiendo contra cuatrocientos policías y soportando gases, fuego, balas, agua, bombas hasta que al fin queman el dinero y gritan: «Vengan a buscarnos, guanacos.»

En García Márquez *(La hojarasca)*, como antes en Rulfo, descubro las posibilidades técnicas de la visión ingenua. El que narra está afuera de la cultura letrada y mira el mundo con asombro. Permiten

descubrir un nivel casi absurdo y fantástico en la realidad. Se dan los datos sin hacer síntesis, hechos unidos por el conocimiento parcial (y mágico) que el ingenuo parece tener de las cosas. En la novela sobre Cacho ese nivel tiene que ser el de Bimba.

Miércoles 10

En la Facultad tomando el examen parcial de Introducción a la Historia. Veinte alumnos escriben porque yo dicté un tema, porque yo enseñé algunos temas. Y han estudiado y se han preocupado, etc. No hace falta declarar el carácter extraño que tiene para mí esta situación.

Sábado 13

Me encuentro con Dipi Di Paola, neuróticamente enfermo, siempre atento a los síntomas invisibles de un mal que nunca se manifiesta. Simpático, seductor, me leyó un hermoso cuento, pero habla de sí mismo y de lo que escribe con una insistencia excesiva, incluso para él mismo.

Lunes

En tres horas volví a escribir «La pared», un cuento limpio, suelto, con un suave aire beckettiano invisible para cualquiera: el viejo en un hospicio se lamenta porque han construido un muro y ya no puede ver la calle.

Sábado 20

Recién llamó Cacho por teléfono avisando que pasa a buscarme para ir a cenar a la Costanera.

Domingo 21

En el bar Ramos sobre Corrientes. Me encuentro con Miguel, que sigue dando vueltas con su libro de cuentos a medio terminar. Muy buenos a mi entender.

25 de noviembre

Cortaron la luz, el gas y el teléfono por falta de pago.

26 de noviembre

La revista está lista, empaquetada en la imprenta. Hablé con Sergio, irá a retirar la revista recién el lunes.

Diciembre

Miércoles 18 h. Extraña época, muy productiva (cuatro cuentos, la revista), muy conflictuada (la casa, la plata, la desdicha). Me va a costar olvidarla.

Viernes

A veces no puedo olvidar la imagen, esa imagen. Sin embargo yo mismo la busco, la invento. La necesito. De algún modo me atrae, como las barandas bajas que encierran una azotea. Si no, de qué modo entender la tentación continua, la busco, por eso la variedad de las asociaciones que la convocan, el aire de familia.

Sábado 4

Después de algunas soluciones (García, el Tata, etc.), cuando las cosas empiezan a suceder, no hay tiempo ni lugar para escribir. Esa escisión ha marcado mi vida. Las definiciones, las decisiones, tendrían que importar pero necesitan ser configuradas, historizadas, contadas como si les pasaran a otros. Ilusión de vivir en tercera persona.

Lunes 6

En el bar Florida. Llueve en la ciudad, el sol se filtra entre las nubes, ilumina la calle, el pavimento adquiere un color amarillo, muy claro.

Intento mantener alejado el concurso en la Facultad para renovar mis ayudantías en dos cátedras. Por ahora mi economía depende de esos nombramientos. Tengo los cargos desde 1963 y vivo de eso (y del trabajo en el archivo del Nono). Me gano la vida como historiador pero vivo como un escritor potencial, en los últimos meses he tratado de unir los dos trayectos. Escribir relatos que tengan la forma de una investigación y trabajar en el archivo de la

provincia de Buenos Aires. No se trata de tematizar lo que sucede en los bajos del correo en la galería Rocha, sino de llevar a la narración modos de ser que vienen de otro lado (ajenos a la tradición literaria).

Por fin este mes va a aparecer el número 1 de *Literatura y Sociedad*. El editorial que escribí trata de ser una crítica a los estereotipos de la izquierda. Su inutilidad define un modo de ver el mundo. El peronismo parece ser el punto ciego de la mirada histórica. El segundo punto consiste en oponerse a la noción de «literatura comprometida» porque arrastra una postura individualista; se trata, en cambio, de pensar a la literatura como una práctica social y ver qué función tiene en la sociedad. Por ejemplo, qué función tiene la ficción, etc. La idea sartreana de que cada obra individual debe responder sobre la responsabilidad del arte es ridícula y paraliza cualquier acción. La pregunta de Sartre, ¿qué puede *La náusea* ante un chico que se muere de hambre?, es moralizante y es un sofisma. Nada que un individuo aislado haga por sí mismo, en soledad, puede hacer nada por un chico que se muere de hambre. Es la misma lógica que usa la derecha cuando exige más represión y la justifica con la pregunta: ¿qué haría usted ante un delincuente que quiere matar a su hijo? Si la respuesta fuera individual, no habría otra cosa que estupefacción y actitudes «personales» (que no hacen otra cosa que cambiar de tema). ¿Qué puede hacer un hombre ante la injusticia del mundo? Juntarse con otros que buscan modos de actuar no-individuales. Salir del yo y de la conciencia subjetiva, ése es el camino de Marx y de Wittgenstein. En un caso es la clase y en el otro son los juegos del lenguaje los que condicionan la acción política. La eficacia –la respuesta– no puede ser individual.

La alegría de los hechos: quiere decir la ironía que hay en los acontecimientos y también la alegría que hay ante lo que se «ha hecho».

Si, como dice Cassirer, la realidad solamente puede ser

experimentada por medio de las formas simbólicas, que son siempre variables, y de los innumerables juegos de lenguaje en medio de los cuales actuamos, la cultura es la suma de las normas de conducta aprendidas e integradas (como una segunda naturaleza), que son fundamentalmente heredadas: esas normas se transmiten por medio del lenguaje (de la ley, los contratos y los pactos) y del aprendizaje («la doma», como Sartre llama a la educación que sufren los niños), al margen de lo instintivo.

Miércoles 8

Siempre la sensación de desamparo y la «dureza» de la realidad enfrente. Escribir ahora, solo, en esta casa vacía, con la microscópica serie de pequeñas decisiones que se toman todo el tiempo para sobrevivir. Una palabra atrás de otra, una palabra y luego otra y otra, el fraseo: eso es todo (una música).

A la vez, la cultura –la civilización– depende «simplemente» de la amplitud y del tamaño inusual del cerebro. Depende simplemente de la estructura ósea que ha dado lugar al crecimiento de «la masa encefálica», o sea de la ampliación de la cavidad craneana que se produjo hace dos millones de años cuando el pre-hombre empezó a caminar erguido por la llanura (los bosques donde vivía habían sido liquidados por distintas calamidades naturales), en la sabana: aprendió a caminar y a defenderse con la mirada alta de los depredadores. La postura permitió que la quijada tuviera el peso necesario para abrirse y hacer lugar a un nuevo uso de la lengua que permitió la articulación del lenguaje. Me he vuelto, me temo, una especie de positivista darwiniano como reacción a mi tendencia idealista abstracta. Paso del materialismo a la materia tal cual, y me pierdo ahí.

Entonces una de dos: o todo depende de la forma del cráneo (contingencia absoluta) o todo depende de la realidad espiritual o inmaterial de las normas de conducta aprendidas y de los códigos de comportamiento (la ley, la prohibición, lo que no se puede hacer).

Jueves 9

Cierta inexplicable felicidad, absurdamente. Hay que dejarlo en suspenso. Lo que puede fallar es el final, con el chiste de la muerte. Hay que dejarlo sin solución. Buscar una historia para la vejez (o para un viejo concreto, por ejemplo, el viejo Sócrates o el viejo Borges). Y nada más.

En diciembre

Escribir «El hermano de Luisa». ¿Quién es?, etc. Corregir todo el libro. Con Haroldo Conti conversación sobre el título del libro. *La invasión*. Más seco, menos «dicho» (es otra la invasión y son otras las guerras).

10 de diciembre

En el bar Florida. Me duele la cabeza, hace calor. Hoy en La Plata ¿cobré veintisiete mil pesos? Increíble. Siempre la misma irrealidad en relación con la vida concreta. De todos modos las cosas se precipitan, entre el 21 y el 31 de diciembre. Los concursos de la Facultad (cierran el 24). ¿Viaje al Uruguay? Pero ¿y la revista? Además sigue la presencia fantasmal de *my family*. El padre de Hamlet y Lady Macbeth *(to the bed*, al lecho, al lecho, dice Lady Macbeth).

Sábado 11

En el bar Florida. 18.30. No debo buscar ni pretender nada fuera del trabajo. Único momento de plenitud, la realidad queda en suspenso. No hay otras «satisfacciones». Es absurdo inventarlas o pedirlas. Si no aprendo esto, nunca podré evitar la dispersión y la locura. Busco el equilibrio, sin él no puedo vivir (los suicidios). Todo lo demás (salvo el amor) es ilusorio. Pero el amor sería ilusorio sin los cuerpos amados.

Plantear como dato a analizar el concepto (muy en uso actualmente) de «nueva generación». ¿Qué tiene de nuevo cada generación si todas repiten la misma voluntad de borrar a las demás? Sin embargo, es visible la aspiración a integrarse en la línea

central de la cultura dominante. Mientras la consigna tiene que ser mantenerse al margen. Pero ¿qué es el margen? Lo que nos caracteriza es una mayor formación por fuera de la literatura, se busca renovar los procedimientos por medio de técnicas que vienen de otro lado; por ejemplo, en mi caso, los usos inesperados del material disponible en la forma de la investigación. El relato se construye a partir de una experiencia no-literaria. El paso del artista al artífice «intelectual» que habla de lo que hace (y no de lo que es). Papel de la revista en este proceso. Hablar de una generación es hacer un juicio de cultura, decía Gramsci, es decir, la edad es un modo de definir lo que se ha podido leer y aprender en la juventud. Luego el concepto de generación deja de tener función: el artista ya no es analizado en términos del horizonte cultural de su edad (es decir, de su época). La edad de un escritor es un dato de la época a la que pertenece (más allá de sus opiniones o de sus declaraciones). La edad en literatura es un síntoma. Cada generación lee del mismo modo una serie recortada de libros y eso es lo que la identifica y lo que se ve en lo que escribe.

Domingo 12

Las 17.30 en El Castelar. Tenso, esperando a Sergio Camarda. Dispuesto a replantear la revista. Es necesario que me controle y domine la situación. Es preciso que lo deje hablar y que comience él con sus críticas y rebatirlo después, tranquilamente, porque no es el momento de romper. Anoche reunión provechosa, sobre todo por la presencia –y las ideas– de José Sazbón.

La tensión ansiosa (el futuro invade el presente) es una de las pocas emociones que recuerdo a lo largo de mi vida. Aparece de pronto sin cambios exteriores, en situaciones diferentes: soledad, fuerza emocional, recuerdos, la espera (como ahora).

Copiar y copiar a máquina el libro de relatos parece ser en esta época mi ocupación delirante y habitual. No escribirlo, ni corregirlo, ni criticarlo, sino copiar cada una de sus páginas una y otra vez, equivocarse (como recién) y dejarlo a medio hacer. El que se copia a

sí mismo. Nada cambia, ni mejora, solamente se repite lo mismo. ¿Buscando qué?

Lunes

Cada tanto, una súbita confianza en el libro, por ejemplo recién, caminando bajo la lluvia, después de tomar un vaso de leche y de hablar con Briante. Dimos vueltas y vueltas sobre el estado de la literatura, él y yo estamos libres de la fiebre por Cortázar que ha invadido la mayor parte de las escrituras actuales; claro que Miguel está contaminado por Borges (por cierta idea de estilo «criollo») y por cierta adjetivación afectada que lo hace no encontrar la voz propia. Por mi parte avanzo a ciegas, por la espesura, sin ninguna guía. Por otro lado, los trabajos que están enfrente (la revista, el libro, ciertas «ideas» o presunciones que me gustaría alguna vez escribir) no me dan tiempo para la introspección. En cambio, la exteriorización de un acto, de una serie de actos, me saca de mí mismo («me sacan de quicio», una expresión enigmática), publicar la revista, por ejemplo, exige estar atento a lo que viene de afuera, tengo que revisar las defensas en lo alto de la muralla. No puedo aceptar ninguna debilidad, tengo las espaldas cubiertas (me apoyo contra el muro) pero veo las traiciones en la tropa propia (Osvaldo me delató con el Tano), las defecciones (Camarda «separándose», atribuyéndome los «defectos» de la revista, que él «acepta»). No deben hacer vacilar mis decisiones, hay que volver a la dureza, no dejarse atrapar por el desánimo. Nadie entiende el criterio que está en la base del primer número: una intervención conceptual muy agresiva para sacudir el estado letárgico de la cultura de izquierda, que concilia con los prejuicios «progresistas» con los cuales hemos roto (es decir, la cultura del PC). Me refiero a los efectos culturales del peronismo y a sus mitos con simpatía, pero está claro que yo no soy peronista y no me dejo encandilar por el pragmatismo.

Es necesario cambiar el estado de las cosas, que aparece muy caótico en estos días. ¿Cuáles son los problemas? *La casa*, tengo que irme de aquí. Complicaciones con los muebles y los libros. Posibilidad de ocupar el departamento de Cacho en Ugarteche. Pero

Cacho se fugó a Mar del Plata y no lo vi para confirmar. Puedo arreglar con él allá en Navidad. Necesito asegurarme en enero; además está la casa en la Boca. Tengo el verano para resolver la mudanza.

Súbitamente encontré el cuarto en la calle Medrano, en la pensión, y vi la imagen de aquel asado con Haroldo Conti, detrás de Retiro, cruzando las vías y la avenida que separa el puerto de la ciudad. Fui porque no había plata para almorzar, por eso acepté la invitación.

Martes 14

Duermo demasiado, como si en estos tiempos de conflicto sólo pudiera aspirar al silencio y a la oscuridad. Dormir es una fuga para el que está preso, me dijo un día Cacho.

Es notable experimentar el choque entre la conciencia que yo tengo de mí mismo y el modo en que los otros me ven (Sergio, Alberto Cedrón). La mirada enemiga sólo se da entre amigos. Notable este relativismo. Porque hay una tercera conciencia (como quien dice en joda el tercer ojo) lateral, incierta, en la que yo me veo a mí mismo como si fuera otro (como si fuera el otro). Además casi siempre con asombro compruebo todo lo que me quiero, en el fondo. Lo seguro que estoy de mis «virtudes» y de la existencia de «fuerzas ocultas» que se oponen a su desarrollo. Porque valorizo demasiado estas «fuerzas» (o porque a través de ellas disimulo mi fragilidad), practico eficazmente la desdicha, como si estuviera convencido del fracaso. Entonces hay que fundar una ética y una poética del no, de las imposibilidades que hacen posible la vida.

El equilibrista. «Es imprescindible inventar un orden. Creer en él, en su valor, en su significado, en su eficacia. Después, de un salto, entrar en el.» Después dijo (el equilibrista, sobre el alambre, en lo alto de la carpa de circo): «Tendría que realizar la alteración que se repite siempre frente al mismo hecho. Primero la atracción que me obliga a agazaparme y a escuchar. Después la certidumbre de que

eso que está pasando ahí –que le está pasando a otro en un espacio distinto– significa ver desde lo alto al que yo era en otra época.»

Escribir para los enemigos, no lo social, buscar el ocultamiento. Plantear la sobrevivencia del escritor argentino. La exterioridad de esta promoción (y no de esta generación). Promoción: que se promueve, grupos que aparecen en una misma fecha.

Jueves

En el Florida, 18.30.

Espero a Szpunberg, por carta abierta en apoyo a los guerrilleros de EGP, que están en huelga de hambre y presos. ¿Son o no son prisioneros políticos? No se los debe tratar como a delincuentes comunes. Una tarde con varios encuentros. Néstor García Canclini se va a París a estudiar con Ricœur. Posible entrevista con el filósofo sobre el acto de narrar. Luego Héctor Alterio posiblemente grabe su actuación de mi cuento («Mi amigo») y le agregue «La pared» (el monólogo del viejo beckettiano). Después me encuentro con David Viñas por posible colaboración en la revista.

Viernes

Nos interesa la literatura norteamericana porque permite ver cómo grandes artistas (Salinger, F. O'Connor, Truman Capote, Carson McCullers) son también populares. Único caso en la literatura contemporánea. Hay dos motivos, creo. La amplitud del sistema de enseñanza, que pone obras en la lista de lectura obligatoria, y una industria literaria muy desarrollada. El segundo motivo es la gran tradición narrativa que logra incorporar la experimentación formal a la tradición novelesca.

La imposibilidad de aceptar la convención, el agudo sentido del ridículo que me obliga a escucharme cuando hablo «intencionalmente», desbarajusta mis posibilidades de asumir el matiz estilístico. Llamar a una mujer por teléfono supone un modo fundado en ciertas pautas que no se pueden nombrar y están sobrentendidas. Recién H. dijo «que descansen bien» y yo esperé

inútilmente su risa del otro lado. Pero ella hablaba en serio... Como la vez que le dije a Elena «la princesa está triste» en el mejor estilo irónico y antirromántico y ella se lo tomó en serio y me dijo: «¿Cómo te diste cuenta?»

Nota. Un lenguaje es un sistema arbitrario por medio del cual actúan entre sí los mismos miembros de una comunidad y así aprenden un determinado modo de vida. La realidad tal como la conocemos está condicionada por la categoría gramatical y sintáctica del lenguaje que usamos (decide el orden, la continuidad, los tiempos verbales, es decir, la conciencia de la distinción entre presente, pasado y futuro). La gramática ordena el orden del mundo y propone una morfología (que se ocupa de la estructura de las palabras) y una sintaxis (que se ocupa de la manera en que las palabras se combinan en oraciones y en frases).

Viernes

Anoche me emborraché, sin enterarme. Lo supe hoy a la mañana cuando me desperté con una mujer desconocida en la cama. «Hola, precioso», me dijo, y yo la miré (era rubia de ojos claros y tetas grandes) y le pregunté: «¿Vos de dónde eras...?» Se ofendió y se fue, de modo que no pude saber cómo se llamaba. Tengo recuerdos fugaces, el taxi o el ascensor, la almohada. El resto es silencio. Los recuerdos se borraron como si estuvieran escritos con lágrimas.

Hace un rato, caminando por la recova en el Bajo desde Plaza de Mayo a Viamonte, hablando solo, volví a estar seguro de todo, convencido como antes de mi futuro y de la estrella que me protegía, y era feliz y ciego.

No hay procedimiento narrativo que no sea artificial, es decir, que no se le imponga al lenguaje cotidiano como un uso inusual. Por eso me sorprendió la declaración de Germán Rozenmacher cuando dijo que narrar en presente era artificial, quiso decir afectado, y sin embargo las personas que uno oye en la calle usan el presente como

base de la conversación. «Entonces me dice... y yo le digo... y él me dice», un modo bastante «natural» de contar la propia vida.

(Sobre lo mismo.) Un hombre que, para vencer el pasado de su mujer, la deja y se convierte él mismo en pasado para ella. Un pasado más novedoso o más valioso que el anterior (del cual él estaba celoso). Porque en el amor sólo importa el presente, que es el tiempo de la pura pasión, aunque en ciertas circunstancias el presente nos interesa por lo menos para destruir el ardor del pasado que él imagina (por ejemplo Otelo). Entonces es necesario dar el salto, dejar el presente, entrar en el pasado para estar en igualdad de condiciones. Como quien entra en una pieza alta desde la que lo insultan impunemente y puede por fin ver la cara de sus enemigos. Ése es el momento en el que Otelo ahoga a Desdémona con una almohada blanca, para no oír los gritos que llegan de la pieza vecina (en su cabeza).

Es necesario insistir: la evasión (por ejemplo la literatura de evasión) no es en sí misma un defecto ni una virtud. Todo depende de cómo volvamos de la evasión: si más fortalecidos para nuestra actitud frente al mundo o más deteriorados y desintegrados para nuestra vida.

Ahora, con el libro casi listo, veo venir el encuentro real con la literatura, casi diez años después de haber hecho la apuesta a todo o nada. ¿Seré capaz de superar un fracaso?

Los concursos de la Facultad son también reveladores y definen la posibilidad real de un trabajo concreto.

Las posibilidades de la revista, ¿hay un equipo?, ¿hasta dónde soy capaz de encarar el asunto y hasta dónde me interesa?

La negación de lo real como modo de vida...

«A los reaccionarios no los leo, para no envenenarme», dijo Perón.

Miércoles 29

Tengo una cantidad increíble de papeles sobre la mesa, que son el libro que trato de pasar, como se dice, en limpio. Anoche Inés se fue a visitar, según dijo, a su madre. Estoy en casa solo, con los días limpios y vacíos enfrente. Parece que estuviera otra vez en esta ciudad, pero en los años 1958 y 1959. Veo el mismo panorama desde esta ventana.

La diferencia es que ahora he escrito por fin un libro. Quizá más definido y más personal que ninguno de los mejores libros de cuentos aparecidos en estos años *(Las otras puertas, Las hamacas voladoras, Cabecita negra)*, cercanos a otros libros también unitarios en su poética y en su mundo narrativo *(Los oficios terrestres, Palo y hueso)*, pero yo no me comparo con nadie, comparo el libro que está escrito con el libro que imaginé que estaba escribiendo o que quería escribir.

Viernes 31 de diciembre

Releer mis «cuadernos» es una experiencia novedosa, quizá se puede extraer, de esa lectura, un relato. Todo el tiempo me asombro, como si yo fuera otro (y es lo que soy).

Es impresionante comprobar que yo decidí mi destino ciegamente en esos dos años (1958-1959), aquí en este cuarto con una ventana que da a las ramas del jacarandá plantado, antes de que yo naciera, en la vereda. Impresionante recordar –ya que hablamos del destino– la importancia de la casualidad.

15. HOTEL ALMAGRO

Cuando me vine a vivir a Buenos Aires alquilé una pieza en el Hotel Almagro, en Rivadavia y Castro Barros. Estaba terminando de escribir los relatos de mi primer libro y Jorge Álvarez me ofreció un contrato para publicarlo y me dio trabajo en la editorial. Le preparé una antología de la prosa norteamericana que iba de Poe a Purdy, y con lo que me pagó y con lo que yo ganaba en la Universidad me alcanzó para instalarme y vivir en Buenos Aires. En ese tiempo trabajaba en la cátedra de Introducción a la Historia en la Facultad de Humanidades y viajaba todas las semanas a La Plata. Había alquilado una pieza en una pensión cerca de la terminal de ómnibus y me quedaba tres días por semana en La Plata dictando clases. Tenía la vida dividida, vivía dos vidas en dos ciudades como si fuera dos tipos diferentes, con otros amigos y otras circulaciones en cada lugar. Lo que era igual, sin embargo, era la vida en la pieza de hotel. Los pasillos vacíos, los cuartos transitorios, el clima anónimo de esos lugares donde uno está siempre de paso. Vivir en un hotel es el mejor modo de no caer en la ilusión de «tener» una vida personal, de no tener quiero decir nada personal para contar, salvo los rastros que dejan los otros. La pensión en La Plata era una casona interminable convertida en una especie de hotel berreta manejado por un estudiante crónico que vivía de subalquilar los cuartos. La dueña de la casa estaba internada y el tipo le giraba todos los meses un poco de plata a una casilla de correo en el hospicio de Las Mercedes. La pieza que yo alquilaba era cómoda, con un balcón que se abría sobre la calle y un techo altísimo. También la pieza del Hotel Almagro tenía un techo altísimo y un ventanal que daba sobre los fondos de la Federación de Box. Las dos piezas tenían un ropero muy parecido, con dos puertas y estantes forrados con papel de diario. Una tarde, en La Plata, encontré en un rincón del ropero las cartas de una mujer. Siempre se encuentran rastros de los que han estado antes cuando se vive en una pieza de hotel. Las cartas

estaban disimuladas en un hueco como si alguien hubiera escondido un paquete con drogas. Estaban escritas con letra nerviosa y no se entendía casi nada; como siempre sucede cuando se lee la carta de un desconocido, las alusiones y los sobrentendidos son tantos que se descifran las palabras pero no el sentido o la emoción de lo que está pasando. La mujer se llamaba Angelita y no estaba dispuesta a que la llevaran a vivir a Trenque Lauquen. Se había escapado de la casa y parecía desesperada y me dio la sensación de que se estaba despidiendo. En la última página, con otra letra, alguien había escrito un número de teléfono. Cuando llamé me atendieron en la guardia del hospital de City Bell. Por supuesto me olvidé del asunto pero un tiempo después, en Buenos Aires, tendido en la cama de la pieza del hotel se me ocurrió levantarme a inspeccionar el ropero. Sobre un costado, en un hueco, había dos cartas: eran la respuesta de un hombre a las cartas de Angelita. Explicaciones no tengo. La única explicación que encuentro es que yo estaba metido en un mundo escindido y que había otros dos que también estaban metidos en un mundo escindido y pasaban de un lado a otro igual que yo y, por esas extrañas combinaciones que produce el azar, las cartas habían coincidido conmigo. No es raro encontrarse con un desconocido dos veces en dos ciudades, parece más raro encontrar, en dos lugares distintos, dos cartas de dos personas que están conectadas y a las que uno no conoce. La casa de pensión en la Plata todavía está, y todavía sigue ahí el estudiante crónico, que ahora es un viejo tranquilo que sigue subalquilando las piezas a estudiantes y a viajantes de comercio, que pasan por La Plata siguiendo la ruta del sur de la provincia de Buenos Aires. También el Hotel Almagro sigue igual, y cuando voy por Rivadavia hacia la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Puán paso siempre por la puerta y me acuerdo de aquel tiempo. Enfrente está la confitería Las Violetas. Por supuesto hay que tener un bar tranquilo y bien iluminado cerca si uno vive en una pieza de hotel.

16. DIARIO 1966

Sábado 1 de enero

El primer pensamiento del año fue un recuerdo de la infancia de Inés, en la playa, jugando con un perro que se metía en el mar cuando ella le tiraba una pelota para que el perro se la trajera de vuelta. Tal vez recurra a su pasado porque yo carezco de memoria personal. En realidad, peleo contra una serie confusa de recuerdos ajenos. Mejor, tengo presente lo que han vivido los otros.

Uno es uno, pero ¿cómo es visto desde afuera por los otros? Ahí hay una prueba que anula el solipsismo. Uno percibe que no está solo por la sensación de incomodidad que le producen los demás.

Hay que estar atento a la percepción del narrador personal (pero ajeno a la trama) que sólo se dedica a contar una historia, aparece en tercera persona pero de pronto se deja ver como una sombra real en medio de la intriga. Por ejemplo, la diferencia entre la voz que narra en Dostoievski: «Pero no hemos de reproducir aquí todo el flujo de sus pensamientos ocultos. No tenemos tiempo ahora de calar en esa alma.» Y la voz que narra –y escribe– en Saul Bellow: «No sé de qué modo se puede escribir esto.» Hay mayor libertad en D. porque rompe la convención narrativa que hace del narrador una figura invisible. D. lo hace aparecer de pronto como un testigo de los hechos: no sabemos quién es ni cómo se llama, pero está ahí para hacer notar el carácter convencional de la historia (alguien la narra). En cambio B. trabaja con un procedimiento más previsible: el que escribe la historia le habla al desconocido lector como si estuviera escribiendo una carta a un amigo. B. usa la primera persona, lo notable en D. es el uso de un narrador en tercera que se convierte de pronto en una figura personalizada. Arlt usó la técnica en *Los siete locos*, pero identificó a ese narrador en tercera que se hace

presente en la acción con el nombre del Comentador (que aparece básicamente en las notas al pie).

En mi caso trabajo narrativamente la inversa: imagino, construyo hipótesis y versiones de un acontecimiento microscópico. Por ejemplo, encontré por azar en un libro de Inés la foto de uno de sus novios de la adolescencia. Un joven jugando al básquet en el club Peñarol. De inmediato convertí esa foto en un hecho del presente (se hizo presente, la foto que tenía siete años, porque yo la encontré ayer). Entonces el pasado de ella estuvo entre nosotros, no lejos de aquí, ya que la foto era una presencia ahora, como un tercero. Ésa es la lógica del delirio. Todo sucede en presente y algunos matan para salir de ese tiempo absoluto y recuperar una temporalidad normalizada, el crimen es una consecuencia lógica de la pesadilla del presente, del peso de la pasión. Ése es el tiempo de la tragedia, no es el tiempo de la narración. Lo que se busca es que ese rasgo del pasado vuelva atrás, que la foto pierda su inmediatez absoluta y se construya un relato en el que tenga un lugar mínimo en una sucesión múltiple de hechos vividos. Ya lo dije: no es la cantidad (basta un detalle: un joven en una cancha de básquet), no es el pasado, es un solo acontecimiento del ayer que se conserva como una foto en el presente, es un solo momento que persiste y no se puede borrar. Entonces –aparte del crimen– hay dos caminos: rehuir, alejar las imágenes, perder la cabeza. O en cambio profundizar en la figura, no salir de ahí, persistir en la idea fija. Trato, como se ve, de convertir mi experiencia en una lección de ética narrativa. Absorto en la foto, el narrador construye un relato circular que no hace más que girar sobre una imagen fija (es una foto, no es una película) justamente, terrible porque está fija y no se puede narrar, es decir, avanzar hacia otra situación.

Como dice Dostoievski en *Los hermanos Karamázov*: «Añadiré una vez más, por mi parte: me resulta casi enojoso recordar ese inquietante y tentador acontecimiento en el fondo intensamente insignificante y natural, y sin duda lo pasaría por alto en mi historia

si no hubiera influido de modo intensísimo y notorio en el alma y el corazón del futuro héroe de mi historia.»

Entonces siento lo que siento porque el pasado de una mujer es insoportable para mí en ciertos momentos. O siento que un hecho mínimo (una foto de un joven imbécil haciendo que juega al básquet) es algo insoportable porque estoy leyendo a Dostoievski y todo lo que vivo lo observo con la óptica excesiva y delirante de sus novelas...

Un comienzo de año que espero no se repita. Inventando yo mismo las tragedias y la desdicha. Solo, en esta casa vacía (la casa *familiar)*, sin nadie a quien visitar. Voy al cine todos los días y por las noches leo a Dostoievski, buscando la salida, el escape. Ahora a las tres de la mañana, cansado, sin poder seguir leyendo, sin sueño, sin punto de fuga.

Martes 4 de enero

A la playa y el mar con Cacho, me cuenta sus planes, vino a la costa como vienen los asaltantes de guante blanco que siguen a la gente de dinero. Tengo unos datos sobre un paciente de mi padre, un estanciero de la zona, tiene un haras y muchísimo dinero guardado en el fondo de un alto florero de loza verde, los dólares que esconden ahí, se lo dijo a mi padre una noche de copas y mi padre lo repitió como una gracia en casa hablando por teléfono con su hermana Gina. Y yo lo escuché. Cacho tomó nota mental de la casa, de la disposición de los cuartos y del jarrón en el descanso de la escalera. A cambio (pero no fue a cambio, no fue un trueque) arreglé con él la posibilidad de quedarme en su departamento hasta abril.

Tengo veinticuatro años, la edad de Raskólnikov.

«Sólo le diré una cosa: que todo ese personaje lo describiré mediante sus actos y no apelando a disquisiciones, lo que hace

esperar que resulte una personalidad de una pieza», D. Carta de 9 de octubre de 1870.

Lunes 10

Frente a los árboles, arriba, sentado en la terraza del departamento de Cacho en Palermo, en el que quizá me quede este año en paz. Después de dar vueltas por la ciudad, cobrar diecisiete mil pesos y gastar dos mil en *Cantar de ciegos* de Carlos Fuentes y *Herzog* de Bellow. Anduve por la ciudad entrenando la mirada de turista. Caminé hasta Florida, después por Viamonte, entrando a las librerías, los templos de libros usados en Avenida de Mayo.

Martes 11

Una rara felicidad, casi desconocida, una tarde en Mar del Plata. Yo bajaba por la calle España hacia el mar. Una ventana que desemboca en los árboles, en los terribles edificios de cuarenta pisos, al fondo. Caminaba solo. Quería estar tendido en el sofá leyendo los cuentos de Carlos Fuentes, sin pensar, limpio, comiendo duraznos, escuchando el ruido sordo de un motor cercano.

No se trata de fomentar el autocontrol, sino de controlar el descontrol.

«Todos aquellos a quienes hemos amado, detestado, o conocido, o solamente entrevisto, hablan por medio de nuestra voz», M. MerleauPonty.

Este año tengo que leer todo Merleau-Ponty. Pero son demasiadas las cosas que quiero hacer este año.

«La finalidad de sus años de estudio estriba en que el sujeto asiente la cabeza y se adapta con sus deseos a las relaciones existentes y a la racionalidad de las mismas, entre en el encadenamiento del mundo en el que adquiere un punto de vista adecuado», Hegel.

Ésta es una época de citas.

Somos de izquierda no por generosidad, no por la insidiosa piedad, no por el ejercicio de la compasión, sino porque –como dice Engels– «lo que en todo caso es cierto, es que antes de poder tomar partido por una causa hemos de hacer de ella nuestra propia causa, y que en ese sentido, prescindiendo de eventuales esperanzas materiales, somos comunistas».

Miércoles 26

Leo a Stendhal y leo a Melville para encontrar lo que ya había de nosotros en el siglo XIX.

La solemnidad de la prosa de Sabato lo lleva –sin tregua–, una y otra vez, al ridículo.

Jueves 27

Quiero borrar mi tendencia a responsabilizar a los otros por las debilidades y las carencias que sufro. Ya que me cuesta reconocer «mis virtudes», que no le atribuyo a los demás, haré lo mismo con mis mezquindades y mi cualidad ruin.

«Nacidos para morir, nada puede restituirles la inmortalidad de la primera edad; terminada la edad de oro sólo queda la degradación», M. Merleau-Ponty (aunque la frase podría ser de Pavese). Algunos añoran desesperadamente la niñez porque –me doy cuenta ahora– eran, o se sentían, inmortales.

«Nuestros actos del pasado», pensó, «vienen a nosotros desde el fondo de los años futuros, irreconocibles, pero nuestros.» Había visto esa frase escrita en el aire, frente a él, como una consigna –o una citapsicótica. Estaba alucinando, pero sólo podía imaginar frases escritas. Las veía en el aire, en los corredores del hospital o en los árboles, en el rostro de sus compañeros de cautiverio. Frases y frases y frases, inolvidables. Le pidió a la enfermera el favor o la gracia de poder sustituir sus fantasmagorías escritas por imágenes

turbias o atroces, pero abstractas, desprovistas de todo lenguaje. Estaba internado en una clínica de desintoxicación, sólo acompañado por su «asistente» o doble, quizá era su hija no adoptiva, que estaba con él día y noche y decía que era mexicana.

Ayer con Edwards, el profe de Historia Social y su amante (una rubia vistosa) y los compañeros del curso (sólo tres de ellos), en Ricardito, escuchando al quinteto de Piazzolla.

Rodolfo Kuhn y Germán Rozenmacher me proponen que escriba el guión de una de las *Historias de jóvenes* que ellos y otros escritores están haciendo en la televisión. Tal vez podría escribir la historia de Lucía.

Estuve pensando en *Herzog,* la novela de Bellow, admirable por su capacidad de capturar una época de crisis, la crisis –personal, política, moral, filosófica e íntima, pero también de época– de un intelectual liberal, un destacado profesor que ha perdido sus ilusiones (y también sus mujeres), ambiguo, solo, colgado en el aire. Así, se diferencia de *Rabbit, Run* de J. Updike, que cuenta la escapada de un hombre común, ex basketbolista notorio en el *college*, de hecho un hombre físico, un antiintelectual, formado por la cultura de masas, al que atrapa en medio de la fuga, que está desesperado porque se ha convertido en un *loser*, que vive de su pasado –y mediocre– esplendor.

Los recuerdos compartidos con una mujer amada pueblan las noches de insomnio (cuando siempre son las tres de la mañana en la noche oscura del alma) del sobreviviente que sólo encuentra en ellas hojas secas, palabras, quiero decir hojas muertas.

A pesar de todo, dijo, en el futuro, desde allá, ésta tiene que ser una época feliz porque el futuro está –potencialmente– en mis manos. Económicamente no hay zozobra (hasta abril, tengo garantizados estos tres meses de vida), en lo inmediato –a pesar de mis repetidos sueños en los que deambulo por «casas ajenas»–

tengo el departamento de Cacho («allí donde el tigre anida, también el hombre lo pasa») porque después del verano él tendrá plata para comprar otra casa. Pero si no, ¿adónde iré? Pero nada depende de mí, directamente, y la espera es mi Beatrice (es mi musa). De todos modos es preciso que yo luche contra esta «inquietud» que no me deja vivir.

Quizá en la novela pueda construir a Cacho a partir de mi propia adolescencia; darle a él la experiencia de mi vida en esos años, extraerla de mis diarios. Además es necesario encontrar una anécdota casi policial (y que todos ya conozcan y no haya que explicar, como sucede con los hechos en la tragedia griega: todos conocían los mitos y el argumento en el que se basaban las obras). Por ejemplo, el robo al camión pagador y la fuga a Uruguay de los maleantes. Usar entonces el pretexto de la no ficción para escaparle al verosímil y al costumbrismo. Escribir, digamos así, un drama épico, o mejor, una tragedia.

Sábado 29 de enero

Los días pasan, vacíos, como en una alegoría. Nada que yo haya «creado» pero, sin embargo, ¿no serán estos días inútiles la base, el cimiento que hace posible los otros «momentos» fugaces y perfectos?

Una vez más –una vez más, como en aquella semana de 1961– encuentro mi cuerpo, hostil: está aquí, soy yo (¿quién?), pero me es ajeno y tiene leyes propias, se impone, inexorablemente, y marca el paso del tiempo de un modo que siempre vi en los demás (ellos envejecían por mí). Como aquel día en la estación de Adrogué con Elio Spinelli cuando descubrí en una pelea la fragilidad de mi cuerpo, que no estaba a la altura de mi coraje. Son descubrimientos sorpresivos, que duran un rato, porque después los ignoro, los dejo que vivan su vida. Pero al final es el cuerpo (un esqueleto, una carcasa, un armazón, una cáscara vacía, sin alma) quien tiene razón y yo no puedo ignorarlo.

Algo de eso sucede aquí, en esta casa, en la que el orden me es ajeno y mis amigos quieren imponérmelo y que yo me «amolde» (entrar en el molde) y lo acepte. Desde luego es imposible vivir sin los otros, sin el cuerpo. Y la soledad es una ilusión falsa, como la magia, como Platón y el platonismo, como los místicos que desechaban y repudiaban el cuerpo no por un austero sacrificio, sino por el inmenso orgullo de poder superar las «limitaciones» físicas. La vida fuera del mundo, el eremita en el desierto, son salidas cerradas. ¿Entonces? Comprender que uno es –si es que algo es– eso, la forma de la cara, la torpeza, la inquietud.

Uno piensa, dice: dentro de treinta años... y ésa es la única conciencia posible de la temporalidad, ver desde el futuro (como si eso fuera posible) es una cualidad de la ficción, las vidas paralelas, los cuerpos puros: uno va hacia ahí, hacia el porvenir, para poder soportar el presente. Un modo de destruir la imagen que tenemos de nosotros mismos, de comprender que ya no es posible la ilusión, que nadie tiene la dureza inhumana que permitiría vivir en el puro presente, en todo se agazapa la destrucción y nadie tiene asegurado el dominio de sí mismo (nadie tiene asegurado su propio dominio, ni tampoco sus propios dominios territoriales). Pero, a pesar de todo, hay objetos, entes, que parecen seguros y a los que tenemos que someter nuestro espíritu absoluto.

Cantar de ciegos de Carlos Fuentes, un libro brillante, ingenioso, casi superficial pero muy inteligente, con una percepción sagaz de las relaciones entre las personas. «Un alma pura» es el mejor cuento.

La virtud de la prosa autobiográfica de Sartre *(Las palabras*, *La náusea,* los retratos de Merleau-Ponty o de Nizan) consiste en su capacidad de transformar los hechos en conceptos, a la inversa de Borges, que convierte los conceptos en hechos.

Lunes 31 de enero de 1966

Comienza el derrumbe. Cacho (y Bimba y Víctor) presos. Yo era el

único en captar el vacío de su vida. Robar, estar en peligro, ser perseguido, arriesgar era su modo de sentir que estaba vivo. El resto del tiempo se aburría, percibía como nadie el sinsentido del mundo. Iba al casino para recuperar algo del tiempo intenso de la trasgresión y del peligro. Empezó a perder de un modo demoníaco, apostaba contra sí mismo y siempre perdía, sólo buscaba sostener la emoción. La otra noche salió de la ruleta, cruzó la calle y en una de esas cuevas de compra y venta, que están ahí para cazar a los jugadores empedernidos que venden su ropa para seguir jugando, vendió un reloj Rolex robado y puso en el talonario su nombre real, la dirección de la casa de su madre y su número de documento. La policía lo siguió durante tres días y por fin lo detuvo a él y a todos sus amigos. Al interrogarlo le dijeron que habían comprobado en sus seguimientos que Bimba se acostaba con Víctor y que nadie le era leal. Allanaron la casa de su madre y se llevaron todos los aparatos electrónicos que había robado y también el dinero que había escondido en uno de sus zapatos.

Mientras, Cacho está adentro. Todo se le derrumbó en un momento, como en un sueño. La policía llegó a la casa a las dos de la mañana. Se llevaron tres revólveres, dos valijas con joyas. Seguro imaginó que alguien lo había delatado, pero fue él mismo quien armó la trampa.

Empecé este cuaderno con la crisis en la casa de la Boca y ahora sigo con la detención de Cacho y el fin de una época dorada, peligrosa para él porque yo he quedado a salvo (dado que él, en la tortura, no me nombró ni me complicó en sus cosas, aunque la policía, según Bimba, había preguntado por mí).

Lo primero que pensé fue que había perdido mi máquina de escribir. La dejé en el departamento de Cacho en Buenos Aires, que la policía seguramente allanó o va a allanar.

Alguna vez dejaré un cuaderno a medio terminar (como hago ahora con éste).

Febrero

Leo *No soy Stiller* de Max Frisch. Me gustan las justificaciones delirantes de la intriga: un hombre que es tomado por otro –o confundido con él– escribe este libro como una defensa y un testimonio de su verdadera identidad. «Hoy me traen este cuaderno de hojas en blanco para que escriba en él mi vida.» La técnica se convierte en el tema, lo mismo pasa con *Malone muere* de Beckett, que recibe todas las noches unas hojas de papel y escribe ahí en el cuarto de su madre, en la cama, con un lápiz, la novela que estamos leyendo. Sin embargo hay una diferencia sensible entre esas tretas y el modo en que Pavese, por ejemplo, escribe su diario. En este caso el artificio se reduce al mínimo –alguien está escribiendo su vida– y se legitima, implícitamente, con el suicidio del autor.

Hay que evitar la sacralización de la literatura convertida en un absoluto (ejemplo, Sabato) y por lo tanto una tontería sin sentido o, a la inversa, hacer como Henry Miller, que nos dice que sus novelas están siendo escritas a partir de la vida misma –sin forma– (otra superchería). Sabato construye primero su figura de escritor atormentado y Miller ha leído primero a Thomas Wolfe. Los diarios evitan esas dos ilusiones y arman un camino incierto y frágil.

No soy Stiller es la inversión de *El difunto Matías Pascal* de Pirandello. En los dos casos se juega con los desdoblamientos de la identidad y con las vidas posibles. Todo se cifra en el nombre, que es la condición del equívoco y del cambio de lugar –por eso los títulos, donde brilla un nombre propio (¿qué otras novelas tienen el apellido de un varón en la tapa?)–. Frisch se interna en un clima kafkiano (porque también Joseph K. parece haber sido confundido con otro), el individuo es interrogado y encarcelado por funcionarios que lo tratan desde el principio como a un culpable.

Caminé por la vieja galería manchada de humedad. La crucé de lado a lado, me abrí camino entre los paseantes que se habían refugiado ahí y se amontonaban escapando de la lluvia. El negocio, una especie de quiosco de vidrio, estaba casi a la salida, sobre

Rivadavia. Yo sabía que él andaba por ahí. Anoche, sin ir más lejos, casi me lo choco en medio de la calle y tuve que saltar hacia un costado para eludirlo y escapar. Me moví rápido y me mezclé con la gente y luego empecé a caminar despacio para que no me notara, mientras se iba. Por eso, tal vez, hoy, antes de entrar, espié a través de los vidrios. Le di la espalda, tratando de no moverme bruscamente, de no romper el ritmo de los caminantes que se movían entre las vidrieras y los corredores. Él estaba atrás de mí. Empecé a caminar y alejarme sin saber si había alcanzado a verme. En la nuca y en la cintura, cerca de la espina dorsal, imaginé vívidamente el contacto helado que esperaba sentir tras el choque producido por su voz blanda y cansada.

Miércoles 2

Me desperté lentamente, a las 7 de la mañana, como asustado, envuelto en el sudor de mi propio cuerpo. Todo desde anoche quejas con el abogado: Cacho preso en Buenos Aires, lo llevaron para el allanamiento en el departamento de Ugarteche. No puedo hacer nada por él. ¿No puedo hacer nada por él? Imposibilidad de ir al lugar el día 8 como estaba programado. Además, después de los golpes, los policías averiguaron todo: y le dijeron que lo sabían: la impotencia de Cacho, descubrieron la relación de Bimba con Ernesto y Víctor. Los estaban siguiendo desde hacía días y le dieron detalles de los encuentros clandestinos de su mujer con sus amigos. «Todo para ablandarlo», me dijo con aire fúnebre el abogado. Fueron además al departamento de Ernesto y se llevaron todo lo escondido ahí. Desde esa noche en que Cacho vendió el Rolex robado y dio su propia dirección, me dijo el abogado, empezaron a seguirlo a él y a todos sus amigos, incluido yo. Por lo tanto, me recomendó que «me hiciera ausente». Lo que hice fue irme a Adrogué, a la casa del abuelo que antes era la mía. Siempre voy ahí cuando estoy en problemas. El abuelo me recibe siempre con la misma sonrisa cómplice.

Lo difícil es mantener la calma. Las «alteraciones» (emocionales o materiales) impiden pensar y actuar eficazmente. Pero eso ya lo sé,

lo fundamental ahora es asegurar la base, conseguir plata, buscar un lugar (con De Brassi, en otra pensión, etc.) que no esté quemado. Desde ahí podré empezar todo de nuevo y ayudar a Cacho.

Recién caminé solo, al sol, por la calle vacía. Encontré cierta paz. Pero ahora estoy otra vez centrado en mí, como en aquellos días del 59, perdido como entonces. Siento –con las noticias de los hechos– que todas las seguridades se derrumbaron, que no hay nada estable, y entonces doy vueltas y vueltas sobre mí.

Jueves 3

«En todos los terrenos el hombre verdaderamente fuerte es aquel que mejor comprende que no se le regala nada, que todo tiene que hacerse, comprarse; el hombre que tiembla cuando no nota resistencias, el que se las pone a sí mismo. En este hombre, la forma es una decisión fundamental», Paul Valéry.

«La gran música consiste en la satisfacción de la *obligation* que el compositor contrae, por así decirlo, con la primera nota que escribe», Arnold Schonberg. Se trabaja a partir de convenciones. En literatura son formas gramaticales, sintácticas, implícitas en los géneros, con los procedimientos y las técnicas ya usadas por otros, con los temas, motivos y tramas ya narradas y con los personajes estereotipados (el héroe, el avaro, la chica tonta, la mujer fatal) a los que tratamos de revivir al escribir.

Viernes 4

El personaje es «el indiferente» pero socializado. Quiero decir, es necesario hacer notar el carácter enfermizo que tiene, cómo mancha lo que toca y a los que conoce. Vive fuera de la sociedad, en el vacío, pero cuando actúa no puede dejar de contaminar con su presencia vitriólica a los demás. Todos caen sobre él, el método es la delación. Ejemplo, lo que le ha pasado a Cacho, traicionado por quienes estaban más cerca.

Sábado 5

En los periódicos aparece Cacho, fijo, detenido. Los diarios tienen el poder de atontarnos, sobre todo cuando estamos implicados en las noticias que leemos. Lo siniestro es que parecen estar escritos por nadie, como si fueran la información despojada de prejuicios o de sobrentendidos. Al leer el nombre, ver la foto, leer los «delitos», quieren que uno acepte todo como si fuera irrevocable.

Para una historia de la literatura, el único criterio de valor debe ser el presente, quiero decir, lo que justifica históricamente a un escritor no es su permanencia en el aire de los tiempos sino que su realidad es una especie de presente continuo que lo hace contemporáneo en algunas épocas y lo oscurece en otras. Porque para nadie, en ningún tiempo, hay valores absolutos.

Domingo 6 de febrero

Todas las mañanas esta incertidumbre, como estar en el aire. Quizá no he aprendido a retroceder, pero tengo miedo de regresar a la pieza del hotel en la calle Medrano.

Ayer, casi sin darme cuenta pero haciendo ver una incomodidad que se reflejaba en cierto atropello nervioso y en una especie de manía persecutoria que duró un largo rato, acepté –en casa de su madre– los cinco mil pesos que Cacho había dejado para mí antes de caer preso.

Lo único que tengo que rescatar es el trabajo, me encierro a escribir como si fuera una réplica del encierro de Cacho. Trabajo neuróticamente, a pesar de todo.

Ayer en el cine un film de James Bond, figura contemporánea esencial que conjuga al aventurero, al dandy y al conquistador romántico. «Un *gentleman* de la vida», como dice él de sí mismo (chicas, pasión por el juego, buena comida) olvidando –y haciendo olvidar– que se trata de un espía, 007, con derecho a matar y que vive una doble vida. Parece una reencarnación de Superman, pero actualizado al mundo del consumo moderno. El héroe es un

consumidor experto y un guerrero secreto que defiende no sólo su estilo de vida, sino también un modo de vida social.

Lunes 7

Ayer en el mar, en la playa de Sorensen, y luego en el Barrilito y después en el hotel melancólico y kafkiano de Beruti donde traté con ella de construir un absoluto. Escapar a la zozobra de esta época y a la preocupación por el encarcelamiento de Cacho. Retirarme dentro de un tiempo cerrado y perfecto. Pero fue inútil.

Hoy esta noche el viaje, fin de la tregua que ya se deterioraba sola, vuelvo a Buenos Aires. Allí encontraré la situación tal cual está: el departamento de la calle Ugarteche allanado por la policía (mi máquina de escribir estaba ahí), no creo que convenga el hotel de la calle Medrano. Tengo entonces que cambiar de domicilio, buscar plata y cierta calma para retomar el trabajo pendiente.

¿Hasta dónde los mejores narradores norteamericanos «duros» (Hammett, Cain, Chase y Chandler) destruyen, trivializan o en verdad mejoran la técnica narrativa del primer Hemingway?

Miércoles 9

Estoy en Buenos Aires, alquilé una pieza en el Hotel Callao, cerca de Corrientes. Me instalé solo aquí y veremos cómo siguen las cosas. Escribo esto en el bar Ramos, como siempre, empiezo por reencontrar los lugares familiares, los bares vacíos a media mañana, donde uno puede sentarse casi en la vereda y mirar pasar la vida. Leo a Pavese *(La literatura norteamericana y otros ensayos)*.

A la noche otra vez en el hotel, en el balcón; abajo la avenida, y en la vereda los que caminan parecen a la distancia pequeños muñecos de goma. Usé el día de hoy para verificar hasta dónde había llegado el agua de la inundación que hundió a Cacho.

Algunas noticias, Jorge Álvarez me pidió el libro de cuentos. Francisco Urondo una nota para la revista *Adán* (a cambio de dos mil pesos). F. Khun y Germán Rozenmacher insistieron en un guión para

televisión, ellos hacen la serie *Historias de jóvenes* y los escritores se van turnando. De esta manera puedo decir que tengo más o menos asegurado el dinero que preciso para los próximos seis meses y nunca he pensado en mi futuro más allá de ese límite.

Jueves 10

Estoy en La Paz. En el diario una nota de Félix Luna sobre la antología hace una referencia a mi cuento «Las actas del juicio». Copio el texto de la primera reseña de lo que yo escribo, hecha por un desconocido: «La ópera prima de E. R. es una excelente conjetura del conflicto espiritual de un soldado de Urquiza en el trance de asesinar a su viejo jefe del cual está decepcionado: un fascinante tema que asombrosamente no había sido tomado hasta ahora por ningún escritor argentino.»

Paso a ver a Viñas en su departamento de la calle Viamonte al fondo, casi en el Bajo. Reniega contra Carlos Peralta, que le había prometido un texto para la contratapa de su novela que, según David, ya está lista. En un bar charlamos un rato sobre las dificultades para ganarse la vida en Buenos Aires. Una síntesis de los temas que conversamos. Novela-cine. Posible proyección en América Latina. Pautas históricas.

La generación del posperonismo. Cómo se ven unos a otros. Europa como espejo, mercado y residencia.

Por mi lado, como siempre cuando estoy en peligro, quisiera escribir sobre mí mismo en tercera persona. Evitar la ilusión de «tener» una vida interior.

Lunes 14

Estoy en Piriápolis, en la casa de los padres de Inés. Mucho calor, demasiada cerveza. Tengo la impresión de estar metido dentro de un mundo que siempre he querido negar para poder vivir. Como si todos los diques se hubieran derrumbado y el agua lo inundara todo.

En estos días recuerdo la lección de otras épocas: el trabajo, la

literatura –desdichadamente– no está desprendida de la realidad. No puede ser una «cura», ni un corte, ni una realidad paralela.

De algún modo el error central de los narradores argentinos se detecta en sus metáforas «tremendas» y falsamente literarias. Dan siempre una definición de cada situación, es decir, siempre definen y le dan un sentido a las acciones de los personajes mientras suceden.

Martes 15

El mundo Kafka –al que he vuelto a leer con la misma pasión de siempre– es el de las mediaciones infinitas. Allí reside su grandeza. Lo que se posterga, lo que siempre es interrumpido y desviado es, para él, lo real mismo. De hecho, lo extraordinario es que al leerlo tampoco nosotros «llegamos» a encontrar el sentido, todo se posterga y se interrumpe también en sus textos.

Un tema. Acaso la historia del hombre que entrega su mujer a un amigo («Te la presto», le dije), ¿no es la misma de siempre?

Jueves 17

Anoche, borracho, me las agarré con Inés. La furia tenía otro origen. A veces efectivamente uno «pierde la cabeza» (porque antes se la ha jugado).

Día lluvioso, como siempre no me dan ganas de salir cuando no hay sol. Fui a encontrarme con Rodolfo Khun por la propuesta de escribir una de las *Historias de jóvenes* para la televisión. Después fui al cine y vi *Reto al destino*, un policial muy bien contado de Robert Wise. Salí del cine y anduve en un ómnibus que cruzó por Medrano frente al hotel en el que vivimos y sentí cierta nostalgia, como siempre me importa más el recuerdo que la experiencia misma. A la noche me encontré con Noé Jitrik, volvimos a conversar sobre la posibilidad de los cursos y del Instituto que sustituya a la Universidad intervenida por los militares.

«El consenso es el soporte más importante del orden

constitucional, no es la fuerza material, es una fuerza de reserva para los momentos excepcionales de crisis», A. Gramsci.

Viernes 18

Demasiadas cosas por hacer. Buscar un lugar para vivir. Sacar los muebles de la Boca, cobrar los números de la revista que están «afuera», armar el número 2, escribir el artículo principal, corregir el libro de cuentos, preparar un guión para las *Historias de jóvenes*.

«La única manera de expresar un sentimiento en una forma artística consiste en encontrar un correlato objetivo, en otras palabras, una serie de objetos, una situación, una cadena de eventos que han de ser la fórmula que exprese la emoción», T. S. Eliot.

Sábado 19

Sólo me queda rehuir, escapar, como si todo se fuera a derrumbar al mismo tiempo. Y es lógico que todo se derrumbe a la vez. Sin embargo, lenta, misteriosamente vuelve la alegría, como si todo quedara afuera, del otro lado, por un instante, que dura lo que dura la felicidad.

Domingo 20

Quisiera vivir siempre en esta niebla frágil, con la cabeza lenta y los ojos cansados, sin pensar en nada, sin futuro.

Leyendo a Bioy Casares, *El sueño de los héroes*. Una prosa coloquial, la voluntad de estilo es la decisión de ridiculizar y hacer ver las debilidades del lenguaje de los sectores ajenos a la literatura. Al mismo tiempo, la precaución de escribir en un estilo «argentino» (como en Cambaceres o en Cancela y en Cortázar) los aleja de la propia expresión y los acerca a la parodia. Otros en cambio –como Arlt o Viñas– muestran la marca «extranjera» de sus lecturas traducidas y pierden entonces el color local (para bien) y pierden también lo que están buscando, una escritura «libre de literatura».

Un día lento y vacío. No alcanzo a ver claro el objetivo de mi ensayo para el número 2 de la revista. De allí mis notas sobre Bioy y mis relecturas de Mansilla. Busco quizá poner en cuestión el concepto de «la literatura argentina». O en todo caso poner en discusión el adjetivo (¿qué quiere decir, después de todo, la cualidad argentina de una literatura?).

Estoy leyendo los cuentos de Henry James. Quisiera salvar esta provechosa tentación a dejarme llevar por las anécdotas, el fluir de los hechos cuando leo relatos, a pesar de mi decisión, y controlar su construcción y el modo en que están hechos. James es básicamente un narrador de la incertidumbre. Y en este relato de una venganza *(Northmore)* se reencuentra esa continua duplicidad a partir del exceso de interpretación de las acciones y de las intenciones de los protagonistas. Lo ambiguo desde luego no son los hechos, sino la motivación, de esa manera la distorsión parece formar parte de la trama. Una historia escuchada a medias o mal escuchada, quebrada, fragmentada, que nunca se entiende del todo. Como alguien que sin querer en un bar escucha una conversación telefónica y debe construir a partir de ahí la vida de los que están hablando. Por un lado, escucha una sola parte de la conversación y debe por lo tanto imaginar las respuestas. Pero aunque acertara y lograra «seguir bien» la charla, igual no entendería casi nada. Increíblemente Henry James narra de esa manera. En este cuento no podemos decidir si la venganza va a ser realizada o no.

En el caso de *Daisy Miller*, la técnica de James es más descriptiva y va de mayor a menor, un observador que narra en primera persona describe una región turística y luego «baja» o va hacia la zona de los hoteles, y luego baja y va a un hotel en particular, y luego vuelve a bajar y va a un cuarto de ese hotel, y luego se concentra en dos personas que conversan una junto a la otra. Un modo dramático de narrar, es decir, de hacer ver los acontecimientos y no decirlos, colocarse en el lugar de un observador que asiste a la conversación fragmentada pero que no la sintetiza, como haría un narrador tradicional. James sabe que para narrar eficazmente hay que

respetar la opacidad de lo real. Hay que presentar los hechos y dejar elegir el sentido (posible).

Lunes 21

Estoy aquí sentado en un sillón de felpa contra una ventana que da a los techos y a las azoteas de Buenos Aires, leyendo a Henry James, y al mismo tiempo los pensamientos más variados cruzan frente a mí, como si los viera, como si mi cabeza estuviera conectada a un canal personal de televisión. El canal propio que funciona paralelamente a la lectura, como sucede a veces con algunos amigos a los que visito en su casa y los encuentro leyendo pero con el televisor prendido a veces sin sonido, sólo con imágenes, mientras en un combinado escuchan música.

Martes 22

Postergo sin inquietud las visitas, las cartas, las llamadas telefónicas, el encuentro con amigos, me mantengo en suspenso, como un trapecista que hace saltos allá arriba imaginando que abajo hay una red que puede sostenerlo si se cae.

Un relato que comienza. Yo fui el primero que se acostó con ella, hace un tiempo de esto, casi diez años, anoche la encontré en la fiesta de Antonio y no la reconocí. Ella vino hacia mí, sonriendo.

Miércoles 23

He pasado varias tardes visitando hoteles y pensiones en la ciudad, buscando un cuarto para mí. Es un ejercicio muy extraño porque uno debe decidir sin muchos elementos el lugar donde quiere vivir. Caminé y caminé y caminé. Hay una sección especial de los clasificados, donde aparecen las ofertas de cuartos en alquiler. Uno se guía por la información muy sintética que se detalla en el aviso, básicamente el barrio, la calle donde está el sitio que se busca y el precio con que se ofrece el alquiler. Por fin, sin dudas, dejándome llevar por la intuición elegí un cuarto, en un segundo piso en un petit hotel sobre Riobamba casi Paraguay. El cuarto con balcón da a la calle, tiene un microbaño con ducha y una cocina de

dos hornallas empotrada entre dos puertas. Precio 220 pesos por día, es decir cerca de siete mil por mes. Mañana traeré mis cosas.

Jueves 24

Instalado ya, puse una mesa contra la ventana, colgué mi ropa, dejé dos valijas al costado tapadas con una manta. Me gusta cambiar de barrio y empezar a caminar y a recorrer el lugar. En este caso estoy muy cerca del centro pero a la vez lo suficientemente alejado como para estar más tranquilo. Vuelvo a la situación de mi llegada a Buenos Aires hace un año: en una pensión, sin plata, con un libro a medio hacer en el que deposito las esperanzas.

Leo a James Purdy. Todos los cuentos son una larga conversación entre dos personas que van construyendo –en directo, digamos–, antes que una historia, una atmósfera.

Recién llamó Horacio, mi primo, con noticias sobre Cacho, apareció la alternativa de volver al departamento allanado y vivir ahí, hasta que él salga. Ocupar el aguantadero descubierto sería un modo de estar en peligro, siempre atento a los movimientos exteriores. ¿Qué mejor adiestramiento para un escritor? Instalarse en la guarida de su amigo preso y contar allí su historia. Tantas cosas se me cruzarían por la cabeza si estuviera ahí. La noche en que Cacho nos convocó y al entrar vimos la cama cubierta de billetes de mil pesos y a él sentado ahí, mientras Bimba nos hacía pasar. Había entrado sigilosamente en una casa de dos pisos en Martínez un sábado a la noche, cuando según sus cálculos los habitantes estaban en el cine o en el teatro o visitando amigos. Tenía, pensó, cincuenta minutos para entrar, capturar lo que encontrara ahí y salir amparado en la oscuridad. Violentó una reja con la barreta que llevaba en el cinturón bajo el saco cruzado y saltó a una pieza del primer piso. Encontró atrás de un cuadro una caja de seguridad. «Pensé», me dijo, «el marido tiene una llave. La mujer tiene otra. ¿Dónde tiene la llave la mujer? Yo estaba frío, tranquilo pero alerta a los ruidos de la calle. ¿Dónde tiene la llave la mujer? En la cocina», pensé, «en una lata de café.» Fue a la cocina, abrió la lata, encontró

la llave y volvió al departamento de la calle Ugarteche con dos millones de pesos en dólares y plata argentina. Pero vivir ahí sería imposible para mí, no sólo por el temor de la irrupción de la policía, sino porque nada sería igual ya a los días en que girábamos juntos con Cacho por la ciudad, seguros de poder conquistarla, entre los dos, cada uno a su manera.

De repente recuerdo aquellos días en el departamento de Cacho, no hace mucho, en enero, solo ahí, leyendo *Cantar de ciegos* de Carlos Fuentes y escribiendo, también de vez en cuando, las historias que había imaginado hace tiempo allí mismo. El verano había comenzado y todo era posible.

Ahora, en cambio, en medio de la desolación me construyo pequeños resquicios para evitar la tormenta. Como alguien que edifica, absurdamente, murallas, cada vez más precarias para detener la creciente del río que lo amenaza y que va inundando una por una las defensas, después de haberse salido de cauce y arrasar todo.

Vivo en el presente, atento a pequeñas pausas tranquilas, imposibilitado de planear nada, de imaginar los días que vendrán o de trabajar a largo alcance, porque eso supone encontrar siempre la imagen de Cacho en la prisión.

26 de febrero

Releyendo los cuadernos del año pasado comprendo que la técnica que he usado para mis cuentos: antisentimental, dura y objetiva, sirve para las formas breves donde todo se resuelve en la situación narrativa. Es ineficaz, creo, para mostrar el devenir temporal de las relaciones, es decir, para escribir una novela.

Anoche volví a ver por cuarta vez *Sin aliento* de Godard. Me gusta el uso del género, abierto, tangencial, pero básico en la construcción de la intriga. Y me gusta especialmente el uso de las citas, alusiones, discusiones y cortes ligados a saberes diversos que

funcionan como contexto de la acción pura. En ese sentido Godard es para mí el mejor narrador contemporáneo.

Otra vez estoy con mil pesos para vivir una semana. Cuestiones pendientes: presentar a Orson Welles, terminar el guión para R. Kuhn.

28 de febrero

Colgué una foto de Roberto Arlt en esta pieza donde me he instalado, esperando terminar el libro de cuentos. Escribo contra la ventana del segundo piso que da sobre Riobamba mientras el sol arde en el asfalto húmedo por las fugaces lluvias de verano.

Anoche, después del cine y en el mismo clima de la película, hice una visita furtiva al departamento de Cacho buscando mis papeles y mis libros. No quise prender la luz, entré con una linterna y fui viendo el desastre deliberado que habían producido los policías al allanar el lugar: ropa tirada, el colchón desgarrado y abierto, el piso cubierto de cajones, latas... Imaginé de inmediato a Cacho con las manos atadas, golpeado, asistiendo al desastre, humillado, viendo cómo los policías rompían todo (luego de haberlo obligado en la tortura a revelar la dirección de su casa en Buenos Aires).

Dublineses. En sus relatos Joyce evita deliberadamente todo acontecimiento, casi no tienen argumento, salvo una visión oblicua que deja ver el fragmento de un tema más amplio. No busca las aventuras ni los incidentes dramáticos, le interesa la rutina de todos los días e intenta presentar la mayor cantidad posible de material implícito para que en los relatos haya siempre un destello, una luz que ilumina nítida y fugaz el mundo entero. La medida del éxito de una forma tan abierta radica, por supuesto, en su grado de concentración. Si bien Joyce –con mala fe a mi entender– dijo desconocer a Chéjov, sus cuentos están unidos a los del escritor ruso en su afán de narrar historias sin final que significaron la primera transformación importante del género después de Poe.

Me sorprendo contando las páginas de este cuaderno, en el que las notas tienden a ser demasiado largas y demasiado variadas (porque en realidad es lo único que estoy escribiendo en estos días), ya que no quiero que se termine. Escribir un cuaderno en un mes es para mí una prueba de que algo se ha acelerado en mi vida, de la necesidad de estarme encima, como si buscara –sin nombrarlo nunca– narrar el punto de fuga que me ha llevado a cambiar muchas cosas en mi vida, incluido mi domicilio.

«La compasión de Marat es una cualidad de los privilegiados», dice Sade en la pieza de teatro de Peter Weiss.

El indiferente. El protagonista vive encerrado en un cuarto, el sol se filtra por el ventanuco entre las dos y las tres y diez de la tarde. Aunque están en verano, el hombre y el cuarto están helados la mayor parte del tiempo. El personaje teme y espera el momento en que podrá abandonar la habitación. Se ve a sí mismo, pálido, casi gris, caminando entre los paseantes a los que imagina felices. Una tarde en un bar lo interrogan con cierta violencia para averiguar de dónde viene. Él teme que lo confundan con un presidiario...

El indiferente II. Una tarde se coloca bajo los rayos del sol que se filtran por su pieza una hora todas las tardes. Actúa metódicamente, primero pone sus dos manos, luego el brazo izquierdo, más tarde el brazo derecho, un día el perfil de su cara, al día siguiente otra región de su cuerpo es la que se entibia y toma color. Una mañana aparece muerto y su cuerpo parece tatuado con zonas blancas en medio de los espacios que han adquirido un color natural.

Martes 1 de marzo

Fui y vine a La Plata, pasé la noche ahí en un hotel frente a la estación. Di mis clases, reencontré a mis amigos, José Sazbón, Alejandro Ferreiro, Néstor García Canclini, a los que siempre veo igual, como si sólo yo cambiara, pero es una ilusión. Lo que sucede es que ellos persisten en su ser, y al conversar con ellos escucho frases y palabras, y también ideas y proyectos que había escuchado

antes. En cuanto a mí, soy más de uno, y me imagino un hombre capaz de cambiar.

Como *Ulysses* de Joyce está escrito en presente y en indicativo (Buck se desviste, la lechera les sirve la leche, etc.), el monólogo interior sirve para marcar el paso del tiempo.

Miércoles 2

Estoy en el Botánico, a mediodía. Siempre he sentido la necesidad de fijar el momento, ahora en este banco a la sombra, bajo un árbol, con los círculos del sol en el césped, y también en el barro que produjo la lluvia de la noche. Mientras, leo a Bernard Malamud.

Jueves

Lo difícil de las mañanas es encontrar una razón para salir de la cama.

Viernes 4

Vuelvo a esa imagen. Estos días y estos lugares se parecen a la creciente del Paraná que arrastra todo lo que encuentra. No termino de armar los diques cuando ya están en ruinas por la corriente que crece. Anoche Horacio me entera de que Alberto C. me robó la heladera que había dejado en la casa en la Boca. Nunca hay que estar cerca de un «artista» que encima es un lumpen. Espero que no se haya quedado también con las tres valijas con libros y papeles que deje ahí. No me molestan los ladrones, sólo me molestan los amigos que me roban.

En definitiva lo que realmente me preocupa son los desvíos en el camino: pruebas, trámites, encuentros, etc. Para mejor tengo solamente cinco mil pesos para terminar el mes.

Lunes 7 de marzo

Después, sentado a la mesa contra la ventana pensó que era mejor cortar de una vez con todas sus ilusiones y dejar las cosas como estaban. Pero eso que tenía que hacer a las tres de la tarde se

le interponía como una especie de cortina y no había modo de hacer nada, como si todo el orden interno se hubiera desmoronado.

Hoy hablé con Alberto C. y la situación mejoró. No hice nada en febrero y la revista está parada, a pesar de la euforia de Camarda, que dice que ya está agotado el primer número y quiere que prepare el segundo. Tampoco sé qué hacer con mis cuentos, quizá tenga que publicarlos este año.

Traducir a Joyce. A propósito de la dificultad de ciertas traducciones y a la necesidad (en general) de mantener la música y el tono del texto, vale como ejemplo esta zona del *Ulysses:* «*On the doorstep he felt in his hip pocket for the latchkey. Not there. In the trousers I left off must get it*. Potato I have. *Creaky wardrobe*.» El enigma es la frase subrayada, que Salas Subirats traduce como «Soy un zanahoria», que no está mal porque es su modo de resolver un problema que no puede resolver, salvo que ya haya leído toda la novela con lupa. En ese caso verá aparecer la papa en la escena del baño público, cuando Bloom la pone al costado al buscar el jabón en el bolsillo antes de desnudarse. Por fin la papa aparece nuevamente en la escena del burdel cuando el fantasma de la madre le pregunta si lleva la papa con él para combatir la reuma. Esto prueba dos cosas: el modo de escribir de Joyce, que nunca narra nada que el personaje ya conozca, y, por otro lado, la necesidad del traductor de conocer el sentido general de la obra. Los motivos que están en el libro funcionan como temas musicales que reaparecen sin explicitación.

Barthes en *Le degré zéro de l'écriture* establece la distinción entre lengua, estilo y escritura, que es útil –pero un poco mecánica–. Para mí la cuestión que plantea Joyce tiene que ver con los límites del lenguaje. Como si la lengua fuera un territorio después del cual hay un vacío, cuyo efecto es la literatura. Del mismo modo que en Joyce muchas veces el efecto buscado es de incomprensión y hermetismo, en su reverso está la lengua clara, nítida, transparente que Barthes define como el grado cero, cuyo ejemplo podría ser la prosa de

Hemingway. Pero Barthes parece no haber reparado en que Hemingway dijo que después de Joyce había que empezar de nuevo de cero y trabajar con pocas palabras simples, con una sintaxis desarticulada y oral. Ese camino es el mismo que tomó Beckett, que también señaló que después de Joyce era mejor abandonar el inglés y, como sabemos, empezó a escribir en francés porque con esa lengua podía escribir mal, es decir, sin estilo. En los dos casos acecha siempre el hermetismo: en el ejemplo de Joyce, el hermetismo es el *Finnegans*, es decir, una ruptura del léxico; por su lado, Hemingway trabajaba con la sustracción extrema, de modo que sus mejores cuentos son también herméticos porque las alusiones no están explicitadas.

Martes 8

Pasé a ver a Viñas en su departamento de Viamonte abajo, y después recorrí las librerías que abundan en esa zona, cinco por cuadra, que empiezan a decrecer luego de la mudanza de la Facultad de Filosofía y Letras trasladada ahora a la calle Independencia.

Estos súbitos arranques de alegría –que se va ya, ahora cuando quiero registrarla– son como epifanías, inesperadas y luminosas, que están ligadas para mí al presente puro de la escritura: de pronto todo parece abrirse y volverse sencillo, todo es posible en el lenguaje y esa felicidad dura lo que dura un estado inestable en el que se escribe sin pensamientos.

Viernes

Escribo esto en el bar Florida a mediodía. Buscar una narrativa que no distinga entre sentimientos y razones, que trabaje con argumentos –en el doble sentido, es decir, con historias pero también con razonamientos.

Domingo 12

Si es cierto, como sucede en la física cuántica, que el experimentador forma parte del experimento que realiza y su

presencia altera la materia, podríamos decir que la experimentación literaria supone antes que nada una renovación para el mismo escritor. Es el escritor el que experimenta –por ejemplo, abandonando un estilo anterior que se ha vuelto natural para él y arriesgándose a intentar un nuevo modo de escribir–, más allá de que el resultado sea o no una obra tradicional.

En todo escritor se esconde en potencia un terrorista. Ejemplo, Roberto Arlt. Un terrorista porque no puede nunca escapar al sentimiento de ilegitimidad, de vida clandestina, de hombre perseguido.

Lunes 14

Tenía hambre y el hambre me distraía, entonces bajé a la calle, el viento helado parecía cortar la piel. Compré dos panes, los partí al medio y los completé con jamón y tomate. Lo fui comiendo con lentitud, tratando de no ensuciar los papeles. Después hice un montón con los restos y las migas y limpié la mesa para que no quedaran rastros.

«Una gran obra hoy es imposible, visto que el escritor está metido en su escritura como en una vía sin salida», Roland Barthes.

Recién entró por la ventana un aire suave con un perfume lejano a tierra regada y a jazmines, que me llevó a la casona en Bolívar a la hora de la siesta cuando un peón mojaba el patio con una regadera de lata. El color plateado que venía con ese recuerdo me llevó instantáneamente a «ver» los frascos de hojalata donde los curas vertían el dulce de leche que ellos mismos fabricaban en el monasterio, en Del Valle, un caserío cercano lleno de quintas y tambos, digamos entonces un perfume actual que era como el olor de la tierra mojada de mi infancia, que me hizo ver la regadera de lata que don José el jardinero usaba a la hora de la siesta y su brillo plateado me llevó de inmediato al recuerdo de los curas que fabricaban el dulce y lo vertían en grandes frascos también plateados.

Martes 15

Ayer en el bar Florida discusión con Eduardo Romano y Alberto Szpunberg, otra vez sobre el segundo número de la revista. Salí de ahí y terminé en la plaza Rodríguez Peña, sentado solo en un banco frente al Palacio Pizzurno, dudando entre ir a la biblioteca que estaba enfrente o volver a casa. Otra vez un instante epifánico, un momento suspendido en presente puro, pero esta vez el efecto era negativo, un milagro perverso.

Tengo entre manos tres trabajos. Espero continuar en el libro de cuentos hasta octubre, reescribir, corregir. Tengo que seguir adelante con el segundo número de *Literatura y Sociedad*. Por fin, debo preparar las oposiciones de los concursos de Introducción a la Historia y de Historia Argentina para conservar mis cargos. Es posible que haya perdido el borrador de mi cuento «Entre hombres». Lo abandoné entre las cosas, los papeles, las revistas que guardé en dos valijas que dejé en la casa de la calle Olavarría en la Boca. Están posiblemente diseminadas en el patio, entre las macetas y las piletas de lavar.

«Desde siempre la novela tuvo su verdadero objeto en el conflicto entre los hombres vivos y las petrificadas relaciones humanas. La misma y absurda situación se convierte para la novela en un medio artístico», T. W. Adorno. Parece que quisiera decir que la narración trata siempre con los fantasmas y con el recuerdo de los muertos, como si la historia fuera siempre la pausa luego de la aparición del fantasma del padre de Hamlet y el momento del monólogo del príncipe.

Apagué la luz para asistir a la brava tormenta que sacude la ciudad y que aleja definitivamente el verano.

«El autor no sabía entonces (1919) cuál iba a ser su camino efectivo en la vida. Si sería comerciante, ladrón, empleado de alguna empresa comercial o escritor. Sobre todas las cosas deseaba ser

escritor», Roberto Arlt (nota a la segunda edición de *El juguete rabioso)*.

«No hay un solo crítico de *Los siete locos* que no haya escrito: Lo grande de este libro es el dolor que hay en Erdosain. Piense que ese gran dolor no se inventa, piense que yo mismo puedo ser Erdosain», Roberto Arlt (carta a la madre).

«Esta etapa de la civilización argentina, comprendida entre los años 1900 y 1930, presenta fenómenos curiosos. Las hijas de los tenderos estudian literatura fantástica en la Facultad de Filosofía y Letras, se avergüenzan de sus padres y por la mañana regañan a la criada si en la cuenta del almacén descubren diferencia de centavos», Roberto Arlt, *El amor brujo*.

Miércoles

En el bar Florida. Me encuentro con mi padre, siempre sordas tensiones. Trato de encontrar en él gestos que supongo virtudes cuando los veo en otros.

Viernes

Anoche cené con papá en El Dorá en el Bajo. Después de hablar un rato de política y de Perón, de pronto –como si fuera un extraño para mí– empezó a hacerme confidencias y a contarme su relación con otras mujeres con una falsa naturalidad que me incomodaba más que el contenido de sus historias. Estábamos bastante distanciados desde los días en que yo me fui a la Universidad (hace ya años), de a poco reestablecimos cierta cordialidad y cierta confianza, pero hoy de nuevo todo se vino abajo. Un hombre que le cuenta a otro sus aventuras amorosas es un tarado, y si encima es el padre de uno, esa estupidez infantil se convierte en algo siniestro.

Estoy en el bar de Lavalle y Rodríguez Peña. Inés alquiló un departamento en Uriburu y Santa Fe, un lugar limpio e iluminado para vivir. Por mi lado me buscaré una pieza en alguna pensión cercana para encerrarme ahí a escribir.

Lunes

Fui y vine a la Boca a juntar restos, colchones, sillas en el departamento de los Cedrón y dejar todo, como después de una tormenta, sin saber qué hacer.

Son las cuatro de la tarde. No he tomado más que un café desde que me levanté. Quedan algunas cosas: terminar la mudanza, la heladera y, sobre todo, prepararme para los concursos en la Facultad. Liquidar la revista. Y entonces, recién entonces, empezar a escribir.

Martes 22

Toda la mañana acarreando papeles, ocupado con un colchón kafkiano (no hay de dónde agarrarlo, como en un relato de *La condena)*. Las cosas se definen de a poco. Ahora sólo me queda preparar los concursos y ganarlos. De eso dependen el dinero y el futuro. Tengo una pieza en la pensión en Riobamba y Paraguay. Saqué mis cosas de la casa de la Boca y del departamento de Cacho. Ahora estoy cansado, tengo las manos sucias de revisar múltiples papeles escritos.

Miércoles 23

Sensacional, a la manera de Stephen Dedalus, tenía 500 pesos para terminar el mes, me detuve en un quiosco, gasté 250 pesos en las *Memorias de Mansilla* y, ya aceptada la trampa, la olvidé en el subte.

Jueves

Después de mi delirio de ayer en el subte hoy pago las consecuencias. Sólo tengo 80 pesos para pasar el día y después el vacío. No hay modo de conseguir plata hasta el 10. Veré qué hago.

Hoy me levanté casi al mediodía. Leí algunos artículos en revistas francesas sobre Brecht. Me encontré con Sergio Camarda, nuestras diferencias respecto de la revista se agudizaron. Compré pan y un chocolate Suchard, para paliar el hambre; decidí comer primero el

pan y después el chocolate, mientras comía leí esto en el diario *La Razón*: Una mujer se suicidó acostándose en las vías del tren «con los brazos abiertos», tenía cuarenta y cinco años, llevaba un vestido negro, calzaba zapatos negros y medias marrones. Junto a sus restos se encontró un monedero en el que llevaba un billete de cincuenta pesos, un pañuelo de mano color celeste y un pequeño papel donde había escrito con lapicera estilográfica: «No tengo familia, arrójenme donde quieran, soy sola y soy del campo.» Por mi parte, tengo cuarenta pesos. Ahora voy a copiar el cuento «La honda» para dárselo a Horacio, que va a venir a visitarme.

Un cuento. En la tarde de aquel sábado los dos estaban jugando al ajedrez en el patio. Contarlo todo en tercera. No descubrir enseguida la clave de Pelliza. Estaba allí: lo había descubierto de pronto. Usar la descripción de la partida para describir el secreto.

Viernes 25

Una hora en Corrientes y Montevideo con veinte pesos en el bolsillo, cargado de libros, después de caminar por la ciudad esperando a Raúl para ir a su casa con él. Vendí dos tomos de la *Historia* de Vicente F. López a cien pesos cada uno.

Tomo una anfetamina y me siento a trabajar. De inmediato una sensación de plenitud que dura una noche y se apaga bruscamente.

«No sufrimos únicamente a causa de los vivos, sino también a causa de los muertos. Porque los muertos se apoderan de los vivos», Karl Marx (Prefacio a *El Capital)*.

Domingo

Ayer caminé por Callao hasta Corrientes. Tomé el subte. Cené en el Bajo, solo. Volví despacio por el mismo camino.

Enfrente, el edificio es un cuadrado oscuro; cada tanto se escucha el ruido metálico de una ventana que se abre; de inmediato, con el

ruido aparece un rectángulo de luz que parece flotar en el vacío con la sugestión de los cuadros abstractos.

Jueves 31 de marzo

Escribo cartas: a Daniel Moyano, a José Aricó. En febrero se llevaron a Cacho, en marzo me mudé a esta pieza, la semana que viene son los concursos en la Facultad, espero ganar al menos uno de los dos y vivir de eso. Paso la tarde encerrado en esta pieza, solo, dando vueltas, sin nada que me importe demasiado.

Abril 1

Anoche Norman Briski en el Di Tella. *El niño envuelto*. Muy buena actuación con un texto flojo.

Tema para un cuento. El loco que se escapa con la ropa que le prestan los obreros que están trabajando en el manicomio y va a la comisaría a denunciar que lo tenían secuestrado. Los que lo vieron llegar adivinaron el brillo loco de sus ojos. Vestía un overol azul de trabajo. Se lo había prestado hacía un momento uno de los obreros al que él había rondado durante días.

A veces quisiera volver a ciertas épocas de mi vida y vivirlas con la conciencia que tengo ahora. Por ejemplo, empezar de nuevo la historia en 1956. Es una rara ilusión porque no sería nada si no fuera por el modo en que viví aquellos tiempos; esa superstición es un efecto de la literatura, donde uno siempre puede recomenzar un relato. A la vez es un gran tema novelístico: Lord Jim de Conrad, que trata de cambiar el pasado, regresar al día en que actuó como un canalla y cambiarlo. Borges tiene un relato parecido que se llama «La otra muerte», un soldado que actuó como un cobarde en una batalla hace un pacto fáustico y vuelve al combate para morir en él como un héroe. Es también el tema de *El gran Gatsby* de Fitzgerald: un hombre pobre, que ha sido rechazado por una mujer en el pasado, se enriquece empecinadamente para volver a encontrar a la chica siendo un hombre de fortuna y lograr así cambiar el destino.

En definitiva, se trata de pensar el pasado con las categorías que usamos para imaginar el futuro. Lo posible anterior.

Lunes 4

Con cincuenta pesos en el bolsillo y sin comer, viajo en tren a La Plata, preocupado por los concursos y por la revista, sin encontrar la calma que necesito para escribir. Una calma que se define para mí como ausencia de pensamientos. No pensar para poder escribir, o mejor, escribir para lograr pensamientos no del todo pensados que definen siempre el estilo de un escritor. Al menos ésa es la tradición del Río de la Plata, Macedonio, Felisberto, Borges, el escritor vacila, no entiende bien lo que narra y es la contraparte de la figura despótica del escritor latinoamericano clásico que tiene todo claro antes de empezar a escribir.

Los concursos volvieron a postergarse. He pasado un par de semanas estudiando los programas de la bibliografía, preparándome para las clases de oposición. Veremos qué pasa.

Encuentro a Dipi Di Paola y vamos a tomar un café. Siempre divertido y enfático, construye bellas antologías sobre sí mismo y sobre sus amigos. Me hace acordar a Miguel Briante, que, como Dipi, se instala en un espacio autodefinido como el de un artista. Somos grandes amigos pero vemos las cosas de distinto modo, no me interesa la pose del «creador» que le debe todo a la magia, lo que más me interesa es construir una figura que se aleje de los estereotipos argentinos del «escritor». Todo escritor se autodesigna, pero lo que a mí me interesa son los que no creen en la autoindulgencia. Dipi andaba con *Ser y tiempo* de Heidegger bajo el brazo porque no es nada tonto y confía en la cultura y en la inteligencia, aunque por abajo está la luz del genio que lo ilumina.

Vuelvo a leer *Viaje de bodas* de Pavese, lo había leído por primera vez en 1960, el hombre recién casado que en la noche de bodas deja a su mujer en la pieza de hotel y baja a la calle con un pretexto trivial, se deja llevar por el encanto de la noche de verano en la

ciudad y vuelve al alba sorprendido al encontrar que su mujer está desesperada y llorando. Se ve ahí la escisión de la conciencia convertida en anécdota: el hombre que se queda con la mujer es también el hombre que fantasea con la libertad de perderse en la noche por cualquier calle. Se trata siempre de versiones modernas y tenues o inofensivas del *Dr. Jekyll and Mr. Hyde* (sólo que en la literatura contemporánea ya no hacen falta las pócimas mágicas).

Filosofía

El ser auténtico es el ser que no puede ser disuelto ni reducido a otros seres, es el ser en sí. De modo que *ser* significa:

1. Existir, estar ahí, en sí.
2. Consiste en ser esto o ser lo otro.

La ontología responde la pregunta sobre quién existe, o sea quién es el ser en sí. El ser que se funda a sí mismo.

Qué es la contingencia: el ser para otros.

Qué es el ser en sí es igual a preguntarse quién existe.

El paso siguiente está dado por la distinción entre lo que tiene una existencia meramente aparente y lo que tiene una existencia real. Distinción entre esencia y apariencia. La contingencia, el ser de esa existencia no es necesario. Aquí la diferencia es contingente, necesaria.

Viernes 15

En el bar Don Julio. Dentro de una hora empiezan los concursos, espero que todo salga bien.

Gané los dos concursos (jefe de Trabajos Prácticos en Introducción a la Historia y ayudante de primera en Historia Argentina II), eso quiere decir seguridad económica por todo un año y tranquilidad para escribir. Por otro lado, como cada vez que vuelvo a La Plata, me encuentro rodeado de gente y de amigos que me piden que me quede.

Sábado

Juncal y Suipacha: *La diligencia* de John Ford a las 21.45 en el

cineclub Núcleo.

Ver: Roa, Romano, David V., Szpunberg, Murmis.
Ver: Biblioteca del Instituto Goethe (Walter Benjamin).

Sábado 16 de abril de 1966

La literatura es experiencia y no conocimiento del mundo.

Son las cuatro de la mañana y, como siempre, al escribir entiendo mejor mi propia concepción de la literatura. Es el resultado y no la condición del trabajo de un escritor. Las ideas no son la condición, sino el resultado de la escritura. El sentido de la literatura no es comunicar un significado objetivo exterior, sino crear las condiciones de un conocimiento de la experiencia de lo real.

Domingo 17

Me despierto a las cinco de la tarde. Anoche antes de dormir en el cuarto de Riobamba terminé de leer la *Constancia de la razón* de Vasco Pratolini, que me desasosegó extrañamente con su final melodramático. ¿En qué consisten –o cómo se construyen– los efectos emocionales de la lectura de un libro?

Salí a la calle y caminé por Corrientes hasta Florida viendo borrarse el perfil de los edificios mientras anochecía.

Lunes 18

Está lloviendo. Me levanté a media tarde, al invertir las horas de sueño logro convertirme en un lobo solitario que sale de su madriguera mientras la noche empieza ya a cubrir los campos de la mente. El día gira y se pierde durmiendo hasta el anochecer y viviendo con la ciudad en sombras.

Con las modificaciones habituales, ahora frente a la ventana, indeciso, comprendo que la experiencia está siempre a la espera y no depende de nuestras decisiones.

Martes

Dejé por unos días el departamento de Inés y me volví a instalar en mi cuarto de la calle Riobamba. Traje mis cosas, mis libros y otra vez me siento seguro en un lugar que nadie conoce.

Miércoles 19

Me dormí a mediodía y desperté de noche como si el día se hubiera borrado. Di una corta caminata, hace un rato con la luz luminosa y clara, con hombres que cruzan apresurados, y seguí por un rato a una hermosa muchacha de largas piernas que caminaba levemente escorada, como si navegara con el viento de frente. Fui con ella por Paraguay hasta Callao y cuando me le acerqué contestó con toda naturalidad que me había visto ya varias veces en el bar de la esquina. Estudia Filosofía en la Universidad del Salvador y se llama Flora. Le interesa la teología, pero no los hombres, me dijo con una sonrisa.

Domingo 24

Lecturas diversas (Barthes, Sartre, Edmund Wilson), notas preparatorias para una discusión sobre la cuestión del realismo. Ayer viajé a La Plata a dar mis clases y volví a la noche, sin dormir, para no retrasar el regreso a este cuarto en el que siempre me siento resguardado. Muy fuerte la impresión de la terminal de ómnibus en Constitución con la primera luz de la mañana, los hombres y las mujeres que bajaban al subte como si alguien los persiguiera. En el bar de la estación, mientras yo desayunaba, dos hombres jóvenes tomaban ginebra seguramente buscando el ánimo necesario para seguir viviendo.

Un padre. El padre se suicida, más bien intenta suicidarse pero lo salvan, pasa varios meses sin hablar y tienen que cuidarlo para que no reincida. Llaman al hijo que vive en otra ciudad para que lo cuide. Conviven una semana y el hijo le reprocha o le pregunta sobre ciertos actos que sólo él parece conocer. El padre se mantiene quieto en su silencio. El hijo por fin lo deja solo.

Lunes 25

Asombrado frente a esta realidad inestable que yo mismo estoy creando al superponer las noches y los días en círculos abstractos y oscuros que me dejan fuera del mundo, como si viviera en una sociedad donde nadie me ve. El hombre solo que habita un cuarto en un hotel del centro de la ciudad y hace pequeños recorridos para buscar sólo lo que necesita de un día al otro.

Hace un rato una llamada telefónica. Estoy helado, paralizado por el horror. Todo es a veces demasiado irracional. Alejandra, la hija de Celia, murió aplastada por un auto y tenía seis años de edad. Había salido de la casa para ir hasta la panadería a comprar el pan para el desayuno. No tengo ninguna imagen, no puedo imaginar nada, sólo veo la pared que está enfrente. ¿Qué se puede decir?

Al rato. Éstas son las cosas que hacen ver la lógica siniestra, inesperada de lo real. Todo siempre puede ser peor aún.

Martes

Son las tres de la mañana, me acosté a dormir. Hablé por teléfono con Celia, que ya, como me dijo, ni siquiera lloraba.

De todos modos trabajé toda la noche en el artículo para la revista y lo dejé casi listo, en definitiva no hay nada nuevo y a ratos me parecen excesivos los reproches a Sabato.

Son las seis de la mañana y es notable cómo se pierden las nociones del tiempo personal cuando se pasan varias noches sin dormir. Cada tanto quiero seguir los criterios de este cuaderno y fecharlos, pero nunca sé muy bien en qué día vivo.

Escribo varias versiones de «Tierna es la noche», de a poco voy encontrando el tono y el sentido de la historia.

29 de abril

Sigo con la rutina de dormir durante el día. Hoy me levanté a las

diez de la noche, este sistema de fuga de la realidad es más peligroso de lo que yo mismo suponía.

Lunes 2 de mayo

Las cosas de mi vida se deforman paulatinamente y yo persisto con una indiferencia atónita. Hoy empiezo el día a las cuatro de la mañana. Ayer me desperté a las seis de la tarde. Podríamos decir que experimento con el tiempo y con la duración, un poco perdido, he dedicado esta noche en vela a recoger algunos restos de las reflexiones que conozco sobre el tiempo.

Martes 3

Me levanto a las seis de la tarde luego de soñar que estaba en un hotel en la costa. Siguen mis notas escritas para comprender los días que vivo.

Ha llegado a un punto muerto, tirado en la cama, inactivo, queriendo escapar, viviendo de noche, inseguro de sí mismo, deslumbrado por el poder del hombre que vive en la pieza vecina y ha sobrevivido a varias catástrofes. Según me cuenta, al principio lo encontraba en la escalera y una tarde me detuvo para decirme que sabía quién era yo porque vivía de noche. Al día siguiente nos citamos en el bar de la esquina y me contó su vida. Era un industrial pero había tenido, según me dijo, «varios contratiempos». Nunca me explicó nada con otra palabra que no fuera ésa. Se llama Agustín Doncelar.

Lo que me ha quedado por el momento de su conversación es un deslumbramiento ante la palabra *contratiempo*. Toda la filosofía sobre la que he estado meditando para salvarme leyendo esforzadamente a los grandes filósofos es que ninguno de ellos ha dicho nada nuevo sobre el contra-tiempo.

Espacio y tiempo son formas del pensamiento, son ideas que existen en nuestra mente con anterioridad a toda observación de fenómenos. Moldes en los cuales vertemos los resultados de la

experiencia. Son subjetivos, no son independientes del observador. El tiempo es una necesidad del pensar.

Miércoles 4

Tres de la madrugada. La duración no es el tiempo. No puedo dormir.

Sábado 7

No termino de entender contra qué lucho, imagino enemigos múltiples y los enfrento uno por uno como en un duelo. Es imposible pelear con todos a la vez porque tengo que pelear también conmigo mismo. Todo es sencillo, dijo, si se comprende que nunca hay que bajar los sistemas de defensa. Hay que estar en guardia, dijo, lo demás es ilusorio.

Domingo 8

Era inadmisible para él volver a los climas interiores, como si mi cuerpo, dijo, fuera un escenario, o mejor, un edificio con temperaturas diversas. Durante tres meses, dijo, sentí la presión de la realidad demasiado tiempo como para buscar ahora refugios en mi vida interior o en estados de ánimo más o menos abstractos. Además hace diez días que ha tratado de retomar las horas «normales» de sueño, así que las noches transcurren con él tendido en la cama, sin dormir hasta que llega la mañana y se levanta como un zombi, tratando de dar vuelta el día y alcanzar una mañana nueva.

Martes 10

Son las seis y medía de la tarde. Estoy enfermo, ¿estoy enfermo?, tengo golpes de frío, duermo mal, doy vueltas en la cama hasta el mediodía, desvelado, ¿desvelado?, y todo transcurre en una duermevela agotadora, ¿agotadora?

Ayer entré estúpidamente en el juego del Autodesignado. Y le pedí estúpidamente entradas para ver su obra de teatro. Entradas que él ofreció reticente, ofendido porque no fui al estreno, etc., etc. Cuando

llegué al teatro, por supuesto no había entradas reservadas, así que la compré aunque estuve a punto de irme pero Inés insistió, etc. Yo conozco la selva en la que vivo pero insisto en actuar como si estuviera en un parque de diversiones. ¿Cómo se me ocurre pedirle algo al Autodesignado en este ambiente?

Miércoles 11

El vecino del cuarto de al lado dejó el hotel en algún momento de esta semana. Me había acostumbrado a desayunar con él a cualquier hora del día y escucharlo contar sus contrariedades como si fueran lecciones de filosofía. Anoche no trabajé, dejé pasar el tiempo mirando desde el balcón cómo se iban apagando a lo lejos las luces de la ciudad. Al final sólo quedaban encendidos los focos de la calle y las viejas lámparas en el Palacio de Obras Sanitarias, en la esquina de Riobamba y Córdoba. En el bar, mientras desayunaba solo, el mozo me avisó que «mi amigo» había venido a despedirse. «Llegó con la valija y parecía listo para irse, según me dijo.»

Hoy descubro graves defectos en el artículo que escribí para el número 2 de *Literatura y Sociedad*, me cuesta sacarlo del pozo en el que cayó. Además tengo que ir a La Plata y voy a perder dos días y una noche allí, enseñando la hipótesis morfológica sobre la historia de Spengler y trabajando en el archivo para la cátedra de Historia Argentina I, en la que soy un «asistente» (kafkiano).

Mientras tanto, he logrado en medio de estas zozobras resolver el relato de Lucía que se llamará definitivamente «Tierna es la noche». Ella camina bajo la lluvia. En el final, Lucía tapándose los ojos.

Sábado 14

Puedo hacer tres cosas. 1. Ir por segunda vez al departamento de Inés, aceptar. 2. Quedarme a leer y al mismo tiempo esperarla. 3. Salir, irme solo a cenar, a caminar por la ciudad.

Lunes 16

La crisis se afirma. Hace un mes que no trabajo y me cuesta

encontrar el ritmo. En esta época me dejo estar, duermo, trato de escapar.

Viajo hacia La Plata. Viajo en la ciudad, manía ambulatoria. Viajo a Adrogué. Mejor decirlo así: Comprendió que algunas opciones que había encarado ciegamente a los dieciséis años eran la única luz en medio de la oscuridad que él mismo había elegido como una manera de ser fiel a lo que imaginaba que quería ser. Se puede dudar de todo, pensó, pero no se puede dudar de lo que se eligió sin motivo, sin sentido pero con la certeza y la convicción de que todo lo que venía era para él un modo de acercarse al lugar que la luz personal le había mostrado.

Jueves 19

«El concepto del genio emparentado con la locura ha sido cuidadosamente alentado por el complejo de inferioridad del público», Ezra Pound.

Esperando a Sergio, hoy cerramos el número 2 de la revista. Está mejor que la anterior. Veremos si Camarda consiguió los treinta mil pesos.

Lunes 23

El estilo de estos días es visible con sólo releer este cuaderno. Las noches en vela, el relato de Lucía está casi listo. Pero aquí en estas páginas todo suena muy trabajoso, porque sólo escribo sobre mí mismo (en tercera persona, espero) y sobre la realidad, que cada vez me parece más hostil y más indescifrable.

De todos modos también este cuaderno se va a releer en el futuro y recuperará entonces algún sentido dentro de unos meses o, quizá, mañana mismo. Porque el tiempo vivido se embellece justamente porque está en el pasado. Estos días oscuros se verán luminosos cuando la distancia me permita observarlos como si fueran un paisaje. El paisaje del alma, dijo, ¿me entiende usted?

Tarde de amor. Pero ella había cruzado el pasillo, como siempre, altiva y bella, sin imaginar que cuando volviera a verlos estaría desnuda y aturdida, en la cama.

Viernes 27 de mayo

Escribí en una noche el cuento «Tarde de amor». Veamos el comienzo y el final de «Tierna es la noche». Pero ahora Lucía está muerta y ya todo es inútil. Estoy en la mitad del año y las cosas no caminan muy bien. Económicamente, literariamente y emotivamente.

Sábado 4 de junio

Estoy en la sala de profesores de la Facultad, esperando la hora de dar un recuperatorio de Introducción a la Historia, en un rato, a la una. Los alumnos se asoman por la puerta y hacen gestos luego de verme aquí. Yo busco un modo de decir «ya estoy con ustedes» sólo moviendo las manos y poniendo cara de inminencia. Fin de semana maligno, sin plata. Ahora, además de hambre, tengo sueño.

Martes 7

La relación con Inés está liquidada, los dos seguimos expectantes, confiados en el poder de los milagros. La agresividad crece vertiginosamente, yo estoy siempre de visita y me encierro en la pieza sobre Riobamba, único lugar en el que me siento a salvo.

Vi a Beatriz Guido. Me pasó un sobre con dibujos y mil pesos adentro, es el pago de la síntesis de la posible película o del posible guión de la película de Torre Nilsson sobre la casona antigua que aún sobrevive en la calle Lavalle, cerca de Maipú. Beatriz dice que en esa casa, o en su cercanía, estaba el puesto de venta de libros del que habla Arlt en *El juguete rabioso*.

«La batalla se dio detrás de la huerta, y el choque se produjo hasta Játiva y al pasar el Júcar ya iban desbaratados y allí los moros tuvieron que beber agua, a su pesar, arreando contra la corriente», *Cantar de mio Cid*. *Viernes 10 de junio*

En la Facultad. ¿Cobraré? La secretaria se retrasa. Situación narrativa, primero pensé que podía cobrar pero resulta que cobro en julio y no sé cómo voy a vivir este mes. Aparecen entonces los problemas reales que pueden entorpecer todavía más la relación con Inés.

Al rato en la biblioteca de la Facultad, quizá era necesario terminar así estos meses tan absurdos. Pocas opciones, pedir plata prestada, pedir un plazo en la pensión por el alquiler vencido, vivir sin dinero. He aprendido a observar con distancia mi propia vida. Todo consiste en valorizar los instantes puros en momentos en que la vida de uno no tiene ya sentido. Se trata de pensar «en perspectiva», que es el consuelo de los que no tienen nada que perder.

Ahora, despejada ya la consigna de «escribir para el pueblo», muchos han decidido, entonces, «escribir para los críticos de los periódicos». Como los críticos hegemónicos son los idiotas de *Primera Plana*, todos escriben a la manera de Cortázar, relatos autobiográficos torrenciales, sin forma, sin estilo, pero «sinceros», a la medida de la poética impuesta por los ex surrealistas que ahora se ganan la vida en semanarios para ejecutivos. Por eso todos se parecen (Néstor Sánchez, Mario Espósito...).

Domingo

Su relación con Inés estaba terminada. Él había pensado muchas veces en la elegancia y la construcción de sentido que se concentra en los finales y por eso no quería hacer otra cosa que eludir la retórica de las historias que se alargan inútilmente.

Sin embargo, la tristeza no amainaba y no se iba, había sentido.

Fin de junio

Después de todo, las hecatombes nunca se notan. La separación de Inés parece un acontecimiento cotidiano pero hay algo más, todavía espero que ella suba la escalera, eso quiere decir que estoy en una etapa de transición. Quiere decir también que estoy a tiempo

de abrirme y no dejarme sorprender porque todo está ya listo y soy yo quien está buscando abrir otro camino. Lo que se intenta salvar ya está perdido y se consiguen, a lo sumo, esperas que hacen regresar con fuerza el pasado. Hay que aprender a esquivar, y a dejar pasar, el heroísmo y el coraje no son más que ese torpe deslizamiento, ir soltándose de a poco hasta que sólo los dedos se tocan, después el vacío, uno ya sabe que ha comenzado a olvidar a esa mujer. Siempre viví así y ésa es mi vida. Claro que esta pieza es fría, pero no tengo muchas otras soluciones ni lugares donde estar.

Estos días son como los puentes que a veces me aparecen en los sueños. Un puente colgante en el que avanzo despacio mientras abajo el ruido del río me distrae y me asusta. Quiero decir que, dijo, mis decisiones han sido resueltas ya. En el fondo son los hechos los que deciden por él.

Hasta el objeto más absurdo tiene un sentido y se encadena cuando uno descubre el eje, es como aprender un idioma nuevo, olvidar el lenguaje que se construyó con una mujer, un lenguaje privado que dura lo que dura el amor. Luego cae como una lengua muerta, es decir, un lenguaje en el interior del cual ya nadie vive. También he descubierto en ella ciertos tics que no conocía y que me distanciaron instantáneamente.

Siempre supe que el mejor modo de vivir era inventando un personaje y vivir de acuerdo con él. Si se ha elegido bien, hay una respuesta preparada para cada situación. Como alguien que habla una lengua extranjera que nadie conoce y espera por azar encontrar a un coterráneo con el que se pueda conversar. Hay que elegir el amor de acuerdo con cierto modo imaginario de vivir la vida (y no al revés). ¿Y no sería eso la felicidad?

Entretanto, como en esos dramas esquemáticos, la realidad sigue su curso. Mundo real, golpe de Estado. Fin de Illia. Por momentos imagino que la catástrofe política duplica mi drama privado: el fin del amor vivido como un golpe de Estado. En resumen, hay un giro a la

derecha, el fin de un clima cultural abierto. Seguro vendrán años duros, en los que será necesario trabajar solo y en secreto.

Mientras tanto trabajo en los cuentos del libro. «Tarde de amor» pasó de veinte páginas a doce. Lo mejor que he escrito en estos días es «Tierna es la noche»; lo escribí de modo extraño, a partir de una experiencia vivida que se fue reduciendo hasta ser sólo una imagen.

Lo peor es cuando encuentro rastros del pasado, hoy un anillo, cuando un recuerdo se impone y entonces parece que viviéramos fuera del tiempo. No se puede cambiar el pasado. ¿No se puede cambiar el pasado? Tirar el anillo.

Mi resistencia a narrar el conflicto y el corte se debe a mi hipótesis, esbozada muchos años antes, de que nunca se puede decir directamente lo que sucede en momentos de mucho dolor. Es preciso encontrar un objeto cualquiera que permita decir a medias lo que nunca debe ser dicho directamente, por ejemplo el anillo que le regalé a Inés, una aguamarina muy pura y que ella me devolvió porque no quería emocionarse al ver que todavía lo llevaba con ella. Lo tengo aquí sobre la mesa como un rastro de algo que ha muerto y es entonces un fetiche que no ha perdido su emoción. (No lo tiré, está aquí sobre la mesa.)

Sentado en el Ramos en la vereda de Corrientes, después de cenar, y en esa extraña atmósfera en la que uno parece flotar en medio de la noche. Escuchando a dos parroquianos que hablan de caballos y discuten las posibilidades de acertar en las carreras sea estudiando a fondo *La Fija*, como dice un flaco muy consumido de ojos ardientes, o dejándose llevar por el azar y la intuición, como le responde un hombre pesado y gordo que da la sensación de estar de vuelta de todo. «No me vas a creer si te digo», le dice el flaco, «que cada vez que me tiran una fija o que he seguido las indicaciones de la cátedra, he ganado. No fueron muchas, pero me alcanzan como lección.» Luego la conversación toma un carácter técnico y empiezan a hablar en una especie de idiolecto que casi no

alcanzo a descifrar. Compruebo entonces que no sólo los amantes se construyen un lenguaje personal en ciertas zonas de la realidad –donde está en juego la pasión también el lenguaje es obligado a ceñirse a las particularidades de quienes lo usan–. En este momento el mozo se acerca para servirme un café y me lee el pensamiento y dice: «¿Cómo, y la morocha no vino?» Yo lo miré como si el tipo me estuviera tomando el pelo y le dije: «No, está de viaje.»

Mi relación con la realidad tiene un solo sentido –definido por la pérdida–, opacidad y desapego. Mis cuentos, el lugar donde vivo, Inés, los libros que leo, los amigos, eso que es exterior –a mí– parece estar detrás de un vidrio oscuro, lejos, ajeno.

De pronto, como si viniera de algún lugar remoto, me encuentro con la imagen de mi primer encuentro con Borges: recuerdo que sonreía a destiempo, la mano acariciaba el aire antes de cambiar de tema, una engañosa y eficaz humildad.

Estoy ahora en un bar sobre Lavalle, en el comienzo tardío de la noche, y pienso ir a ver *The Knack* con Inés, si ella, como yo, recuerda la última cita. Enfrente, un llamativo tartamudo intenta torpemente seducir a una rotunda muchacha rubia. Él le ha dicho con dificultad y lentitud a ella que es mala, después aseguró varias veces que del odio al amor hay un solo paso. Frase que la muchacha no rehúsa repetir con ironía mientras sostiene que no tiene otro novio. Inés llega al bar, atropellada y bella, y no bien se sienta y se inclina para darme un beso, me doy cuenta de que ya es otra (se ha vuelto afectada y esnob).

Si yo lograra reproducir –y fijar– desde muy cerca el ritmo secreto de lo que pasa, podría vivir con cierto estilo la vida.

También volver a hacer el amor con ella esa noche, en el amueblado de la calle Tres Sargentos, era el final de una época que empezaba a olvidar.

Viernes 1 de julio

Habría que volver a *Hamlet* para escapar del realismo fotográfico del teatro argentino actual. Habría que buscar en esa obra la estructura agresiva y criminal de las relaciones familiares y evitar así el aire benigno que tienen esas obras. En el teatro argentino las familias se aburren, melancólicas, y nunca pasa nada. Mientras que por supuesto en la familia de Hamlet la agresividad y el odio se convierten y definen un juego teatral. Los personajes giran en su propia órbita, que son siempre opuestas una a otra.

Estoy en La Plata, en el viejo bar Don Julio, y todo parece repetir el ambiente que encontré cuando llegué en 1959. En ese momento todo era asombroso para mí, vivía solo por primera vez, lejos de la novela familiar (nada naturalista, muy épica), y quizá ahora puedo imaginar que he realizado lo que esperaba en aquellos días.

Sábado 2

Como en un flash, a veces de golpe pienso en Cacho en la cárcel. Cada vez que voy a visitarlo él es quien me reconforta. Le llevo un pollo asado, un cartón de cigarrillos, una lata de duraznos en almíbar. Recordamos los viejos tiempos y le cuento cómo están las cosas afuera.

Desde luego –para volver al tema de lo trágico– curiosamente lo más difícil no son las grandes catástrofes que nos dejan helados y ajenos a todo y nos enfrentan con decisiones decisivas, sino estos momentos ambiguos y lentos en los que un gesto mínimo y contingente –mover una mano en el aire– puede cambiar súbitamente la realidad, y los hechos parecen depender de nosotros y no ya del destino. La cuestión, entonces, consiste en vivir con la conciencia alerta y apasionados por el simple transcurso del tiempo, porque, a veces, toda la vida está en juego en una simple mirada o palabra mal usada. No sólo el oráculo mal entendido produce tragedias, sino que el malentendido mismo está en la vida y no hay que buscar el enigma en la esfinge. Intento construir una realidad como Robinson construyó su vida sin ninguna esperanza, tan sólo

necesitaba hablar en la noche aunque nadie podía escucharlo. El que busca la salvación es porque ya está perdido.

También parece necesario aprender a olvidar lo que uno imagina que es para los otros. Aprender entonces a desechar los intentos de ser comprendido. La gran sabiduría es la de Nijinski, que cuando sus amigos iban a verlo al manicomio y lo confortaban con la esperanza de volver a verlo en el teatro, él les contestaba: «No, yo ya no voy a bailar porque estoy loco.»

Lunes 4

En el monólogo de *Hamlet*, al final del segundo acto hay una teoría de lo imaginario cercana al bovarismo, es decir, una teoría de la ilusión o en todo caso un modo de pensar la forma en que las ficciones intervienen en la realidad. El príncipe recuerda que ha escuchado contar que personas criminales, al asistir a un espectáculo teatral, se han sentido tan profundamente impresionadas por el hechizo de la escena que en el acto han revelado sus delitos. De allí la frase que cito ahora de memoria y que traduzco así: «El drama es el lazo en el que atraparé la conciencia del rey.» Si vuelvo a mi nota de hace unos días sobre el modo en que somos vistos por los demás, podríamos decir que no sólo el escenario teatral es el lugar de la representación –es decir de la identificación–, sino que toda la vida en un sentido secreto es pura representación (para los otros), lo cual no quiere decir que no sea verdadera.

En la escena II del acto III Hamlet piensa que la finalidad del arte dramático, desde su origen hasta la actualidad –dice–, ha sido, y es, presentar, por decirlo así –según el príncipe–, un espejo para que los hombres vean su verdadero rostro. El peso de las ilusiones en la realidad. Lo que llamamos real es, para el particular, un tejido de ilusiones.

Por eso es lógico que me cueste recordar la noche del sábado. Mi encuentro con Roberto Jacoby y Eduardo Costa, la conversación

divertida y «moderna», luego Inés llegó un poco alterada, y a medida que se aclaraban las cosas, menos segura. En fin, la noticia de la fiesta en el horrible caserón de la calle Olleros. Después en el exótico departamento de Patricia Peralta Ramos donde Antonio Gasalla y Carlos Perciavale recitaron *Romeo y Julieta* cambiando sucesivamente el rol de mujer. Terminé la noche en Gotán escuchando a Rovira en una mesa con Piri Lugones.

En cuanto a la revista, seguramente la situación política producida por el golpe de Onganía hará imposible la edición del número próximo. También la Universidad está afectada por el golpe de Estado. Una vez más, hay que empezar todo de nuevo.

Miércoles 6

Lo difícil no es perder algo (por ejemplo a Inés) sino elegir el momento de la pérdida. Se trata siempre de una lenta retirada, como cuando se empieza a visitar cada vez menos a un amigo, a leer cada vez menos a un poeta, a ir cada vez menos a un bar, desandando suavemente el camino de vuelta para no lastimarse. Como quien retrocede por un pasillo oscuro tanteando y retrocediendo, siempre mirando la cara y sonriendo sin despedirse de quien lo mira alejarse.

Las mujeres empezaban por quererlo y admirarlo, después algo las hacía percibir el vacío y se echaban atrás –había pensado– y él les facilitaba la retirada, les abría la puerta para que salieran sin sobresaltos.

Domingo 10

Al final siempre se sale, vaya uno a saber para dónde. Lo más persistente es la tristeza, como un cansancio que cae sobre quien se despierta y lo sorprende. De todos modos, en medio de la nada se cruzó Julia, una alumna en mis clases de historia. Ella o cualquier otra daba lo mismo, pero fue ella. Su cara increíble, su pasado que me contó de golpe, como si no quisiera olvidarse, los dos sentados en ese bar contra la ventana sobre la calle Alem, en el Bajo. Ahora,

como siempre, pienso, tendré que esconderme o que huir, pero ayer fue muy placentero, recorriendo los bares que encontramos abiertos, hablando complicadamente cada uno con su lenguaje individual que el otro tendrá que aprender.

Ahora, mejor que me cebe unos mates, mirando la luz de la calle. A veces se me da por pensar que sencillamente necesito un lugar, dejar de dar vueltas, no salir nunca, pero de golpe creo que lo mejor sería dormir unos meses, despertarme por ejemplo en octubre. Pero ahora trataré de dormir más módicamente hasta el mediodía.

Lunes

Siempre hay un momento en que las cosas se aclaran, recién, tirado en la cama, hace un rato traduciendo un cuento de Hemingway, comprendí que fatalmente me enamoro de mujeres tormentosas (con un pasado intenso, que me atrae). Julia se escapa con un músico a los dieciocho años, él la abandona en Bahía Blanca, ella vuelve a su casa vencida, digamos, y de inmediato se casa con el médico de la familia y tiene con él una hija a la que Julia abandona cuando la nena tiene seis meses. Desde entonces, me dice, no puede oír a un bebe que llora sin ver a su hija. La dejó, como una ofrenda, para poder vivir sola su propia vida. Lo que hace su historia circular es que ella es la hija de un hombre con el que su madre tuvo una aventura. Nunca le dijo quién era, no le dio el nombre. Su madre volvió a casarse, tuvo otros dos hijos, y Julia fue siempre la hija ilegítima que el marido de su madre –y sus hermanos– miraron con desconfianza. Se ve lo difícil que es contar los vaivenes de una historia familiar. Julia me lo contó en fragmentos discontinuos, con ironía y cierto cinismo (aunque en un momento lloró, pero fue mucho después, cuando ya estábamos en la calle y ya nos habíamos olvidado de su novela familiar).

«Sí, huyo, huyo sin cesar. No puedo remediarlo. En verdad no sé hacia dónde voy, pero sé de qué estoy huyendo», Montaigne.

Cuando pienso en los personajes me acuerdo de Michael Craig, el

marido de Claudia Cardinale en *Vaghe stelle* de Visconti, un hombre medido, sin excederse nunca en medio del caos.

Lo mejor para mí sería en este momento volver atrás y empezar a corregir los cuentos. Dejar el libro listo de una vez por todas. Como quien dice, voy a aprovechar las vacaciones para pintar el departamento. Lo que pasa es que en esta época también me da miedo elegir el color con el que voy a pintar las paredes.

Cocino dos huevos pasados por agua, controlo en mi reloj pulsera los tres minutos necesarios para lograr un huevo pasado por agua perfecto. Imagino que ahora el huevo está perdiendo su blancura, entre lechosa y amarillenta, para empezar a endurecerse pero no tanto, no sea cosa que se transforme en un huevo duro.

Miércoles

Ambigua reunión con Jorge Álvarez sobre la edición de clásicos en la colección que yo voy a dirigir. Comenzaremos con *Memoria del subsuelo* de Dostoievski (prólogo de George Steiner), luego *Robinson Crusoe* con prólogo de Joyce, luego *Bouvard y Pécuchet* de Flaubert con prólogo de Raymond Queneau. Luego vine a La Paz y me sorprendí al leer las generosas opiniones de Beatriz Guido: «Prefiero leer a los jóvenes, a Emilio Renzi, autor de unos cuentos magníficos, porque no están comprometidos afectivamente con el pasado.»

Jueves 14

¿Cobraré por fin? De eso dependen muchas cosas. Ahora es también necesario aprender las técnicas para sobrevivir.

«Regresaré, con miembros de hierro, la piel ensombrecida, la mirada furiosa, por mi máscara me juzgarán de una raza fuerte», Rimbaud.

Miércoles 20

Me acerco a un tiempo de silencio, la introspección se terminará

de golpe. La indiferencia una vez más.

«Todas mis novelas han sido empezadas como cuentos. Nunca empecé diciéndome, bueno, escribo una novela», Hemingway.

Sábado

Se trata siempre para mí de encontrar un tono para resolver vagas anécdotas. Mis mejores cuentos dependen siempre del tono de la prosa y no de la anécdota.

Miércoles

¿Cómo saber cuál es la mejor entre todas las posibles historias que se presentan mientras uno está narrando? Se trata siempre de tomar decisiones, narrar es tomar decisiones. Nunca sé cómo va a ser la historia hasta que no la escribo. Y mientras la escribo, me dejo llevar por la intuición y por el ritmo de la prosa.

Joyce: «La tarea que me propongo técnicamente es escribir el libro desde dieciocho puntos de vista distintos y en muchos estilos aparentemente desconocidos.»

Domingo

A veces, para divertirme, se me ocurre caminar hablando solo por la calle. Hablo en voz alta haciendo gestos, los transeúntes se dan vuelta para mirarme y eso me divierte, verdaderamente.

Martes 2

En este bar amplio con paredes de vidrio cerca de la estación, en estos días que son todos iguales para mí y pasan insensiblemente, sin ideas previas sobre lo que está por suceder. Inquieto, como en otras épocas, a veces me pregunto cómo saldré de este tiempo estéril, lleno de tedio y de un monótono monólogo interior.

Sábado 13

Llego a la casa, ella está con otro. Yo ya estoy con Julia. Después de todo ya no me quedan ni los recuerdos. ¿Para qué sirvieron estos

tres años largos que estuve con ella? Para quererla. Para terminar un libro, para venir a vivir a Buenos Aires, para ganarme la vida. Nos salva no poder imaginar las consecuencias que los hechos vividos han de tener. Lo único que puedo hacer es tratar de esquivar los recuerdos. Sacarme de encima las imágenes como quien se quita un saco.

Martes 16

Paso la noche tapado de Librium, entorpecido con sueños que no hacen más que recordarme lo que quiero olvidar. Trato dificultosamente de «hacerme a la idea» de que Inés no existe más y se va alejando de mí como si retrocediera en el tiempo hasta convertirse en una desconocida. Pasarán días y días, experiencias diversas que la convertirán en otra persona distinta de la que yo he querido.

Miércoles 17

Un dolor leve, imperceptible, hecho de imágenes, como quien está frente a un derrumbe que ya ha sucedido y, envuelto en el polvo, piensa en lo trabajosa que será la reconstrucción. Tal vez dentro –digamos asíde tres meses o de cuatro meses o de seis meses, estos días que ahora se arrastran lentamente, y que tanto cuesta soportar, serán solamente una nostalgia melancólica. El enamorado se entrega al alivio del tiempo que pasa, única compensación frente a la pérdida.

El único consuelo que me queda es saber que todo estaba previsto y que, incluso cuando empecé a escribir en este cuaderno, la suerte estaba jugada pero yo no supe abrirme a tiempo. Quién sabe, sin embargo, si hubiera sido capaz de resistir sin ir a buscarla. Hace falta mucho coraje para retirarse antes de que suenen los avisos de incendio. Decidir antes de que sea imposible hacerlo.

Voy a terminar mañana este cuaderno y como siempre, mágicamente, mi vida va a cambiar cuando empiece a escribir en unas páginas blancas. De todos modos mañana iré a Gotán, me

sentaré a una mesa con Julia y haré ver la «experiencia» social del fin de Inés.

Jueves

El último fue un encuentro melancólico en El Foro, Inés, de blanco, alterada y triste. Los dos con ciertas ganas de llorar y sin hablar. Intercambiamos objetos queridos como si fueran palabras. Luego la miré irse y salí a la calle a caminar hacia el rumbo contrario.

Dirección de Cacho. Cárcel de Dolores, calle 3, número 526, entrada lateral.

Voy a Gotán con Julia, los amigos están acostumbrados a estas modificaciones y no piden nunca explicación ni motivos.

Sábado 20

El desequilibrio de «El pozo y el péndulo» deriva de un error de perspectiva, este cuento contado en tercera persona requiere (como casi todos los cuentos de Poe) la primera persona para valorizar el horror de la experiencia. Los mejores cuentos de Poe son siempre confesiones.

Miércoles 24

En el fondo siempre se trata de la misma cosa, reconstruir los edificios derrumbados para poder vivir en ellos. Lo único que importa es la fortaleza del edificio y no los métodos que se usan para levantarlos. Sin embargo, también es cierto que los métodos determinan la dureza de la construcción.

Los cuentos crueles de Poe se fundamentan en esta frase de «El entierro prematuro»: «Lo que voy a contar ahora es mi propio conocimiento real, mi experiencia efectiva y personal.» El otro procedimiento reside en el carácter científico, no literario, que legitima los hechos (los argumentos aparecen extraídos de publicaciones o precedidos de minuciosas teorías).

Jueves 6 de octubre

Inesperado intermedio de felicidad que persiste como una pausa desde el comienzo de la primavera. Por un lado mucha cercanía, física, intelectual, musical y variada con Julia. También el modo imperioso y alegre con el que escribí en dos días «Mata-Hari 55». En ese cuento utilicé microscópicamente el procedimiento de narración-verdad que pienso usar en la novela. Quizá también algunas noticias del espacio exterior ayudan al buen humor. Recién Samuel Amaral me cuenta que en el número de la revista *Análisis* dedicado a la literatura argentina yo aparezco como el más leído entre los jóvenes de dieciocho a veintidós años. Son lectores de mi propia generación, apenas un poco más jóvenes que yo mismo.

Tengo que recordar el modo en que salí del universo de Inés y entré en el mundo de Julia, fríamente y sin remordimientos. Todo cambió, el amor es también un lenguaje que se debe aprender cada vez para olvidarlo en las rupturas y las separaciones. Como si la lengua de la pasión fuera una sola que se va transformando con cada persona, de modo que uno olvida las palabras del pasado y aprende las del porvenir. Un solo lenguaje cuya sintaxis y cuyo contenido verbal se modifica según las situaciones amorosas.

Lunes 10 de octubre

A media tarde encuentro por casualidad a Inés en El Ramos, la misma mesa en la vereda en la que estuvimos conversando en febrero, en medio del verano, ella con el pelo cortísimo y unos aros amarillos, muy bella. Había olvidado las palabras para hablar con ella, de modo que la conversación de hoy estuvo varias veces interrumpida por la incomprensión. Un encuentro triste para los dos. Cada uno empieza ahora a ser olvidado.

Me resisto a corregir los cuentos, tengo la certidumbre de que están bien escritos en la primera redacción. Como si el estilo se fijara de una vez y cualquier «mejora» (convencional) destruyera el efecto del conjunto. Igual tengo que cerrar el libro y olvidarme de él para poder empezar a escribir la historia de los maleantes que huyen a

Uruguay. Tan cercana a mí que necesito escribirla como si estuviera sucediendo ahora.

Miércoles 12

¿Por qué nadie dice nada sobre el sentido reaccionario y arcaico del llamado «día de la raza»? Imagino que deriva de la tradición hispanista: cuando perdieron las últimas colonias con la guerra en Cuba en 1898, los españoles inventaron el mito de la cultura común entre la metrópoli y lo que ellos llaman la América Hispana.

Cuando por azar –como quien encuentra unas fotos atractivas y un poco perversas en un cajón olvidado de la casa familiar– releo algunos de estos cuadernos donde se cruzan días de intensa felicidad e inmediatas rachas de pesadumbre, percibo, en una inesperada lección de vida, el relativismo emotivo, el vaivén de los sentimientos que no obedece a ninguna lógica visible. Al fijarlos por escrito, los estados de ánimo se transforman en espacios físicos que se repiten cada tanto, como quien en la casa de la infancia –donde encontró en un cajón de la cómoda unas fotos perturbadoras de su madre– vuelve por azar a pasar por las habitaciones de la casa, algunas oscuras y tétricas y otras iluminadas a plena luz por el sol de la mañana. Podríamos describir un paisaje usando el modelo de los cuartos en los que fuimos felices (o desdichados) en la remotísima infancia.

En el mismo día veo, al comienzo de la tarde, en el Normandie, *Diario de una camarera* de Buñuel y al anochecer, en el Loire, *Pierrot le fou* de Godard.

Jueves 13

Hay una falta de gravitación en estos días de espera, no parece suceder nada notable, y sin embargo algo se anuncia que no puedo imaginar.

¿Por qué viene siempre todo desde tan lejos? Por ejemplo, ayer Inés saliendo del cine con G., al final de Godard en medio de la

llovizna, una desconocida, mientras yo subía al coche con Julia, con Nene y Alberto, ya en otro territorio, hablando otro lenguaje, en el extranjero. ¿No soy yo también una imagen, y no tengo yo también contundencia y sentido? Entonces, ¿por qué pensar la significación desde un solo lugar hostil en el que soy invisible?

Viernes 14

Insisto en mi resistencia a corregir los cuentos, temo romper un equilibrio inestable en el que se sostienen, imperceptibles, los argumentos.

Asisto a una situación injuriosa. Dos catedráticos alemanes hablan con una profesora repudiada por sus colegas. Ella los hace sentar a la mesa, ponerse cómodos, «entrar en confianza» (vienen a darle noticias atroces y ella lo sabe).

Domingo 16

Como quien prueba su propio coraje o el alcance de sus decisiones impensadas o se usa como objeto de experimentación, salí caminando despacio con desdén, sin mirar a nadie, me fui sin pagar del restaurante carísimo de paredes de vidrio.

Lo que vale en Faulkner es la continua presencia de quien está contando la historia, los narradores circulan pero todos tienen el mismo tono elegíaco y enfurecido.

Lunes 17

Hace un mes estábamos viviendo en la casa de Dipi Di Paola. Siempre he sentido atracción por los lugares que no me pertenecen y en los que alguien ha vivido antes que yo y ha dejado su marca en los muebles, los cuadros, los libros. Estábamos ahí Julia y yo, como dos amantes furtivos que habitan en secreto la casa del amigo a quien están traicionando.

He vuelto a los días pesados en los que me cuesta volver a la vida, como si no quisiera despertar. ¿Tanto me turbó mi encuentro –voy a

llamar así a ese cruce de dos desconocidos– con Inés el miércoles pasado al salir del cine? Parece que no puedo soportar que ella siga viviendo su vida sin que yo este ahí.

Martes 18

Ahora también me aparece en los sueños. Extrañamente me cito con Inés, que aparece con G. Pienso que me equivoqué. Además ellos tienen que ir a algún sitio y yo no quiero acompañarlos.

Miércoles 19

Paso la noche sin dormir, recurro, parece ser, al insomnio: he sido inmune toda mi vida a perder el sueño. No recuerdo otra noche como la de anoche. Pensé que viajaba en un tren de larga distancia, me había instalado en la cucheta de arriba del camarote personal en el que yo me disponía a pasar una semana. La sensación de la marcha, el sonido de los rieles y la luz de los pueblos desiertos que cruzábamos velozmente me hicieron dormir cerca de la madrugada. La duermevela, la etapa inmediatamente previa al sueño, tiene un aire onírico, y sin embargo somos nosotros quienes imaginamos lo que vemos.

Estuve también parte de la noche urdiendo dedicatorias del libro que todavía no publiqué ni terminé de escribir. ¿No hay, en esas imágenes en las que uno entrega personalmente un libro que ha escrito a un amigo –o a alguien– y le firma un ejemplar luego de escribir una frase, un remoto sentido de la literatura? Escribimos siempre para personas concretas y se podría escribir un ensayo sobre el sentido de las dedicatorias.

La loca lucidez de las cinco de la mañana, después del largo encuentro con Ramón T. tomando ginebra. Él quiere convencerme de que continúe con la revista *Literatura y Sociedad*. Tiene una noción clara de lo que se debe hacer, ya que está dedicado a construir lo que él llama «la situación revolucionaria». Una revista literaria o el asalto a un cuartel tienen para él la misma función, siempre que haya alguien que sea capaz de conectar un hecho con

el otro. En un sentido es un clásico pensamiento paranoico. Como los locos, los revolucionarios profesionales están convencidos de que «todo tiene que ver con todo».

Anoto una de las dedicatorias que se me ocurrió en la noche. *A Lucía, culpable del 87 % de este libro.* (Me gusta incluir una cifra en una dedicatoria.)

Salí del insomnio con los ojos vendados y una certidumbre: no puedo aceptar haber decidido perder a Inés.

Pero hoy, me dijo ella, uno puede liberarse mecánicamente de este cuerpo escindido. En una época, dijo, en la que existen los excitantes y los sedantes, es inconcebible tener penas de amor que duren más de seis horas. Estaba sonriendo, joven y bella, cuando siguió anunciando cínicamente las verdades del mundo y dijo: «En una época en la que existen las cirugías estéticas y los institutos de belleza, es insensato que vos prefieras una mujer a otra. En una época», agregó, «en la que existen las píldoras anticonceptivas y la inseminación artificial, no es posible transmitir todavía nuestras taras, nuestras angustias y nuestra fealdad a hijos propios o ajenos.» Se inclinó sobre la mesa y me preguntó si yo no estaba de acuerdo.

Sábado 22

Un tiempo especial de mi vida, diré, sin introspección, sólo con hechos. Paso los días con Julia en esta ciudad donde viví hace años y donde ya nadie me conoce. Tomo ginebra con ella después del amor para poder dormir. Y tengo pesadillas con Inés todas las noches. Un hombre de costumbres, un hombre que no quiere perder nada, ni siquiera lo que él mismo abandona.

Domingo 23

El cuento que más trabajo me ha dado es «Tarde de amor». Sigo revisándolo una y otra vez. Parece un mecanismo de relojería con péndulos que es preciso equilibrar. En esta versión aproximada y

última, hay dos finales posibles. No sé si eso es un mérito o un fracaso.

Martes 25

Se murió el gato. Se llamaba El Cónsul (porque parecía siempre borracho). Ayer a la tarde se me quedó mirando desde una banqueta en la que reposaba. Yo pensé, este gato está raro, a este gato le pasa algo, y ya estaba muerto (con los ojos abiertos).

Miércoles 26

Una época de subterránea felicidad. Días y días sin salir de este cuarto enorme y luminoso, asistiendo a los nuevos ensayos de una pasión amorosa con Julia. Por el momento intercambiamos palabras cada uno en su idioma personal y los encuentros son, antes que nada, físicos.

Estoy contento con esta nueva historia a pesar de las nostalgias, comprendo a esa otra mujer que fue para mí la primera que quise verdaderamente. La realidad o la estrella personal nos da una ayuda siempre a pesar nuestro y me obligo, digamos así, a seguir el camino luego de romper con Inés y encontrar una nueva pasión viva, etc.

Correr es un fin en sí mismo, decía Cacho. La velocidad sensibiliza, agudiza, intensifica todo. El paisaje, la mujer, la vida ordinaria, los amigos. Todo tiene una nueva dimensión mientras se corre y después, cuando la puerta del auto se cierra, entonces el coche y uno son la misma cosa. El hombre se integra a los fierros, se siente solo, libre, a doscientos kilómetros por hora la vida es más limpia. Lo dijo luego de haber corrido en moto desde muy joven, luego anduvo en autos «preparados» (que previamente tiene la precaución de robar).

Jueves 27

Tengo recuerdos del origen de los cuentos de este libro.
«En el calabozo». Lo primero que recuerdo es una tarde de 1961 en

el Tiro Federal en Mar del Plata, un soldado, le recuerdo la cabeza rapada, me contó la historia.

«Mi amigo» surgió extrañamente cuando fui con un amigo a visitar a Helena y él rectificó mi opinión elogiosa sobre Bioy Casares. ¿Cómo, si me habías dicho que no te gustaba?, dijo, dejándome en evidencia.

«En el terraplén». La anécdota me la contó Lina Flores en el Bosque en La Plata y me gustó el doble final. «La honda». Caminando por una calle de tierra vi a unos obreros trabajando un día domingo y de golpe descubrí la historia.

«Mata-Hari 55». La historia me la contó Manolo Comesaña, el año pasado. Los sucesivos cambios de nombre de la protagonista me los sugirió Inés, sin querer, cuando la descubrí hablando por teléfono y diciendo que se llamaba Enriqueta.

«Las actas del juicio». El argumento surgió en las clases de Historia Argentina que daba Beatriz Bosch en 1963. Hubo varias versiones. Una discusión con Julio Bogado me hizo limpiar lo que estaba de más; una conversación con Inés (a quien no le gustaba que la historia estuviera contada en plural por un «nosotros») me llevó a inventarle un narrador y a justificar su tono, haciendo de él el ejecutor de la muerte de Urquiza.

Lunes 31 de octubre

Novela. (Los personajes hacen ver el procedimiento y eso les produce cierto efecto en la verdad de lo que cuentan.) «Mucho de lo narrado por Costa lo fue conociendo en la presencia de su voz en el grabador y por lo tanto pudo haber distorsiones.»

La función de incluir «ideas» o pensamientos en un relato es la de complejizar las motivaciones. La reflexión distorsionada, levemente arbitraria, se justifica en tanto no vale sólo como hipótesis, sino como parte del argumento del relato (cuando es emitida o pensada por personajes o narradores implicados en un mundo otro, es decir, en las relaciones que se tejen en el interior de la novela).

Se trata para mí de reproducir –como si la estuviera grabando– la

percepción de la realidad en medio de la acción y del riesgo, que definen «la filosofía» de vida de Cacho (que es antagónica con la realidad y por lo tanto va a «chocar» contra el muro de piedra de lo real).

Miércoles 2 de noviembre

Desde hace un tiempo vivo precariamente, con cien pesos por día, muy poca plata, siempre tengo una leve inquietud producida por el hambre. Pero nunca pienso en el futuro, no me importa la economía si sé que voy a trabajar toda la noche (una economía contra otra, la necesidad y el deseo, como quien dice Laurel y Hardy –el Gordo y el Flaco).

Encontré un comienzo más fluido para mi cuento «La honda»: «No me dejo engañar por los chicos. Sé que mienten, que siempre están poniendo cara de inocentes y por atrás se ríen de todo el mundo.»

Jueves 3

Recordé una despedida y un encuentro, de pronto la imagen de la que yo mismo formo parte. Primero no la vi en ese bar frente a la estación, pero después hablamos alteradamente de «cosas varias» (un crimen el día antes en ese mismo lugar). Al final llegó el tren y nos separamos, cómodamente. Antes, yo había recibido una carta.

Frente al camino de la novela que hace visible la convención y dice «esto es una novela» y pone en crisis la creencia en la ficción, ejemplo Günter Grass, Néstor Sánchez (dicen, por ejemplo, «Ahora está lloviendo o quizá sería mejor decir que en la novela está el sol alto»...), hay una tradición menos visible pero muy experimental (Conrad, Faulkner) que justifica al narrador explicando las razones por las cuales narra esa historia e implícitamente señala las posibles deformaciones. (En Faulkner no hay un narrador que ordene y jerarquice el material, los personajes toman la palabra y cuentan su versión.)

Leyendo a Conrad, con sus múltiples narradores en una misma historia, con una prosa alta y literaria, se comprende la admiración de Faulkner. En Conrad está siempre presente la ficción, o mejor, el carácter ya narrado de la historia que se va a contar («este relato legendario» en *El duelo)*, y además están las interrupciones y comentarios del narrador secundario (Marlow), que resalta la presencia de alguien que está narrando a un grupo de oyentes la historia que ya ha sucedido. Los cortes e interrupciones y explicaciones permiten saltar en el tiempo, le dan al relato el tono de una experiencia vivida. En *El duelo*, el narrador situado narra una historia ya sabida parcialmente, que sufre deformaciones al ser interpretada desde afuera por quien no la conoce bien (pero la narra fascinado por el misterio de lo que no sabe en las motivaciones de los personajes, aunque sí registra los hechos que han sucedido).

Jueves 17

Ciertos relatos no pueden ser corregidos porque la estructura y el tono se encaminan directamente hacia un desenlace equivocado. Corregirlos supone el riesgo de yuxtaponer varios «sentidos» que, de todos modos, no enriquecen la historia.

Ya no creo en los temas «comprometidos» como justificación de un relato. Por eso no voy a incluir «Desagravio» en el libro, a pesar de que su tema es el bombardeo a Plaza de Mayo por la Aviación Naval en 1955 y tiene resonancias políticas. Para dar el tono del peronismo tengo que narrar mi propia experiencia, o mejor, la experiencia de mi padre.

Paul Valéry recomienda, en una carta a André Gide, *El discurso del método* como un modelo de la novela moderna. Narra la vida de una idea y no, como se acostumbra, la vida de una persona.

Lunes 21

Ayer con Beatriz Guido, siempre estrambótica y divertida. Vertiginosa en su casa barroca, muebles antiguos y conversaciones

circulares. Estaba Edgardo Cozarinsky, que me pasó el original de una novela de Manuel Puig.

Preparo siete copias del libro de cuentos para mandar al concurso de Casa de las Américas. Un trabajo demencial, con papel carbónico que la máquina portátil sólo admite en pequeñas dosis. De modo que tengo que pasar todo el libro tres veces. Decido como título del volumen *Jaulario* (me molesta que suene al *Bestiario* de Cortázar y al *Crepusculario* de Neruda, pero no encuentro un nombre mejor y no quiero usar el título de un cuento para todo el libro) (¿por qué no?).

Martes 29

Le dejé el libro anoche a Jorge Álvarez, ahora entiendo el vacío que sigue al momento en que se ha logrado terminar algo después de meses.

¿Hasta cuándo soportaré la incertidumbre de vivir al día? Pero quizá ahí esté el mérito, no pensar en el futuro o pensar que no llegaré vivo al mes de marzo.

Hay un botellero, un trapero, que pasa todas las mañanas a esta hora avisando a voz en cuello que compra materiales en desuso. «Compro camas viejas, compro colchones, compro sillas rotas, compro estufas, calentadores.» Es un comprador el que anuncia su voluntad de encontrar objetos que han quedado afuera del mercado, parece un coleccionista y me recuerda, en una correlación sonora, la voz del otro ropavejero hace un año en la Boca, que hablaba solo, cada mañana a las ocho, cuando yo estaba por acostarme después de haber trabajado toda la noche. Y recién iba a la cama después de haberlo escuchado cruzar por la calle Olavarría.

4 de diciembre

Ramón Torres Molina me dice, amistoso, que mi libro es el mejor libro de cuentos de la década. Es la primera lectura que recibo. Le di

a leer el libro a Celina Lacay, José Sazbón, Jorge Álvarez y Beatriz Guido.

Un dato. Entre 1875 y 1907 se importa en la Argentina alambre suficiente para rodear con un tejido de siete hilos 140 veces el perímetro de la República. Como suelo decir a veces –para asustar a los que practican el determinismo directamente en la literatura–, cuando se alambraron los campos, se terminó el gaucho...

Miércoles 7

Anoche, José Sazbón me habla del libro. Reparos a «Mi amigo», «En el terraplén» y «La honda». Encuentra problemas en el final de «En el calabozo». Le gusta mucho el tono del libro, la calidad del estilo, la sobriedad para narrar. Según él, los mejores cuentos son: «Tarde de amor», «Tierna es la noche» y «Las actas del juicio».

Sábado 10

Una vez más me encuentro con una mujer con la que he vivido para repartir los libros de la biblioteca. Ahora con Inés, la dejo llevarse todo lo que quiera, porque no me importa. Ni siquiera vale como metáfora de lo que uno se lleva y deja cuando se termina el amor. Por fin en la calle tomando cerveza en la vereda, estúpidamente.

Fui por la Diagonal Sur y mandé el libro al concurso en Cuba por avión, o mejor, en copias con papel de avión. Elogios al libro de Jorge Álvarez y de Beatriz Guido.

Domingo 11

Me veo a mí mismo, sentado en el piso del corredor de la casa desmontada, días antes de dejar Adrogué para ir a vivir a Mar del Plata. Tengo un cuaderno y escribo ahí la primera entrada de este diario.

Varias coincidencias entre los lectores del libro. Los mejores, «Tierna es la noche», «Mata-Hari 55» y «Las actas del juicio». Todos

rechazan el cuento «Mi amigo». Lo que me preocupa son los reparos a «En el calabozo», que para José Sazbón son problemas formales y para otros (Álvarez, Frontini) son de fondo, «violencia gratuita». No comparto esa crítica pero tengo que revisar ese cuento.

En Cortázar, la marca comercial que acompaña a los objetos en los relatos tiene una connotación fetichista, en el sentido de fortalecer la ilusión mágica de la publicidad (que se funda en la marca). El choque entre un objeto y su designación produce un desajuste en el estilo, se hace demasiado evidente el «gesto del entendido», que es un experto en los objetos privilegiados del mercado. Lo mismo pasa con el jazz y con los libros. Objetos que resplandecen e iluminan al consumidor en sus novelas.

Anoche –como diría Cortázar, para ganar un prestigio de entendido– fuimos a escuchar a Piazzolla en Nonino varios amigos (que me son indiferentes): Frontini, Mae, Humberto Riva.

Otra función de los objetos: en un cuento de Dickens, el narrador tiene, como prueba de su entrada en un universo imaginario, un par de anteojos (que trajo de ahí).

Mae, una mujer que tiene un saber literario nómada y anuda a su alrededor el esnobismo provinciano de La Plata. Me hace acordar a Hilda Edward de *Contrapunto* de A. Huxley, y a Mrs. Headway de *El sitio de Londres* y a los fogonazos de ironía de la vieja Miss Bordereau de *Los papeles de Aspern* de Henry James.

Una decisión. El corredor Juan Gálvez se niega a ponerse el cinturón de seguridad porque teme morir quemado si hay un accidente, pero se mata en una carrera porque el coche lo arroja contra el cemento.

En *Acto y ceniza,* M. Peyrou comete las mismas estúpidas esquematizaciones de cualquier novelista social «de izquierda», pero con el discreto cinismo de un escritor de derecha. Es un tipo de

escritor que no sabe lo que hace y confunde sus novelas con los editoriales de los periódicos políticos. Es un problema de poética falsa. ¿O se pueden escribir buenas novelas en esa línea, con una tesis política explícita (y trivial)? No se trata de que un personaje sea políticamente definido, sino de un libro cuyo a priori es probar una tesis previa (en la mayoría de los casos, política).

Es curioso que *Under the Vulcano*, detrás de su fárrago inmenso de palabras, logre hacer persistir la ambigüedad. Los diálogos son fluidos y están sueltos y a pesar de que son explícitos y transmiten pensamientos e ideas a cada rato, la novela sobrevive como un gran fresco ambiguo y lleno de matices y sobrentendidos que se reconstruyen trabajosamente, en el mar embravecido de su lenguaje dipsómano y faulkneriano. La virtud del libro es que avanza en un presente narrativo (no se trata del verbo) de pura acción –aunque la acción sea mínima y esté desdibujada–, que dura un día entero, y se cierra con la muerte del Cónsul que se anuncia claramente en el primer capítulo. Va a morir y eso se sabe.

Viernes 16

Luego de la separación hace algún tiempo, me refugié en La Plata. Primero en casa de Dipi y luego en casa de amigos, hasta que por fin alquilé este cuarto enorme y luminoso con un balcón que da sobre Diagonal 80. Anoto esto para sintetizar mi situación y señalar que me he pasado el día de hoy y ayer acarreando desde Buenos Aires dos pesadas valijas con papeles, cuadernos y algunos libros. El hombre que lleva consigo todo lo que vale en su vida –un valor que, como todos los valores verdaderos, sólo lo comprende él–. Si algo me individualiza y sostiene mi concepción de la literatura, mi marca personal, es que nunca he tenido –ni he pretendido tener– un lugar mío (o propio), vivo en hoteles, en pensiones, en casas de amigos, siempre de paso, porque ése es para mí el estado de la literatura: no hay lugar propio, ni hay propiedad privada. Se escribe, digo yo cómicamente, desde ahí. Hombre de ningún lugar.

Domingo

Recién, esquivando los coches en 1 y 60. Bajo la llovizna, pésimos pensamientos sobre mi futuro económico. ¿Qué hacer después de marzo?

Uno de los juegos sociales más sorprendentes es tratar de adivinar qué piensan los demás de los hechos que los esperan y que han de hacer.

29 de diciembre

He venido a Mar del Plata a visitar a mi madre. Paso las mañanas en el mar y las tardes en la Biblioteca Municipal. El reloj con grandes números romanos sigue ahí, la quieta felicidad de este ámbito que me sostuvo en la busca delirante de un mundo en el que me había instalado por decisión propia. Uno «decide» ser un escritor y luego se las arregla solo para llegar a ser lo que ha dicho que era. Esta biblioteca, muy buena, fundada por los socialistas que amaban la cultura –y de los que uno se ríe–, en la que encuentro todo lo que busco, es decir, encuentro lo que necesitaba cuando tenía diecisiete o dieciocho años y leía dos o tres libros por día.

Viernes 30

Me alegra regresar a La Plata, donde efectivamente empieza mi vida, diría yo si estuviera contando mi propia historia. Solo, sin nadie, con amores cruzados y fugaces, viviendo en anónimas piezas de pensión, construí el espacio que imaginaba y viví ahí con intensidad y empecé entonces a escribir los primeros relatos. Recordé de pronto el final del año pasado en el departamento de Cacho en Ugarteche, mientras él hacía su vida secreta en la costa, donde al final fue detenido por la policía: todo el futuro estaba disponible para mí; en cambio, ahora, he vuelto como si nunca me hubiera ido de este lugar.

Novela. Recuerdo involuntario. Carrera de autos y motos, mundo «varonil» de vagabundeos veloces por la noche con Cacho, cerca del río: paraíso perdido.

Bimba: en principio la ingenua, una figura que usaba en su trabajo

(mujer de vida fácil), luego, de a poco, se ve su verdadero carácter. Inés me cuenta tiempo después que Bimba la sedujo y la llevó a la cama. ¿Por qué no me invitaron?, le pregunté yo. Ahora, con Cacho ya preso, nadie sabe quién lo delató. Bimba es posesiva, maligna. Una mujer muy valiente y agresiva, pero que lo ama (ella cuenta su historia delante de él y eso la hace más perversa).

Es necesario insistir sobre el sentido de este año, al que le doy una trascendencia especial. Recuerdo el cuarto en el Hotel Callao con Inés tendida en la cama leyendo, mientras yo miraba desde el balcón las calles amadas de la ciudad en la que al fin estaba viviendo. Ahora estoy buscando un sitio en el que pueda vivir (el departamento de Cacho, una pensión, lo que sea, pero fuera de la dispersión suicida).

Terminaré el año con una cita del libro que estoy leyendo una vez más. «Yo no comprendo nada», prosiguió Iván como si delirara, «ni nada quiero comprender ahora. Quiero atenerme a los hechos. Hace ya mucho que decidí no comprender. Si quiero comprender, enseguida altero los hechos, así que he resuelto atenerme a ellos», F. Dostoievski, *Los hermanos Karamázov*.

17. LA MONEDA GRIEGA

Varias veces me hablaron del hombre que en una casa del barrio de Flores esconde la réplica de una ciudad en la que trabaja desde hace años. La ha construido con materiales mínimos y en una escala tan reducida que podemos verla de una sola vez, próxima y múltiple y como distante en la suave claridad del alba.

Siempre está lejos la ciudad y esa sensación de lejanía desde tan cerca es inolvidable. Se ven los edificios y las plazas y las avenidas y se ve el suburbio que declina hacia el oeste hasta perderse en el campo.

No es un mapa, ni una maqueta, es una máquina sinóptica; toda la ciudad está ahí, concentrada en sí misma, reducida a su esencia. La ciudad es Buenos Aires pero modificada y alterada por la locura y la visión microscópica del constructor.

El hombre dice llamarse Russell y es fotógrafo, o se gana la vida como fotógrafo, y tiene su laboratorio en la calle Bacacay y pasa meses sin salir de su casa reconstruyendo periódicamente los barrios del sur que la crecida del río arrasa y hunde cada vez que llega el otoño.

Russell cree que la ciudad real depende de su réplica y por eso está loco. Mejor, por eso no es un simple fotógrafo. Ha alterado las relaciones de representación, de modo que la ciudad real es la que esconde en su casa y la otra es sólo un espejismo o un recuerdo.

La planta sigue el trazado de la ciudad geométrica imaginada por Juan de Garay, con las ampliaciones y las modificaciones que la historia le ha impuesto a la remota estructura rectangular. Entre las barrancas que se ven desde el río y los altos edificios que forman una muralla en la frontera norte persisten los rastros del viejo Buenos Aires, con sus tranquilos barrios arbolados y sus potreros de pasto seco.

El hombre ha imaginado una ciudad perdida en la memoria y la ha repetido tal como la recuerda. Lo real no es el objeto de la

representación sino el espacio donde un mundo fantástico tiene lugar.

La construcción sólo puede ser visitada por un espectador por vez. Esa actitud incomprensible para todos es, sin embargo, clara para mí: el fotógrafo reproduce, en la contemplación de la ciudad, el acto de leer. El que la contempla es como un lector y por lo tanto debe estar solo. Esa aspiración a la intimidad y al aislamiento explica el secreto que ha rodeado su proyecto hasta hoy.

Siempre pensé que el plan oculto del fotógrafo de Flores era el diagrama de una ciudad futura. Es fácil imaginar al fotógrafo iluminado por la luz roja de su laboratorio que en la noche vacía piensa que su máquina sinóptica es una cifra secreta del destino; y lo que él altera en su ciudad se reproduce luego en los barrios y en las calles de Buenos Aires, pero amplificado y siniestro.

Las modificaciones y los desgastes que sufre la réplica –los pequeños derrumbes y las lluvias que anegan los barrios bajos– se hacen reales en Buenos Aires bajo la forma de breves catástrofes y de accidentes inexplicables.

El fotógrafo actúa como un arqueólogo que desentierra restos de una civilización olvidada. No descubre o fija lo real sino cuando es un conjunto de ruinas (y en este sentido, por supuesto, ha hecho, de un modo elusivo y sutil, arte político). Está emparentado con esos inventores obstinados que mantienen con vida lo que ha dejado de existir. Sabemos que la denominación egipcia del escultor era precisamente «Elque-mantiene-vivo».

La ciudad trata entonces sobre réplicas y representaciones, sobre la lectura y la percepción solitaria, sobre la presencia de lo que se ha perdido. En definitiva trata sobre el modo de hacer visible lo invisible y fijar las imágenes nítidas que ya no vemos pero que insisten todavía como fantasmas y viven entre nosotros.

Esta obra privada y clandestina, construida pacientemente en un altillo de una casa en Buenos Aires, se vincula, en secreto, con ciertas tradiciones del arte de leer en el Río de la Plata: para el fotógrafo de Flores, como para Pierre Menard o el anónimo editor de las memorias de Marta Riquelme de Martínez Estrada, para Xul Solar o Torres García, la tensión entre objeto real y objeto imaginario no

existe: todo es real, todo está ahí y uno se mueve entre los parques y las calles, deslumbrado por una presencia siempre distante.

La diminuta ciudad es como una moneda griega hundida en el lecho de un río que brilla bajo la última luz de la tarde. No representa nada, salvo lo que se ha perdido. Está ahí, fechada pero fuera del tiempo, y posee la condición del arte, se desgasta, no envejece, ha sido hecha como un objeto inútil que existe para sí mismo.

He recordado en estos días las páginas que Claude Lévi-Strauss escribió en *La pensée sauvage* sobre la obra de arte como modelo reducido. La realidad trabaja a escala real, *«tandis que l'art travaille à l'échelle réduite»*. El arte es una forma sintética del universo, un microcosmos que reproduce la especificidad del mundo sin pasar por la mímesis. La moneda griega es un modelo en escala de toda una economía y de toda una civilización y a la vez es sólo un objeto extraviado que brilla al atardecer en la transparencia del agua.

Hace unos días me decidí por fin a visitar el estudio del fotógrafo de Flores. Era una tarde clara de primavera y las magnolias empezaban a florecer. Me detuve frente a la alta puerta cancel y toqué el timbre, que sonó a lo lejos, en el fondo del pasillo que se adivinaba del otro lado.

Al rato un hombre enjuto y tranquilo, de ojos grises y barba gris, vestido con un delantal de cuero, abrió la puerta. Con extrema amabilidad y en voz baja, casi en un susurro donde se percibía el tono áspero de una lengua extranjera, me saludó y me hizo entrar.

La casa tenía un zaguán que daba a un patio y al final del patio estaba el estudio. Era un amplio galpón con un techo a dos aguas y en su interior se amontonaban mesas, mapas, máquinas y extrañas herramientas de metal y de vidrio. Fotografías de la ciudad y dibujos de formas inciertas abundaban en las paredes. Russell encendió las luces y me invitó a sentar. En sus ojos de cejas tupidas ardía un destello malicioso. Sonrió y yo entonces le di la vieja moneda que había traído para él.

La miró de cerca con atención y luego la alejó de su vista y movió la mano para sentir el peso leve del metal.

–Un dracma –dijo–. Para los griegos era un objeto a la vez trivial y

mágico... La *ousía*, la palabra que designaba el ser, la sustancia, significaba igualmente la riqueza, el dinero. –Hizo una pausa–. Una moneda era un mínimo oráculo privado y en las encrucijadas de la vida se la arrojaba al aire para saber qué decidir. –Se levantó y señaló a un costado. En un plano de Buenos Aires una ciudad se destacaba entre los dibujos y las máquinas–. Un mapa –dijo– es una síntesis de la realidad, un espejo sinóptico que nos guía en la confusión de la vida. Hay que saber leer entre líneas para encontrar el camino. Fíjese. Si uno estudia el mapa del lugar donde vive, primero tiene que encontrar el sitio donde está al mirar el mapa. Aquí, por ejemplo –dijo–, está mi casa. Ésta es la calle Puán, ésta es la avenida Rivadavia. Usted ahora está aquí. –Hizo una cruz–. Éste es usted. –Sonrió–. A nuestra gramática le falta visión sinóptica. La representación sinóptica produce la comprensión y la comprensión consiste en ver conexiones. De ahí la importancia de encontrar y de inventar casos-ejemplo intermedios. –Abrió un libro–. La lectura nos enseña a ver sinópticamente. El concepto de representación sinóptica designa nuestra forma de representación, el modo en que vemos las cosas. Hay representaciones que se unen con las cosas de las que son signos por una relación visible. Pero en esa visibilidad hacen desvanecer al original. Cuando se mira un objeto como si fuera la imagen de otro, se produce lo que yo he decidido llamar la sustitución sinóptica. Así es la realidad. Vivimos en un mundo de mapas y de réplicas. El concepto de representación sinóptica es de importancia fundamental. Designa nuestra manera de representar, la manera según la cual vemos las cosas. Esta representación sinóptica es el medio para la comprensión, que consiste en ver las conexiones. Ver como si.

Ésa era –dijo– la pasión que animaba a los lectores.

Los asesinos seriales matan réplicas, serie de réplicas que se repiten y a las que es preciso eliminar, una tras otra, porque vuelven a aparecer inesperadas, perfectas, en una calle oscura, en el centro de una plaza abandonada, como espejismos nocturnos. Por ejemplo *Jack the Ripper* buscaba descubrir en el interior de las víctimas el elemento mecánico de la construcción. Esas muchachas inglesas, bellas y frágiles, eran muñecas mecánicas, sustitutos.

Él en cambio –a diferencia de *Jack the Ripper*– había querido dejar de lado a los seres humanos y sólo construir reproducciones del espacio donde habitan las réplicas.

Hablaba cada vez más rápido, en voz baja, y yo sólo podía captar el murmullo de sus palabras que resonaban como alucinaciones quietas.

–La idea de una cosa que deviene otra que es ella misma y se sustituye en su doble nos atrae, y por eso producimos imágenes. Pero mientras que el desdoblamiento representativo remite al despliegue de una relación articulada sobre un relevo, la sustitución sinóptica, lo que yo llamo la sustitución sinóptica, significa la supresión del relevo inmediato. La réplica es el objeto convertido en la idea pura del objeto ausente.

Después dijo que su nombre verdadero era un secreto sobre el que se sostenía la ciudad. Ése era el centro íntimo de la construcción.

–La cruz del sur... –agregó, con una sonrisa.

Hubo un silencio. Por la ventana llegó hasta nosotros el lejano grito de un pájaro.

Russell pareció despertar y recordó que yo le había traído la moneda griega y la sostuvo otra vez en la palma de la mano abierta.

–¿La hizo usted? –Me miró con un gesto de complicidad–. Si es falsa, entonces es perfecta –dijo, y luego con la lupa estudió las líneas sutiles y las nervaduras del metal–. No es falsa, ¿lo ve? –Se veían leves marcas hechas con un cuchillo o con una piedra. Una mujer tal vez, por el perfil del trazo–. Y ve –me dijo–, alguien aquí ha mordido la moneda para probar que era legítima. Un campesino, quizá, o un esclavo.

Puso la moneda sobre una placa de vidrio y la observó bajo la luz cruda de una lámpara azul y después instaló una cámara antigua sobre un trípode y empezó a fotografiarla. Cambió varias veces la lente y el tiempo de exposición para reproducir con mayor nitidez las imágenes grabadas en la moneda.

Mientras trabajaba se olvidó de mí.

Anduve por la sala observando los dibujos y las máquinas y las galerías que se abrían a un costado hasta que en el fondo vi la

escalera que daba al altillo. Era circular y era de fierro y ascendía hasta perderse en lo alto. Subí tanteando en la penumbra, sin mirar abajo. Me sostuve de la oscura baranda y sentí que los escalones eran irregulares e inciertos.

Cuando llegué arriba me cegó la luz. El altillo era circular y el techo era de vidrio. Una claridad nítida inundaba el lugar.

Vi una puerta y un catre, vi un Cristo en la pared del fondo y en el centro del cuarto, distante y cercana, vi la ciudad y lo que vi era más real que la realidad, más indefinido y más puro.

La construcción estaba ahí, como fuera del tiempo. Tenía un centro pero no tenía fin. En ciertas zonas de las afueras, casi en el borde, empezaban las ruinas. En los confines, del otro lado, fluía el río que llevaba al delta. En una de esas islas, una tarde, alguien había imaginado un islote infectado de ciénagas donde las mareas ponían periódicamente en marcha el mecanismo del recuerdo. Al este, cerca de las avenidas centrales, se alzaba el hospital, con las paredes de azulejos blancos, en el que una mujer iba a morir. En el oeste, cerca del Parque Rivadavia, se extendía, calmo, el barrio de Flores, con sus jardines y sus paredes encristaladas y al fondo de una calle con adoquines desparejos, nítida en la quietud del suburbio, se veía la casa de la calle Bacacay y en lo alto, visible apenas en la visibilidad extrema del mundo, la luz roja del laboratorio del fotógrafo titilando en la noche.

Estuve ahí durante un tiempo que no puedo recordar. Observé, como alucinado o dormido, el movimiento imperceptible que latía en la diminuta ciudad. Al fin, la miré por última vez. Era una imagen remota y única que reproducía la forma de una obsesión. Recuerdo que bajé tanteando por la escalera circular hacia la oscuridad de la sala.

Russell, desde la mesa donde manipulaba sus instrumentos, me vio entrar como si no me esperara, y luego de una leve vacilación se acercó y me puso una mano en el hombro.

–¿Ha visto? –preguntó.

Asentí, sin hablar.

–Tome –dijo, y me devolvió la moneda griega.

Eso fue todo.

–Ahora, entonces –dijo–, puede irse y puede decir lo que ha visto.

En la penumbra del atardecer, Russell me acompañó hasta el zaguán que daba a la calle.

Cuando abrió la puerta, el aire suave de la primavera llegó desde los cercos quietos y los jazmines de las casas vecinas.

Caminé por las veredas arboladas hasta llegar a la avenida Rivadavia y después entré en el subterráneo y viajé atontado por el rumor sordo del tren mirando la indecisa imagen de mi cara reflejada en el cristal de la ventana. De a poco, la microscópica ciudad circular se perfiló en la penumbra del túnel con la fijeza y la intensidad de un recuerdo inolvidable.

Entonces comprendí lo que ya sabía: lo que podemos imaginar siempre existe, en otra escala, en otro tiempo, nítido y lejano, igual que en un sueño.

Russell se negó siempre a que su obra fuera divulgada y esa decisión convirtió su trabajo en la manía de un inventor extravagante. Y algo de eso había en él. Pero yo sé (y otros saben) que ese trabajo maniático, llevado adelante durante décadas, es un ejemplo de la revolución que sostiene al arte desde su origen.

Russell forma parte de ese linaje de inventores obstinados, soñadores de mundos imposibles, filósofos secretos y conspiradores que se han mantenido alejados del dinero y del lenguaje común y que terminaron por inventar su propia economía y su propia realidad. «Normalmente (escribió Ósip Mandelshtam) cuando un hombre tiene algo que decir, va hacia la gente, busca quien lo entienda. Pero con el artista sucede lo contrario. Él escapa, se esconde, huye hacia el borde del mar donde la tierra termina o va hacia el vasto rumor de los espacios vacíos donde sólo la tierra resquebrajada del desierto le permite esconderse. ¿Su andar no es acaso evidentemente anormal? La sospecha de demencia siempre recae sobre el artista.»

Hasta el final Russell mantuvo vivo ese espíritu de inventor de barrio y de amateur: pasaba los días en su laboratorio del barrio de Flores experimentando con el rumor quieto de la ciudad. Su obra parecía el mensaje de un viajero que ha llegado a una ciudad

perdida: que esa ciudad sea la ciudad donde todos vivimos y que esa sensación de extrañeza haya sido lograda con la mayor simplicidad es otro ejemplo de la originalidad y del lirismo que caracterizaron su trabajo.

El proyecto fue visitado en el taller del artista durante veinte años individualmente por ochenta y siete personas, en su mayoría mujeres. Algunos han dejado testimonios grabados de su visión y desde hace un tiempo pueden consultarse esos relatos y esas descripciones en el libro *La ciudad cercana*, editado por Margo Ligetti en marzo de 1965 con una serie de doce fotografías originales del artista.

Muchas obras argentinas son secretos homenajes a esa ciudad enigmática y reproducen su espíritu sin nombrarla nunca porque respetan los deseos de anonimato y de sencillez del hombre que dedicó su vida a esa infinita construcción imposible.

El arte vive de la memoria y del porvenir. Pero también del olvido y de la destrucción.

La ciudad –como sabemos– se incendió en febrero de este año y adquirió inmediata notoriedad porque sólo las catástrofes y los escándalos interesan a los dueños de la información.

El fotógrafo había muerto dos años antes en la oscuridad y en la pobreza.

De la ciudad sólo sobreviven ahora sus restos calcinados, el esqueleto de algunos edificios y varias casas del barrio sur que han resistido en medio de la destrucción. La cineasta Luisa Marker filmó las ruinas y los últimos incendios y las imágenes que vemos hacen pensar en un documental que registra y recorre una ciudad que arde en medio de un eclipse nuclear.

En la penumbra rojiza, persiste la construcción en ruinas, espectral, anegada por el agua y semihundida en el barro. Ciertos indicios de vida han empezado a insinuarse entre los restos calcinados (casas donde las luces aún brillan, sombras vivas entre los escombros, música en los bares automáticos, la sirena de una fábrica abandonada que suena en el amanecer). Parecen las imágenes nerviosas de un noticiario sobre Buenos Aires en el remoto

porvenir y lo que vemos es el destello de la catástrofe que todos esperamos y que seguro se avecina.

Hace unos días volví a ver esas imágenes y descubrí algo que no había notado antes. Vi la Plaza de Mayo. Y en la Plaza de Mayo vi el cemento resquebrajado y abierto y en un costado –al costado de un banco de madera– vi la moneda griega, el dracma griego: un punto, lo vi, calcinado y casi clavado en la tierra, ennegrecido, nítido.

A veces en las noches de insomnio me levanto y observo desde la ventana las luces interminables de la ciudad que se pierden en el río. Entonces abro el cajón de mi escritorio y levanto la moneda griega que me dio Lucía y su peso leve es como el peso leve del recuerdo.

Pienso que un día de éstos, una tarde tal vez, me decida y baje a la ciudad ruidosa y febril y camine por las calles atestadas y, luego de bordear la avenida, cruce la Plaza de Mayo y la dejé en el mismo sitio donde Russell la dejó en su réplica, a salvo y medio escondida, en un costado, sobre la vereda de cemento, disimulada bajo el banco de madera. Tengo que ir a buscarla, pienso a veces. Pero las noches pasan y no me decido. Ya lo haré, pienso. Cuando llegue el otoño y comiencen las primeras lluvias.

18. DIARIO 1967

Lunes 2 de enero

Lo mejor de estos días es una carta que recibí de Julio Cortázar con el tono hablado de *Rayuela*, comenta los cuentos que me había enviado y me deja una imagen nítida de una vida cotidiana sin incómodos sobresaltos, una vida construida en función de su trabajo.

Leo algunos fragmentos de *Poesía vertical* de Juarroz, ceñidos, como les dicen a los toreros que se pegan al toro. (Definición que sirve también para alguna de las prosas que admiro.)

Revisé papeleras y cajones hasta encontrar las hojas que buscaba –enormes y cubiertas de rayas–, para empezar a escribir a mano – esta vez escribiré a mano la novela.

Quiero retornar a las noches que son como esos cuartos mucho tiempo cerrados; o mejor aún, como esos rincones frescos y oscuros que uno descubre cuando es chico y usa para esconderse. Entrar en la noche que me ayuda a escapar y me instala en un territorio personal en el que puedo trabajar sin interrupciones.

Hoy empecé las notas preliminares para la novela de los malandras que escapan a Montevideo.

También a mí me subyuga la presencia de un narrador que observa los acontecimientos, lejanamente implicado (como en Henry James, en Conrad y en Fitzgerald): me gustaría que él fuera el autor de estos cuadernos; con un estilo claro y eficaz reseña los hechos de mi vida, desde afuera, y podrá existir por las referencias ambiguas de mis conocidos que hablarán también de él (cuando se refieran a mí).

Recién la extraña memoria de un viaje en ómnibus (quizá desde Adrogué) incómodo, con las piernas cerradas contra el pecho por culpa de la rueda que invadía el asiento, pero feliz porque me atenuaba el cansancio de la mitad de un camino de tierra que había hecho a pie en el comienzo de la noche, bajo los eucaliptos, después de estar con Elena en un hotel en las afueras.

También una tarde con Inés en La Plata, los dos sentados en los bajos de la Catedral, el atardecer declinaba y la noche parecía llegar desde muy lejos y nadie podía sospecharlo porque la luz del sol todavía alumbraba la plaza y las flores.

Recuerdo entonces siempre las situaciones y me veo ahí a mí mismo pero no puedo reconstruir el contenido de esos recuerdos, o mejor, de esas experiencias que muchas veces preceden al recuerdo y otras son su consecuencia.

Es la emoción la que persiste en la memoria, un sentimiento que le da forma a la imagen y asegura su intensidad: por eso insisten ahí los libros que he leído y las mujeres que he amado, figuras –o temas– que resisten al olvido. Como alguien que dijera: sólo sueño con pájaros y con trenes que cruzan en la noche.

Y ahora Julia da vueltas en la cama, iluminada por la luz de esta lámpara, y puedo imaginar que sueña que está enferma, como lo estuvo hace unos días. La persistencia de los hechos se transforma en imágenes que nunca envejecen.

Hay un riesgo pero también una gracia en la dispersión que me lleva de las notas fragmentarias de la novela a la busca de un tono en este cuaderno. Busco una prosa de media distancia que me permita salir de las formas breves.

Miércoles 4

Anoche trabajé hasta las tres de la mañana anotando algunas situaciones. Alguien entrega el golpe al banco de San Fernando.

Establece un contrato por el que, a cambio de la información, recibirá una parte del dinero robado. Esa situación no va a ser contada directamente, sólo se ven los efectos.

Jueves 5

El admirable Thomas De Quincey, en el final de su homenaje a los crímenes de J. Williams, usa la multiplicidad de puntos de vista y de textos ambiguos y posibles que se van reconstruyendo en ráfagas; una técnica que tiene algo de la crónica periodística y algo de la técnica del género policial, que recuerda el «muy moderno» *In Cold Blood* de Truman Capote, es decir, los procedimientos actuales del nuevo periodismo y de la novela de *non fiction*. Revisa entrevistas, notas, reportajes y noticias y reconstruye un crimen «real». Es notable la similitud en el tono y en la técnica con que los dos se van acercando progresivamente al hecho narrado, con rodeos parecidos. Si Capote se disfraza de novelista para legitimar el trabajo periodístico, De Quincey se disfraza de periodista para legitimar su trabajo de novelista. Y eso es, exactamente, lo que imagino que quiero hacer en una novela.

Lo que va de De Quincey a Capote es lo que va de mi novela a las grabaciones verdaderas de *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis. Frente a la *non fiction*, frente a la novela-reportaje, la que imagino sería una novela «disfrazada» de ficción verdadera.

Es una técnica que viene de lejos, desciende de ilustres antepasados, el origen de la novela inglesa es el falso documento autobiográfico de un náufrago que sobrevive en una isla desierta y cuenta su epopeya, tal cual imagina Defoe en *Robinson Crusoe* (y ahí inventa la historia pero también el procedimiento de narrarla como si fuera un documento real). Lo mismo pasa en el mejor Borges, el de «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius». Lo curioso de este aparente verismo es que justifica, con los hechos «verdaderos», una narración imaginaria. Son escritores decididamente antirrealistas (De Quincey, Capote y también Borges) que usan esa técnica para contrabandear historias extremas. Busco un *tour de force*, hacer

verdadero un mundo real y basarme en hechos que han sucedido para construir una novela en donde todo es imaginario salvo los lugares, algunos acontecimientos y los nombres de los protagonistas.

Regresar a la novela de acción pasando por algunas tendencias antirrománticas que convierten la historia en un tema de investigación y de encuestas periodísticas. El éxito mayor sería, como en el caso del Pierre Menard de Borges, que los primeros críticos reseñaran la novela como un libro de no ficción.

De lo que se trata, en definitiva, es de hacer de la técnica narrativa un universo verdadero, tan verdadero como los hechos que cuenta.

En la novela que imagino, la dificultad mayor es transmitir la interioridad, o mejor, la conciencia con la que los personajes viven los hechos. El mayor desafío será reconstruir e imaginar el mundo personal de personajes completamente distintos al novelista y a los lectores. Tratar de escribir una novela que vaya mucho más allá de la experiencia habitual de quienes la leen y de quien la escribe.

Pienso en un título posible para esa novela imaginada: *Campo de batalla*, y un epígrafe de William Faulkner que traduzco ahora: «El campo de batalla está en todos los sitios para revelar al hombre su propia locura, y desesperación, y violencia.»

Después de haber publicado «Desagravio» en 1963, encuentro esta cita en Thomas De Quincey: «Concebir la idea de un asesinato secreto por un motivo secreto, incluido en un pequeño paréntesis en la vasta escena de matanza en una batalla general, se parece al sutil artificio de Hamlet de una tragedia en una tragedia.» (Traducción mía.)

Algo más de lo mismo. La realidad no se puede representar en una novela sino por medio de artificios muy complejos. Por eso la

técnica narrativa se convierte en un elemento central de la elaboración del argumento. Es necesario inventar a los testigos, hacer hablar a los protagonistas, son necesarios los informes, las noticias aisladas para lograr que la ficción sobreviva al manto mediocre del culto periodístico a los hechos verdaderos y a los acontecimientos reales. La novela lucha hoy contra la ola de falsa realidad que producen los *mass media*. Todo parece real y la ficción está cada vez más devaluada por el sentido común general. Las mentiras crecen en el mundo, pero los lectores son cada vez más incrédulos y piden historias que sean iguales a la vida (como si no les alcanzara con la pobre realidad y la vida en la que existen).

Eso es lo que me interesa, narrar la historia como si yo no pudiera inventarla, como si la historia ya estuviera ahí, ya hubiera sucedido en lo real y yo debiera encontrar a los protagonistas y a los testigos presenciales para conocerla. En definitiva, tengo que actuar como un historiador. Lo que me interesa es que esa perspectiva me define el procedimiento en el cual se fundará la creencia del lector.

Sábado 7 de enero

Me dejo llevar por el olvido y por la nostalgia (que es una memoria falsa) cada vez que ando por Buenos Aires. Olvido los hechos pero recuerdo con una nitidez excesiva los sentimientos que reencuentro y recupero con los lugares que me traen «historias personales». Por ejemplo, hoy las veredas anchas, los bulevares arbolados de Cerrito, con las mesas en la calle, yo sentado al aire libre y tomando cerveza. Lo mismo en las caminatas nocturnas y en las cenas a la madrugada con hombres y mujeres que viven a destiempo y tratan de que la noche no termine nunca y andan por los bares buscando que la mañana no llegue; la bajada de Corrientes hacia el río, las luces que cercan a la plaza San Martín y el sonido lejano de las campanas de la Torre de los Ingleses; o las librerías abiertas hasta el alba (las librerías que yo imagino abiertas hasta el alba).

Jorge Álvarez parece entusiasmado con los cuentos. La semana

próxima se va a constituir un «tribunal» presidido por Walsh para juzgarlos. Me gusta esa metáfora porque veladamente alude a la peligrosidad literaria que me gustaría que tuvieran mis escritos.

Martes 10

De pronto, como una música, como el tictac de una bomba de tiempo, me empieza a dar vueltas la primera frase de la novela. «Era una forma como cualquier otra de dejar pasar el tiempo, salir de la celda, cruzar el pasillo y hacer la fila en el comedor, todos mirando al frente y con el plato de lata en la mano.»

La anécdota central de la novela es la encerrona, pasan tres días sin salir del departamento en Montevideo. De pronto llega la policía y empieza el asedio y la batalla que dura toda la noche.

Jueves 12

Tengo sólo seiscientos pesos que deben durar hasta quién sabe cuándo, pero sólo me interesa el día de hoy. He puesto un kilo de duraznos a refrescar y espero trabajar hasta la noche. Hoy voy a escribir el comienzo de la novela y el capítulo del grabador.

La Razón (12-01-1967) AFP. La Habana. «Escritores de varios países latinoamericanos emitieron desde aquí una declaración abogando por la urgente transformación de la literatura en América Latina y apelando a la lucha armada. Por Argentina firman Julio Cortázar y David Viñas, por Perú, Mario Vargas Llosa.» No se explica si la literatura será urgentemente transformada por la lucha armada o si la literatura narrará la lucha armada. Tampoco se entiende bien en qué dirección la literatura deberá ser urgentemente transformada.

Sábado

La crispada excitación de Donatelli, el estudiante de veterinaria que vive en una de las piezas de la casa, al que lo dejó la novia por un «negrito, un fracasado de treinta años, un bohemio que lo único que sabe hacer es tocar el bandoneón». Está nervioso, no duerme

de noche y piensa que «la locura es contagiosa» y que su novia está enferma. «Está loca», dice. «Me aburro con vos, me dijo. ¿Te das cuenta?» Loca como esa muchacha, también de Lobos, que andaba con otro estudiante de veterinaria y lo dejó, y al rato terminó bailando suelto en el Club Social, un sábado a la noche, descalza y con un forastero.

O el agente de policía al que había dejado la mujer y que los sábados tenía que hacer guardia en el baile del Club Social al que iba ella con otros hombres. Él la miraba bailar e irse con otros, inmutable, sin hablar, hasta que una noche se voló la cabeza de un tiro.

O el payaso que trabajaba en las fiestas de cumpleaños de los chicos del pueblo, al que un hombre amenazó con un revólver, exigiéndole que lo divirtiera, y como después de varios intentos, cada vez más desesperados e inútiles, fracasó, le pegó un tiro en la rodilla izquierda. «Así, rengo, vas a entretener a la gente.»

También el hermano, dueño de la whiskería del pueblo, que se reía y al que le parecía ridículo pasar la juventud estudiando y le decía «yo, viejito, empiezo a trabajar a las seis de la tarde y fijate», y le mostraba el rollo de dinero sobre la mesa. «Pero vos», le preguntó, «¿qué hacés por el pueblo?» «Lo emborracho, querido, lo emborracho. Soy tan fundamental como el sanatorio.»

Y mientras él seguía hablando y contando historias de su pueblo, yo me recostaba en la pared, me miraba de reojo la cara en el espejo del ropero y trataba de encontrar una expresión interesada. Lo dejaba hablar porque yo necesitaba los quinientos pesos que le había pedido prestados.

Domingo 15

El peligro en la literatura de Norman Mailer *(The Naked and the Dead)* o en la novela de Sartre, y que se hace insoportable en David Viñas, es la reiteración del sentido de las acciones que se narran. La

motivación está siempre muy explicada y las razones o la inteligencia no se aplican a la sugestión, a la elipsis y al no decir, sino que se hacen visibles en la explicación de lo que se narra en el libro. Habrá que analizar el modo en que Vargas Llosa arruina sus novelas por el exceso de «inteligencia» en las trampas de la estructura (por ejemplo, esconder la identidad del Jaguar en *La ciudad y los perros)*.

Lunes 16

Las mortificaciones para mí son siempre bruscas, terminé el domingo con ocho pesos obligado hoy a caminar hasta el correo. Mi abuelo me hizo un giro por dieciocho mil ochocientos ochenta y cinco pesos. Lo llamo por teléfono para preguntarle por qué esa cifra y me dice con su voz agria y divertida: «Calculé las horas y los minutos que trabajaste conmigo arreglando mi archivo.» Quiere saber cuándo vuelvo por ahí, tal vez este sábado. Ha decidido organizar los documentos y las cartas en cuartos distintos. Así que la casa parece un museo. En la puerta ha colgado unos carteles escritos por él a mano. *Isonzo, Fosalta*, lugares en los que estuvo peleando durante la guerra. En un salón más grande, al fondo, ha puesto *Último correo;* ahí están las cartas de los soldados muertos. En otro lado ha ubicado los mapas, y en la biblioteca ha dejado solamente los libros dedicados a la guerra. Imagina que es el único que puede contar la verdad. «Mi verdad», dice. A veces quiere escribir un libro, a veces sólo una carta abierta al Papa en el Vaticano.

Tomé unas cervezas en la vereda bajo el toldo con el gordo Ferrero, que está destinado por mí a mantenerme en contacto con la poesía española de la generación del 27. Jorge Guillén, Pedro Salinas y Luis Cernuda. Ferrero se sabe los poemas de memoria y me los recita a pedido. Hoy hizo una pequeña trampa, me recitó un soneto muy bueno, dudé, no recordaba cuál de esos poetas escribía el soneto. Por fin me dijo que el poema era de él. Se llamaba, mejor, se llama «La luz del día». Escribe *en* una tradición, sus poemas son y no son iguales a los poemas de los poetas que admira, pero seguro son mejores que los que podría escribir solo, sin referencias.

Martes 17

La novela. El pistolero y la muchacha, una historia de amor. Pero atrás, en secreto, ella se acostaba con otros empujada por él. En el final ella muere con un tiro en la espalda. Casi por casualidad, una bala que rebota y la mata en el baño. El amor, entonces, romántico, y a la vez, por supuesto, como siempre muy perverso, entre el Inglés y Moira, la muerte de ella al final, cuando casi se odian y sólo queda el remordimiento.

Llueve sin parar, yo sufro las consecuencias del alcohol de anoche. Veo una bolita de cristal azul que precariamente parece flotar en el pico de una botella. Visión turbia. Cuando cierro los ojos y vuelvo a abrirlos, la bolita se desliza hacia un lado y se estrella contra el piso y rompe la armonía de la imagen.

Una historia. Había visto la edición de La Pléiade de las novelas de Flaubert a media tarde. Decidí no comprarla, me pareció demasiado cara, aunque tenía el dinero; seguí haciendo las cosas que tenía pendientes. Estuve un rato en el Tortoni y ahí sentí que tenía que tener de cualquier modo ese libro. Volví a Hachette, pero ya lo habían vendido... Increíble. Voy a pasar la vida pensando en ese libro que no quise comprar, va a durar más que el recuerdo de todos los libros que tengo en la biblioteca.

Jueves

Estoy en La Plata desde hace unas semanas por Julia. Pero hoy vino a verme Lalo Panceira y volví a sentir la alegría de vivir en Buenos Aires. Estaré aquí en calma hasta el fin del verano y después volveré a la ciudad.

Jueves 26

La barra o la banda de jóvenes que juega con el sordomudo del pueblo, en el bar de la estación. Lo amenazan con un revólver para hacerlo reaccionar, «para ver cómo reacciona», al final lo matan. «Se les escapa un tiro.»

El matrimonio que hace mucho está separado y alquila una pieza en un hotel de la ciudad y se encierra ahí una semana. Lo cuenta la hermana.

Martes 31 de enero

Releo viejos cuadernos en los que Inés aparece de vez en cuando hasta que se va y ya no vuelve a aparecer.

Gasté veinte mil pesos en quince días (sin ir a las carreras).

Miércoles 1 de febrero

Balanceo ciertas virtudes con mis inconvenientes (40 y 60 por ciento, digamos) y estoy seguro de poder escribir lo que quiero y como quiero...

Dostoievski sostiene que es nuestra noción de realidad la que es responsable si encontramos los hechos «excepcionales» o increíbles (en sus novelas).

El conocimiento en literatura es considerado una pérdida de inocencia. Para el narrador esto significa una paradoja, algo se pierde cuando se sabe que no vale la pena narrar «como quien canta». Esa convicción debe estar en la prosa. El temor a ese conocimiento puede hacernos desviar de «la aventura» y torcer el camino para no encontrarnos con el dragón.

Jueves 2

Anoche muy divertida reunión en la casa de Edgardo Frontini. Tensiones entre Rubi y Julia, a las que asistíamos Antonio Mónaco y yo como quien mira una escena conocida en un film que ve por primera vez.

«Usted pintará el vino, el amor, las mujeres, la guerra, con la condición, querido amigo, de que usted no sea un borracho, un Don Juan, o un soldado de las trincheras, un marido. Si se encuentra inmerso en la vida, no podrá verla con claridad, la sufrirá o la

disfrutará demasiado, a costa de su arte», G. Flaubert, *Correspondencia*.

La ironía es un procedimiento negado para la izquierda. Demasiada solemnidad, demasiada seriedad en los objetivos. Todos se toman lo que dicen con demasiada gravedad. Sólo quienes no tienen nada que perder pueden reírse de sí mismos.

Viernes 3

La novela como investigación de la realidad. Alejada de la anécdota tradicional como de la novela sin argumento, en cuanto la historia ya está en lo real y es necesario poder reconstruirla y narrarla, como si no se la inventara. No se copia la realidad, se copia –se transcribe– una historia ficticia, contándola como si fuera verdadera, o mejor, haciéndola pasar por real.

Sábado

Hoy extraña experiencia. Velorio de la hija de un compañero de trabajo de Julia en el laboratorio. Luego caminata por el cementerio bajo el sol. El dolor a la luz del día.

Dos ideas repentinas sobre la muerte. Una idea grosera, la felicidad de estar vivo. Una idea metafísica, no se vive en la muerte, la angustia es para los sobrevivientes.

Ser inmortal sería no tener lazos afectivos, morir sin nadie que experimente el dolor de esa muerte. Morir sería entonces un salto al vacío.

El tono de la prosa de estos cuadernos deriva de la inversión del acto de escribir conscientemente. No hay preparación, súbitamente uno se sienta y escribe unas palabras sobre algo que ha sucedido o que recuerda o sobre algo que ha pensado, todo sucede en medio de la vida y de la acción, escribir un diario es establecer una pausa, una temporalidad propia, definida por las anotaciones cronológicas. Escribir el día es el único signo formal que identifica a un diario.

Todo lo que se escribe ahí es verdad, es otro pacto pero, sin embargo, muchas veces uno escribe lo que cree que ha sucedido y la realidad puede desmentirlo. Hay que vencer la inercia, sentarse a la mesa y escribir. Eso es todo, un movimiento puro del cuerpo, una intención sin objetivo claro ni forma previa.

Lunes

El carnaval. Hay un corso en la Diagonal y lo veo desde la ventana. Antes me entusiasmaban esos días de libertad garantizada, iba a los bailes, disfrazado, para que nadie supiera quién era y poder entonces imaginarme con otras actitudes y otras palabras. Pero eso ya pasó y ahora me asomo al balcón, oigo el estruendo, veo pasar patéticas murgas y analizo con la certeza de ser otro mientras escribo.

Martes

Anoche en la vereda del Teutonia las confesiones de Ricardo W. me recordaron aquella fiesta en la casa de las hermanas Villarreal, los lamentos por «el fin de la izquierda»; la vida ya no tiene sentido, se decía, ¿qué se puede hacer?, nunca sabremos si se trata de lucidez o de comedia. De todos modos siempre impresiona el relato de la desesperación (sea cual sea).

Y cuando bajábamos por Corrientes y cruzábamos el Abasto hacia Once, todas las noches, y después en Medrano, ella caminaba adelante y yo la deseaba.

Uno de los motivos más repetidos por Beckett es el de la liquidación de las posibilidades de expresarse: el fin del lenguaje es el fin del mundo conocido, como si los personajes –Molloy, Malone– hubieran llegado al borde y miraran desde ahí el desierto inhóspito y silencioso.

Sábado 11

El miércoles divertido encuentro en Edelweiss con Jorge Álvarez, para quien mi libro es «el mejor libro de cuentos de los últimos años,

el mejor que voy a publicar». Quiere editar ocho mil ejemplares pero quiere también un contrato por cinco años de exclusividad por lo que escriba después de este libro. Conversamos sobre posibilidades de trabajo: publicar un cuento en la revista *Adán* de mayo, un artículo sobre Malcolm Lowry para *Marcha*, un volumen colectivo de ensayos sobre Hemingway y el encargo de escribir las notas de presentación en una antología de cuentos de USA.

Lunes 13 de febrero

A las ocho de la mañana me despertó el timbre de la calle. Un cartero con un telegrama de Casa de las Américas. «Su libro primera mención en Premio Casa. Lo publicaremos en los próximos meses. Felicitaciones.»

Sin duda, lo sé mejor que nadie, estas alegrías son siempre incómodas, demasiado «sociales» y en el fondo no sirven. De todos modos, es lo que quise, lo que yo mismo buscaba, un acceso, un puente a la «literatura» entendida como un territorio distante de la escritura. Digamos que soy dos personas, el que escribe y el que espera publicar. Para el segundo de nosotros, aparecen ahora algunas certificaciones: un premio (que no es un premio, sino una mención) y una doble edición prometida: el libro saldrá este año en La Habana y en Buenos Aires. Esa confirmación (el telegrama que llega a las ocho de la mañana anunciando que uno ha sido «mencionado» en el mundo de la literatura) la esperaba incluso antes de haber escrito el libro. Tal vez porque lo daba por hecho, no comprendo ahora si tiene algún otro sentido que esta vaga sensación de irrealidad. Siempre las cosas se me han dado con excesiva «facilidad», parece que efectivamente hay una estrella que me protege, o la supersticiosa convicción de que siempre estaré a salvo.

Pero no es tan mágico como yo mismo lo quiero desear. Si miro el libro con cuidado encuentro las razones: un libro concreto, con una poética lacónica y nada fácil ni complaciente.

En Buenos Aires largo *travelling* por la zona conocida y varios primeros planos: la librería, la plaza Lavalle, los amigos. Encuentro a Ismael Viñas y también a Álvarez, que celebra la distinción. El Tata Cedrón se alegra pero insinúa que ha sido una injusticia no premiar también el libro de Miguel Briante. Estoy de acuerdo. Los concursos, le digo, son una lotería con pocos números; la suerte ayuda más que la calidad de la prosa.

Después en el Politeama un encuentro con la *troupe* de Castillo, está Battista, que también recibe una mención. Jugamos a ser célebres y también malignos. Pensaron que al irme de la revista que ellos hacen se había terminado la literatura para mí...

Martes 14

Estoy escribiendo las microbiografías de «todos» los escritores norteamericanos. Casi un libro con presentaciones o retratos que van desde Sherwood Anderson hasta James Purdy.

Piri está organizando una antología de cuentos seleccionada por escritores, entre otros Borges y Walsh. ¿Qué elegiría yo? Dos cuentos gemelos: «La muerte de Iván Ilich» y «Las nieves del Kilimanjaro». También «El sur» forma parte de esa serie. ¿Qué hace el hombre que está por morir? ¿Cómo vemos la vida de alguien si sabemos que ya está por morir?

Jueves

Ayer largos paseos con Lucho Carneiro, que ha descubierto los vinos de la bodega Sergi y encuentra todavía algunas botellas en almacenes del suburbio. Todo forma parte de los festejos de mis amigos por el libro de cuentos.

Domingo

El viernes notable travesía por Buenos Aires, primero solo porque me falló una cita con Inés, que me había mandado un telegrama saludando el premio. Al final, nuevo encuentro con el grupo de Castillo en el Tortoni, como en los viejos tiempos de mi juventud.

Fuimos después al Hormiguero a escuchar a Mercedes Sosa, una joven cantante de folklore, con una bellísima voz. Terminamos desayunando en La Cultural mientras amanecía. Las mismas conversaciones circulares (¿triangulares?) de hace tres años...

La lista de escritores influidos por William Faulkner es aterradora: Onetti, García Márquez, Rulfo, Sabato, Dalmiro Sáenz, Saer, Rozenmacher, Miguel Briante. Me mantengo lejos de esa ola, busco una prosa lacónica y elíptica. En eso, por lo menos, soy único en estos tiempos tan retóricos.

Martes 21

Trabajo en divertidas y eruditas semblanzas de escritores norteamericanos del siglo xx, casi un panorama de la narrativa actual. Empecé con Truman Capote. En una rápida visita a Jorge Álvarez cobré quince mil pesos por esas notas. Le propuse traducir *In Our Time*, el libro de Hemingway que no se encuentra como tal en castellano.

The Sun Also Rises es de lejos la mejor novela de Hemingway pero no alcanza el esplendor de *Macomber*, de *Kilimanjaro*. Del mismo modo que su novela sobre el pescador cubano es una pálida versión de *After the Storm*.

Jueves 23

Me descubro un talento natural, digamos así, para escribir retratos de escritores a los que admiro. Tienen algo de lo que busco en los ensayos (son narrativos), pero están amenazados por la rapidez y tienen ecos de la prosa de Borges. Escribí sobre Truman Capote, Hemingway y Scott Fitzgerald.

Viernes 24

Las dedicatorias firmadas tienen una técnica que es infalible: dedicar el libro como si uno agradeciera los méritos del *otro* (es decir, de aquel a cuyo nombre entregamos el libro por escrito).

Oh, las ráfagas de felicidad son breves, intensas, tienen algo luminoso y lúcido. No duran nada, cuando quiero retenerlas es porque ya se han ido. Pero me queda el recuerdo, por ejemplo, recién en el sillón con Julia. Luego uno aspira a esa felicidad instantánea y su inminencia –o su promesa– nos mantiene vivos.

El narrador debe expresar lo que todos los hombres alguna vez han sentido o sentirán. Es decir, debe ser capaz de transmitir las emociones que alguna vez hemos experimentado o imaginamos que eran nuestras.

Lunes 27

Me gasté los treinta y cinco pesos que me quedaban en medio kilo de uvas y volví a casa a pie. Puse los racimos en un cuenco con hielo y las fui comiendo en el patio, con una cadencia indefinible, cada una anunciaba ya la próxima, como si el racimo de uvas encerrara un ritmo –o una forma– invisible que las ordenaba.

Escribo o trato de escribir sobre James Baldwin, mientras Julia fue hasta el banco de empeño para canjear por dinero toda la música de Brahms, los discos de la Deutsche Grammophon, porque necesitamos plata para tirar hasta el viernes.

El hambre es una sensación voraz, lo vuelve a uno monotemático, es imposible trabajar o querer pensar en otra cosa. Terminadas las uvas, ahora espero a Julia, que aún no ha vuelto aunque son ya las cuatro de la tarde.

Jueves 2 de marzo

Trabajo horas y horas sin parar, la literatura norteamericana tiene *demasiados* escritores. He escrito ya sobre cinco autores y tengo aún siete u ocho en espera.

La imaginación tiene también su costado tenebroso, suelo imaginar calamidades con la misma austera facilidad con la que imagino argumentos o biografías escritas por encargo.

Sábado 4

Ayer encuentro al Tata Cedrón y a sus hermanos en la Boca. Lamentos que comparto por la injusticia que ha sufrido Miguel Briante, que no fue considerado en el concurso de Casa de las Américas, ni por el editor Jorge Álvarez, que rechazó su libro (mancha que no se habrá de borrar). Nadie podrá usar a un amigo cuya prosa valoro para enfrentarme o insinuar injusticias literarias que acepto pero con las que no tengo ninguna relación.

Antes caminata con un fotógrafo de *Primera Plana* que me incomoda fervientemente, colocándome contra paredes de textura antigua para sacarme fotos que no quiero ni ver ni recordar. En medio de esa exposición, pierdo mi lapicera. Compraré una más cara y si la pierdo, me compraré otra más cara que la segunda y así seguiré gastando dinero en objetos que son para mí el único fetiche real. Después encuentro a Álvarez y ajustamos y damos los últimos retoques a las *Crónicas de Norteamérica.*

Martes 7

Pude saldar la deuda de dieciséis mil pesos que arrastraba desde hace días. Cobré en total, por las notas y los prólogos, veintiséis mil pesos, en lugar de los diecisiete mil que había calculado.

Escribo sobre Sherwood Anderson y luego escribo sobre Faulkner, que es el mejor de todos.

Jueves 9

Escribo esto con otra lapicera Parker, regalo malvado y auspicioso de Julia. «No la pierdas», me dijo, «porque entonces me perderás también a mí.»

Anoche larga charla con Dipi Di Paola, siempre ocurrente, cuenta muy bien historias que ha vivido o imaginado. Una tarde, eufórico, salió a comprar pintura a crédito en las ferreterías de Tandil porque quería pintar de azul el frente de las casas de la manzana donde vive. «No estaba loco, sólo estaba contento.» El padre iba tras él,

tratando de anular las ventas y de recuperar los recipientes con pintura azul que debía pagar si ya habían sido usados. Dipi y Briante y Saer son los amigos más cercanos en cuya literatura confío tanto como en la mía.

Ahora estoy en un bar, altísimo, en el edificio donde funciona la redacción de *Primera Plana*. Es el piso trece, abajo está la ciudad y más abajo el río. Vengo aquí con mi segunda personalidad, el que publica y hace trámites que quien escribe detesta. Todos mis contemporáneos creen que salir en esta revista escrita con prosa altisonante y borgeana se parece a la gloria. Me río de esa pretensión, la aparición semanal obliga a Couste y a los mediocres que lo secundan en la sección cultural a descubrir o inventar semanalmente un nuevo genio, cuya vida literaria durará una semana.

Trabajé entonces durante un mes en los retratos breves de los narradores norteamericanos. Eran textos de mil quinientas palabras, en los que sintetizaba todo lo que sé y todo lo que he leído en estos últimos diez años.

Viernes 10

En la revista *Primera Plana*, Mastropascua, el fotógrafo del cineclub de Mar del Plata, me dio las copias de la fotografía que me tomaron hace unos días. Voy a usar una de ésas en el libro. Piri se sorprendió porque me corté el pelo muy corto antes de sacarme esas fotos. «Quiero parecer cualquier cosa menos un escritor», le dije. En la editorial, Álvarez me encargó las *Crónicas de Latinoamérica*. Ahora voy a escribir sobre James Purdy, el último escritor de la serie, aunque todavía me faltan Nelson Algren, Thomas Wolfe, John Updike y Ring Lardner.

Un cuento potencial. Al comienzo era una sensación completamente normal. ¿Quién no ha sentido alguna vez frente a un hecho (frente a cualquier hecho) que ya lo ha vivido? El sentimiento de repetir un momento anterior de la vida tiene una vehemencia

insospechada. No es un recuerdo, no hay imágenes, es sólo un estado de gracia, como quien regresa a un cuarto anhelado en la casa de la infancia. Así empieza el relato, el narrador vive a la vez en dos tiempos distintos, de a poco la sensación del *déjà vu* crece y domina toda su vida. Sabe lo que vendrá, porque ya lo ha vivido y no puede evitarlo. (Quizá pueda ser la historia de un crimen que el protagonista comete para salir del encierro, de la reminiscencia platónica o de la reencarnación.) De todos modos, el relato no explica en ningún momento por qué sucede la doble temporalidad y la vida repetida.

Domingo

Estaba pensando últimamente en la noción de *plazo*. Tener un plazo, una frontera futura que no se puede eludir, en inglés se los llama, muy acertadamente, *deadlines*. No se distinguen de la imaginación de lo que vendrá, pero tienen la particularidad de haber sido designados por un extraño. Alguien nos da un plazo definido para hacer algo, para completar o saldar un acuerdo en un tiempo futuro. ¿Puede uno mismo creer en los plazos que se asigna? Difícil, mientras que los otros encargos o vencimientos parecen inevitables o inexorables. Entonces el tiempo toma otra dimensión y es muy difícil «dejarse ir», vivir los días en sí mismos y no como la promesa o la condena de algo que está por venir. Este sentimiento se encarna culturalmente en el mito del pacto con el diablo. «Tan largo me lo fiáis», como dice la comedia española de *Don Juan.* (La noción de *vencimiento.)*

Los que me han conocido antes parecen no perdonarme el hecho de haber realizado lo que he deseado –digamos así–. De allí cierto rencor y cierta agresividad que percibo en los viejos amigos, que me ven distinto a como ellos me habían imaginado. Los que me conocen ahora ven sólo en mi vida lo que hago como una virtud y no como una sorpresa que los llena de inquietud, ante un desconocido que sigue siendo sin embargo, para ellos, «familiar».

Si Dios no existe, sólo nos queda, entonces, el juicio «de los

otros».

Noche en casa de Edgardo, velocidad mental y mucho whisky. En medio del barullo se me ocurrió, como una iluminación, el tema de una novela con un hombre que vive su vida como si fuera la de otro. Trata de ocultar su vida falsa, etc.

Lunes 13 de marzo

De todos modos se ha ido ya el verano, hoy por la mañana el sol palidece y esta débil y un viento helado viene del sur.

Me he dado cuenta de que escribiendo sobre los escritores norteamericanos he definido o entrevisto por medio de ellos mis propias vidas. Esos textos son mi tributo a la amistad de Steve R.

La piedad es un sentimiento terrible. Se habla de la pasión del amor, pero la piedad es la peor de las pasiones. Los adolescentes no se conduelen. La lástima es una pasión de la madurez.

Martes 14

El frío, entre nosotros. Una vez más confirmo una vieja intuición, el mejor modo de pensar un problema es investigarlo en función de un trabajo concreto. Se sintetiza todo lo que se ha intentado conocer y se lo profundiza, como si fuera algo que se recuerda. Eso explica mi veloz recorrido por la literatura norteamericana (ya lo sabía).

Hemingway intenta hacer del lector un contemporáneo de la acción, mientras que el novelista escribe en tiempo pasado. Pero no se trata del tiempo del verbo, sino de una alteración de la sintaxis del relato.

Una cosa que me sucede es que mis amigos o mis conocidos comienzan a confesarme que, más allá de sus vidas concretas, lo que quieren es ser escritores. En estos días Frontini, West, Lacae. La literatura parece una salida al alcance de cualquiera que haya aprendido a escribir en la escuela. Claro que no es lo mismo escribir

que redactar. Estoy de acuerdo en que todo el que escribe puede ser un escritor, no creo que haya «elegidos», sólo que siempre habrá muy buenos escritores y también muy malos.

En muchos casos, el recurso a la literatura como salida o como salvación es efecto de la crisis de la izquierda o del comienzo de la madurez. Enfrentados con el escepticismo, piensan que esa mirada desencantada los convierte de hecho en escritores. Sin embargo no se puede escribir sin entusiasmo y sin confianza en lo que vendrá.

Hace mucho soñaba con un viaje en tren en medio de la noche, en uno de los viejos coches dormitorio de los trenes de larga distancia. Imaginaba un trayecto casi interminable, las estaciones iluminadas en medio del campo, los pueblos que se atraviesan velozmente. Recordé esa ilusión de estar aparte pero en movimiento, recién mirando el ventanal de la pieza como si fuera la ventanilla de un tren detenido.

Ahora se me ha dado por tenerle miedo al *surmenage,* la imagen de la mente en blanco, sin recuerdos, una laguna que titila bajo la luz.

Miércoles 15

Todavía no conozco mis límites, tengo que empezar a delimitar el espacio de mi vida. Por momentos tengo la imagen de ser una máquina que sirve para todas las funciones. Y sin embargo la única máquina que conozco de cerca es la Olivetti en la que escribo, es allí donde debo probar mi alcance.

Viernes 17

Larga marcha de dos días por la ciudad, en el medio un cuarto lleno de ángulos, con una claraboya en lo alto y Julia ensimismada en la sucesión de whiskies que tomaba uno tras otro en medio de la tormenta que también duró dos días. Piri me propone ser mi agente literario y ocuparse de mis cuentos. Después me encontré con Dalmiro Sáenz, que me trajo noticias del concurso, mi libro estuvo

primero hasta el final pero luego premiaron al cubano Benítez. De todos modos decidieron publicarlo en Casa de las Américas este año.

Sábado 18

Ayer con Dipi Di Paola recordamos viejos tiempos, viejos proyectos. Está melancólico porque la mujer, una lolita con cara de japonesa, se fue con su mejor amigo. Recordaba en 1960 la pensión que yo compartía con José Sazbón, Dipi me trajo la traducción italiana de una novela de Gombrowicz, en aquel entonces todo era oscuro para mí, un par de años después estaba en un bloque con Briante, Constantini, Castillo. Ahora siento que trabajo mejor y sé lo que busco y me siento a la vanguardia de los escritores de mi generación (aunque eso no es algo que yo diga en voz alta, nunca, a diferencia de ellos, que alardean de su genio ante cualquiera que los quiera escuchar).

Recién sorpresiva aparición de Ramón T., que se empezó a despedir de mí «misteriosamente» y se evaporó al cruzar hacia su vida clandestina. Lo dejé en un taxi y al despedirse me hizo ver, sin decirlo, que se iba «a hacer la revolución». Pensé que no lo volvería a ver. En el medio Celina, desvalida, tensa, con problemas múltiples. Pero yo no aprovecharé la lejanía de mi amigo, aunque ella vendría conmigo sin mayores problemas, amparada en su decisión de hacer su vida (sin convertirse ella también en una guerrillera).

Miércoles

Pasé la noche sin dormir trabajando hasta la mañana en la novela. Retomo así el proyecto principal.

Un tema. Una mujer le recrimina a su amante no haber sido capaz de hacer lo que había prometido. De a poco se ve que es una conversación sobre el suicidio, que nunca se debe nombrar, pero debe estar presente en la gravitación que va tomando la charla entre ellos. Sería una versión subjetiva de la situación del sábado, cuando Celina vio que Ramón se iba y que probablemente no volvería a

verlo. Seguro prefería eso a que él se bajara del taxi y le dijera que renunciaba a sus ideas políticas para quedarse con ella.

Jueves

Mis sueños eróticos más fieles son divertidos: hago el amor con la hija delante de la madre, todo en medio de risas y chistes sobre la tradición griega.

Vuelvo a leer después de años *Cantar de ciegos* de Carlos Fuentes, buen libro, pero no, en nada es «mejor cuentista que Cortázar» (como dice Dipi). Buen manejo de situaciones intrascendentes y frívolas, pero resoluciones truculentas y efectistas.

Viernes 24

Miro críticamente ciertas decisiones de mi vida que fueron tomadas en función del futuro de mi literatura. Por ejemplo, vivir sin nada, sin propiedades, sin nada material que me ate y me obligue. Para mí elegir es desechar, dejar de lado. Ese tipo de vida define mi estilo, despojado, veloz. Hay que tratar de ser rápido y estar dispuesto siempre a dejar todo y escapar.

Veo ahora las pruebas de galera de mi pequeña historia de la narrativa norteamericana, con puntos altos y muchos desniveles.

Como siempre, vivo con una tranquilidad provisoria, no tendré mayores dificultades económicas en los próximos seis meses. Después, veremos.

Marzo 27, 1967

Estoy en La Plata en Don Julio, este bar tan estudiantil, a media cuadra de la Facultad, me promueve introspecciones que en estos tiempos me negué a tener para vivir más activamente este hermoso verano, sin pararme a pensar. Pero aquí me sentaba yo hace siete años y otra vez el recuerdo tiene la forma de una instantánea en la que me veo a mí mismo en aquel tiempo pero a la vez soy el que mira la imagen. Estaba yo entonces en una realidad desconocida,

viviendo solo y a la vez acompañado por una red de relaciones nuevas y también confundido, sin saber con claridad cómo encontrar lo que buscaba, pero seguro de mi triunfo final. Esa certidumbre que no tenía garantía ni lógica me sostuvo firme en mi nueva vida. Ahora tengo casi todo lo que en aquel tiempo podía desear pero estoy en una nueva encrucijada. Lo digo en broma, porque las cosas no son tan claras y en definitiva sólo he querido reciclar la coincidencia de una imagen en el recuerdo y de mi presencia en el lugar del recuerdo.

Martes 28 de marzo

El miedo a que se rompan los anteojos «porque hace mucho tiempo que los tengo» es curioso. ¿Por qué no usar el mismo criterio con todo? Con las relaciones, por ejemplo, el tiempo es igual al desgaste. Podemos imaginar a alguien, enamorado de una mujer, que empieza a aterrorizarse porque llevan algunos años de relación perfecta. Ese terror lo vuelca contra la mujer, comienza a acosarla, trata de ver en ella signos de desinterés y de tedio, termina por ahogarla metafóricamente. Ella no resiste ese acoso y lo deja. La relación se rompió como él esperaba. Confío en que mis anteojos se aparten de esa condena. Ya estuve a punto de dejarlos en un micro el otro día –si no fuera que quiero ponérmelos para entrar en la Facultad, no hubiera descubierto la falta–, salí disparado, subí a un taxi, corrí al ómnibus, nos pusimos a la par, le hice señas para que parara en la esquina, bajé del taxi, subí al micro y los encontré en un rincón del último asiento. Cuando bajé del colectivo, con los anteojos puestos, los pasajeros me aplaudieron como si la empresa me hubiera mandado ahí para entretenerlos durante el viaje. Un *número vivo*, como se decía.

Me cité acá con mis padres, cada reencuentro con ellos es un distanciamiento, me reencuentro a mí mismo hace veinte años, doy un salto cruel tratando de librarme de esa imagen y ser yo mismo, contra ellos. Mi madre se divierte y capta la fachada de mi vida, entonces, para hacer ver que sabe de qué se trata, me dice *Nene*; mi padre, en cambio, me observa con cierto rencor porque no me he

convertido –como él– en un médico peronista, dispuesto a dar «la vida por Perón».

Miércoles 29

Desagradables premoniciones y sueños sobre mi futuro económico siempre incierto pero cada vez menos controlado por mí. El miedo se me vino encima desde que dejé la Universidad luego del golpe de Onganía, y me sumé a los que renunciaron a sus cátedras y corté así la posibilidad de un trabajo estable. No tiene mucho sentido y es absurdo aterrorizarme por un futuro que se extienda más allá de seis meses. Tengo que vivir con una economía que garantice algunos meses seguros, no toda mi vida, eso es ridículo. Tengo ahora listo el libro de cuentos y doscientos mil pesos adentro (como anticipo por la edición). Estas ideas vienen porque gasté veintidós mil quinientos pesos en un abrigo italiano que me compré ayer.

Técnicamente Borges se conecta con la más limpia narrativa en lengua inglesa, la misma justificación del material narrativo, la definida presencia de un narrador común a toda la obra (el mismo Borges), el marco que prepara la acción. Su inteligencia consiste en erigir sobre esas estructuras de sentido mundos complejos e irreales. Otra cualidad de Borges es que la realidad nunca está dada, siempre es oscura e intrigante, por eso se convierte en objeto de una investigación, de allí las búsquedas (sobre todo bibliográficas para él) que completan los hechos. Su «humildad» lo convierte en un transmisor perfecto de libros escritos por otro, de historias que ya existen, de personajes fantasmales que él encuentra, reconstruye y hace ver. El ejemplo más alto de este procedimiento es «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», lo mejor que Borges ha escrito. Una mínima reconstrucción bibliográfica desemboca en un mundo paralelo. La historia que se arma concienzudamente con exactitud cronométrica se mezcla, cae en el vacío, en la irrealidad, en el sueño y la pesadilla. Lo más valioso en Borges es el sendero que trepa por la ladera del mundo hacia esa comprobación irreal y mágica.

Inédita visión de Inés me dieron ayer mis padres. Dolorida, muy

nerviosa, hablando demasiado de mí, fue tres veces a casa, repitiendo que me quiere mucho, que las relaciones se terminan, que «tienen que querer a Julia, etc.». Como en *Radiolandia* pero, a la vez, la sorpresa de un afecto que ella quiere hacer notar.

Jueves 30

Ayer apareció Horacio, mi primo, que es casi mi hermano, nacimos en el mismo año con días de diferencia y nos criamos juntos. Muchas veces he pensado que él es mi doble, se quedó a vivir en la misma casa donde había nacido, se recibió de médico, como quería mi padre que hiciera yo, y no sale de la zona donde vivimos de chicos. Siempre he pensado en él como la vida que yo hubiera vivido si me hubiera quedado en Adrogué. Cada vez que he estado en momentos difíciles he vuelto a pensar en él y en la vida que hace, como un refugio que yo decidí abandonar. Si me hubiera quedado ahí podría haber sido seguramente igual a él. Imagino que él me ve a mí del mismo modo, el hermano aventurero que rompe con la familia y hace su vida. Viene a verme de vez en cuando y la conversación retoma la fluidez de dos amigos que se encuentran todo el tiempo. Está de vuelta de unas vacaciones en Brasil, lo pongo al día de mi nueva situación. Estoy separado de Inés, le digo, y ahora vivo con una mujer en Buenos Aires, Julia. Él, en cambio, se casó con la novia de la juventud y sigue fiel a las pasiones de su infancia. Salimos a comer y después damos vueltas por la ciudad y terminamos en Gotán escuchando a Rovira. Nos despedimos casi al amanecer y otra vez tuve la sensación de que él vive la vida que yo podría haber vivido, etc.

Trato de corregir trabajosamente el libro de cuentos y preparar la versión final. Es un momento en el que uno, con la misma decisión, puede mandar el libro a la imprenta o dejarlo para siempre en un cajón. Imposible para mí hacer un juicio de valor. Lo que más me gusta del libro es que está escrito a contramano de la moda estilística actual (que le debe todo a Borges), en mi caso me interesa demasiado esa obra para no tratar de alejarme de ella y empezar de nuevo con un lenguaje que no tenga ninguna conexión con la

«literatura» tal cual la ha impuesto Borges. Tengo que revisar sobre todo el cuento «Tarde de amor». Es el más arriesgado y a veces pienso que todo su defecto depende de una coma bien puesta y de un ritmo que se asemeja a la música. Pienso «tocar» de nuevo el libro mientras lo paso en limpio, es decir, lo vuelvo a copiar y, mientras lo traslado, buscaré ajustarlo.

Abril

Ayer me encontré en el bar Florida con Miguel Briante, largas conversaciones sobre el libro que él ha terminado de escribir y que me gusta mucho. Se llama *Hombre en la orilla* y espero poder publicarlo en la editorial Estuario en los próximos meses. Pasamos rápidamente por Jorge Álvarez y yo le di a Miguel una copia de mi libro, aunque él conoce todos los cuentos salvo los dos últimos. Antes cobré tres mil pesos y cheques a cobrar la semana siguiente de veinte mil. Desde que dejé la Facultad es el primer trabajo que consigo. Por el momento preparo una colección de clásicos y proyecto una serie policial.

Lunes 3

Anoche escuchamos a Edmundo Rivero en Nonino. Tiene mucha calidad y logra disimular su declinación. Cantó de un modo espléndido «Mi noche triste», en un medio tono con mucha «interpretación». Gran sensibilidad para cautivar al público, que al final lo llevó a un repertorio más demagógico y barullero. Había en el público varios amigos, y las chicas a las que he amado, Cecilia embarazada, Vibel incómoda, tratando de ser vista, Susana M., casada.

Un cuento. Una llamada telefónica de larga distancia, hablan un hombre y una mujer, confusión, silencios. «¿Qué tenemos que decirnos?», etc. Ella está en California y él en Buenos Aires, el diálogo tiene varias interpretaciones posibles. Al final se descubre que ella no es su mujer, sino su prima –¿su hermana?–, a la que él ha amado desde una tarde, hace ya muchos años, a la hora de la siesta, en una casa de campo, cuando la descubrió –encontró–

desnuda en una tina puesta en el patio, y con la que tuvo un romance apasionado e imposible.

Miércoles 5

Hoy charla con Noé Jitrik sobre posible curso centrado en la narrativa norteamericana. Empezaríamos en julio. Pienso abrir con Thomas Wolfe y cerrar con Kerouac y la *beat generation*.

Jueves

A medida que avanzo en la versión final del libro surgen, como era de esperar, dudas sobre el estilo. Eso siempre sucede cuando uno analiza las frases aisladas y pierde de vista el tono general del relato. Para mí ésa es la distinción entre una literatura decorativa, que sólo piensa en los efectos aislados, y una escritura más directa que trabaja el estilo en bloques y lo construye como quien levanta una pared con piedras de distinto tamaño. De hecho, termino pasando el libro otra vez a máquina, afiebradamente, como si alguien me corriera, tenso para cambiar frases o palabras sin correr el riesgo de cambiarle la prosa. Curiosamente nadie lee un libro con tanto detalle como el mismo que lo escribe.

Viernes

Día de trabajo firme y feliz a la tarde en la Biblioteca Lincoln revisando la narrativa norteamericana, construyendo hipótesis sobre libros que empecé a pensar hace nueve años, cuando abrí los primeros cuentos de Hemingway y seguí luego con Fitzgerald y Faulkner.

Hemingway comprendió que después de lo que Joyce había hecho con la lengua inglesa había que empezar de cero. En 1938 Ezra Pound dirá de Hemingway: «No se ha pasado la vida escribiendo ensayos de un esnobismo anémico pero comprendió enseguida que *Ulysses* era un fin y no un comienzo.» Buscaba una prosa conceptual, elíptica, «más difícil que la poesía» y en su primer libro lo hizo.

Domingo 9

Si bien los tiempos del trabajo intenso me distraen de estos cuadernos, es cierto que alguna vez tendré –también aquí– que buscar un tono que unifique el registro de todos los días, salir de cierta inmediatez a contramano que me impulsa a anotar lo que me viene a la cabeza, sin decidir y sin elegir. Aunque a veces pienso que esa espontaneidad debe ser la forma central de estos diarios.

Doy algunas vueltas y reordeno el orden de los cuentos en el volumen. El primero va a ser «Tierna es la noche» y el último será «Tarde de amor».

Martes 11

Decidido a mudarme una vez más, las vueltas por lugares que se ofrecen en alquiler en hoteles y pensiones me hacen recorrer la ciudad como un aventurero que busca un lugar donde pueda sosegarse. De pronto necesito cambiar de barrio y ahora he decidido abandonar el cuarto en Riobamba y Paraguay y buscar algo más al sur. Al fin, luego de dar vueltas por Barracas, encuentro un cuarto amplio y luminoso en Montes de Oca y Martín García, cerca del Parque Lezama.

Miércoles 12

Otra vez en medio de papeles tirados por el suelo y valijas, la extraña sensación del cambio de lugar, vivido siempre como una fuga. La figura del hombre sin domicilio fijo, un héroe para mí del mundo contemporáneo. Sin propiedad, sin ley, sin fijarse en ningún sitio, ayer mágico encuentro de una hermosísima pieza por Barracas. Julia miró el diario porque un minuto antes pasó un tipo vendiéndolo y encontró esta dirección, cuando teníamos medio decidido alquilar otro menos luminoso. Es divertido ver que la pieza cuesta trece mil pesos por mes, que nos mudaremos el trece y que la habitación, claro, es la número trece.

Viernes

Cruzando valijas que parecen llenas de plomo, escapando (casi)

sin pagar de la otra habitación en La Plata. Entrando de a poco en la ciudad, con cierta inseguridad económica y muchas ganas de empezar algo nuevo aquí. Escribo en esta pieza increíble sobre dos avenidas, con un gran ventanal, lleno de luz. La literatura para mí depende mucho del lugar donde escribo los libros. Podría imaginar a un hombre supersticioso que antes de escribir un nuevo libro cambia de barrio, abre un mapa, señala una zona al azar y se muda ahí y vive unos meses hasta que termina una novela y luego otra vez realiza el mismo ritual.

Lunes 17

Contra este balcón sobre la ciudad, humedecida por la llovizna, empiezo a trabajar. Preocupado por Julia, que vivirá parte de la semana en La Plata.

Algunos descubrimientos: la ballena blanca es el mal para el capitán Ahab. El tema central de Edgar Poe es el vampirismo (del amor).

Hace un rato ida y vuelta a ver a Jorge Álvarez, que me llama por teléfono y me confirma un trabajo como coordinador de las ediciones, a cambio de veinte mil pesos por mes. Continuaré la colección de clásicos, haré algunas antologías y proyecto la serie policial. Jorge me propone tres horas por día en la editorial. Veremos. Asegurado económicamente, instalado ya en un lugar en el sur de la ciudad, puedo empezar por fin a escribir la novela sobre el robo al camión pagador en San Fernando.

Martes

Revolviendo viejos cuadernos encontré un tema que quiero volver a transcribir aquí. El indiferente, despegado de todo, que en una plaza ve a alguien que está por caerse de una torre a la que ha subido para repararla, y mientras lo ve bajar y pisar un parante roto no le avisa y lo deja caer. Un relato minucioso en el que nunca se dice el tema central, qué carácter tiene alguien que en un momento determinado *no hace nada*. El asesino por indiferencia.

Miércoles

Ayer en la galería Ver y Estimar algunas muestras del pop argentino y del arte cinético. Lo mejor, las obras conceptuales de Jacoby y Carreira. También una instalación de Víctor Grippo. Encuentro a Patricia Peralta y a Alicia Páez, amigas de otra época, o habría que decir de otra era geológica. Las dos estudiaban con Inés en la Facultad y nos veíamos muy a menudo. Uno se separa de una mujer y pierde la mitad de los amigos y la mitad de la biblioteca.

Borges como Hemingway. Le preguntan: ¿Cuál es su mayor preocupación antes de escribir un cuento? Imaginar honestamente una acción o una serie de acciones, contesta Borges. Y agrega: Olvidar lo ya escrito sobre el tema y esperar que otra imaginación la reclame. Y a la pregunta: ¿Cuál es su técnica cuando escribe cuentos? Contesta: Intervenir lo menos posible. Omitir, en gracia de la brevedad, alguna parte de las cosas que he imaginado. Esto se hará sentir de algún modo. Y Hemingway, refiriéndose a uno de sus primeros cuentos, dice lo mismo: «En una historia muy simple llamada "Out of Season" (Fuera de temporada) omití el verdadero final en que el viejo se ahorcaba. Lo omití basándome en mi teoría de que se puede omitir cualquier cosa si se sabe qué omitir y que la parte omitida refuerza la historia y hace al lector sentir algo más de lo que ha comprendido.»

La clave para un artista, digamos, es meditar sobre la necesidad. No necesitar más de lo que se tiene para vivir. Para olvidar «las necesidades», hay que aprender a vivir en el presente.

Otra vez nublado y frío, hace un rato comí un poco de jamón con un vaso de vino y siento ahora el gusto áspero y ardiente del jamón y del vino en la garganta, y ese recuerdo que persiste en el presente me distrae de la lectura de Katherine Anne Porter.

Jueves 20

Ahora sigue lloviendo y yo hago tiempo para esperar el mediodía,

cuando abre el banco de empeño al que iré a dejar la máquina de fotos a cambio del dinero que necesito para terminar el mes.

Podré contar así la mañana de hoy. Dormí hasta las diez y me afeité despacio y me quedé un rato largo bajo la ducha, y a media mañana tomé un café doble en el bar de abajo, mientras leía desganadamente el diario, y al fin me largué por las calles húmedas de la ciudad buscando el banco de empeño.

Viernes 21

Voy a La Plata para acompañar a Julia y en los pasillos de la Facultad encuentro el revuelo de siempre y otra vez el recuerdo viene como una ráfaga. El primer día que entré aquí lo vi a Jiménez, mi profesor del secundario en Mar del Plata, y lo eludí sin saludarlo a pesar de su gesto de amistad al verme. Como siempre, veo la escena como en una fotografía y, como siempre, me pregunto qué hay en el recuerdo que no veo en la imagen.

Sábado 22

«Cómo podrá escapar el prisionero si no es pasando a través del muro», H. Melville.

En los narradores que admiro, como por ejemplo ahora Osamu Dazai, lo que más me gusta es que todo está narrativamente justificado: cuadernos, diarios, cartas, confesiones, el relato se sostiene sobre documentos que el narrador pone a disposición del que quiera interpretarlos. Intento por eso escribir un relato a partir del diario de Pavese, narrar el pensamiento, dramatizarlo.

Dazai está en la línea de Pavese: «En último análisis mi suicidio debe ser visto como muerte natural. Un hombre no se mata exclusivamente por sus ideas», dijo.

Domingo 23

Encuentros con David Viñas en su departamento del Bajo sobre Viamonte y luego en un bar de la calle Florida con José Sazbón.

Trabajo en el prólogo a las *Crónicas de Latinoamérica*. Básicamente me interesa hacer un registro de los escritores experimentales. Recordemos que la tan mentada crisis de la novela no es más que la crisis de la novela del siglo XIX, y que las formas breves eran ya más innovadoras que las novelas (Poe, Bierce). Leo con interés a Guillermo Cabrera Infante, Fernando del Paso, Vicente Leñero, renovaciones en los procedimientos y búsqueda de nuevas formas.

Lunes 1 de mayo

La ciudad medio vacía, las calles desiertas y en la 9 de Julio, de Corrientes hacia Córdoba, una multitud que observa la defensa desesperada de un asaltante rodeado por la policía en los altos de un edificio. Como si el día vacante y sin trabajo los hubiera preparado para un espectáculo en vivo y para ser espectadores de la muerte de un hombre.

Martes 2

La pieza llena de luz y ocho horas por delante de tranquilidad para trabajar en el nuevo relato provisoriamente titulado «La torre». Empieza así: «A veces parado en el mirador, con el viento golpeando salvaje contra las chapas, he sentido que la torre estaba viva, como si fuera un animal enfurecido.»

Sábado

Ayer encuentro con Roa Bastos, conversamos largamente sobre sus proyectos y también sobre los míos. Él es un novelista que como está exiliado tiene ya definido el campo de su narración: todos sus textos se instalan en el lugar que ha perdido. En mi caso, le digo, el exilio es el tema, el narrador está fijo en su territorio y añora vivir perdido y como un extranjero en otro país. En esa línea, Roa me pide un cuento para las crónicas del otro país (Conti, Moyano, Saer). Bien, ¿qué los une?, una cierta monotonía en el modo de narrar, cierto interés en las zonas marginales de la vida y en el mundo provinciano. Yo no tengo nada que ver con esa poética de la prosa

lenta y descriptiva y no afirmo –ni hago alarde– de ser un hombre del interior.

Lunes 8

Anoche en Gotán vimos *La pata de la sota*, nueva obra de Tito Cossa. Algunos cambios en su poética (tiempo flotante, la madre que lee la Biblia) no alcanzan para resolver los conflictos internos del teatro realista, otra vez el a priori. Partir de un concepto para llegar al mismo concepto (crisis de la clase media reflejada en una obra que se ocupa de la crisis de la clase media). Buen manejo de las situaciones, los diálogos. Salir del teatro es como salir de una visita familiar: no pasa nada y eso es todo.

Prólogo a los cuentos latinoamericanos. El encuentro con la lengua hablada de cada país (Cabrera Infante, Rulfo, Cortázar, etc.), a la vez que nos separa de la supuesta lengua madre (el español), recorta y unifica la literatura de América Latina. Tendencia al realismo lingüístico y a la mímesis de la oralidad.

Martes 9

Quizá habría que institucionalizar en la Argentina los ritos de iniciación, al menos ésa es la impresión que tengo al ver cómo se construye una cultura juvenil ligada al rock en ciertos modos de vestir, que se definen con leyes propias y con sus propios códigos.

Con respecto a la relación entre vida y literatura, hay que ver de qué lado pone uno el signo positivo: ver la literatura desde la vida es considerarla un mundo cerrado y sin aire; en cambio, ver la vida desde la literatura permite percibir el caos de la experiencia y la carencia de una forma y de un sentido que permita soportar la vida.

Miércoles 10

A partir de febrero del año pasado con la detención de Cacho, entré en un tirabuzón, o mejor, en un torbellino confuso y toqué fondo; en agosto «The End of Something» me llevó a moverme en la oscuridad y buscar la luz que empezó a brillar recién ahora.

Cuando uno piensa en sí mismo e intenta reconstruir lo que ha vivido naturalmente, usa una forma narrativa y encadena los acontecimientos con una lógica causal, pero la vida no obedece a esas reglas y todo se da confusamente y al mismo tiempo.

Lunes 15

Trabajé todo el fin de semana, medio engripado, pero recién hoy hace un rato terminé la nota sobre la juventud para la revista *Extra*, a cambio de cinco mil pesos.

Martes 16

Encuentro afectuoso con Haroldo Conti y luego una entrevista para Venezuela; me preguntaron por la autenticidad y contesté: «Para ser sincero, hay que ser insincero, pensar en la técnica, eludir las confesiones. Hay que ser auténtico con el lector por medio de un estilo convincente (pero no necesariamente sincero, ni espontáneo). La técnica, decía Ezra Pound, es una prueba de la sinceridad del artista.»

Trabajo en la antología de literatura latinoamericana. Se reescriben los viejos temas pero se les da otro escenario. Se ha empezado a crear una lengua literaria múltiple, ligada a la ruptura del predominio español.

El segundo libro de Briante está escrito en un idioma prestado que nunca llega a ser un lenguaje personal. Lo que no impide que su libro sea muy bueno, aunque, creo, le dificulta –o le dificultará– seguir adelante y escribir otros libros.

Sábado 20

En el bar Florida el oasis de siempre en estos lugares anónimos y a la vez familiares. Recupero cierta paz después de la confusa tormenta de hoy con Julia, los dos sin plata, ella ahora sola en la pieza. Yo leo un libro sobre cine negro norteamericano. Narrar un interrogatorio policial como si fuera una escena de celos (en general

sucede al revés: ¿qué hiciste anoche?, ¿dónde estabas?, ¿quién es la otra o el otro? Decí, confesá...).

Ella le consagra un amor ferozmente exclusivo y dedica todas sus energías a encadenarlo para siempre, pero, desde luego, las energías sirven en verdad para perderlo.

Al caer la noche. Una mujer casi inválida y atada en su lecho, aislada en una gran casa vacía, telefonea al exterior tratando de encontrar a su marido. Son las diez de la noche. Por azar capta un diálogo anónimo: dos hombres, en realidad, dos voces, planean un crimen que tendrá lugar una hora después. Con llamadas variadas a distintos lugares y cada vez más nerviosa y más asustada, la mujer llega a comprender –o imagina– que ese asesinato será el suyo.

Martes 23

Desde el domingo largas travesías. A las seis de la tarde, con cuarenta pesos de capital, llamada de Piri Lugones invitándome a una reunión en su casa. Junté algunos libros y los vendí en una librería de usados a cambio de trescientos pesos. Entonces fui hasta su casa en Flores y pasé toda la noche ahí. Reunión con Rodolfo Walsh, Ismael Viñas, Horacio Verbitsky, discutiendo sobre la policía, a partir de la sentimentalidad de Paco Urondo. A las seis de la mañana de regreso con Carlos Peralta, algunas conclusiones. Según Carlos, se supone que la invitación tiene que ver con la idea de sacar una especie de revista *Marcha* en Buenos Aires.

Algunos datos que me transmite Carlos y que yo copio aquí, entre sorprendido y avergonzado. Para Ismael Viñas, «E. R. es el más brillante, el único escritor que importa de la nueva generación». Según Urondo, este año Casa de las Américas, de Cuba, me invitará a La Habana por pedido y recomendación de él, de Noé Jitrik y de César Fernández Moreno.

Después de tanto whisky me levanto a mediodía y voy al banco de empeño. Dos horas de espera con intentos míos de desmayarme.

Había pasado veinticuatro horas sin comer, más la noche en vela con el whisky. Al final, seguro al ver mi cara, un policía me detiene para interrogarme sobre el origen de la máquina de fotos que he ido ahí a empeñar. Nada grave salvo la prepotencia. Por fin, hacia las tres de la tarde pido un bife de chorizo con papas fritas en Pippo, luego de una dispersa y extremadamente lúcida –a causa del hambre, del cansancio y del alcoholvisión de la ciudad: todo parecía más extenso, el cielo era de vidrio y los edificios estaban todos con las persianas y las celosías cerradas. La visión modifica la realidad, crisis de las certidumbres urbanas. Ahora quiero trabajar, de una buena vez.

Trabajé bastante bien toda la tarde, dejé casi listo el prólogo de la antología.

Viernes

Otra vez sin plata. Trabajo ahora en las microbiografías de los escritores que elegí para la antología. Como está hecha en Buenos Aires, no incluí escritores argentinos. Me lo reprocha León R. cuando le comento el criterio: «Hiciste eso», me dice, «para no incluir a David...» «Bueno», le contesté, «tampoco lo incluyo a Borges.»

Cortázar: cuando deja de ser Borges, es naturalista (lo mismo le pasa a Bioy Casares).

De todos modos, lo peor es siempre esta loca actitud que me tiene atado a la mesa, tecleando como un sonámbulo en la máquina de escribir, con la sensación idiota de que no debo parar. Días enteros trabajando sin salir de la pieza, y al tirar la línea encuentro una serie de páginas escritas con pasión que no puedo releer hasta no haber pasado un par de días. He escrito entonces dos capítulos de la novela, biografías sobre escritores norteamericanos, el artículo imposible sobre qué es ser joven, el prólogo a la antología latinoamericana, la corrección y la reescritura de los cuentos de *La invasión*. Pero quizá yo me ciego y lo único que importa es la actividad en sí misma, sin falsos utilitarismos y sin buscar resultados.

Sábado 27

Dispuesto a sacar algo del pozo de los cuentos de *La invasión,* depuro obstinado pero tengo que aprender a contenerme al sentarme a la máquina para no escribir un cuento distinto cada vez que reviso el que voy a publicar. Busco construir una progresión para los cuentos del libro, darles una estructura orgánica.

Domingo 28

Un moroso paseo con Julia por los arrabales de Constitución, la placita oscura, las calles cortadas, las casas bajas y amarillentas, los recuerdos de la llegada a la estación en distintos momentos de mi vida, desde Adrogué primero, y luego desde La Plata, y siempre al encarar la ciudad una sensación de desafío, el loco afán de conquistarla. Como si la literatura fuera también un arma y un modo de hacerse un lugar en Buenos Aires.

La torre (Diario de un soldado). A ratos me dejo arrastrar por una estúpida esperanza y quiero pensar que estoy solo en la torre, con el mar detrás. La noche se ve venir, está como metida entre los montes porque en el sur no hay crepúsculo, las sombras se dejan caer, y en un instante, todo es oscuridad.

Lunes

Largas caminatas por Buenos Aires buscando la *Historia de la literatura latinoamericana* de Anderson Imbert para terminar las crónicas. Fui a la Biblioteca Nacional, al Instituto de Literatura, a la Facultad de Filosofía y Letras y al diario *La Prensa*. Parecía que estuviera buscando un libro inexistente y, si bien su contenido es bastante inexistente, no entiendo por qué no acertaba a encontrarlo.

En Viamonte vi correr a un joven que atravesaba los charcos de la calle y se mojaba sin dejar de correr y volteaba la cabeza con miedo hasta que una mujer con una bolsa de red en la mano gritó y el joven siguió corriendo torpemente, perseguido ahora por un policía que lo atrapó a la media cuadra.

Martes

Ayer encuentro con Edgardo, una inteligencia neurótica. ¿Qué es lo que eso quiere decir? Un pensamiento –un pensar– sinuoso, amenazador, que siempre parece a punto de anunciar algo que nunca dirá. Circular, autocentrado, concéntrico.

José Sazbón me prestó mil pesos con los que esperaba llegar hasta el viernes, pero anoche se me fueron seiscientos. Ahora estoy helado, no tengo plata para hacer funcionar la estufa, me puse dos pantalones y dos pulóveres y quiero terminar la antología de América Latina.

Jueves 1 de junio

Estoy en La Plata, en la biblioteca de la Universidad que conozco muy bien y en la que consigo todo lo que busco. Deslumbrado por los libros por leer, por las revistas y las publicaciones que están sobre mi mesa ahora.

Los lugares me empujan hacia viejos recuerdos y a veces siento que soy varios hombres distintos, o mejor, a veces parece que fuera varios hombres distintos. Una vivencia intensa, íntima, que me hace ver alternativas y realidades según quién sea en cada momento. Algo de la verdad de mi vida está en esa impresión, como quien dice un hombre *impreso*, un hombre que puede leer su vida en distintos registros, o mejor, en distintos géneros. No se trata de una confusión psíquica –pese a que abundan en mí– sino de una experiencia luminosa.

Domingo 4

«El mayor hechicero sería el que trabajara hasta el punto de tomar sus propias fantasmagorías por apariciones autónomas», Novalis.

Un domingo congelado, con dos grados bajo cero, la pieza entibiada por el calentador en el que a media tarde hicimos un puchero, mientras yo terminaba el prólogo y las biografías de los

escritores latinoamericanos y Julia se ponía a llorar de vez en cuando, furiosa por un resfrío que la tumbó en la cama todo el fin de semana.

Lunes 5

Trabajo en el libro de cuentos. Recién, muerto de frío, terminé la última corrección, previa a galeras. Estoy demasiado cansado de estos cuentos.

Es notable pero cada conversación con quien sea –recién, por ejemplo, con Piri– se me convierte en un malentendido, soy yo el que interpreta mal lo que le dicen, la conversación es, sin embargo, un ejemplo sorprendente de la capacidad que tenemos para usar el lenguaje sin previo aviso. Hablar por teléfono y conectarse, entonces, con una voz sin cuerpo es un ejercicio muy interesante; al no ver los gestos y las expresiones del interlocutor, uno puede con toda tranquilidad tergiversar el sentido de lo que escucha. Lo mejor sería hablar frente a un espejo y ocuparse uno de hacer los gestos y asumir las expresiones que acompañan las palabras que escuchamos. Cuando hablo, en cambio, me siento lanzado hacia adelante y no sé nunca dónde voy a llegar; cuando, como recién, logro ser preciso y eficaz, tengo de inmediato una sensación de alegría, porque parece que el lenguaje hubiera funcionado a la perfección.

Martes 6 de junio

En el bar Florida, con ramalazos de viento porque esta mesa cerca de la ventana está pegada a la puerta vaivén. Me había empecinado en entibiar el cuarto a fuerza de paciencia pero la encargada del hotel aprovechó un descuido para escurrirse y abrir las ventanas y limpiar y convertir mi lugar de trabajo en un iglú. Por eso ahora estoy en este bar tan entrañable, trabajando con calma en la carta a Cabrera Infante. Empecé a leer ayer *Cien años de soledad*, la novela de García Márquez que acaba de aparecer.

Me cambié de mesa porque se fue la mujer que estaba sentada

frente a mí y pude ocupar el mejor lugar del bar. Tengo una gran experiencia en la disposición de los cafés en los que me siento a trabajar. Son para mí un anexo del lugar donde vivo, una mezcla de escritorio y de sala de recibo. Sé a qué hora los bares están vacíos y se pueden ocupar sin problemas, gozando de la tranquilidad de un lugar limpio y bien iluminado. Como siempre, en casos así, vengo con el libro que estoy leyendo y con un cuaderno de notas y eso me alcanza para pasar la tarde. Estoy entonces leyendo a García Márquez, sintiendo el aroma inconfundible del café, con el ruido sordo de la calle atrás y una jovial sensación de alegría, con el tiempo detenido frente a mí y convencido de la «bondad» de mi vida en estos tiempos.

En un nivel –indefinible para mí todavía– la novela de García Márquez me recuerda al Borges de *Historia universal de la infamia*. Aquí se trata de la historia universal de las maravillas del mundo, una novela optimista, que mantiene la perspectiva y la distancia mítica y asombrada entre el que narra y los héroes, que está también en el libro de Borges. Los protagonistas son héroes, aquí de la felicidad y en los cuentos de Borges de la ignominia. Eso tienen en común, los personajes que ya están dados y actúan según una convención que sólo el narrador conoce. Por ejemplo, García Márquez cuenta lo cotidiano como si fuera fantástico (por ejemplo la excursión a ver el hielo) y cuenta lo extraordinario como si fuera trivial (las mujeres vuelan sin ningún problema).

Jueves 8

La misma mesa de hace cuatro años en el Teutonia de La Plata, donde estoy ahora. En aquel momento estaba con Susana M., a punto yo de rendir Historia Medieval con Nilda Guglielmi, con la cara sonriente de Hemingway en la tapa del diario *Época*. La nostalgia es para mí un acto casi onírico. Como he dicho ya un par de veces, las imágenes del recuerdo vienen ligadas a veces a los lugares y otras veces sin razón, como si alguien las enviara desde el pasado para mí, igual a una tarjeta postal de un bar estilo alemán en el que alguien ha escrito en el reverso la nota que acabo de escribir aquí.

Para entender la noción de «figura» en Cortázar (lazos entre distintos personajes unidos por la coincidencia en un espacio común), basta sentarse media hora cerca de un teléfono público y escuchar –por azar, sin querer– las conversaciones más íntimas y más variadas y asistir así al tejido monocorde de destinos, encuentros, citas, rupturas, desacuerdos. Al ser oral, esa trama es inevitablemente «literaria»: el mundo se reconstruye a partir del lenguaje y de los dichos de un conjunto heterogéneo de narradores fragmentarios y desconocidos.

Viernes 9 de junio

Estoy en la Facultad para cobrar el sueldo de la primera parte del año pasado, antes de mi renuncia por la intervención de la Universidad por el gobierno militar. Recibo la mitad del dinero que me deben y la promesa de que se ocuparán de agilizarme «el caso», como lo llaman. Lo divertido es que, salvo las altas autoridades de la Universidad, para decirlo así, las secretarias y el personal administrativo de la Facultad siguen siendo las mismas simpáticas personas que uno conoció al entrar como estudiante recién llegado. Mis compromisos con Jorge Álvarez y mi nuevo trabajo con él vienen a sustituir la vida académica, que parece haberse terminado para mí definitivamente. He pasado de ser un profesor a ser un *editor*, en el sentido inglés del término, es decir, un asesor editorial que dirige colecciones, hace informes de lectura, pero trabaja en su casa como *freelance*, otro término inglés que no tiene traducción en nuestro mundo.

Domingo 11 de junio

He estado tomando notas sobre *Cien años de soledad*, una novela de la que todos hablan y que yo he leído con mucha rapidez y con sensaciones confusas. Por un lado, me parece demasiado –profesionalmente– latinoamericana: una especie de color local festivo, con algo de Jorge Amado y también de Fellini. La prosa es muy eficaz y también muy demagógica, con remates de los párrafos muy estudiados para producir un efecto de sorpresa. Estoy escribiendo una reseña del libro para *El Mundo* y espero terminarla esta noche. Ayer a la tarde perdí el tiempo en casa de Noé Jitrik,

que quiere organizar un grupo de estudio (con Ludmer, Romano, Lafforgue, etc.) sobre literatura argentina. Se trata de construir una alternativa a la Universidad intervenida a la que hemos renunciado todos los profesores y construir una institución alternativa, el Instituto de Artes y Humanidades. De todos modos hoy no me he movido de este cuarto por el que se filtra el aire helado, tratando de terminar los trabajos pendientes.

Quisiera también terminar rápido este cuaderno con tantos acontecimientos y, por eso mismo, tan extraño y elusivo para mí. Mudanzas, nuevos barrios en los que me muevo como un extranjero, renovando mi interés en la ciudad. Desde hace un tiempo Barracas, los viejos edificios de las fábricas –por ejemplo Bagley– que abundan por aquí, junto con los depósitos cercanos al viejo puerto que le dan el nombre. Está cerca también el Parque Lezama, que tiene una atmósfera serena, con algunos viejos bares y casas de comida muy agradables. Hago siempre la experiencia de estar sin plata y conocer la ciudad caminando, buscando lugares baratos, viajando en colectivo, una experiencia más directa, más conflictiva, no mediada por la cualidad mágica del dinero que alivia todo desconocimiento de la realidad, porque cuando todo se puede comprar, entonces, no hay enigmas. (Podría pensar que la novela de García Márquez tiene su gracia porque cuenta la vida de una familia extensa y sin dinero que tiene con la realidad una relación arcaica, precapitalista y por lo tanto –para los medios– romántica y mágica.)

Puedo hacer una lista de las cosas que hice, que sería una manera de contar cómo me gano la vida (por ejemplo, la reseña de la novela de GGM a cambio de dos mil pesos), para ver que la novela sigue quieta y que el mundo personal (las pasiones) debe financiarse solo, es decir, aparte de ellas, desde afuera de la literatura y de la vida tal cual quiero vivirla.

A veces pienso que no tendría que publicar todavía el libro de cuentos, esperar un par de años más y ver qué pasa, pero me he dejado llevar por el entusiasmo de ciertas lecturas y por mi

convicción de que el libro no tiene nada que ver con lo que se está escribiendo ahora en la Argentina. Esto para mí es una virtud, aunque nadie se dé cuenta. Estoy seguro de que el volumen está a la altura de lo mejor que se ha publicado en el género en estos tiempos (digamos, *El inocente, Palo y hueso, Cabecita negra* y *Los oficios terrestres)*, pero desde luego eso no significa nada o, en todo caso, no sé si eso alcanza para justificarlo.

Al revisar este cuaderno encuentro una ficha de la Biblioteca Nacional que voy a transcribir como un rastro de mi vida en estos años.

Biblioteca Nacional – Buenos Aires – 29 mayo 1967
Título de la obra: *Tratados en La Habana*
Autor: José Lezama Lima
Número: 339.260
Nombre y apellido del lector: Emilio Renzi
Domicilio: Martín García 896
Cédula de identidad: 186.526
Fecha de nacimiento: 24 de noviembre de 1941

En el reverso de la ficha están estos datos:

Fondo de la Biblioteca fichado al 31 de diciembre de 1959
Libros, revistas, diarios y periódicos.....496.604
Folletos 110.495
Copias Archivo de Indias..... 6.000
Mapas 6.555
Láminas..... 1.995
Músicas..... 36.112
Fotografías 366
Microfilms 68
Total piezas bibliográficas.....658.155

Aumento comparativo
Desde 1810 a 1934 se reunieron .....276.477 piezas

bibliográficas
Desde 1934 a 1952 se aumentaron .....376.908 piezas bibliográficas
Desde 1953 a 1959 se aumentaron..... 44.947 piezas bibliográficas
Total .....698.332 piezas bibliográficas
Menos manuscritos 40.177
Total actual .....659.155 piezas bibliográficas

Lunes 12 de junio

Voy hasta la revista a cobrar la nota sobre la juventud, cuatro mil pesos. Luego fui a la desprovista Biblioteca Nacional, volví a casa con los zapatos rotos, no porque haya caminado de más. Ahora me dispongo a leer las novelas cortas de Onetti.

Anoche Julia me dice con aire indiferente que lo fundamental de mis cuadernos es que, al escribirlos, imagino que puedo cambiar la realidad, leerlos será luego un modo de volver a vivir el presente. Lo memorable no es el gesto aburrido de sentarme a escribirlos: sólo los justifica el porvenir, según ella.

Martes 13

Un frío increíble, varios grados bajo cero en la ciudad, trato de entibiar la pieza sin éxito.

El debate actual que pronostica la desaparición de la novela, borrada por la voracidad popular de los *mass media*, tiene algo de verdad. Cierto público deja la novela y busca la ficción en el cine o en la televisión. A la vez, la novela puede ser un reducto empobrecido de resistencia y de negatividad al estado de las cosas. Una cultura de oposición puede surgir aislada de la «industria» de la propaganda. Justamente por eso, un escritor puede embarcarse en una empresa a contramano, guardar para sí el desajuste y las tentativas de corte con lo que está dado. Si bien las técnicas y los

descubrimientos formales se universalizan, la novela puede conservar la pasión por una experimentación libre.

No estoy negando la posibilidad de incluir el pop en la tradición literaria. La otra cuestión es que los escritores vivimos «perseguidos» por la política. No hay que olvidar que la literatura ha narrado a su manera y antes que nadie esta tensión, o mejor, las consecuencias de esa persecución (Stendhal fue el primero que percibió este asunto).

Por supuesto esta discusión nace de la fuerte presencia de Marshall McLuhan, filósofo de los medios de comunicación, que ha escrito: «Vamos a asistir a una era en que todo el ámbito que nos rodea estará ordenado como una máquina de enseñar. Los artistas deberán trasladarse a las torres de control, abandonando la torre de marfil.»

En otras palabras, en la era electrónica desaparecerán los libros (máquinas muy primitivas de difusión del pensamiento) y los escritores se convertirán en tecnócratas. La cuestión, por supuesto, se reduce a saber quién controlará el sistema de las máquinas de difusión.

Un ejemplo de la estandarización industrializada e impersonal de la prosa es el estilo que unifica los artículos de la revista *Primera Plana*: todo viene de Borges, adjetivación sorpresiva, verbos indecisos, construcción barroca. Un ejemplo es lo que escriben o han escrito los periodistas de la revista en otro tiempo o en otro lugar, por ejemplo Silvia Rudni en *Mundo Nuevo* número 8, o las viejas notas de Ramiro de Casasbellas en el diario *El Mundo*, o las notas sobre cine de Tomas Eloy Martínez en *La Nación*, antes de aprender a escribir la prosa generalizada que viene de Borges.

Domingo 18

Ayer deshilvanada conversación con Noé Jitrik que concluyó en

una mutua lectura de cuentos –y como siempre la seguridad de mi intuitiva ventaja en la ubicación de la literatura.

Miércoles 21

Refugiado en la Biblioteca Nacional, entre muros barrocos y aire frío, leo a Mansilla.

«Sólo un alma grande se atreve a tener un estilo simple», Stendhal.

Lunes 26

Estoy en la Biblioteca Nacional. Después de caminar por Corrientes y vender *Contrapunto* de A. Huxley, *La bastarda* de V. Leduc, varias crónicas y varios libros policiales, rescaté quinientos pesos con los que debo llegar a fin de mes. Luego, en Jorge Álvarez, firmé el contrato para la edición de mi libro de cuentos. Me había encargado ya una antología de cuentos latinoamericanos a cambio de veinte mil pesos. Antes Piri Lugones, velada alusión a una posible revista literaria con Walsh, Gelman y Rivera. Y encuentro con Allen, crítico norteamericano a quien Beatriz Guido y Walsh interesaron en mis cuentos. Después encuentro con Viñas, que me ofreció que me haga cargo de un *reading* sobre nueva narrativa latinoamericana. Al bajar apareció José Sazbón y terminamos los tres en el café Japonés. Viñas medio sordo, insultando a Sabato y dando vueltas sobre la literatura argentina.

Martes 27

Divertida conversación con Beatriz Guido, que me inundó de propuestas generosas y me «obligó» a mandar un cuento a *Mundo Nuevo*, según ella por «ruego» de Rodríguez Monegal, «enloquecido» con «Las actas del juicio», y me concertó una cita con el tal Allen, profesor norteamericano que vino a estudiar la literatura argentina. Al final hablé de mis problemas de trabajo y automáticamente ella me preguntó: «¿Querés *Primera Plana?*»... las *relations* mueven el mundo (nuevo).

Miércoles

A la noche encuentro en la casa de Jorge Lafforgue con un grupo de estudio sobre Borges, dirigido por Noé Jitrik, ligado al intento de crear un Instituto de Artes y Humanidades como alternativa a la Universidad intervenida por los militares.

El domingo en la casa de Beatriz Guido conozco a Juan Manuel Puig, autor de una novela que Edgardo Cozarinsky me había conseguido. Hoy con León Rozitchner, que me ofrece dirigir una colección de literatura argentina en Lautaro. Después con Jorge Álvarez, que llevó a veinte mil pesos el precio que me va a pagar por armar una crónica de América Latina y, al final, en una librería de Corrientes donde conseguí *Zona sagrada* de Fuentes, antes de encontrarme en el subte al muy amable Horacio Verbitsky.

Miércoles 19

Ayer reunión en casa de Rozitchner con la gente de la editorial Lautaro, muy interesados en mi proyecto de una colección de *nouvelles*. Buena posibilidad de trabajo.

Lunes 24

Hoy firmé por fin el contrato por *La invasión* con Jorge Álvarez. Por tres años.

El viernes reunión de toda la izquierda: Ismael y David Viñas, Rodolfo Walsh, León Rozitchner, Andrés Rivera, Roberto Cossa, para armar una revista de la que yo sería uno de los directores.

Hoy entregué el prólogo y las notas de la antología latinoamericana.

Varias reuniones estos días en la casa de Piri, discusiones sobre peronismo y cultura con Ismael Viñas y Rodolfo Walsh.

Encuentros con Beatriz Guido y L. Torre Nilsson, voy con ellos a ver los ensayos de la obra de Pinter que están preparando.

El de Borges es un estilo coloquial escrito y no hablado (como el que yo busco). La línea para mí es *Martín Fierro* y *Los ranqueles* de Mansilla.

Una lista de las cosas que quiero:
Nadar en el mar.
Clifford Brown con Max Roach.
Revisar librerías de viejo.
Escuchar el *Réquiem alemán* de Brahms.
La pintura de Policastro.
La prosa de Borges.
Aníbal Troilo tocando en Caño 14.
Ignacio Corsini cantando «Pensalo bien».
Ir al cine de día y salir cuando todavía hay sol. El vino Sergi cosecha 40.

Me llama Piri, tiene pruebas de *La invasión*.

Miércoles 30

Larga charla con Haroldo Conti caminando al sur por San Telmo.

A partir de una opinión de Piri Lugones sobre mi seguridad en el futuro, me puse a pensar verdaderamente en mi trabajo. Parece que en algún momento le dije a Rodolfo Walsh: «En diez años seré el mejor escritor argentino.» Cuidado entonces, porque yo doy demasiado fácilmente por sentado la realización de lo que busco hacer. Veremos qué pienso de estas líneas escritas caóticamente dentro de un tiempo.

Jueves 7

Empiezan los estallidos, la furia. Rodolfo Walsh recordándome con demasiada exactitud mi profecía (olvidada por mí) de convertirme en el mejor escritor argentino en diez años. Esteban Peicovich que se adelanta y empieza a decir que soy «el mejor cuentista argentino». Aparece mi libro en La Habana y se confirma que fue el mejor libro

del concurso. Álvarez decide publicar diez mil ejemplares de *La invasión* y habla de mi libro con todo el mundo.

Propongo en la editorial Lautaro el libro de Miguel Briante *Hombre en la orilla*.

Romberg, B. *Studies in the Narrative Technique of the First-Person Novel*.

Lunes 4 de septiembre

Anoche en el edificio con cúpula dorada que se ve en Carlos Pellegrini, del otro lado de Rivadavia, luego de subir una escalera circular que se abría desde la calle, reunión organizada por Álvarez y Piri Lugones para homenajear a García Márquez. Mucha gente, muchos amigos, el Tata Cedrón cantó algunos tangos, mucho whisky, poco lugar. En una de las vueltas por el departamento me encontré frente a García Márquez. Me lo presentó Rodolfo Walsh, que jugó el jueguito competitivo, a la Hemingway, y me anunció como una promesa del box nacional, como si yo fuera un peso wélter con mucho futuro y con la misión secreta de derrotar a los campeones de la categoría, entre ellos García Márquez y el mismo Walsh. Un estilo amistoso y «varonil» de hacer ver la competencia despiadada que define el mundo de la literatura. Imagino que ese estilo es también el de García Márquez. Lo cierto es que después de ese preámbulo deportivo, nos encontramos hablando del resultado del concurso de novela Primera Plana-Sudamericana, en el que el colombiano había sido jurado. Premiaron *El oscuro* de Daniel Moyano, pero García Márquez dijo que había dudado mucho porque le gustaba *El silenciero* de Antonio di Benedetto, pero que no la había premiado porque era una *nouvelle* y no una novela. Pero eso no tiene sentido, dije más o menos yo, *Pedro Páramo* o, si me permiten, *El coronel no tiene quien le escriba* tampoco hubieran sido considerados en un concurso de novela, para vergüenza de todos. La conversación se volvió interesante porque empezamos a distinguir entre las formas breves, los relatos de media distancia y las novelas. García Márquez entró con ganas en la discusión, conoce bien los

procedimientos y la técnica de la narrativa y durante un rato la conversación giró exclusivamente sobre la forma literaria y dejamos de lado la demagogia latinoamericana de los temas que son propios de esta región del mundo y hablamos de estilos y de modos de narrar e hicimos un rápido catálogo de los grandes escritores de media distancia, como Kafka, Hemingway o Chéjov, y de los problemas del exceso de palabras que hacen falta para escribir una novela. Una conversación sobre literatura entre escritores es algo inusual en estos tiempos entre nosotros y por eso me interesé en lo que hablamos. También Walsh desconfía de la novela como forma sin control. (Sobre la novela de García Márquez parece que Borges, que siempre está al tanto de todo, le dijo a Enrique Pezzoni: «Es buena, pero le sobran cincuenta años.»)

Lunes 11 de septiembre

Algunas elecciones se presentan nítidas, recién rechacé el trabajo que me propuso Esteban Peicovich en *La Razón*, treinta y ocho mil pesos por mes a cambio de un horario de nueve a diecisiete. Le dije que no a pesar de mis incertidumbres económicas, un sueldo de doce mil por mes. Prefiero debérmelo todo a mí mismo. He abandonado tantas cosas por la literatura que seguir en ese plan es ya una especie de destino. La elección inicial definió todas las demás y, como sucede siempre, esa elección fue impensada y sorpresiva. «¿Y, entonces, qué pensás estudiar?», me preguntó la hermana de E., con la que en ese tiempo estudiaba francés. «Bueno, voy a ser escritor», le dije, tenía dieciséis años y tantas posibilidades de ser escritor como de ser aviador o mercenario. Vivir la literatura como un destino no garantiza la calidad de los textos pero asegura la convicción necesaria para elegir en cada momento. Uno vive una vida de escritor porque ya lo ha decidido, pero luego los textos deben estar a la altura de esa decisión.

Todo esto suena sentimental, pero es resultado de verme siempre sin otra seguridad que la que yo mismo me invento. Supongo que tendré alguna vez tiempo para rehacer estos cuadernos, recuperar el ritmo de estos años que se me filtra entre las manos. En definitiva,

si no hay nada más que los diarios, podrán ser vistos como el proyecto de alguien que primero decide ser escritor y luego empieza a escribir, antes que nada, una serie de cuadernos en los que registra su fidelidad a esa posición imaginaria. En algún momento trataré de darle forma y dejar un hilo suelto, visible y fuerte, tirando del cual se desovilla la madeja de mi vida. Quizá por eso los escribo, a veces me molestan pero sigo adelante, como si se tratara de un pacto que encontrará su sentido al final (¿de qué?). En la literatura se ve más claro que en ningún lado lo que voy a llamar aquí sin pensar demasiado «mi carácter»: parezco el más racional y el más consciente, pero jamás sabré por qué elegí dedicar mi vida a la literatura y tampoco sé qué fuerzas o qué aires hacen posible que cada tanto pueda producir algunas páginas válidas. Me dejo llevar por el instinto bien siglo XIX –he elegido a algunas mujeres o las he dejado, me he visto en la Facultad estudiando otra cosa (Historia) para que nada perturbara mis lecturas espontáneas–, por eso, cuando llegan las decisiones que exigen lucidez, no me conmuevo y decido de una manera espontánea e instintiva, sin ninguna vacilación. Mejor me arranco de esta mesa azul contra la ventana abierta ante la brisa que preanuncia el verano para evitar nuevas efusiones confusas, me levanto, prendo el fuego, pongo encima la pava y preparo unos mates.

Todos los cuentos que dejan una huella se construyen a partir de algo oculto, por ejemplo, en «Hombre de la esquina rosada» Borges esconde el crimen –en todo caso esconde el resultado de la pelea–, no lo narra, sucede en la oscuridad y no se ve y todo se insinúa imperceptiblemente. En ese caso se trata de una acción escamoteada, hay que pensar qué otros elementos de un relato se pueden sustraer para que su carga implícita sea mayor. En «La chaqueta de cuero» de Pavese, el chico que narra tiene media conciencia y está contando la historia de su desdicha por la pérdida de su amigo, la verdadera historia (centrada en la mujer) no se cuenta pero se entrelaza secretamente detrás de la otra.

Kafka: «Una persona que no lleva un diario se encuentra ante una

posición falsa frente al diario de otro.» Cuando en el diario de Goethe Kafka lee que se ha pasado todo el día ocupado de sus asuntos, piensa que él personalmente nunca ha hecho tan poca cosa durante todo el día. En el futuro alguien podrá leer esta reflexión mía sobre el diario y vera ahí una reflexión de Kafka sobre el diario y también una reflexión de Goethe sobre un día de su vida.

En el diario de Pavese el «tema» parece ser la imposibilidad de suicidarse («Nunca podré hacerlo, es más difícil que un asesinato»). R. Akutagawa: «¿No querrá alguien apretarme el cuello, calladamente, mientras yo duermo?» Trabajar sobre los diarios, narración fragmentada, final abierto.

Con respecto a *La invasión*, empiezo a alejarme de ese libro cada vez más imperceptiblemente. Tengo una confianza plena sobre su futuro, pero eso no me sirve ahora. Uno está nuevamente desvalido cuando empieza otro libro, si maneja mejor la técnica o si ha aprendido a ser más espontáneo, de todos modos no le servirá de mucho en el momento de volver a empezar.

Para escribir una historia de locos, o una historia de locura, es fundamental evitar el estereotipo alucinatorio. Por eso espero poder contar un cuento lógico, geométrico, en el cual todo esté organizado de tal modo que sólo en la última escena cruce el viento desatado de la demencia. No se trata de un final sorpresivo, sino de un viento que empieza como una brisa imperceptible y va creciendo entre los hechos hasta convertirse en una suerte de remolino que hace volar todas las palabras.

Martes 12

Leo el diario de Virginia Woolf.

Quisiera recuperar en la novela que espero escribir aquel ímpetu un poco irracional con el que escribía los cuentos, de una sentada. Lo más parecido a la inspiración lo tuve esa noche en la casa de la Boca en la que escribí, uno detrás de otro, tres cuentos.

Después de terminar el libro he cambiado mi relación con los libros que escriben otros. Cada vez me cuesta más leer «desinteresadamente», es imposible no empezar a cambiarlos o a pensar cómo los hubiera escrito uno mismo.

Miércoles 13
Una lista
Llamar a Noé Jitrik (libro de crítica).
Sara Goldenberg (derechos de «Isabel viendo llover en Macondo» de GGM).
Juan Gelman (trabajo sobre el mundo nuevo para la revista).
León Rozitchner (mensaje Sra. de Jorge).
Miguel Briante (que llame a Martini por edición *Hombre en la orilla)*.
Marta Gil (grabados están mañana).
Juan de Brasi (cancelar cita).
Terminar de pasar grabación de Rozenmacher.
Versión cuento de Salinger.
Corregir las pruebas.
Preparar la conferencia.

No puedo entender qué es lo que me desagrada en «El perseguidor»: están todos los temas de Cortázar, pero el contraste entre el misterioso genio de Johnny y la trivialidad del biógrafo, entre la vida avara de Bruno y la locura genial del artista, me parece demasiado demagógica y trivial y me irrita.

Martes 19

Paso por la casa de Beatriz Guido para buscar materiales sobre Salinger. Ella simpática, divertida y sin pintar por culpa del resfrío. Me cuenta que le han ofrecido cien mil pesos en la revista *Atlántida* por un reportaje con o sobre el jockey Irineo Leguisamo, onda *New Yorker.* Por mi parte, satisfecho con los pantalones de corderoy que me compré en Giesso hoy a la mañana.

Recién aparición fantasmal de dos policías buscando al ladrón de no se sabe muy bien qué. Tocaron el timbre, hablaron conmigo pero

levantaron la cabeza para ver la disposición del lugar. La incómoda complicidad que me tendía el oficial y a la que yo respondí secamente. Desde siempre hemos desconfiado de la policía y siempre nos hemos considerado infractores de la ley (no importa cuál), de modo que cualquier cruce con alguien uniformado se convierte en una escena compleja. Esto da lugar a una posible meditación sobre los «condicionamientos».

El robo es, digamos, una historia sucia, porque en la fuga todo se altera. Narrarla en plural, en coro, pero sin nadie que decida sobre el sentido de los hechos. Ellos planean el atraco al camión pagador en complicidad con la policía y luego se escapan rompiendo el pacto.

La teoría del iceberg de Hemingway no supone el escamoteo de los datos, sino más bien la ausencia de explicaciones. Para decirlo mejor: los hechos están pero faltan los nexos.

Jueves 21

Según repentina llamada telefónica de Marta Gil, la tapa del libro ya está lista. Es amarilla y con letras blancas. Anoche pruebas de página de *La invasión*.

Domingo 24

Corrijo las pruebas y me dejo embarcar por la ambigua atracción de mis propios relatos, tratando de no ver sus deficiencias. Dice Kafka: «Cuánto tiempo me roba la publicación y cuánta dañosa y ridícula vanidad me provoca la lectura de esas viejas páginas con la intención de publicarlas. De todos modos, después de la publicación del libro tendré que mantenerme mucho más alejado que antes de las revistas y las críticas, si no quiero reducirme a mojar sólo la punta de los dedos en la verdad.»

De algún modo la anécdota de la novela ha pasado a ser el proceso hacia la locura de los personajes. Una demencia que llamaría heroica, el exceso, la desmesura, la hybris era un pecado mortal para los griegos.

Lunes 25

El laucha Benítez. Plan. Su cara encierra la historia (describirla), muestra algo que lleva bajo la ropa, un recorte de diario. Boxeador. Archie Moore. No caer. Su hermosura. La primera vez que lo tiraron se cayó en el suelo por el asombro, sacudió la cabeza y movía su cara sin entender. A partir de allí empezó a mirar raro. Luchador. El Vikingo. El Club Atenas. El laucha Benítez.

Me desperté con Julia a las seis de la mañana. Dejé que el día fuera aclarando el cuarto mientras tomaba mate, me bañaba y luego leía el diario.

Nunca voy a terminar de entender de dónde salen las cosas, pero lo cierto es que recién, de repente, encontré lo que buscaba en la historia del Vikingo. Todo gira sobre la muerte de Laucha, al que él quería, y por eso vuelve a contarla una y otra vez. Recién ahora puedo decir que resolví la escritura del cuento.

Martes 26

Anoche presentación del libro de Walsh. Mucha gente amontonada, mucha confusión, demasiado whisky. De todos modos quiero recordar la conversación amistosa y cálida con Rodolfo W. y Haroldo Conti antes de salir a la ciudad y volver a casa.

Novela. Debe estar narrada por el coro, es decir, debe estar vista desde la fatalidad («Yo le dije que si iba, etc.»). El investigador, el periodista y el narrador se superponen con la voz del coro (testigos, amigos, cómplices, policías).

Miércoles

Se podrían enumerar los datos. 1. Empezó a boxear. 2. El punto más alto de su carrera... Buscar un tono objetivo, informativo.

Son las dos de la mañana, estoy bastante cansado y prefiero dejar para mañana el final del cuento. Me molesta la sensación furtiva, escribiendo de noche con la máquina que retumba en el silencio y

me crea una rara relación con los que viven en la pieza de al lado de la pensión, a los que siento despiertos y alerta.

Jueves 28

Después de diez días de trabajo tengo lista la primera versión de «El laucha». Me hace acordar a la frialdad y la distancia con la que trabajé el cuento de Urquiza.

Octubre 2

A veces pienso que tendría que publicar el libro con otro nombre, cortar así del todo los lazos con mi padre contra el cual, de hecho, he escrito este libro y escribiré los que siguen. Dejar de lado su apellido sería la prueba más elocuente de mi distancia y mi rencor.

Me puse al día con compromisos atrasados: carta a Daniel Moyano, entrevista a Rozenmacher, traducción del cuento de Hemingway.

Miércoles 4

No puedo desde luego escribir nada sobre mi libro, pasé un par de días dando vueltas con el texto de contratapa que me pidió Jorge Álvarez, pero al final encontré la solución, apoyado en la amistad y el entusiasmo de Haroldo Conti. Él escribirá el texto de presentación. Dentro de un rato voy al Di Tella y luego me sacaré las fotos para el libro.

Martes 10

Anoche los saludos de Piri Lugones. Martín Fierro en la televisión. Reunión con amigos, Miguel Briante, Dipi Di Paola, Vicente Battista. Se habla de dinero, de los trabajos obligatorios, de las coartadas que cada uno se inventa.

Viernes 13

Si es cierto que en Bolivia mataron al Che Guevara, algo ha cambiado para siempre en la vida de mis amigos y también en la mía. Semana turbia, con noticias confusas. No paró de llover en todo

el tiempo. Me acuerdo que iba con Ismael Viñas por la calle Libertad, saltando sobre los charcos de agua, cruzando sobre puentes improvisados cuando supimos la noticia. Gran conmoción.

Lunes 16

Fidel Castro confirmó la muerte del Che Guevara. La cuestión ahora es por qué Guevara salió de Cuba y por qué fue al Congo y luego, sin apoyo, se embarcó en la guerrilla en Bolivia. La otra cuestión es por qué los cubanos no lo rescataron del terreno cuando el ejército empezó a descubrir todo el plan y cayeron sus contactos en La Paz, sus fuentes de abastecimiento. Por supuesto que un grupo especial podría haberlo rescatado y sacado por la frontera, pero no sabremos nada hasta tener noticias directas de los dos o tres guerrilleros que sobrevivieron a la encerrona y que vieron cuándo el Che fue detenido para ser posteriormente fusilado fríamente.

Lunes 23 de octubre

Recién me llamó Ramón T., hace casi un año de aquella tarde en la parada de taxi de 1 y 60 en La Plata, cuando nos despedimos y yo supe, sin que ninguno de los dos dijera nada, que él iba a Cuba a prepararse para una nueva aventura guerrillera que ahora veo ligada a los contactos argentinos que el Che esperaba que lo acompañaran en Bolivia. No dijimos nada de esto, pero noté que Ramón estaba apesadumbrado y distante.

Miércoles

Plan: terminar «El Vikingo». Prólogo al libro sobre Hemingway y a la antología de cuentos latinoamericanos. Carta a Daniel Moyano. Ver Beatriz Guido, Jorge Álvarez (Sartre).

Domingo

Recién llamado de Piri, anticipo del libro en dos revistas, expectativas, planes. No pienso ni quiero hacer una presentación del libro, le dije.

La novela del atraco se va a llamar *Entre hombres*.

Día opresivo, con un plato de fideos con aceite porque no hay dinero.

Martes 31 de octubre

De pronto recordé, como me pasa siempre, una imagen en la que soy yo mismo, recién llegado a La Plata, hace seis años, sentado en la confitería París con Alvarado. El recuerdo en el que hay algo en juego que yo no puedo adivinar tiene siempre la misma forma: una instantánea, un flash que se cruza frente a mí como una iluminación y me veo a mí mismo en la escena del recuerdo. Como si fuera a la vez el que ve la escena y el que participa en ella. No es la memoria involuntaria de Proust, se parece más bien a una suerte de cinematografía privada, de vez en cuando el proyector empieza a funcionar y veo un par de escenas de mi vida. Eso sucede sin que yo esté preparado y sin que sepa qué es lo que ha provocado la aparición de la imagen.

Hoy cobré veinte mil pesos en lo de Jorge Álvarez con los que podré sobrevivir con cierta seguridad y sin sobresaltos hasta diciembre. Mientras llegan los ecos del libro, noticias de la edición de *La invasión* en La Habana, Andrés Rivera me trae de Montevideo un folleto de Casa de las Américas con noticias sobre el libro, una reseña y una foto en la que veo la tapa del libro impresa color verde. El primer libro es el único que importa, tiene la forma de un rito de iniciación, un pasaje, un cruce de un lado al otro. La importancia del asunto es meramente privada pero nunca se puede olvidar, estoy seguro, la emoción de ver por primera vez un libro impreso con lo que uno ha escrito. Después, hay que tratar de no convertirse en «un escritor».

Jueves 2 de noviembre

Sobre Guevara. La conmoción por su muerte está disolviendo las razones que lo llevaron hasta ahí. Sus críticas a los soviéticos y, por lo tanto, a ciertas líneas de la revolución cubana lo decidieron a

renunciar a sus cargos y volver otra vez a la lucha. Algunos de mis amigos (Elías, Rubén, Ramón T.) tienen esa misma convicción, como si se hicieran cargo de una ética propia, o mejor, de una ética que encuentra su sentido en el futuro. Después de tanto padecer la secularización y el fin de las ideas trascendentes –o la muerte de Dios, como ha dicho Nietzschealgunos han encontrado en la historia una forma de reinstalar el sentido perdido. La posibilidad de esa significación, que define de otra manera la vida propia, justifica por supuesto que se arriesguen a morir.

Martes 8

Un fin de semana confuso en casa de Piri Lugones, ella me propone que vayamos a vivir ahí, su casa es grande y alquila una de las piezas para afrontar sus gastos. Ismael Viñas, que ha vivido en esa casa, anunció que se iba a otro lugar y ella nos ofrece el cuarto libre. El domingo Walsh me hizo una entrevista (entre litros de whisky y discusiones absurdas) para su nota sobre los nuevos narradores en *Primera Plana.*

Ahora, saliendo de la excitación de esta época de los grandes festejos, me pongo otra vez en marcha, escribo sobre los cuentos de Hemingway.

Wash Jones (que incluiré en la colección de relatos). El cuento de Faulkner anticipa y vuelve a narrar el tema central de *Absalom, Absalom* y le da otro significado a la vida del coronel Sutpen. Los personajes de Faulkner (Quentin, Shreve) imaginan lo que no conocen, lo que nadie les ha contado, lo que irremediablemente no admite variantes ni alusiones. Podrían incluso predecir la muerte de Quentin Compson. La técnica es sencilla, consiste en atribuir a narradores distintos –en el tiempo y en el espacio– el conocimiento de lo que inusualmente el narrador en tercera persona no conoce. No afirmar nada definitivamente como cierto, poner toda la acción en potencial.

Lunes 13 de noviembre

Biblioteca Nacional. En mis manos *Tristram Shandy* de Laurence Sterne: *was born on the 24 of November 1712*. (Nació el mismo día que yo.)

Miércoles 15 de noviembre

En el estilo parece haber dos caminos (si uno quiere escapar, como he hecho yo en *La invasión*, de la gravitación de la prosa de Borges). Un tono neutro, impersonal, transparente, sin resistencia, pero lleno de matices y de falsa simplicidad sintáctica. O un estilo que copia la oralidad, muy subjetivo. En los dos casos se intenta borrar el signo escrito, por laconismo o por una verbalización coloquial. En el fondo se trata para mí de un arte que intensifica la síntesis y que, por otro lado, señala que se trata de un libro, no una realidad, sino un objeto artificial que ha sido probado como real.

De un modo asombroso, el relato sobre Lazarus Morell del primer Borges presupone, adivina, sugiere –por el ámbito geográfico, por la estirpe y por las «actividades»– a Sutpen antes de llegar al territorio.

Viernes 17

Reunión de la revista. Rodolfo Walsh pondera *La invasión*, «muy buen libro, muy parejo, los mejores: "Tierna es la noche" y "Mata-Hari 55"», «gran construcción formal».

«El ruido mismo de sus palabras, de su sincera declaración, reflejaba su convicción de que el lenguaje no podía serle ya de ninguna utilidad», J. Conrad.

Conrad y H. James definen un tipo de narración donde la visión importa más que el relato. La imaginación no parte de un relato convencional, ya totalmente hecho, sino de una situación ambigua que no se termina de entender nunca.

Jueves 23

Instalados ya en la casa de Piri, en este cuarto sobre la calle Rivadavia, lleno de luz, con grandes ventanales. Me adapto, como

siempre, con dificultad a los cambios. Ayer con Jorge Álvarez, últimas pruebas del libro que aparecerá «a comienzos de diciembre».

Miles de cosas por hacer y yo en medio del letargo, como si todo se hubiera detenido, atontado, sin ganas de ir por última vez a la pensión de la calle Montes de Oca a retirar los objetos que faltan.

Lunes 27

Recién un encendido llamado de Juan Gelman para pedirme un anticipo del libro en *Confirmado*. «Libro excelente, muy bien escrito, me deslumbró», señaló la frase de «el jefe de todos» –«En el terraplén»como ejemplo de síntesis.

Es curioso, pero lo mejor de Onetti, siempre tan desmedido, tan verbal, tan faulkneriano, son sus historias cortas *(Para una tumba sin nombre, El pozo, Los adioses)*.

Diciembre 2

Tengo aquí sobre la mesa una prueba de la tapa del libro, abierto, amarilla, con mi propia cara.

11 de diciembre

En el bar El Rayo, antiguo, oscuro y fresco, frente a la estación de ferrocarril en La Plata: pasaba muchas noches aquí tomando ginebra y mirando la vida turbia que se aglomera en las terminales. Las chicas del bar, coperas, alternadoras, venían a la mesa de los estudiantes como yo y establecían inmediatamente una complicidad porque se separaban de los «clientes», viajantes de comercio, empleados públicos, gente que salía del hipódromo, con los que se iban a hacer un turno en los hoteles que rodean la zona. Después volvían y se sentaban a charlar conmigo, que estaba sentado frente a la mesa leyendo. «¿Qué leés, corazón? Te va a hacer mal a los ojos.» Ponían la mano sobre las páginas abiertas y me invitaban a salir. A veces yo esperaba que el bar cerrara y las invitaba a tomar un café con leche en un bar japonés sobre la calle 1, y a veces

también pasaba la noche con alguna de ellas sólo para escucharlas contar con dignidad sus historias estrafalarias.

12 de diciembre

Otro día de espera, leyendo los cuentos de Carlos Fuentes, matando el tiempo, paralizado. A ratos tranquilidad frente a la futilidad de estas expectativas, lejanía con el libro y nostalgia por la mansa facilidad con que escribí los cuentos, sin pensar demasiado y eficazmente.

Entre hombres. Éstos son los primeros resultados de una investigación más vasta que he comenzado a partir de las experiencias de Oscar Lewis *(Los hijos de Sánchez, La vida)*. Como se sabe, Lewis ha renovado el campo de la antropología a partir del empleo del grabador de cinta con la intención de grabar historias de vida, hechos reales, y, a la vez, narrarlos con la voz y el estilo de los protagonistas. Me interesa sobre todo plantear aquí algunas consideraciones. Como se sabe, el uso del grabador modifica el nivel de la exploración de la experiencia y genera una distancia con el que está contando los acontecimientos. Tratamos de fortalecer ese criterio, yo he reconstruido en este libro los hechos que han sucedido a partir del asalto al camión pagador de un banco de San Fernando, y la posterior huida a Montevideo de los maleantes, que fueron por fin rodeados por la policía en una encerrona producida por una delación. Mi primer contacto con los protagonistas de esta historia sucedió el 11 de enero de 1965, al leer en el diario *La Razón* la noticia del asalto. A partir de ahí entrevisté a todos los testigos y participantes en los acontecimientos y pude acceder a las grabaciones realizadas por un radioaficionado de las conversaciones que mantuvieron los malvivientes mientras resistían el ataque de la policía. No hace falta que fatigue al lector con la narración de las dificultades que tuve que afrontar para realizar las grabaciones y lograr un acercamiento personal con los protagonistas. Fueron necesarias varias entrevistas para lograr conocer con algún detalle los hechos. Por fin conseguí unirme a un grupo de cinco testigos con los que inicié las primeras conversaciones sin grabador, de esta

manera establecí con ellos una relación de confianza, y cuando por fin comenzamos a trabajar con el registro de su relato ya estábamos en una relación muy fluida.

Miércoles 13

Trabajos por hacer, cuestiones varias. Plan de la novela. Antología norteamericana y latinoamericana. Serie en Editorial Estuario. Proyectos en Editorial Tiempo Contemporáneo. Me gano la vida como editor, o mejor dicho, como director de colecciones, es decir, soy un lector profesional.

Miércoles 15

Ayer sorpresiva llamada de Francisco Urondo para anunciarme la invitación de Casa de las Américas para viajar a Cuba. Hay ya un pasaje a mi nombre. Desolación con Julia. Según Piri, hoy sale el libro.

Diciembre 17

Con el libro en la mano por fin y también con la edición de las *Crónicas de Norteamérica*. No puedo viajar con Julia y tampoco tiene sentido que me quede con ella.

Lunes

Jorge Álvarez libro. Luego Germán en el Florida. Luego Ludmer a mediodía. Sara, anticipar reunión de la editorial. Pasaporte hoy a las seis (llamar a Paco). Conti.

Para mejor, este mes se ha vuelto muy argentino y estoy leyendo autobiografías de escritores y héroes para organizar la antología fundada en narraciones en primera persona. Voy a incluir textos diversos, cartas, confesiones, fragmentos de diarios personales, y estoy moviéndome con un registro muy amplio que incluye políticos, aventureros, escritores. *El Yo.* Ése va a ser el título del libro. La idea es que la autobiografía es una forma que todos en algún momento practicamos, deliberadamente o no. No podemos vivir si de vez en cuando no nos detenemos a hacer un resumen narrativo y

tangencial de nuestra vida. Localizar esos momentos, cuando están escritos, va a ser el concepto de esta antología. Sorprender a los protagonistas en el momento en que se refieren a sí mismos.

Martes

Presentación del libro de cuentos de Torre Nilsson.

En la Biblioteca Nacional paso la tarde revisando viejos libros, armando una versión nueva del concepto de autobiografía. Nueva porque imagino los escritos unidos por el género y no por la noción contingente de «literatura». Las escrituras personales exceden esa categoría y se proponen, de hecho, como testimonios. La otra cuestión es que habitualmente se considera literarios sólo a los textos de ficción (sea cual sea su orientación).

Argentinos por sí mismos. Una antología de la prosa autobiográfica. «Me pareció que todos cometían un gran error: se conducían muy bien con la clase ilustrada, pero despreciaban a los hombres de las clases bajas, los de la campaña, que son la gente de acción. Yo noté esto desde el principio y me pareció que en los lances de la revolución, los mismos partidos habían de dar lugar a que esa clase se sobrepusiese y causase los mayores males porque es sabida la disposición que hay siempre en el que no tiene nada contra los ricos y superiores. Me pareció, pues, muy importante conseguir una influencia grande sobre esa gente para contenerla, o para dirigirla, y me propuse adquirir esa influencia a toda costa, para esto me fue preciso trabajar con mucha constancia, con muchos sacrificios, hacerme gaucho como ellos, hablar como ellos y hacer cuanto ellos hacían, protegerlos, hacerme su apoderado, cuidar sus intereses, en fin, no ahorrar trabajo ni medios para adquirir su concepto.» Juan Manuel de Rosas, 9 de diciembre, 1929, día en que es elegido gobernador de Buenos Aires.

(Perón pensaba exactamente igual y hacía lo mismo que Rosas, en otro contexto, pero con el mismo concepto paternalista popular.)

Martes 26

La situación es así: viajaré con León R., Rodolfo W. y Paco Urondo, vía París-La Habana.

Comprar

Agenda. Cuaderno negro. Repuesto tinta. Camiseta. Botones. Alpargatas. Gillette. Crema de afeitar. Pasta de dientes. Zapatos. Valija. Ropa. Pañuelos. Libros (Álvarez).

Ver: Miguel (botas).

Boleto (Tucumán siete mil).
Vacuna.

19. QUIÉN DICE YO

Como nos ha enseñado la lingüística, el Yo es, de todos los signos del lenguaje, el más difícil de manejar, es el último que adquiere el niño y el primero que pierde el afásico. A medio camino entre los dos, el escritor ha adquirido la costumbre de hablar de sí mismo como si se tratara de otro.

Pese a todo, en ciertos libros intenta olvidar esa máscara, en ellos una subjetividad concreta muestra la cara, es asumida.

Exorcismo, narcisismo, en una autobiografía el Yo es todo el espectáculo. Nada alcanza a interrumpir esa zona sagrada de la subjetividad, alguien se cuenta su propia vida, objeto y sujeto de la narración, único narrador y único protagonista, el Yo parece ser también el único testigo.

Sin embargo, por el solo hecho de escribir, el autor prueba que no se habla solamente a sí mismo, si lo hiciera, le bastaría una especie de nomenclatura espontánea de sus sentimientos, puesto que el lenguaje es inmediatamente su propio nombre. Obligado a traducir su vida en lenguaje, a elegir las palabras, ya no se trata de la experiencia vivida, sino de la comunicación de esa experiencia, y la lógica que estructura los hechos no es la de la sinceridad, sino la del lenguaje.

Aceptada esa ambigüedad, es posible intentar la tarea de descifrar un texto autobiográfico, se trata, en definitiva, de rescatar las significaciones que una subjetividad ha dejado caer, ha iluminado en el acto de contarse; espejo y máscara, ese hombre habla de sí al hablar del mundo y a la vez nos muestra el mundo al hablar de sí mismo. Es preciso acorralar esas presencias tan esquivas en todos los rincones, saber que ciertos escamoteos, ciertos énfasis, ciertas traiciones del lenguaje son tan relevantes como la «confesión» más explícita.

Como ningún otro texto, la autobiografía necesita del lector para completar el círculo de su expresividad, cerrada en sí misma esa

subjetividad se ciega, es el lector quien rompe el monólogo, quien le otorga sentidos que no estaban visibles.

Basta revisar algunas de las páginas incluidas en esta antología (la forma en que Borges o Macedonio Fernández tematizan el problema; el intento de Mansilla de instaurar un diálogo natural con su lector, etc.) para comprender que, detrás del tono y el ritmo de una voz, detrás de una referencia circunstancial al dinero o a la literatura, detrás de la narración de un acontecimiento político, es posible entrever no sólo el espesor, el clima, las ilusiones de una época sino también el nivel de conciencia (de sí mismo y del mundo) que tiene el que habla, el modo en que la realidad ha sido vivida, interiorizada y recordada por los hombres concretos, en una circunstancia concreta.

Lejos de querer agotar una especie literaria que tiene en Argentina una tradición tan fértil, este volumen intenta plantear la posibilidad de una lectura significativa, de allí que se incluyan textos que, si bien no han sido escritos intencionalmente como autobiografía, conservan esa apertura, esa respiración cargada de gestos y sobrentendidos, esa complicidad que termina por acortar las distancias, por comprometer la sangre fría de las ideas en la cálida densidad de lo vivido. En ese sentido, pueden ser leídos como capítulos de una autobiografía en marcha.

20. CANTO RODADO

Las historias proliferan en mi familia, dijo Renzi. Se cuentan las mismas una y otra vez, y al contarlas y al repetirlas mejoran, se pulen igual que el canto rodado que el agua cultiva en el fondo de los ríos. Alguien canta y su canto va rodando de un lado al otro durante años. Mi madre, por ejemplo, que ahora vive en Canadá con mi hermano, y si quiero saber algo tengo que llamarla por teléfono y el relato entonces ya no tiene el sentido secreto de los gestos, y sobre todo la mirada de mi madre, sus ojos celestes, un poco turbios pero muy expresivos, que comentaban los hechos y le daban otros sentidos. Mi madre fue, durante años, la depositaria más fiel de las historias de la familia y esas historias eran muy buenas porque se sostenían sobre lo personal, había figuras fijas, por ejemplo mi tío Marcelo Maggi, a quien siempre se regresaba y al que nunca se ha de olvidar.

Ella, mi madre, una tarde, en los días en que enterramos a mi abuelo, de pronto, en el patio bajo la parra, a la sombra, decidió revelarme el secreto, es decir, la verdad de la vida de Emilio, como ella le decía, siempre un poco incómoda porque yo llevaba el mismo nombre del padre de mi padre y eso le producía una especie de furia, como si entreviera o temiera que el parecido de los nombres pudiera afectar al destino de su hijo. Por eso a mí sólo me decía *Emilio* cuando estaba enojada o molesta y entonces modulaba mi nombre como quien raspa un vidrio y produce un quejido insoportable: *Emmiliiio*, me decía hasta ensordecerme. Pero el resto del tiempo, antes que muriera mi abuelo, me llamó *Em* o *Nene* o simplemente nada, hablaba sin nombrarme con una entonación cariñosa que hacía inevitable mi presencia en la frase que me estaba referida. Nadie podía dudar que aquel a quien ella no llamaba por su nombre era su hijo preferido. No llamarme como todos me llamaban, sino haciendo una leve pausa –una modulación silenciosa– en la que

era nítida la intimidad que tenía conmigo. No bien murió mi abuelo, esa misma tarde empezó a llamarme *Emilio*, con una cadencia nueva y enseguida, como si quisiera borrar al muerto de la escena, pasó a contarme la razón, o mejor, el motivo por el cual mi abuelo se había presentado como voluntario en la Primera Guerra Mundial. Una decisión demencial que durante años fue para mí la mayor prueba de su coraje y de su hombría. Porque el Nono fue a la Embajada Italiana en Buenos Aires y pidió que lo embarcaran inmediatamente hacia el frente de batalla. Como era un hombre culto y físicamente estaba en la plenitud, lo nombraron oficial y tuvo responsabilidades no bien llegó a la primera línea de fuego.

Emilio Renzi estaba entonces en el mismo bar al que iba todas las tardes, sentado ante la misma mesa, en la ochava, contra la ventana que daba a la esquina de Riobamba y Arenales, y parecía haber descubierto, o recordado, un hecho perdido de su vida que le había permitido entender mejor la experiencia de su abuelo.

Lo peor de la guerra, decía mi abuelo, continuó Renzi, era la inmovilidad, hundidos en la trinchera, en esas cuevas, inundadas, barrosas, había que estar quieto y esperar. ¿Esperar qué?, preguntaba mi abuelo, decía Renzi, y se quedaba callado, con la vista perdida en las flores del patio, con aire atento, pero se extraviaba en los recuerdos. La historia de mi abuelo que había hecho la guerra era uno de los relatos clave de la novela familiar que se contaba a coro y en la que mi madre era la narradora esencial, en ella había recalado la densa mitología colectiva, porque ella era la menor de todos sus hermanos, la más chica y la que fue recibiendo en tandas, en cada nueva generación, el relato o los relatos, porque a veces una de esas historias se contaba durante meses, por ejemplo, la acción de su sobrino Mencho (hijo de su hermano Marlon), que, cuando su padre murió, trató de rescatarlo de las tinieblas, tan afectado que esa noche, horas después de que su padre hubiera sido depositado en el mausoleo de la familia en el cementerio del pueblo, una cripta, aunque no era una cripta sino la construcción destinada a que se depositaran ahí los muertos de la

familia, salió Mencho con su camioneta, forzó la puerta de entrada del camposanto y avanzó luego por las amplias calles interiores hasta detenerse junto a la construcción funeraria y, con la llave que cada uno de los parientes poseía, con el derecho de abrir la puerta de hierro y vidrio biselado que estaba además labrada, la puerta, con filigranas de acero blanco que simulaba un árbol, mi primo entró, se santiguó y sacó de ahí el cajón con el cadáver de su padre, lo cargó al hombro y lo subió con delicado cuidado a la caja de la camioneta, sin dejar de hablar con el cadáver, bajo la luz de la luna. Cruzó el pueblo con el muerto, con su padre tan querido, y se detuvo ante la laguna porque no podía soportar la idea de que su padre estuviera solo esa noche. La historia del que se robó el féretro y lo paseó por la calle hasta que al mediodía la policía lo encontró en la laguna, donde sentado junto al catafalco le hablaba sin que nadie haya podido saber qué le decía, era contada con una sonrisa, como si fuera una comedia. Porque mi madre contaba esa historia con elegancia y respeto, y también con cierta ironía. El chico, decía mi madre, supo honrar al espectro de su padre muerto. ¿No te parece, querido?, me decía, sugiriendo con su mirada llena de luz que también yo debía hacer lo mismo cuando ella, en fin, pasara, como decía, *a mejor vida*.

También la historia de la prisión de mi padre tenía un lugar reservado y preponderante en la versión oficial del pasado de todos, aunque mi madre la contaba con sarcasmo, le quitaba toda la épica y, para colmo, la reconstrucción de los hechos sucedía con mi padre presente en la sala. Pero él ya no se preocupaba por desmentir la versión y dejaba que la narración de su mujer fluyera.

La diferencia, en el caso de mi abuelo Emilio y su aventura en la guerra, era que mi madre se había guardado un as en la manga. Mi abuelo fue destinado a la línea fortificada en los Alpes, una franja de trincheras instalada en lo alto de la cadena montañosa. Era imposible estar ahí, un frío atroz, senderos estrechos entre las rocas heladas, y sin embargo mantuvieron la posición meses y meses.

Esa historia era contada con júbilo a espaldas de mi abuelo, cuando no estaba, porque su versión de los hechos era fragmentaria y lacónica, en realidad estaba centrada en su destino en la oficina de correos del Segundo Ejército, esa experiencia era la que lo había marcado y lo había conducido casi a la demencia. Pero mi madre fue capaz de guardar el secreto durante muchísimos años, porque ése era su estilo, muy fiel siempre a los compromisos y a los pactos. Mi abuelo confiaba en ella y yo heredé esa confianza, si bien mi abuelo nunca me dijo por qué había decidido dejar todo y presentarse como voluntario en esa guerra; he contado parte de su historia en una de mis novelas, disfrazado bajo el nombre de Bruno Belladona. Fue jefe de estación en un punto desolado de la pampa, y fundó un pueblo y fue jefe político y caudillo del lugar, y compró tierras y se enriqueció, ayudado por sus contactos políticos, y su decisión de ir a la guerra fue entendida en el pueblo como un ejemplo de patriotismo y valor. En aquel tiempo muchos jóvenes imaginaban que ir a la guerra era una manera de adquirir una experiencia que estaba más allá de lo que cualquiera de ellos podía soñar en la vida civil.

Renzi se detuvo un momento y miró la calle casi desierta esa tarde de verano y después siguió hablando con el mismo entusiasmo con el que había empezado a contar la historia. Si me hice escritor, es decir, si tomé esa decisión que definió toda mi vida, fue también a causa de los relatos que circulaban en mi familia, aprendí ahí la fascinación y el poder que se esconde en el acto de contar una vida o un episodio o un acontecimiento para un círculo de conocidos que comparten con uno los sobrentendidos de lo que se está contando. Por eso a veces digo que le debo todo a mi madre, porque ella fue para mí el ejemplo más convincente del modo de ser de un narrador que dedica su vida a contar con variantes y desvíos siempre la misma historia. Una historia que todos conocen y que todos quieren volver a escuchar una y otra vez. Porque ésa es la lógica de la así llamada novela familiar, la repetición y el conocimiento de lo que está por suceder en la crónica de la vida que todos han comenzado a escuchar desde la cuna, porque uno de los ejercicios más persistentes en la familia de mi madre era contarles a los niños esas

historias terribles, de mujeres alcohólicas y bellas, como mi tía Regina, la madre de Mencho, que en algún momento tomó la decisión de no salir de su casa y pasaba los días fumando y tomando whisky y escuchando una emisora uruguaya que durante veinticuatro horas del día pasaba discos de Carlos Gardel; escuchaba los tangos mi tía y monologaba sola en la casa ante la mirada aterrada o quizá fascinada de su hijo Mencho. Esa historia, por ejemplo, partía de ese núcleo cerrado: una bella mujer alcohólica que no sale de su casa y sólo escucha tangos de Carlos Gardel. Por qué no sale, por qué se recluye, nunca se aclara, nunca, dijo Renzi, nunca se aclaraba porque sabía muy bien cómo se narra una historia, se toma un hecho o una imagen, por ejemplo una hermosa mujer que fuma y bebe en su casa y escucha la radio, se contaba ese hecho y se lo pulía como a esas piedras a las que el agua convierte en joyas herméticas, pero nunca se explica el motivo de los hechos. Sólo se lo narra y se lo deja ahí, en el aire limpio de la tarde flotando como un sueño o una aparición. Eso fue lo que aprendí en las historias familiares que contaba mi madre: la insistencia y la falta de razón.

Todas las novelas que he escrito vienen de ahí, narran episodios de esa épica familiar. La primera empezó con la historia de mi tío Marcelo, que dejó todo por amor a una cabaretera. Luego, cuando los retomo y vuelvo a contarlos, los argumentos cambian, no tienen nada de autobiográfico, pero nunca podría escribir un relato que no tuviera en el fondo una experiencia propia. Sin eso, dijo, sin un rastro de mi vida, no se puede narrar, o al menos yo no puedo creer lo que cuento si no estoy personalmente implicado. Después todo consiste en borrar la huella y seguir a ciegas los sentimientos y las emociones que vienen para mí de los relatos que me han contado.

Lo más divertido era que uno estaba adentro de los relatos que circulaban. No sólo los escuchaba y los conocía, sino que además podía estar entre ellos. He pasado algunas tardes en la casa de mi tía Regina y he conversado con ella y la he visto moverse de un lado al otro por los cuartos, sin salir nunca a la calle, mientras en la radio se escuchaba cantar a Gardel. Ella misma, a veces, cantaba también

algunos tangos con una voz emocionada que nunca he podido olvidar. O sea que era posible escuchar la historia, conocer sus variantes y sus cambios y las conjeturas que circulaban sobre sus núcleos oscuros, y al mismo tiempo entrar ahí, verlos vivir, verlos acatar lo que la trama conocida les indicaba. Por ejemplo, una tarde de primavera, lo recuerdo como si fuera hoy, fui a verla y de un modo ladino empecé a invitar a Regina a venir conmigo a la plaza a tomar un helado y entonces vi el modo curioso en que ella eludía la invitación, sin negarse, pero tercamente, con pretextos triviales. En ese momento, justamente, tenía que esperar una llamada telefónica y aunque la llamada no acontecía, ella podía negarse a salir sin dar mayores explicaciones. Esa cualidad única de estar adentro y afuera de una historia, y verla mientras sucede, marcó toda mi literatura y definió mi manera de narrar. La vivencia del argumento es una experiencia única, la historia esta ahí y uno es a la vez un testigo y un protagonista tangencial. En algunos casos intervine en la historia y fui yo también uno de sus héroes. Por ejemplo, fui a buscar a Concordia, en Entre Ríos, a mi tío Marcelo y de ese modo pude no sólo participar en su historia, sino también transformarla.

De modo que hay historias personales en las que uno es el protagonista y que nunca son para quien las vive demasiado interesantes y hay también historias personalizadas en las que uno participa sin que nadie lo vea, como si fuera sólo un invitado, un intruso, pero sintiera en su cuerpo la emoción que la define. Porque narrar, dijo, querido, es transmitir una emoción. Eso es narrar, dijo enfurecido de pronto, transmitir una emoción personal de las historias que uno ha vivido íntimamente y apenas. Apenas nomás, dijo, no hace falta mucho para tener los sentimientos de una historia, basta sorprender a su madre besándose con un desconocido para escribir entonces *Ana Karenina,* ¿está claro?, preguntó sonriendo. Sí, está clarísimo, dijo después, hay que vivir y no vivir, estar ahí y pasar desapercibido, para poder entonces narrar una historia como si fuera propia.

Ahora, por ejemplo, tengo una musa mexicana, una amiga a la

que quiero mucho con la que compartí unos años en Princeton, fue mi colega ahí y con ella hicimos muchas cosas en aquellos años y nos escribimos cada tanto. Ella, Lucía, me mandó, si se puede decir así, me envió, a una de sus hijas, bella como ella. Se detuvo: *bella como ella* es un verso, una aliteración poética, para decirlo mejor. Y su hija, María, vino a Buenos Aires porque su madre ya no la soportaba cerca y de hecho hizo todo, dijo frases hirientes, tuvo gestos descorteses, fue indiferente y fue sarcástica, hasta que su hija, ofendida, harta de su madre y de los tenebrosos consejos de su madre, decidió escapar y venir al punto más extremo del continente, bien al sur, y recaló en Buenos Aires con la intención de hacer un trabajo de campo para estudiar la singularidad o el matiz propio de los usos del lenguaje en territorios lejanos. En México, dijo Renzi, que parecía haber empezado a desvariar un poco, como le venía sucediendo cada vez con más frecuencia desde que estaba enfermo, no enfermo, el jamás usó esa palabra, estaba, para decirlo como él, «un poco embromado», como decía loco de pánico, «no tengo dolores, sólo una pequeña perturbación en la mano izquierda, que es mi mano buena, o mejor dicho, fue mi mano buena porque soy zurdo, salvo eso y un cansancio que parece venir del comienzo de los tiempos, estoy perfectamente bien». Por ese motivo tuvo que contratar a una asistente a la cual dictarle su diario, sus cuadernos que había acumulado desde años y años. Pensó que dictar su vida tal cual estaba escrita en esos cuadernos miserables podría entretenerlo, pero sobre todo ayudarlo a buscar la causa, el motivo, la razón por la cual había empezado a sentir que su cuerpo le era ajeno. Esa expresión, «mi cuerpo me es ajeno», abundaba en sus diarios, desde su lejana juventud había empezado a vivir en el cuerpo de otro. «Por eso me hice escritor», dijo, para mantener a raya y observar detenidamente a ese extraño que se había adueñado de mi cuerpo. Estoy usando una metáfora, un símil, hay tantos estúpidos, ahora en el mundo, con sus pequeños teléfonos celulares que van por la calle hablando solos, muchas veces me ha pasado, pensar que uno de los ciudadanos, un transeúnte, se ha vuelto loco y habla solo por la calle y a veces se ríe y muchas veces dice «Estoy yendo para allá», y a veces, incluso, detalla sus

coordenadas, como suelen decir ahora los imbéciles para certificar que están en algún lugar, y luego dicen, los he escuchado decir «Le doy mis coordenadas, estoy en Malabia al 1400 y voy hacia ahí, deme dos», se indignaba Renzi, porque esos tarados, en lugar de decir llego en un rato, decían, dicen porque eso sigue sucediendo, «Estoy en dos», para decir, para querer decir «Llego en dos minutos». Dicen «Dame dos» porque la decadencia de la cultura mundial ha llegado al fin. Conozco muchos lugares, soy un hombre sedentario y por lo mismo he viajado continuamente, siempre a desgano, cuanto más sedentario es uno, más viaja. En el mismo sentido que un nómade sólo quiere tener un lugar, vivir ahí, tener un sitio propio, pero ya ve, los nómades sólo quieren estar quietos, mientras que los sedentarios como yo se la pasan viajando. Es el llamado turismo cultural el que me distrae, y también las excursiones académicas, por eso, un escritor como yo, que sólo anhela estar solo en un cuarto, viaja muchísimo, porque hay congresos internacionales, coloquios, conferencias magistrales, profesores visitantes que están todo el tiempo arriba de un avión revisando los innobles *papers* que van a leer en salas, aulas, anfiteatros, que son siempre iguales, hay una tarima y un micrófono y un cartelito que dice por ejemplo *Emilio Renzi*, porque son tantos los conferencistas que es preciso ponerles un distintivo, muchas veces es una tarjeta plastificada con la foto del delincuente que va a hablar, y abajo de la foto su nombre y su origen. En esos viajes como profesor visitante o conferencista invitado, he recorrido muchas ciudades y en todas me he encontrado con gente que va hablando sola por la calle, haciendo gestos y sonriendo. Al principio me daba vuelta sorprendido, pensaba que me hablaban a mí, me he detenido en medio de la calle peatonal y he dicho: «¿Perdón?», como si me hablaran a mí o me conocieran, pero no, seguían caminando rápido con sus aparatitos cada vez más mínimos, habitualmente con un micrófono en la solapa que les permite mantener la conversación telefónica y hacer gestos con las dos manos como si el interlocutor pudiera verlos o como si ellos se mantuvieran todavía en la vieja cultura, cuando la gente se hablaba personalmente. Ellos quizá pensarán que no es una metáfora y que cuando digo «Vivo en el cuerpo de otro» es así, tal

cual, son literales, se toman todo al pie de la letra, por eso quiero decir que tengo la *sensación* de que mi cuerpo no me obedece, que yo estoy sano, lúcido, para decirlo así, pero mi cuerpo esta averiado. Nada grave, no hay que alarmarse, le digo a mis amigos. Soy un herido de guerra, un veterano, he vivido en la Argentina y muchos de nosotros, mis amigos, mis camaradas, han muerto en el campo de batalla, jóvenes, con la vida por delante, heridos gravemente, muertos porque en este país los escritores, pero no sólo los escritores, estamos siempre en la zona de peligro, nos instalamos en la frontera psíquica de la sociedad e informamos desde ahí lo que está pasando. Mandamos mensajes, escribimos libros, somos corresponsales de una guerra imaginaria, brutal, sanguinaria. Mis amigos, Miguel Briante, una baja, Juan José Saer, una baja, en la larga lista de los muertos en las avanzadas, en la tierra de nadie donde se libran desde hace años los combates. «Allí donde el sol se esconde / tierra adentro hay que tirar», recitó emocionado Renzi el verso del *Martín Fierro*. Mozo, dijo después, y levantó con dificultad su mano izquierda e hizo un círculo muy defectuoso, en el aire, le salió más bien un cuadrado, o mejor, un paralelepípedo, y dijo: «Otra vueltita» mirando hacia la barra del bar. «En México», retomó la oración que había dejado en suspenso, suspendida, como un trapecista que espera, alucinado, la señal de su partenaire, para lanzarse entonces por el aire y sin red en un doble salto mortal que culmina cuando atrapa las manos de su ayudante que lo espera, suspendido en lo alto, y de quien se sostiene, como se dice, en el aire. Y eso es narrar, dijo después, tirarse al vacío y confiar en que algún lector lo sostendrá en el aire. «En México, como decía hace un instante, las mujeres son más inteligentes que los hombres. *Muchísimo»*, subrayó, «más inteligentes y más rápidas y más astutas que los individuos mexicanos del sexo opuesto.»

Por eso, continuó después de que el mozo le sirviera otra copa de vino blanco, por eso trabajo ahora con mi musa mexicana. Le dicto y ella por supuesto escribe otra cosa, mejora lo que le digo, apenas entiende, ella, que habla un español purísimo, y también a veces para divertirme dice frases o hace chistes en náhuatl, ella, María,

hija de Lucía, entiende a medias lo que yo le digo en mi jerga bonaerense agravada por cierta dicción alcohólica, porque ahora no puedo trabajar si no estoy un poco borracho, así que ella escribe lo que le parece que yo dije. No tan rápido, me dice a veces, pero yo no puedo hablar despacio, tengo que apurarme para poder soportar lo que digo y ella recoge mis palabras y las escribe como las siente, así que cuando después de un rato le pido que me lea lo que hemos escrito, ella, con su español más nítido, me lee unas páginas en donde lo que yo he dicho es apenas una sombra turbia en medio de las palabras puras y precisas con las que ella ha mejorado mi lectura de lo que está escrito a mano desde hace años en mis cuadernos. Donde yo digo *poemas*, ella escribe *problemas,* donde yo digo, refiriéndome a mis amigos alfonsinistas, *cívicos*, ella traduce muy propiamente *cínicos*. No siempre tiene que haber una sinonimia, a veces María, mi asistente mexicana, transforma y mejora lo que yo digo. Por ejemplo, le he dictado «En estos días de soledad creativa...», y ella, que no soporta esas expresiones autoexaltatorias, ella corrige conteniendo una sonrisa: «En estos días un solo criminal...» y yo estoy encantado con la solución que ella ha encontrado, sigo adelante a partir de ahí y le dicto: «En estos días coma un solo criminal vale más que doscientos apesadumbrados escritores argentinos dos puntos en bastardilla con mayúscula: *Esto es así.»* Pero hay otras veces que ella, que es una dactilógrafa diplomada y escribe sin mirar el tablero de la computadora porque me observa la boca para poder, como dice ella, leer mis labios y entonces, como marcha a toda velocidad, mirando a veces la pantalla, a veces mi cara y a veces la ventana que da al jardín, todo sin dejar de teclear rítmicamente, se producen algunas confusiones. Por ejemplo, si la enfermera que me cuida está en la sala de al lado y yo le digo: «Margarita, por favor tápeme las piernas con una frazada», María escribe como si tuviera que ver natural y lógicamente con la entrada de mi diario en la que al principio hemos escrito: «Martes. Es para mí cada vez más difícil poder transmitir en estos cuadernos Margarita, por favor tápeme las piernas con una frazada», lo que suena raro pero no imposible, podría con toda tranquilidad ser un párrafo de tonalidad surrealista en el diario de un

escritor argentino, un poco esnob. También a menudo la exclamación «¡Entre!» aparece en mis diarios y también las frases «Está lloviendo afuera» o «¿No está sonando el teléfono?» son copiadas con prontitud, como ella es una lingüista de formación, nada le sorprende. Por otro lado, María, la hija de Lucía, tiene una risa contagiosa y se ríe de todo con simpatía, de mí en primer lugar, y también a veces de sí misma o de lo que sucede en el mundo. Por eso en mis diarios, donde trato de no poner los nombres verdaderos de las personas, la llamo «la muchacha tracia», recuerdo de la chica que al ver al filósofo Tales caminar ensimismado, mientras observaba el firmamento tratando de captar la verdad oculta del universo, se cayó en un pozo, lo que produjo la risa de una joven campesina que se estaba lavando el pelo en el agua de una fuente. Y muchos han dicho después que hay más filosofía en esa risa jovial que en los profundos pensamientos del filósofo que se fue al fondo de un hoyo por no mirar por dónde caminaba.

Habíamos vuelto del cementerio esa tarde de agosto o septiembre de 1968, entramos en la casa familiar en la que mi abuelo Emilio había vivido en soledad durante diez años y en la que murió y que fue acondicionando pieza por pieza, en la parte de atrás, hasta convertirla en un archivo de la Gran Guerra en la que había peleado, o mejor, hizo en la casa casi en secreto un museo personal, con documentos, cartas en vitrinas y mapas en la pared, con banderitas que indicaban la posición de los ejércitos enfrentados en las altas montañas heladas de la frontera con Austria. Había también muchas fotografías porque la guerra del 14 fue la primera guerra en ser filmada y fotografiada una y mil veces, por los camarógrafos de los ejércitos y por los fotógrafos profesionales o espontáneos, de modo que en el museo había una gran cantidad de imágenes de la batalla, las trincheras, las ofensivas, la tierra de nadie y mi abuelo las conservaba con gran cuidado y alguna vez nos reunió, a mi primo Horacio, a Susy y a mí para proyectar, sobre una pantalla improvisada, escenas de la guerra que él nos iba explicando, localizando los lugares, hablando detrás del proyector, atrás de la luz blanca, como si fuera la voz de un fantasma, un espectro de la

guerra y a veces nos leía cartas de los soldados muertos o partes de batalla que los confundidos generales dictaban y daban a conocer, sin decir nunca, decía mi abuelo desde el fondo del cuarto, que estaban excedidos, que no sabían qué hacer, porque los oficiales fracasaban y había miles de muertos cada vez que un general, desde su oficina en el alto mando, daba la orden de atacar, es decir, avanzar a campo traviesa hacia las fortificaciones enemigas. De modo que la guerra, decía mi abuelo, se empantanó, todas las tácticas militares se fueron al demonio ante la espantosa eficacia de las armas modernas. La guerra dominaba a los generales, que al final no hicieron otra cosa que mantener la posición en los pozos infectos donde los soldados morían como moscas, de modo, decía mi abuelo mientras las imágenes terribles se presentaban en la pared, que la guerra se estancó y se convirtió en una guerra de trincheras, y fue ahí donde los alemanes comenzaron a experimentar con los gases tóxicos que fueron el modo que inventaron para matar a los soldados enemigos en las trincheras, como cuando uno tira veneno en un nido de ratas o en los boquetes de los hormigueros.

Y esa tarde mi madre, cuando todos los parientes y los amigos de mi abuelo y los conocidos de mi padre se habían ido, con esa extraña y ambivalente sensación que dejan los entierros y las largas horas sin dormir en las que se acompaña al muerto en su primera noche en la muerte, cierta pesadumbre pero también cierto alivio y el perturbador sentimiento de alegría por estar vivo que se siente en esos casos, luego de que mi padre se hubiera ido, un poco atontado por el dolor que le había causado el deceso o la desaparición de su padre, nos quedamos solos ella y yo en el patio. Susy vino a traernos un té y unas galletas marineras para que nos repusiéramos de la noche interminable y estábamos ahí, en ese lugar tan querido, bajo la parra, sentados en los sillones de lona ante una mesa redonda de mármol, entonces mi madre, inesperadamente, como era su estilo, cambió de pronto el tono tranquilo de la conversación insustancial que manteníamos y empezó a hablar de la situación que había llevado a mi abuelo a presentarse como voluntario en la guerra.

La primera indicación turbia, dijo mi madre, contaba Renzi, fue la idea de enviar a su mujer embarazada a Italia para que tuviera ahí a su hijo, es decir a tu padre, quería que su hijo naciera en Italia, ¿podés creer?, y no sólo en Italia, sino también, más precisamente, en Pinerolo, el pueblo donde tu abuelo había nacido y donde nació el tarambana de mi ex marido. Los italianos son extravagantes, dijo mi madre, parecen muy emocionales pero son también crueles y maquiavélicos, y se detuvo mi madre a tomar la taza de té y mirar el jardín florido, con su bello rostro altivo vuelto hacia el jazmín del país con sus flores blancas y su perfume inolvidable y dijo: Se está bien acá, he extrañado este jardín años y años, cuando tuvimos que escapar a Mar del Plata para que tu padre no fuera nuevamente encarcelado, lo que extrañaba, dijo, siempre, era el perfume de los jazmines en el aire de la tarde. Y entonces, después de la pausa, en uno de los virajes característicos en su modo de hablar, volvió a lo que me estaba por contar, a la inminencia de la revelación de un secreto. Tu padre nació en Italia en septiembre de 1915, es decir, que si su madre fue embarcada ya embarazada, si estaba encinta, o mejor, si estaba *gruesa*, dijo mi madre, a la que le encantaban las palabras fuera de circulación, estaba gruesa, dijo de nuevo con una entonación alegre, esto quiere decir, Nene, dijo mi madre, que tu abuelo viajó del pueblo de la pampa en que vivía y fue en tren a Constitución y de allí a Puerto Nuevo para que su mujer se embarcara a tener su hijo, o sea tu padre, en Pinerolo, es decir, haciendo el cálculo, eso fue en diciembre de 1914 o en enero del 15. Y se detuvo indignada. O sea que la mandó en un barco a Italia cuando la guerra ya había empezado hacía meses y los submarinos alemanes hundían o trataban de hundir los buques que cruzaban el Atlántico. Estaba loco, dijo sonriendo mi madre, loco de remate. ¿A quién se le puede ocurrir mandar a su mujer embarazada a Europa cuando la guerra ya se había desatado? Demencial, increíble, enigmático, llamalo como quieras. Una decisión razonada porque tu abuelo, querido, era muy inteligente y muy racional y se la pasaba calculando cada uno de sus pasos y de sus movimientos.

Mi madre, Ida Maggi, tenía como narradora una virtud que yo

siempre he tratado de usar en mi literatura, porque la clave, o una de las claves del arte de narrar, es no juzgar a los personajes. Mi madre nunca juzgaba la conducta de un miembro de la familia, hiciera lo que hiciera, ella contaba los hechos pero no los condenaba si era del clan, y por eso, creo, esperó hasta que mi abuelo ya no fuera de este mundo para contar el secreto de su vida. No quería condenar, y ahora, esa tarde, al contar las acciones incomprensibles de mi abuelo, para no tener que juzgarlo, esperó a que estuviera muerto. O tal vez ella y mi abuelo hicieron un pacto de silencio sobre este asunto crucial. Y al retomar el relato siguió siendo objetiva y directa con algunas acotaciones irónicas destinadas a marcar el carácter sorprendente de la decisión de mi abuelo de mandar a su mujer embarazada a Europa asolada por la guerra. ¿Cuál había sido el motivo del acto? Sobre eso ahora no dijo nada, se limitó a narrar los hechos y reservó para el final la explicación, o mejor, la descripción de la razón por la que mi abuelo había hecho *eso*, como lo llamaba ella. Imaginaba la escena en el puerto, la despedida, la mujer, joven y encinta que sube por la planchada al barco y mi abuelo que permanece en el muelle y ve partir el navío que luego se aleja lentamente y se pierde de vista. Era posible, según ella, imaginar la escena y ver a mi abuelo parado en el muelle, vestido con un traje inglés, con chaleco, delgado y alto, muy elegante, con un sombrero de ala fina que quizá agitó en la mano mientras el barco se alejaba del puerto, un saludo o tal vez una despedida definitiva.

Después volvió al pueblo y retomó sus tareas habituales, pero cuando Italia entró en la guerra, en abril o mayo de 1915, las cosas se complicaron vertiginosamente. Perdió contacto con su mujer, las cartas no llegaban, la censura militar registraba toda la correspondencia y además, lo que es peor todavía, no pudo enviar el dinero a su esposa, los giros que le mandaba volvían rechazados, los lazos con Italia estaban cortados.

Habíamos decidido con mi padre conservar los archivos de mi abuelo, yo me iba a encargar de clasificarlos, mi abuelo había dejado

una cuenta de banco destinada a pagarme un sueldo para que yo me ocupara de organizar sus documentos y eventualmente de publicarlos y darlos a conocer. Por eso la noche misma del velorio en la funeraria Lasalle de Adrogué, a la madrugada, solos mi padre y yo, desvelados y medio intoxicados por el café que tomábamos a cada rato y por los cigarrillos que fumábamos uno atrás del otro, decidimos no vender la casa y, en caso de alquilarla, rentar, como dijo mi padre, sólo la parte de adelante y dejar las piezas del fondo con el archivo libres y disponibles para el trabajo de conservación de los papeles de mi abuelo.

Y ahí estábamos horas después mi madre y yo, sentados en el patio a la sombra bajo la parra, cuando mi padre ya se había ido y todos los así llamados deudos también se habían retirado, seguramente a festejar porque ellos no habían sido llamados esa vez, sino mi abuelo. Él, que siempre decía con una sonrisa malvada a sus nietos y a los chicos de la familia, les decía, seguro de que nadie iba a revelarles la verdad, que vivieran intensamente la vida, porque todos, decía mi abuelo, somos muertos con permiso, y subrayaba la expresión *con permiso* y los niños escuchaban con cierto temor indefinido y sin entender del todo la advertencia, perplejos, ante aquel hombre, alto, de ojos claros, que decía cosas tan extrañas y les hablaba de un modo personal, y por supuesto ninguno iba a olvidar esa sentencia que se había grabado en sus mentes como una adivinanza que sólo mucho después, ya grandes y habiendo sufrido lo suficiente, podrían descifrar con claridad. Así hablaba mi abuelo, la muerte y la desdicha nos rondan. «No se olviden de eso, niños», decía sin que en su cara hubiera un signo de amargura porque nos hablaba alegremente, como quien da una buena nueva. Esas cosas recordaba yo, dijo Renzi, y se las contaba a mi madre, porque al día siguiente de la muerte de «un ser querido», como se dice, cuando el sol vuelve a brillar y uno siente la pena de la pérdida y tiene en su cuerpo la resaca de la noche en vela, es natural que se hable del que se ha ido y se lo recuerde para retenerlo de este lado, con anécdotas y dichos que lo mantienen de un modo frágil, todavía con vida. Y recuerdo que mi musa mexicana,

María, la hija de mi colega y amiga Lucía, cuando yo le dicté una versión de la lejana tarde en la que recordaba a mi abuelo, me habló de un perro que los pobladores del México prehispánico enterraban con el muerto para que el animal los guiara en su retorno al mundo de los vivos. El perro era un Xoloitzcuintle, un nombre extraordinario, impronunciable, era un perro sagrado, una suerte de lazarillo que guiaba a los fantasmas de regreso a la vida. Y como si quisiera aliviarme de la pena que me embargó al dictar el día siguiente a la muerte de mi abuelo, para distraerme, buscó rápidamente en internet la figura del perro guía, un animal rarísimo, mezcla de gato y perro, parecido a las figuras egipcias que se ven en las tumbas de los faraones. Pero aquella tarde mi madre y yo no teníamos ninguna esperanza de que mi abuelo, tan querido, volviera a nosotros guiado por algún animal mágico que le permitiera visitarnos y aliviarnos así de la pena que nos causó su muerte. Tal vez por eso mi madre, que era una narradora de gran sensibilidad, muy atenta a transmitir las emociones de la historia que contaba, decidió provocar un anticlímax y sacarme de la pesadumbre causada por la muerte de mi abuelo Emilio.

La tarde estaba cayendo y en el bar se habían encendido las luces, aunque afuera, en las calles, brillaba todavía el sol, y una luz mortecina ardía en la ciudad. Renzi hizo una pausa, se tomó un respiro y luego retomó la historia con nuevos bríos. Mi padre se había ido, ya se había divorciado de mi madre, de modo que los dos ya no se hablaban, se evitaban uno al otro, como sucede en estos casos, cuando dos personas que se conocen íntimamente se separan y tratan de olvidar. Así que mi padre se retiró ese día y entonces mi madre vino a la casa familiar y se sentó conmigo en el patio y de pronto me reveló el secreto que explicaba o, en todo caso, permitía entrever la razón por la cual el abuelo había peleado en la Gran Guerra. Tenía otra mujer. Tu abuelo mandó a su esposa embarazada a Europa porque tenía una amante, se había enamorado de una criolla, una joven hija de un hacendado del lugar con la que mantuvo una relación clandestina durante meses. No se podía separar, no quería separarse e imaginaba que podía mantener una

amante, tener dos casas, dos familias, hacer una doble vida, como era bastante habitual en el campo en aquellos años, pero la muchacha, Matilde Aráoz, no se lo permitió y cuando supo que la mujer de tu abuelo estaba embarazada, lo emplazó, era una mujer decidida y no estuvo dispuesta a sostener la mentira de tu abuelo, que siempre le prometía que se iba a separar, pero, como es costumbre en esos casos, nunca lo hacía. Así que no quiso verlo, lo maldijo, algunos dicen que una tarde, cuando tu abuelo entró con su automóvil, un flamante Ford T, por el camino de tierra, entre los álamos, la muchacha fue hasta la tranquera, con una escopeta, y le dijo, muy tranquila y muy bella con su pantalón de montar y botas altas, que se diera la vuelta porque si no lo iba a matar de un tiro.

La tarde estaba fresca y mi madre se detuvo admirada en la imagen de la muchacha que va hasta el camino y le apunta con una escopeta porque lo quiere y no va a permitir nuevas excusas o pretextos. Lo emplazó desde el otro lado de la tranca y tu abuelo dio marcha atrás y volvió a su casa. Fue ahí, contó mi madre, en el trayecto desde la estancia de los Aráoz hasta la estación donde estaba la casa señorial de tu abuelo Emilio, donde tomó la decisión de mandar a su mujer a Europa. Es una característica de los hombres de la familia, nunca toman decisiones, no tienen el coraje de hacer lo que quieren hacer, intentan mantener abiertas todas las alternativas, postergan. Tu abuelo era así y tu padre igual, y vos también, Emilio, sos igual, indeciso, inseguro, no respecto a lo que piensan, sino a lo que sienten. Son incapaces de dejarse llevar por las emociones más auténticas, así que tu abuelo pensó que si mandaba a su mujer a Italia podría mantener al mismo tiempo la doble situación. Seguro pensó, voy a ver qué me pasa con Matilde, si el asunto no va, puedo siempre traer de vuelta a mi mujer, pero si la historia con ella funciona bien, la dejo en Italia y que se ocupen de ella sus familiares. Como si lo estuviera viendo, dijo mi madre. Manejando el auto, con las dos manos aferradas al volante, pensando en las soluciones posibles y descartando una y otra hasta descubrir la posibilidad de engañar a las dos. Decirle a una que se había separado de su mujer, que ya había decidido volverse a Italia,

y decirle a la otra, con sentimiento y expresión verdadera, que su ilusión era que su hijo primogénito naciera en su pueblo natal, en Italia. Un verdadero tarambana, como tu padre y como vos también, si no te cuidás un poco, Emilio.

Describió la situación mi madre, y sus condenas y sus invectivas estaban hechas en nombre de uno de los protagonistas de la historia, ella, Matilde seguro pensaba así, y mi madre usaba el discurso indirecto libre para hablar con las palabras de uno de los sujetos en la historia que contaba. Lo que hizo fue desplazar y de pronto se desvió esa tarde y empezó a recordar la experiencia de su hermano Anselmo. Un médico, muy querido, muy sociable, en esa época era presidente del Club Social donde se reunía la élite del pueblo, no cualquiera podía entrar ahí y él era el presidente, la figura más destacada y más visible del lugar. Pero de pronto empezó a recluirse, no se hacía ver, desatendió su consultorio, dejó de ir al hospital y de asistir a las reuniones sociales de la familia y se empezó a decir, a murmurar que estaba enfermo, que tenía algo en la piel. Mi madre me volvió a contar esa tarde la historia del hombre que se había retirado, se había resguardado porque pensaba que tenía una afección en la piel de la cara que lo había convertido en un monstruo. El primer signo de su mal o de su dolencia fue que de la casa familiar desaparecieron los espejos e incluso cualquier superficie que pudiera reflejar un rostro. Los quitaron y cubrieron y borraron así todo vestigio de imagen personal que pudiera haber en el lugar. Yo conocía la historia porque mi madre me la había contado ya y conocía bien a mi tío, al que frecuentaba siempre cuando iba a pasar los veranos al pueblo, muchas veces me llevó a la laguna a nadar en verano. Yo lo quería, así que una tarde, un domingo, insistí para poder visitarlo y fui a la casa y en uno de los aposentos interiores, en realidad toda un ala de la residencia, estaba, como quien dice, clausurada, sólo entraba un enfermero de confianza de mi tío que servía de nexo con la realidad, una especie de secretario, digamos, que hablaba en nombre de él, atendía sus asuntos, a veces, luego de consultar con mi tío, recetaba alguna medicación a los enfermos que insistían en seguir tratándose con El Doctor, como

lo llamaban. Lo cierto es que una tarde de verano lo fui a ver, yo tenía quince años y lo quería ver y él me recibió. En realidad fui recibido por el enfermero, un hombre bajo, consumido y morocho con cara de indio, vestido con un guardapolvo blanco. Estévez se llamaba y tenía el nombre en una pequeña placa en el bolsillo superior de su uniforme de enfermero. Cruzamos un cuarto y luego otro y atravesamos un jardín de invierno y desembocamos en el dormitorio de mi tío. Un cuarto amplio, de grandes ventanales y techos altos. Mi tío estaba de espaldas, mirando el patio, y cuando se dio vuelta vi que se tapaba con una tela blanca que le cubría completamente la cara. Él mismo la sostenía frente a sí con las dos manos. Mantuvimos una conversación trivial, sin referirnos nunca ni aludir al hecho de que él me hablaba con su tono jovial de siempre pero sosteniendo frente a él con las dos manos una tela blanca que le tapaba la cara. Así que fue un diálogo bastante extraño, porque su voz venía desde atrás de esa especie de cortina personal que él mantenía a cierta distancia de su rostro para no ser visto por nadie. Yo estaba un poco inhibido por la sensación de hablar con un fantasma o con una mascarilla a la que agitaba suavemente la brisa de la tarde y el leve temblor de los brazos de mi tío, fatigados ya de sostener la tela. Al salir, Estévez, el enfermero y secretario, me dijo, confidencial, que mi tío estaba pasando una temporada de descanso en sus aposentos personales.

De modo que cuando mi madre me contó la historia yo estaba al tanto del asunto y sabía que un año o un año y medio después mi tío, El Doctor, volvió a hacer su vida normal, superada la enfermedad que él imaginó que tenía, porque mi madre se ocupó de rematar la historia con la aclaración de que la cara de Anselmo no tenía ninguna marca o síntoma o perturbación que justificara su retiro. Estaba de lo más bien, dijo mi madre esa tarde, pero sintió que su rostro se había transformado en una masa tumefacta y sin forma. Pensaba eso, dijo mi madre, o mejor, agregó, creía en eso y cuando alguien cree algo es difícil cambiar de opinión, mi madre tampoco juzgaba o explicaba la actitud de mi tío, sólo contaba los hechos, pero esa tarde, en el patio bajo la parra, me contó esa historia como

un modo de decir tangencialmente, cambiando de tema, que eso tendría que haber hecho mi abuelo Emilio como resultado del dolor que había causado en dos mujeres y los cambios que había sufrido en su vida al alistarse como voluntario en el Ejército Italiano e ir a la guerra, por culpa de una historia de amor mal resuelta. No bien llegó a Italia a fines de 1915, mi abuelo fue enviado al frente y no pudo conseguir un permiso para ver a su familia y conocer a su hijo, es decir a mi padre, y estuvo en el Ejército hasta 1919, cuando terminó la guerra y pasó unos meses en un hospital militar, haciendo informes sobre los soldados afectados por el trauma de la guerra. Hombres aterrados que corrían a esconderse bajo los muebles del hospital cuando escuchaban un ruido fuerte y, a veces, en algunos casos ni eso hacía falta, bastaban sus propios pensamientos para sentir que estaban en la trinchera bombardeada sin pausa y salían corriendo a tirarse bajo una mesa con las manos en los oídos y un quejido desgarrador en sus labios.

Un hombre va a la guerra por motivos personales, y se embarca en una épica por motivos sentimentales. Es una historia extraordinaria. Sonaba a la vida de un héroe romántico que realiza hazañas imposibles y pelea durante años por motivos privados y sentimentales. Un nuevo tipo de héroe, el hombre interior, el apasionado y sentimental afronta la batalla y es herido de bala y vuelve al combate por amor a una mujer. Claro, concluyó, que nunca sabremos si esa hazaña pasional estaba dedicada a su mujer, es decir, a mi abuela Rosa, o fue hecha como homenaje o expiación para su amante argentina, la bella Matilde Aráoz.

Renzi se quedó callado, estuvo sin hablar un rato mirando la noche que ya había caído sobre la ciudad y después sonrió. Una historia extraordinaria, ¿no es verdad?, dijo. Un hombre que va a la guerra por motivos sentimentales. Volvió a quedarse callado y después llamó al mozo, pagó la cuenta y salimos a la calle. Estaba fresco afuera, el calor había dejado una estela, como una neblina que persistía en las paredes, pero el aire de la noche era agradable y liviano. Transcribo mi diario sin seguir un orden cronológico, eso

sería atroz y muy aburrido, dijo. Viajo en el tiempo, tomo los cuadernos al azar y a veces estoy leyendo mi vida en 1964 y de pronto al rato estoy en el año 2000.

Bajamos por Riobamba hacia Santa Fe y Renzi iba contando la experiencia de dictar sus cuadernos a una asistente que los copiaba tal cual él los leía. No podría volver a escribirlos, sería imposible, son páginas y páginas, pero al leérselos a una muchacha es otra cosa, parece que estuviéramos espiando la vida de un desconocido que se mueve por la ciudad en círculos, o mejor, que se mueve y va de un lado al otro, perdido por la vida. Nos detuvimos antes de cruzar Santa Fe, esperamos a que cambie el semáforo y ahí Renzi volvió a decir que le gustaría tomar un café en Filippo, en la esquina de Callao. Y una vez más volvió a utilizar esa pausa, de pie en la barra del bar, para ponerle un epílogo a la historia que había contado esa tarde.

Su madre, un par de años después de la muerte de su abuelo, en una carta le habló a Emilio de Matilde, la joven a la que su abuelo había amado y por la cual, en un sentido, había ido a la guerra. Fue la criolla en definitiva la que lo perturbó y le hizo tomar la decisión, al mismo tiempo heroica e imbécil, de irse a una guerra que le iba a cambiar por completo la cabeza, lo iba a volver delirante, medio loco, obsesionado con la experiencia de haber sido el mensajero que debía entregar a la familia la carta anunciando la muerte de un hijo, un hermano o un marido que había muerto en el frente. Tenía que escribir esas cartas a mano, con su elegante letra de alumno de un internado jesuita en el que se había educado y en el que había pasado tardes interminables haciendo ejercicios de caligrafía, es decir, copiando páginas y páginas con distintos tipos de letra, gótica a veces y a veces redonda, de modo que sus cartas estaban escritas con mucha elegancia, se expresaba con gran destreza retórica, tratando de que fueran personales, no un mensaje burocrático o insustancial, sino una carta, breve pero sentida, anunciando la terrible noticia. Debía además enviar los objetos personales del soldado muerto y también las cartas que se hubieran encontrado a

medio hacer en la mochila del soldado. Ese trabajo lo desquició, dijo Renzi mirando su cara en el espejo del bar.

En esa carta su madre le había dicho que sabía el paradero de Matilde Aráoz, la mujer a la que su abuelo había amado. Y, una tarde, Renzi fue a visitar a la muchacha que ya era para entonces una anciana y estaba recluida, o mejor, vivía en una casa de reposo en las afueras de la ciudad, su madre había anotado con precisión los datos de la calle de la casa donde la chica estaba internada, esperando el fin. Emilio había registrado la visita en su diario de mayo de 1972 y esa noche en el bar volvió a contar el encuentro con la emoción de la primera vez.

Estaba, dijo Renzi, alojada en uno de esos petits hôtels o grandes casonas con jardín que abundan en la zona norte de la ciudad, cerca del río. La mujer estaba perdida, sin memoria, era muy bella, y la edad había afinado sus rasgos y en sus ojos ardía la misma luz apasionada que había encandilado a su abuelo Emilio. Estaba sentada en un sillón hamaca de esterilla y se movía rítmicamente y hablaba con un tono delicioso y alegre y su monólogo era al mismo tiempo desatinado y muy bello. Parecía vivir en un día exacto del pasado, un día que ella recordaba con todo detalle. Un día de campo, a la madrugada, habían salido a caballo un grupo de amigos de su padre, jóvenes del pueblo, y dos chicas inglesas recién llegadas, a las que habían llevado a recorrer la estancia, y habían acampado en un bosquecito cerca de la laguna y habían tendido un mantel a cuadros rojos y blancos, sobre el que habían depositado los sándwiches, los pasteles y las copas de cristal; habían traído dos botellas de vino blanco, que pusieron a enfriar en el agua clara del lago, en la orilla. Eso fue escuchando Renzi, a quien la mujer ignoraba al hablar o confundía, pensó él, con un médico o un mayordomo de estancia que estaba con ella en el campo en su juventud. Así que cada tanto la mujer le daba órdenes a Emilio, le pedía por ejemplo que le trajera el sombrero que había dejado en un poste del corral donde habían soltado a los caballos. Es bastante común que quien por efecto de la edad pierde la noción del tiempo y

del espacio se construya como refugio un día de su vida y lo recuerde con total exactitud, de modo tal que para recordar, o mejor, para vivirlo de nuevo, necesita de un día entero. Lo que recuerdan dura veinticuatro horas, por lo tanto ocupa el lugar del día presente, que dura lo que duró el día recordado, que por otro lado, aclaró Renzi, se repite interminablemente, sin cesar, y se parece a la felicidad, porque se recuerda un día bello de la vida o un día perfecto que persiste y que gravita eternamente en la sinrazón de la vejez extrema. De modo que ella estaba contenta, se divertía, feliz, volviendo a vivir un día inolvidable de su juventud. Entonces sucedió algo que Renzi recordó con asombro, y también con horror. Comprendió que en la tarde de campo estaban esperando a un festejante de la muchacha que iba a llegar con retraso, directamente desde la estación, alcanzó a entender Renzi por lo que la mujer decía hablando en voz alta con interlocutores ausentes y ya muertos. Y así de pronto Matilde escuchó el ruido del motor del Ford T que venía por el camino del alto y que ahora estaba estacionando en el borde de la laguna. Y pidió que la peinaran y le pintaran los labios, le dijo a sus amigas que no había traído un espejo y que ellas debían ayudarla a prepararse para el encuentro con el hombre que había llegado en el auto. Y Renzi la vio sonreír entusiasmada y mirarlo por primera vez como si antes nunca lo hubiera visto, porque se movió hacia él y le tomó la mano y le dijo: Emilio, cómo te hacés esperar, vida mía, y luego en un susurro íntimo, con su boca muy junto a la cara le dijo: Voy a besar ese cuerpo tuyo tan amado. Y ahí Emilio comprendió que la mujer lo había confundido con su abuelo y el parecido era tal que la muchacha había logrado que, en el día vacío de su vejez, surgiera el cuerpo joven de su enamorado. Me di cuenta, dijo, de que me había tomado por él porque éramos iguales y yo era o parecía ser lo que él había sido a mi edad cuando él y la muchacha se amaban.

Salimos del bar y bajamos por Santa Fe hacia Ayacucho, caminando tranquilos en la noche, nos detuvimos un momento a mirar la vidriera de la librería del Ateneo y Renzi aprovechó la pausa para volver a criticar el estado del mundo, usó como pretexto los

libros exhibidos en la vitrina. Son los mismos libros insustanciales de los mismos autores idiotas que escriben sólo para que sus libros se exhiban en la vidriera de las librerías de todo el mundo. Porque en este momento en Londres, o en París, o en Nueva York las mismas tapas horribles de los mismos libros insustanciales son exhibidas. Y los mismos autores, las fotografías con las caras de los mismos idiotas se ven en este mismo momento en todos los aeropuertos, supermercados, cadenas de librerías y puestos de diarios. Y se enfurecía repitiendo los nombres odiados de esos escritores como si fuera una letanía.

Me tomó del brazo y literalmente me arrancó del lugar porque de golpe le dio miedo de que lo reconociera alguien y lo viera parado afuera de una librería como si estuviera observando para verificar que sus propios libros y su propia cara estuvieran exhibidos y podrían pensar que su indignación se debía a que ninguno de sus libros aparecía, ni por broma, dijo, exhibido ahí. Por eso caminamos a paso vivo para alejarnos de las luces de la vereda del negocio, como decía él, y si bien se movía con cierta dificultad, una leve renguera que le entorpecía la marcha, igual, rápidamente, doblamos por Ayacucho hacia Marcelo T., como él decía para referirse con desprecio a la calle donde tenía su estudio.

Por eso yo estoy transcribiendo mis diarios, porque quiero que sepan que hoy, a los setenta y tres años, sigo pensando lo mismo, criticando las mismas cosas que criticaba cuando tenía veinte años. Ahora estoy rodeado de conversos que cambian de idea cada temporada para adaptarse al sentido común general. Han abandonado una y otra vez sus convicciones y sus bibliotecas, mientras que yo sigo fiel a mis ideas y de este modo al leer mis cuadernos –si los publico– podrán saber, o adivinar, o imaginar lo que ha sido mi vida. Llevo ya cerca de novecientas páginas copiadas en un archivo de la computadora. Hemos hecho, la muchacha tracia y yo, varias copias de seguridad. Varias, repitió entusiasmado, en distintos pendrives, que sólo pueden abrirse escribiendo un código que permite el acceso. Incluso María me aconsejó que pasara mis

diarios a lo que ella llamó «la nube», un espacio virtual, en el aire o en la atmósfera, donde uno puede enviar lo que escribe y dejarlo ahí y bajarlo cuando quiera, pero yo me negué, por supuesto, porque me horrorizaba la idea de que cualquier navegante ocioso se pudiera infiltrar en mi lugar en la nube y se dedicara a leer la historia verdadera de mi vida.

Los estamos copiando sin seguir un orden cronológico, me muevo en el tiempo, como ya te he dicho, mis cuadernos son para mí la máquina del tiempo. Ellos son, dijo, y se detuvo en la puerta de un supermercado chino, o coreano, e iba a decir más tarde, cuando recordara en su diario la conversación que habíamos mantenido en el bar, en El Cervatillo y luego en Filippo: *Estudio la conducta de los supermercaderes chinos o coreanos. Y comprobé hoy, cuando me detuve indignado en la puerta del negocio, que la cajera, una enana oriental, escuchaba con mucha atención lo que yo decía. De modo que debo cuidarme*, escribió en su cuaderno un par de horas después, *de lo que digo en voz alta cuando voy a comprar una botella de vino al mercadito*. Ellos son, repitió, volviendo al presente de la conversación, ellos son ahora, para mí, la máquina del tiempo. Paso de una época a otra, al azar, tengo los cuadernos guardados en cajas de cartón, sin indicación de fechas ni de lugar. De modo, dijo, que abro una caja, a ciegas podríamos decir, y a veces estoy en el pasado remoto. 1958 por ejemplo, digamos, y al rato estoy leyendo lo que hice en 2014, es decir el año pasado. En un momento había decidido recorrer un día de su vida, un día cualquiera, digamos el 16 de junio, y ver qué pasaba en ese día, año tras año. Ése había sido un formato que intentó organizar su vida siguiendo un orden que no fuera cronológico.

Para entonces habíamos dejado atrás el supermercado chino y luego de doblar por Charcas (ex Charcas, como él se obstinaba en decir a veces) recorrimos, siempre con una marcha decidida pero lenta, los ochenta metros que nos separaban del edificio en el que Emilio pasaba la mayor parte de su tiempo. Me hizo subir y acompañarlo hasta el piso 10, donde estaba su departamento. En el

ascensor empezó a explicarme por qué quería que yo subiera con él, quería mostrarme, dijo, si lo encuentro, agregó, la segunda parte de su autobiografía futura. Ahora iba a publicar la primera parte de sus diarios, según estaba escrita en sus cuadernos desde 1957, cuando empezó, hasta 1967, cuando publicó su primer libro y era inminente ya la muerte de su abuelo Emilio. Me miró en el espejo y explicó cómo pensaba que iba a ser la segunda parte de sus diarios editados por él. «Por mí», dijo. «Los años felices de mi vida, que van de 1968 hasta 1975, siete años», dijo. «Número cabalístico. En esos cuadernos hay muchas historias», se detuvo, «ya verás cómo sigue», hizo un gesto y me miró. «Continuará», dijo mientras bajábamos del ascensor. «La historia continuará», hizo una pausa. Buscó en el llavero que colgaba de su cintura una llave plateada, y luego de un par de tentativas logró introducirla en la cerradura. «Si no me muero antes», agregó sonriendo, como quien anuncia una noticia que lo llena de felicidad, y abrió la puerta.

1. Un compañero del Colegio Nacional de Mar del Plata que era sobrino de Ezequiel Martínez Estrada me dijo un día que su tío venía a veces a visitarlos a la ciudad. Le pedí que me avisara y una tarde de 1959 el escritor me recibió en una casa frente a la plaza Dorrego. Me impresionó su fragilidad y su aire cadavérico, entró en la sala sosteniéndose de las paredes, pero en cuanto se sentó y empezó a hablar su tono fue el mismo de las extraordinarias diatribas que escribía en esos años *(¿Qué es esto? Catilinaria, Las 40)* y que yo leía con persistente fervor. Cuando volví a casa traté de registrar lo que recordaba de la entrevista, y unos años después escribí –a partir de esas notas– el relato que publico aquí por primera vez.

Edición en formato digital: julio de 2015

© Ricardo Piglia, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2015
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3636-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es